

“BARLOCK.

Los hijos del gran búho

Por Estanislao Medina Huesca

Índice

- I. Prólogo
- II. Atasco emocional
- III. El pastor que lo saca todo
- IV. El inspector Mbó
- V. El paff de Semu
- VI. Duelo de titanes
- VII. Boyé y Ondó
- VIII. Un viaje angustioso
- IX. Un ladrón, un entierro convulso y una mujer madura.
Muy madura
- X. Contra viento y marea
- XI. El búho de Rebola
- XII. Nadie va virgen a la universidad
- XIII. Control de la agresividad
- XIV. En búsqueda y captura
- XV. ¿Hay alguien en casa?
- XVI. ¿How a rich ya?
- XVII. El primer día de nuestras vidas
- XVIII. Un desenlace amargo

I. Prólogo

Barlock, literatura joven, atrevida e innovadora

Un autor nuevo, Estanislao Medina Huesca, se incorpora a la realidad literaria de Guinea Ecuatorial. Pero su libro, *Barlock, los hijos del gran brujo*, no es un libro más.

Se trata de una novela que sin duda abrirá caminos insospechados a la narrativa de su país. Siempre es bienvenida una novela como ésta, donde la hibridación y el mestizaje perfilan una realidad nueva. *Barlock* está construida con materiales muy diversos que componen una lúcida y ecléctica miscelánea. De momento recoge influencias muy variadas. Por ejemplo, el también annobonés Juan Tomás Ávila Laurel es un punto de referencia claro en el trazado de un relato tan humorístico como crítico de las peripecias de personajes que hacen equilibrios en el alambre para no sucumbir a la precariedad y la violencia en una serie de episodios rocambolescos y dramáticos a partes iguales. Pero también puede rastrearse la influencia de las telenovelas latinas en el lenguaje y los diálogos amorosos, y de las nigerianas en el peso que tiene la brujería tanto en la trama como en la construcción de personajes y situaciones. O la huella del cine de artes marciales y, más en concreto, del que se hace en el país, con títulos míticos en Guinea como *El limpiabotas*.

Luego está la increíble frescura y credibilidad de los diálogos y a la enorme facultad de caracterización de personajes que posee Medina Huesca. Esa frescura es debida a un gran poder de observación y un oído muy fino para el lenguaje coloquial de Malabo, a la yuxtaposición de mensajes de texto telefónicos que dotan de gran expresividad y actualidad al diálogo, y a la inclusión de la diversidad de lenguas que se utilizan en la ciudad, donde, además del castellano, se escucha un auténtico tapiz sonoro en el que domina el *pidgin english* que se habla en la capital ecuatoguineana.

Otro elemento que enriquece la novela es la diversidad de escenarios y situaciones. Con *Barlock*, Medina Huesca nos hace partícipes de todo un mundo abigarrado, a veces pintoresco, a veces patético, como el de las iglesias evangélicas africanas, el abuso de poder (el policial y el del profesor), la carencia y deficiencia de los servicios públicos, y también otros aspectos menos negativos, como el colorido y vida de las peluquerías o la actualidad musical de la ciudad. Un conjunto aderezado con comentarios acerca de los temas más variados como la corrupción, la droga, el sexo y la violencia.

Y por si esto fuera poco, la historia está narrada con varias voces en primera persona y desarrollada en múltiples líneas argumentales trenzadas que transcurren en muy pocos días en diferentes barrios y zonas de la ciudad de Malabo.

Sería difícil, sin leer la obra, dar fe de toda la explosión de vitalidad, colorido y penuria, explicar la vívida recreación de los barrios y la gente de la Malabo de hoy en día. Esta es una de las claves de la novela: en sus páginas se yergue la arrolladora presencia de la propia ciudad de Malabo como mar de fondo, un universo precario y abigarrado donde transitan, junto a los jóvenes protagonistas, unas criaturas nunca antes retratadas como aquí en su fantástica voluntad de vida a pesar de las dificultades del día a día.

Con todo, no estoy haciendo justicia al texto porque hay algo más que está por encima de cualquier análisis. Y es que *Barlock* es también una novela divertida, posee un ritmo trepidante y leerla es asegurarse un buen rato.

Estanislao Medina Huesca atesora mucho talento, posee una voz propia, rara cualidad en nuestros días, y está dotado de una imaginación fecunda y de un verbo torrencial. Ante él se abre un futuro muy prometedor. Hay que saludar su irrupción en el panorama literario de su país porque ha llegado con la intención de provocar, de dar guerra, de agitar la literatura de Guinea Ecuatorial.

Ángel Antonio López

***Barlock*, la otra Malabo**

Uno llega a Malabo y encuentra una ciudad pequeña y algo destartada que parece sumida en el sopor de la vida vecinal, unos días ralentizada por el calor y otros empantanada por la lluvia. Una ciudad de comercios modestos, taxis renqueantes, iglesias rutinarias y patios de colegio uniformado de la que nadie esperaría grandes aventuras. Pero las apariencias engañan. Si se busca más allá de la superficie es posible encontrar otra ciudad que lleva una vida secreta y emocionante. Una vida, en realidad, aterradora. Estanislao Medina Huesca ha buscado esa otra ciudad, la ha encontrado y se ha metido en ella de cabeza con los ojos bien abiertos. Un viaje de tres días en los que ha presenciado exorcismos colectivos, amores viscerales, fugas y persecuciones, duelos de magia negra, colisiones, incendios, entierros, familias con doble filo y sangre, mucha sangre.

Por suerte, Estanislao ha logrado salir de esa otra Malabo vivo, cuerdo y con una novela bajo el brazo en la que cuenta (y lo cuenta muy bien) todo lo que ha visto: *Barlock*.

Barlock no es un libro para turistas. Quien espere la historia oficial de la ciudad o un plácido paseo por sus calles principales, que no lo abra. Lo que guardan estas páginas es otra cosa muy distinta.

Alfonso Carnicero.

II. Atasco Emocional

— ¡Hachís!

Algo dentro de mí sugería que algo no marchaba bien aquel día. Aquella impresión se manifestó mientras me dirigía a Elá Nguema. Una sensación que comenzó acelerándome el pulso sin justificación aparente. No me resultaba sencillo alejar ese mal aura que merodeaba silenciosamente sobre mis pensamientos, y que me perseguía fuera a donde fuera, mirase a donde mirase.

El latido de mi corazón hacía que me doliera el pecho, como si mi corazón se abriese camino hacia fuera. Como si mi instinto quisiese prevenirme de algo monstruoso, pero tuviese la boca amordazada. Aquella extraña sensación comenzaba asfixiándome la mente con pensamientos extraños, luego recorría mi cuerpo en forma de escalofrío y terminaba encogiendo violentamente mi estómago. No eran ganas de ir al baño, no señor. Era más bien la sensación de que algo muy malo iba a ocurrir, pero sin saber cuándo, dónde, ni mucho menos, el porqué.

Algo me decía que era la muerte. La sentía muy cerca. Tan cerca que podía sentir su aliento en mi cara, haciendo que mi cuerpo comenzase a sudar paulatinamente. Una sensación desagradable, como si quisiese estrangularme con sus propias manos. Ella,

vestida con su ropa mustia, se escondía en alguna parte, esperando la ocasión para aparecer y asestarle un golpe mortal a mis pensamientos. Sentía su presencia agazapada entre los peatones y los conductores que me miraban con extrañeza y preocupación.

Mi corazón latía descompasadamente por un miedo incierto, escondido, desbordante. Me temblaban las manos al volante. Los movimientos de mis pies en los pedales no eran propios de mí. Parecía un conductor novel en prácticas. No acertaba con las marchas y eso hacía que mi coche avanzara a trompicones. Poco a poco, comencé a sentir una fuerte angustia, falta de aire y la necesidad de abandonar mi coche en aquel atasco y salir corriendo hacia cualquier sitio en donde la muerte no pudiese encontrarme. La situación me obligó contenerme y a respirar profundamente para ralentizar el ritmo frenético de mi corazón. Supuse que eran paranoias que se habían instalado en mi mente, cuan parásitos sedientos de la materia gris de mi cerebro.

Me sentí mejor cuando mi respiración volvió a la normalidad. Un viento fresco susurró en el parabrisas del coche, colándose por las ventanillas abiertas. A mi lado continuaba sentado y observándome, el sacerdote menudo que había subido al coche varios minutos antes, instantes previos a que la locura me invadiera por completo. Sus ojos, escondidos detrás de unas gafas

de media luna, me analizaban sin que el resto de su cara se inmutase por su asombro.

— ¿Te encuentras bien, hijo?— Me preguntó arqueando una ceja.

— Yes, a de fain ^{Si, estoy bien}.— Le respondí sin querer en pichi.

Me miró desconcertado durante unos segundos. Se quitó las gafas y desvió su mirada hacia el intenso tráfico. Por la manera en la que me miraba, entendí que estaba preocupado por lo que acababa de ver. Un taxista corpulento como yo, sudando e hiperventilando como una mujer embarazada de parto. No quise darle mayor importancia, así que busqué la botella de Ceiba que tenía en la puerta del conductor, y di un largo trago para aliviar la sensación de calor que se había apoderado de mí antes.

Los pitidos de los conductores impacientes rebotaban sobre mi cerebro como pelotitas de goma. Yo estaba acostumbrado a esos pitidos, a esos gritos en fang, pichi, o en español que nacían de las gargantas de los taxistas y los conductores de mi querida ciudad de Malabo. Más que nada, por pertenecer al gremio de taxistas sin permiso de conducir que soportaban todos los días, a la misma hora, en la misma carretera que iba hasta Elá Nguema, el mismo atasco, los mismos insultos, los mismos pitidos y los mismos accidentes. Desde la zona de Carretero hasta el Cruce de Hospital, se apoltronaban cientos de coches, esperanzados por

llegar al barrio más popular de la ciudad de Malabo. Pero aquel día ese ruido molesto hacía que, además de que me doliera mucho la cabeza, me pusiese de mal humor. De muy mal humor.

— ¿Cuánto va a durar esto por el amor de Dios? — Preguntó el hombrecillo que iba de copiloto.— ¿Es así siempre?

Sacó la cabeza por la ventanilla y se levantó un poco para ver si el camión que iba por delante de nosotros, estaba quieto porque le apetecía.

— Normalmente a esta hora suele estar así.— Le respondí con voz desinteresada.

— Odio ir al cementerio.— Comenzó a decirme. No le contesté, pero continuó hablando.— Ese sitio no debería ni llamarse así, cuando hay personas que entran a escondidas a robar huesos humanos, como si fuesen muebles de bar.

— ¿Intenta decirme algo?— Le respondí incómodo.

No sé a dónde quería llevar nuestra conversación, pero no me estaba gustando con qué rapidez había decidido entrar en el tema de los ladrones del cementerio.

— Nada. Simplemente era un comentario. Tengo un poco de prisa.

— Ahaá...pues tendrá que esperar bastante.

— Ya me lo has dicho antes.— Me respondió fulminándome con la mirada.

Esperó un par de minutos y volvió de nuevo al tema que me incomodaba y que no tenía nada que ver con el atasco del que antes hablábamos, como si quisiese afrentarme con sus insinuaciones.

— ¿Qué hacen esos ladrones con esos huesos?

— ¿Qué problema tienes con los ladrones del cementerio que tanto hablas de ellos?— Le respondí bruscamente.

— No, tranquilo hijo. Yo sólo digo que tengo muy buena memoria.

— ¿Qué significa que tiene buena memoria?

— Nada. Pensé que me entenderías.

No le respondí y volví a mirar al frente intentado zanjar aquel estúpido debate. Se dio cuenta de mis pocas ganas de seguir hablando con él, así que también desvió sus ojos de mí para dirigirlos en otra dirección. Instantes después, cogió la bolsa negra que tenía en su regazo, la abrió y sacó de ella un teléfono muy antiguo para los tiempos que corrían, ésos con linterna en la parte superior. Marcó un número y después, apoyó el aparato en la oreja.

— ¡Oye!... ¡Oye!... ¡Oye!... ¡Oye!...— comenzó a vociferar mientras alternaba la oreja y la vista para asegurarse de que se había realizado correctamente la llamada.

—... ¡Putas red de Getesa! ¡Así no se puede vivir, coño!— Apretó un botón rojo que había en el teléfono con más fuerza que la necesaria, lo guardó en la bolsa negra, apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

Al cabo de otro breve instante, se volvió a incorporar, me miró muy serio y me preguntó.

— ¿No puedes dar la vuelta aquí y pasar por la autopista? Tengo un poco de prisa.

— ¿Aquí?— Le respondí abriendo mucho los ojos para que se diera cuenta de la locura que acababa de sugerir.

Estábamos en el puente del río *Watafol* y dar la vuelta en ese lugar atestado de coches y de conductores malabeños cabreados, era claramente buscarse insultos y maldiciones a lo loco.

— No puedo, señor. — comencé a decirle, mientras miraba a un lado y a otro haciendo ademán de buscar una solución lógica a su petición. — Los coches que vienen de Elá Nguema no me permitirán maniobrar. — Terminé diciéndole.

Permaneció en silencio, pero inquieto en la silla que parecía a veces ser demasiado grande para él.

Poco a poco el tráfico comenzó a descongestionarse, según nos acercábamos al cruce de Hospital. Me miró con cara de estar a punto de sufrir un jamacuco. Sonó una melodía polifónica desde el interior de su bolsa. Se sobresaltó, musitó alguna palabra soez y respondió nerviosamente al teléfono.

— Estoy cerca. — Respondió con voz cascada. — Llevamos en este atasco de mierda desde hace quince minutos. No sé qué diablos está pasando en la puta rotonda del Cruce. No. No. Diles que vayan entrando con el féretro, me voy a apear. En unos quince minutos estoy ahí. Vale. Vale. Te lo prometo.

Colgó el teléfono, lo guardó en la bolsa, abrió la puerta y salió fuera. Se colocó el bolso en el hombro izquierdo y echó a andar. Le miré extrañado y de forma automática pulsé repetidas veces el claxon del coche. Se paró en seco, se arqueó para mirarme y con las manos abiertas y extendidas, me cuestionó por los pitidos.

— ¿Y el dinero? — Le pregunté asomando la cabeza por la ventana.

Reculó sobre sus pasos hasta colocarse en la ventanilla del coche.

— ¿Qué dinero, si no me has llevado hasta donde yo quería? Yo iba a Elá Nguema y ahora tengo que apearme antes de llegar ni siquiera al Cruce de Hospital.

— ¿Y a mí qué? ¿Si no puedes esperar como todo el mundo, qué culpa tengo yo?

— ¡No me has llevado hasta Elá Nguema, hijo mío!

— No me llame hijo suyo. No soy su hijo. Le he recogido en Banapá, y tú (le perdí el respeto) ya sabes que son quinientos francos, tanto si llega a su destino como si se baja antes. No le he bajado yo del coche.

— ¡Akíee hijo! ¿Vas a cobrar a un sacerdote al que no has llevado hasta el lugar donde tiene que officiar la santa sepultura de un hermano cristiano que acaba de perder su vida?

— Como que le tenga que ir a ver al Papa. La iglesia no me regala la gasolina.

Se quedó mirándome durante unos segundos. Se hundió la mano en los bolsillos, extrajo varios billetes de diez mil y posteriormente uno de mil y me lo entregó sin tan siquiera mirarme a la cara.

— ¡Que Dios te lo pague!— Me dijo solemne.

— No se preocupe por Dios ahora, ya se lo agradezco a usted yo mismo en persona.

Dicho esto, me miró de nuevo por encima de sus gafas y continuó a toda prisa su andadura hacia el cementerio de Elá Nguema.

Era la primera vez en mi vida que oía hablar de un entierro a las ocho de la noche, cuando el sol ha desaparecido completamente del cielo y los miles de murciélagos que viven en el campo santo, emigran hacia los bosques en busca de alimento en una única y espectacular imagen que se produce todos los días a partir de las cinco de la tarde.

Aun así, no podía imaginar que las sencillas palabras que me dedicó aquel sacerdote deslenguado aquella tarde, serían la premonición de todas las cosas que sucedieron después. Un mal de ojo pronunciado por un hombre de Dios. Un hombre de Dios, capaz de utilizar el lenguaje más soez para referirse a su rebaño. Este pastor de ovejas descarriadas, fue el primero en confirmar mis sospechas sobre aquel día, sobre la sensación de la muerte asechándome, escrutándome desde lo oscuro.

Ahora echando la vista atrás, comprendo que todas las cosas que ocurrieron después, comenzaron en aquel atasco, con aquel mal aura que me prevenía de un futuro negro, con las palabras del sacerdote. “Que Dios te lo pague”, menuda manera (con segundas) de bendecir a alguien por cobrarte un servicio al que no querías pagar desde el principio por ser hombre de Dios, guardián de almas perdidas, guardián con una lengua desproporcionada.

Es verdad que hacía mucho que había perdido la fe en la iglesia, en sus presbíteros, diáconos y cualquier persona que iniciase una conversación conmigo utilizando la palabra de Dios como excusa para sacarme un favor económico o humano. Estaba cansado de sacerdotes con mujeres en la clandestinidad, o con familia numerosa, si se lo tomaba con una filosofía más extremista. Cansado de oír hablar de sacerdotes que, sin miedo al infierno, mancillan la inocencia de un niño con tocamientos y jueguecitos de mentes retorcidas. Cansado de hombres de Dios con más ceros en sus cuentas particulares que los que la propia iglesia les ofrecía, dándole patadas a la premisa de “voto de pobreza”. Hombres con la desfachatez de increpar a los feligreses en sus homilias por fornicar fuera del matrimonio, cuando ellos mismos resultan ser los más fornicadores estando casados con el mismísimo Dios. Hombres de paz envidiando a otros hombres de paz. Hombres con opulentos estudios eclesiásticos y sociales que actuaban como si necesitaran aprender a escribir de nuevo. Pero al fin y al cabo, hombres, con todas sus virtudes y defectos sepultados bajo sus túnicas.

Os aseguro que aquel día no habría tenido ningún problema en salir de mi coche para abofetear a aquel sacerdote las veces que hiciesen falta hasta que me diera los quinientos francos que necesitaba para completar el montante total que debía dar,

después, a mi jefe, el dueño del taxi que conducía desde hacía dos años.

Aprovechando que estaba solo y que el atasco sería un gran impedimento para llegar a tiempo a la cita con Majo, eché de nuevo el freno de mano y bajé el parasol. Del parasol saqué un fajo de billetes de quinientos francos que tenía ahí escondidos, por si acaso los policías de tráfico decidían hacer un exhaustivo control de lo que tocara ese día. Conté el fajo, y como había supuesto había un total de veinte mil francos. Los estrujé y los introduje en el bolsillo derecho de mis vaqueros rotos.

Después, abrí la guantera del copiloto y extraje otro fajo de billetes de mil, dos mil y cinco mil francos respectivamente, escondidos ahí por el mismo motivo que el otro fajo. Los volví a contar y después los metí en el bolsillo izquierdo, donde tenía guardado mi teléfono y las llaves de casa.

El atasco se disipaba según me acercaba a la rotonda del cruce. Me extrañó e incomodó ver a mi hermano salir de la calle que venía del hospital general, con una venda en la cabeza y otras pocas en los brazos. Tenía sangre en la camisa y en los pantalones. Le busqué con la mirada para preguntarle por lo que había pasado. Él también me vio, y antes de que decidiera bajar del coche, él me tranquilizó con las manos y siguió andando como si no le importara mi preocupación.

No era de extrañar su forma tan rara de actuar. En realidad ninguno de mis hermanos actuaba de forma normal. A él no le gustaba preocupar a nadie con sus problemas, prefería resolverlos solo. Si algo rondaba por su cabeza, ahí se quedaba, por mucho que lo animases a que te lo contara. Ya me enteraría de alguna manera con quién se había peleado y si necesitaba que su oponente recibiera una visita mía y de los míos. Lamenté más adelante no bajarme del coche en ese preciso instante y obligarle a que me lo explicara.

Traté de no darle mucha importancia, porque cosas peores habían pasado ya en mi familia. Para tranquilizarme, encendí la radio para amenizar el último tramo que me quedaba hasta llegar a Sumco, donde me esperaba Majo.

Odiaba poderosamente la música lenta, conseguía que me durmiera enseguida. Mi dispositivo usb iba cargado de música Hip Hop de los noventa. Música para limpiar el mal aura de un día que empezaba a torcerse con pequeños detalles, a priori de poca importancia.

De los altavoces con unos graves potentes, comenzó a sonar *Changes* de Tupac. Rápidamente, mi cabeza y mis hombros comenzaron a seguir las estrofas cargantes del rapero americano, haciendo que todo mi cuerpo entrase en movimiento. Con mis dedos y el volante del coche conforme una batería

improvisada que acompañaba los graves de la instrumental, mientras golpeaba rítmicamente mi espalda contra el respaldo de la silla.

Por lo general, si no era un rapero americano, prefería escuchar a Jamin, Mr O, JB Ibarra, Jack Snake, Negro Bey, Young Richd, Lil Champ, o la imponente Miss Yuma, aunque no entendiera correctamente el fang en el caso de éstos dos últimos y de un grupo de Bata, llamados La Dinastía, que hacían méritos para presentar trabajos de rap con muchísima calidad y con cierta identidad. Eran los raperos locales que hacían que me gustara el rap guineano.

Si tuviese que ampliar el espectro hasta los guineanos que desarrollaron su rap muy lejos de nuestra tierra, podría mencionar, sin lugar a equivocarme que, y Zeman juntos, hicieron el mejor álbum de hip hop guineano de todos los tiempos para mí. Quizá para un español fueran negros diciendo cosas, pero nosotros que entendíamos más o menos el contenido de sus letras, lo disfrutamos muchísimo. AK 47 no solo me animó a escuchar rap guineano, sino también empujó a mis hermanos a iniciarse en el arte del rap. Arte ahora descontextualizado y llevado a extremos que quitan las ganas de vivir.

El problema del rap guineano radica en su falta de identidad. Todas las culturas habían adaptado el rap a sus ritmos locales,

consiguiendo una nueva forma de entender la música, creando un nuevo estilo musical que casi siempre crea tendencia. Así es que, por ejemplo, los latinos hacen rap sobre instrumentales de reggaetón o de bachata, y se baila en todo el mundo. Los nigerianos y ghaneses hacen rap sobre instrumentales con ritmos africanos, fusionados con las nuevas tendencias y se baila en todo el mundo. Lo mismo que los cameruneses, o los costamarfileños sobre maquetas de *coupé decalé*. O los caboverdianos, angoleños o e incluso árabes. Pero los guineanos no. Los guineanos hacen rap sobre lo que tienen a mano. Salga bien o salga mal. Le escuche una persona o solo sus amigos más íntimos que, tratando de mantener viva su amistad, mienten descaradamente al amigo rapero, dándole alas para seguir haciendo rap para sordos.

Estos jóvenes raperos fardan de cosas que no tienen ni tendrán en un futuro muy lejano. Cantan sobre bajar botellas en la *buat* ^{discoteca}, que parece tener un efecto muy honorable para sus seguidores. Aseguran ser los mejores del movimiento sin haber hecho méritos para tener esa distinción. Parafrasean sobre coches y putas que llevan a la “honorable” *buat*. Le dan patadas al diccionario con toda la intención, en inglés, en francés, en lo que toque, se sepa o no se sepa hablar. Aún sin saber hablar el español que es la lengua oficial, o su lengua materna, eran capaces de hacerte unas rimas en inglés que le quitan el hipo a

cualquier irlandés que se dejase deleitar por alguno de sus temas. Tanto es así que, un nutrido número de cantantes de Hip Hop en Malabo utilizan reiteradas veces muletillas que se convierten en virales sin tener una buena composición léxica en sus letras: “Razón por la cual...” es una de esas expresiones que utilizan al tuntún y que repiten hasta el agotamiento.

Obviamente hay pequeñas excepciones que hacen mantener la esperanza de un futurible cambio. En varios barrios te puedes encontrar con muchos chavales con voz y talento innato, pero que no encuentran la manera de explotarla. Mientras llegaba ese cambio, prefería seguir disfrutando de los que hacían méritos al género Hip Hop. Mis compatriotas no iban por buen camino. No señor. No me gustaban, no me convencían. Ni ellos, ni sus videos. Esos videos en los que trataban de parecerse a los raperos americanos que convirtieron el género Hip Hop en un gran crisol de tetas, culos, coches y dinero. Era lo que vendía, es lo que vende. Y vende mucho. Nuestros chicos quieren hacerlo en Malabo, pero lamentablemente copian mal.

Durante varios minutos, mi mente se ocupó en tratar de encajar correctamente las rimas de la canción de *Tupac*, que se me olvidó momentáneamente el mal aura que me había estado persiguiendo durante el viaje a Elá Nguema. Se terminó la canción de *Changes* y como un bálsamo, comenzó *Black or White* del legendario Michael Jackson y me desaté. Comencé a

moverme con elegancia sobre mi asiento, captando la atención de los peatones y conductores que venían de Elá Nguema. Me miraban sonrientes y llamaban con un codazo la atención de su acompañante para que también se deleitara con mis efusivos movimientos. Era feliz en aquel momento tratando de expulsar las malas vibraciones que me habían asaltado antes.

Mis impetuosos movimientos se acabaron cuando comenzaron a bocinarme. Entonces me di cuenta de que llevaba varios segundos con la rotonda del Cruce de Hospital para mí solo. Bajé el volumen de la canción, puse primera y como queriendo fastidiarles, comencé a ir a trompicones, siguiendo la voz singular de Michael Jackson, causando un aumento considerado de los pitidos de los coches que iban detrás de mi viejo Carina E.

Un par de minutos después, llegué a Sumco. Mi jefe tenía la costumbre de hacerme esperar abajo, pero aquel día que se antojaba intenso, cambió de hábito.

— ¡Sube!— Me gritó desde la terraza que daba a la calle principal.

Nunca antes había entrado en su casa, por lo que se me encogieron de nuevo las tripas, instalando en mi mente una incertidumbre acentuada por lo que me había pasado en el atasco.

Él normalmente bajaba, revisaba minuciosamente el coche, probaba el claxon y luego contaba el dinero que le entregaba aquel día. Después me daba los cinco mil francos que me correspondían por día trabajado y luego subía de nuevo a su casa.

Normalmente trabajaba de tres de la tarde a nueve de la noche en días laborales. Los fines de semana, sólo trabajaba los domingos. Aquel domingo recibía diez mil francos de compensación por trabajar desde las once de la mañana hasta las nueve de la noche. Por lo que, si sumaba todos los días trabajados, mensualmente llegaba a cobrar unos ciento cuarenta mil francos, poca cosa para un país con una producción tan disparatada de petróleo.

En los días laborales debía hacer un depósito de veinte mil francos, diese igual si lloviese, tronase o hubiese buffet libre en alguna calle concurrida de la ciudad. La cuota diaria era esa y salvo mal mayor, debía alcanzarla todos los días. Si no lo hacía así, peligraba mi sueldo y mi trabajo.

Afortunadamente, desde muy joven estaba acostumbrado a trabajar hasta superar mi límite. A hacer todo tipo de trabajo que me obligase a llevar al extremo mi capacidad física y mental. Haciendo de taxista, era capaz de pisar el acelerador durante varias horas, sin tener la necesidad de ir al baño, pararme o

perder el tiempo en tonterías que hacían otros taxistas. Quería hacer el máximo dinero posible. Si tenía que aparcar en medio de la carretera para recoger a algún cliente, me paraba como hacen todos mis colegas, dándome igual los pitidos de los coches que tuviese atrás. Mi única intención era la de rebasar el límite de los veinte mil para poder llevar a casa más dinero del que normalmente ganaba al día. Tenía una familia numerosa, y era consciente de que solo cinco mil francos al día no serían suficientes para acabar con los problemas que surgía diariamente. Iba a cien por hora en carreteras en las que un conductor novel (hablo de dos años de experiencia como mínimo en carreteras malabeñas), iría a cuarenta por hora. Soy de los que piensa que, si conduces bien por las calles de Malabo, eres suficientemente capaz de conducir en cualquier ciudad del mundo con un tráfico complicado. Y yo tenía esa capacidad de conducir con sobresaliente en Nueva Delhi si hacía falta.

Además de ir con el taxi a toda pastilla, para amortizar mucho más mis viajes, trataba de que fuera siempre lleno. Apretujaba el coche hasta decir basta. Solo cogía a pasajeros individuales, eso me aseguraba el sitio a otro. Al fin y al cabo costaba lo mismo coger a un pasajero que a dos. Y además, si cogía a dos clientes no pararían de hablar entre ellos hasta que llegasen a su destino, y eso no lo soportaba. Hablaban por encima de los altavoces, y claro que me cabreaba. Mi música es sagrada.

A veces conseguía que algún pasajero cargase a otro, me sentía pletórico porque sabía que en aquel viaje, estaba amortizando *bárbaramente* mi combustible.

Obviamente, había pasajeros que se quejaban por mi exceso de velocidad, por mi música alta, o por lo apretujados que iban en la parte de atrás. Yo les convencía diciéndoles que no entraría nadie más, o que estábamos cerca del destino de alguno de ellos. No daba muchas explicaciones, no las creía importantes, era perder el tiempo a lo tonto. Obviamente, el que no estaba a gusto, me pedía bajar, y yo le hacía caso o no, según los metros que le quedaban por recorrer. Encima, si descubría que el cliente no era de Malabo y que sobre todo, venía de Europa o de América, me encargaba de dar más vueltas de lo habitual hasta que quedásemos solos y pudiese multiplicar por tres o cuatro el importe real, sin objeción de otro cliente que sí conocía las tasas impuestas por el gobierno y los propios ciudadanos. El acento, el color de la piel, el olor corporal y la forma de vestir, fuese negro, blanco o árabe, da a entender más o menos cuánto tiempo lleva el cliente en la ciudad y por tanto la facilidad o la dificultad de robarles.

Yo iba cómodo en mi asiento porque no lo compartía con nadie, así que podía conducir cómodamente. Lo que pasaba en el asiento del copiloto y en los asientos traseros no era asunto mío.

Al cabo del día doblaba o triplicaba los veinte mil que debía que entregarle a mi jefe, y eso hacía que mi trabajo tuviese una entrada de dinero rápida y constante, que beneficiaba sobre todas las cosas a mi familia, y después a mí, por las chicas que se nos acercaban a los taxistas por nuestro dinerito.

Procuré recoger las cosas que tenía dentro del coche; la mochila que tenía debajo del asiento, mis gafas y una bolsa de plástico en la que había puesto mis nuevas Timberlands. Miré de reojo el Toyota de color verde que utilizaba de forma ilegal como taxi, para verificar que todo estaba en orden, antes de que a Majo se le ocurriese un motivo para descontarme el dinero.

Vi que estaba todo bien, de modo que subí veloz por las escaleras laterales de su apartamento. La puerta estaba abierta. Entré anunciándome.

— ¡Gran frere, a don de ya! ^{¡Mayor, ya estoy aquí!}

— ¡Siéntate, salgo ahora!— Me gritó con su voz aterciopelada, desde lo que intuí que era el baño.

Al ser la primera vez que subía a su casa en dos años trabajando para él, mis ojos tomaron la iniciativa y comenzaron a escrutar cada rincón de la casa embobándome con cada detalle que me llamaba la atención.

Tenía una pareja de sofás de cuero dispuestos en “L” sobre una alfombra roja de terciopelo. Delante de los sofás había una mesita de cristal con varias revistas de deporte y del corazón. En frente de los sofás y la mesita, un enorme armario que acogía un opulento televisor plano de marca japonesa. En un estante debajo del televisor, había un DVD y otro aparato que supuse que sería un *router* de internet de Getesa.

— ¡Caray, este señor tiene internet en casa y al día me paga cinco mil francos!

A ambos lados del opulento armario de salón, habían dos altavoces grandes Doulby Sourounding, y encima de éstos, fotos de Majo con su mujer y sus hijos, Majo y unos amigos, Majo y varios españoles en una extraña fiesta de la espuma, Majo y su mujer en París, Majo y sus hijos poniendo caras de pez, un jovencísimo Majo y sus hermanos mayores. En el lado izquierdo del armario, tenía un pequeño escritorio, con un ordenador portátil y varios documentos. La silla del escritorio tenía ruedas y no sé por qué, me entraron ganas de sentarme en él y balancearme.

Las ventanas eran de cristal y estaban adornadas y guardadas por cortinas negras de tela dura, que oprimían la entrada de la luz de la calle. Habían varios motivos florales en las ventanas y

varios ambientadores de *Ambi pur* cerca de los jarrones con flores.

Detrás de los sofás había una mesa de cristal con cuatro asientos artesanales negros. La disposición de la mesa, permitía que ésta estuviese justo delante de la puerta de una cocina que relucía en las profundidades de la casa. El aire acondicionado, los jarrones con flores rojas, las cortinas negras y la alfombra cara, daban visualmente a la casa de mi jefe una consistencia económica importante. Simplemente era un tacaño y avaricioso de mierda.

Al cabo de un largo rato esperando en el sofá, sin tener las suficientes fuerzas de incorporarme para coger el mando del televisor que descansaba encima de la mesita de cristal, al lado de las revistas del corazón, apareció Majo. Llevaba una toalla atada a la cintura, y otra atada a la cabeza en forma de turbante. Dio varias vueltas en el salón buscando alguna cosa que hacía que tararease. Se metió en el baño de nuevo. Le oí enjuagarse con fuerza la boca y a los pocos minutos apareció de nuevo, vestido con un polo y unos bermudas. Iba descalzo.

— ¿Y el dinero?— Comenzó a decirme, mientras se sentaba en el otro extremo del sofá.

Sin responder a su pregunta, metí la mano en el bolsillo derecho, extraje los billetes de quinientos y se los entregué mirándole

fijamente a los ojos. Él miró los billetes ladeando la cabeza. Luego me miró dubitativo y los cogió.

— ¿Todos de quinientos?— Me preguntó pavoneándose.

— Sí.— Le contesté sin dejar de mirarle.— El tráfico ha sido hoy muy lento y muy solitario.

— Seis horas con mi coche, y me vuelves a traer veinte mil, y encima en billetes *feos* de quinientos....

— Veinte mil porque es en lo que hemos acordado, ¿no? Según alcanzo la cifra, saco de él diez mil francos para repostar, porque tú cuando tienes el coche por las mañanas no repostas. Por lo tanto, más que veinte mil, te hago todos los días treinta mil francos, Majo.

— ¡Déjate de tonterías! Guinea ya no es como antes que a todos los sitios donde había que ir, había que pagar quinientos. Me estas *comiendo* dinero y eso se va a terminar hoy.

— Esta miseria de dinero es la que hago todos los días desde hace dos años Majo, ¿qué te pasa? Si tienes me quieres decir algo, dímelo y punto.

— ¿Qué me pasa? Te enseñaré qué me pasa Pepín.

En este punto, tanteó con las manos el sofá, se levantó, entró de nuevo al baño y salió enseguida con su teléfono móvil de la misma marca que su televisor. Mientras llamaba al que me iba a

explicar lo que le pasaba, se acercó de nuevo al sofá, se sentó y cuando le respondieron, despegó el teléfono de su oreja y le dio a la opción de altavoz.

— Chicote, na mí ^{soy yo}, Majo.— Le dijo a la voz que le había contestado con un escueto “halo”

— Yes diman, ¿hafa? ^{Si tío, ¿Qué te cuentas?}— Le respondió una voz sonriente y amistosa desde el otro lado.

— Nonatin ^{Nada}, ol tin de waka fain ^{Todo va bien}.— Suspiró profundamente mientras me fulminaba con la mirada, y prosiguió hablándole al teléfono.— ¿A moch dan boy whe e de drep yu motó de guiyu ol de? ^{¿Cuánto dinero te da ese chico que conduce tu coche todos los días?}

— ¡Ah!, ¿Mustafá?

— Yes, dan tógolo ^{Si, ese togolés}.

— ¡Ah main! E de mek mi faiv bibi pepaden ^{Me hace cincuenta mil}. ¡E de wok bad! ^{Trabaja muchísimo.}

Y antes de que el amigo Chicote comenzase a fardar del togolés que tan bien trabajaba para él, Majo colgó el teléfono y se quedó mirándome fijamente a los ojos.

— ¡Cincuenta mil francos!— Espetó arrojando el móvil a la mesita de cristal.

— ¡Cincuenta mil putos francos!— Volvió a gritar, llenándome la cara de saliva.

— Vale. ¿Ustin yu wan me a tell yu naw? ^{Vale, ¿Qué quieres que te diga ahora?}— Le respondí por primera vez en pichi, aprovechando la coyuntura de haber descubierto en aquel preciso instante, que mi jefe sabía hablar pichi.

— ¿Así es como me respondes Pepín?

— Siempre te respondo de alguna forma.— Le contesté con la voz visiblemente cambiada. — ¡Si tienes que decirme algo, hazlo y deja de molestarme main! ^{expresión de indignación}

— ¿Na so wi don de no? ^{¿Así ya estamos, verdad?}— Me respondió levantándose súbitamente y yéndose de nuevo al baño, antes de que pudiera despegar mis labios para defenderme.

A los pocos minutos, salió de nuevo al salón. Esta vez, por fin, se había quitado la toalla que le cubría la cabeza, haciendo que apareciese sobre su cabeza un pelo aceitoso y engominado que cocía desde hacía rato. Se plantó delante de mí, y sin sentarse comenzó a decirme.

—...O me traes todos los días cincuenta mil francos, o busco a otra persona para que ocupe tu puesto. Alguien que esté disponible desde las siete de la mañana, y no tenga siempre excusas de exámenes ni clases raras. No te digo más.

No quería levantar los ojos hasta su cara, por eso los clavé en el cinturón verde camuflado que sujetaba sus bermudas, estaba cada vez más cerca de sacar del todo, el pie del armario. Sorprendentemente los homosexuales han tenido mejor aceptación del que me esperaba.

El mal humor que tenía y que quería disimular, comenzó a calentarme la cabeza y lanzarme flashes de lo que podría hacer con Majo. Traté de contener mi agresividad descontrolada por todos los medios, pero en realidad quería partirle la cara literalmente. Sacando fuerzas de no sé dónde, conseguí contenerme y repeler la idea de una confrontación con mi jefe. No quería volver a pasar por esa desafortunada situación que tantas veces me habían hecho perder algún trabajo.

Quizá debería haberle pedido que pensara muy bien lo que me acababa de decir, pero no lo hice, simplemente cerré los puños, luego los ojos, tragué una gran bocanada de aire, los solté ruidosamente, me levanté, cargué con mi mochila y la bolsa de plástico, arrojé las llaves del coche en la mesita y, sin decir ninguna palabra más, comencé a caminar hacia la puerta.

Se quedó de pie mirándome incrédulo mientras caminaba hacia la salida. Él conocía muy bien mi situación y sabía lo importante que era para mí mantener aquel trabajo. Aun así, no paró a reconsiderar su ultimátum. Continué hasta las escaleras y

posteriormente hasta la calle. Miré de reojo su balcón por si saldría para decirme algo, pero no lo hizo. Entonces comprendí que mi orgullo, una vez más me había dejado sin trabajo.

No era de las personas que se arrepentían de sus errores, ni de los que debían lamerle el culo a alguien para obtener un beneficio. No. No señor. No era de los que se ponía a discutir con nadie. Si me sentía provocado, o acorralado en alguna situación, lo resolvía de la mejor forma que sabía, mostrando los dientes y los puños.

Reconozco que me labré una muy mala reputación en mi barrio con mis peleas, a veces sin justificación, otras veces por defender a algún amigo, familiar o mi propio ego. Tenía muy mala uva y por eso muchas veces había caído en la trampa que me ponían mis sentimientos, mi impaciencia y mi capacidad resolutiva ante los problemas. Hablar demasiado me cansaba, de modo que antes de dar explicaciones, prefería atajar por lo más sencillo. Es normal, era joven, alocado y había crecido sin padre. Eso en mi barrio te hacía fuerte o recibías más palos de los que de por sí ya da la vida por encontrarse en una situación como la nuestra.

Mi madre tuvo que hacer las veces de padre y de madre mientras mi padre deambulaba por algún rincón de Malabo donde no conocieran su reputación de brujo. Era el primogénito de seis hermanos con los que vivía desde que sé que existo. Ellos eran el

primer y último eslabón de mi vida. Desde que nos abandonó nuestro padre por diferencias irreconciliables con mi madre, con la familia de mi madre, con los vecinos y con sus compañeros de trabajo, fui siempre el cabecilla de familia. Yo era el que se encargaba, junto con nuestra madre, de pagar las facturas, las matrículas, la comida y cualquier cosa que tuviese en vilo a mi madre o alguno de mis hermanos.

Comencé a trabajar desde muy joven, desde que mis ojos cobraron luz y dejaron de vivir a expensas del retorno del famoso brujo de Rebola, al que decían que era mi padre. Sólo tenía ocho años cuando los entresijos de la vida decidieron separarnos de él.

Mi madre se sumió en una profunda crisis. Crisis que combatió con alcohol, con mucho alcohol barato. Bebía más que comía, por lo que no solo se consumió psicológicamente, sino también físicamente. Fue nuestra tía, su hermana menor quien la hizo volver a tomar las riendas de su vida, tras una reunión familiar que acabó con mi madre por los suelos desnuda de todos sus hijos, sus vecinos y los familiares que acudieron a la reunión. Entonces como por arte de magia cambió y poco a poco volvió a ser la misma de siempre, y tras el año de aquel suceso consiguió trabajo con el que pudo sacar adelante, como bien podía, a sus cuatro varones y a sus dos preciosas hijas.

Su entusiasmo y sus ganas de mejorar como madre no la ayudaron nunca a conseguir buenos trabajos, carecía de formación académica. De modo que cuando cumplí diez años, y viendo las pericias por las que pasábamos, decidí echarla una mano de la misma manera que hacían otros muchachos de mi barrio con un padre desertor: los *bissnes*^{trapicheos}, que era lo que daba dinero a corto plazo en nuestro barrio. Mal o bien, traía dinero a casa, vestía a mis hermanos y a mí mismo, aunque fuesen con ropas de *Asamse*^{mercadillo}. Cuando conseguía suficiente dinero, lo reinvertía jugando al *chachá*^{juego de dados callejero}. Siempre tuve buena mano en los juegos del azar. Gracias al *chachá*, por ejemplo, conseguí comprar nuestro primer tetrís de segunda mano, que dos días después acabaría en manos de uno del barrio, mucho mayor que yo, que juraba que se lo había traído su tío de España y que detrás del juego estaban sus iniciales. Yo era pequeño, pero sabía que aquellas iniciales las había hecho con pintañas muy recientemente.

Supongo que madurar, maduré más deprisa que cualquier niño de mi edad y, aunque en ese afán por ayudar a mi madre, descuidase bastante los estudios, como digo siempre, no me arrepiento en absoluto de haber derrochado mi tiempo haciendo estajos para dar de comer a mi familia, a que estar estudiando. Para lo que sirve después...

También es verdad que me junté con malas compañías, que robé, o atraqué al chulito pijo de turno para sacarle dinero o algún objeto, que después vendería o regalaría a algún hermano mío. Ese grupo de gente con la que me movía haciendo las cosas que hacía, posteriormente se convirtieron en una extensión de mi familia. Siempre repito que ellos me ayudaron a salir adelante, me ayudaron a ser un hombre con iniciativa, un hombre sin miedo a nadie, aunque fuese uniformado. Obviamente sé también cuánto envenenaron mi mente con su visión pesimista, caótica y alocada de la vida, una visión al margen de la ley y del respeto, que más tarde me causaría problemas de todo tipo. Fueron para mí, los dos polos de una misma carga eléctrica y que, aunque actualmente odio haberme dejado influenciar tanto por ellos, también les estoy agradecido por las cosas positivas que posteriormente pude sacar de aquella etapa callejera, de la que jamás puede uno huir del todo.

Pero un día cambié. No de la noche a la mañana. No señor. Tuve varios episodios que me mostraron otras vías para conseguir ese “lo que sea” para mi familia, sin realizar ninguna actividad que supusiese terminar entre los barrotes de la comisaría de Elá Nguema o aún peor, en los barracones de Guantánamo (que por cierto, una estupenda copia a los americanos. A la pregunta de si el trato es igual que en América, mi respuesta suele ser que yo nunca he estado ahí y que tampoco sé si les dan o no de comer).

Desde la cárcel no conseguiría de ninguna manera ayudar a las personas que sentía que ayudaba con mis actos vandálicos.

Es así que a los quince años, comencé a hacer trabajos más físicos y menos perseguidos y castigados por la justicia. Retomé los estudios y conseguí ponerme al día rápidamente. Era más objetivo con la vida que el resto de mis compañeros de clase, niños de papá que seguían viendo la vida con los ojos de un adolescente. Ojos de “el mundo se termina donde empiezan los de mis padres”.

Comencé trabajando en construcción, no como obrero, sino como *arenero*. Arenero era la palabra traducida del pichi, que inventamos los del gremio de la recogida de arena, para decir de qué trabajábamos sin que sonase como trabajo para desesperados.

Nuestro trabajo consistía básicamente en controlar las fases de la luna. Sí, prever milimétricamente los momentos de marea baja y los de marea alta. Esa previsión, hacía posible saber exactamente a qué hora del día siguiente podíamos abordar las playas de *Nomba Tú*, para recoger arena, secarla y venderla a los magnates de la construcción. Por eso me consideraba del gremio de constructores. Mi aportación era la materia prima de cualquier construcción que se precie.

Era un trabajo duro. Realizándolo de forma ininterrumpida durante un largo periodo de tiempo, y fumando *banga*^{marihuana tropical} mientras se realizaba, hacía crecer visiblemente los hombros, bíceps, tríceps, torso, abdomen, muslos y gemelos de la persona que lo realizaba. Eso era debido al esfuerzo considerable al usar la pala de mango robusto y tallado manualmente para retirar la arena. Y después también, al usar la carretilla para transportarla desde *Nomba tú* hasta la desembocadura del río Borrabecho, que se antojaba a una distancia bastante importante, justo en el escenario final de la mítica película “*el limpiabotas*” de Bonny Obama Nchama.

Se agolpaba la arena en un pequeño montón, que cada *sand-sand boy* reconocía por algún objeto que colocaba en la punta del montón o alrededor del mismo. Después de varios días de recogida y almacenaje en tierra firme, se podía vender el montón a un único comprador o a varios compradores, dependiendo del interés de éstos o de tu habilidad recogiendo grandes cantidades de arena.

Durante tres años consecutivos, trabajé de *sand-sand boy*. Trabajaba por las tardes, después de salir de mis clases en secundaria del INEM Argentina, muy cerca de la playa de *Nomba Tú*. Había días como los viernes que ni siquiera iba primero a casa a cambiarme, bajaba directamente a la playa con

lo puesto, me arremangaba la camisa del uniforme y me ponía a trabajar si las condiciones eran favorables.

No sólo tuve repercusiones económicas durante ese periodo, sino también físicas. Mi cuerpo creció demasiado deprisa. Y a pesar de las advertencias de muchos familiares, vecinos o expertos del *congosa* más intencionado, mi cuerpo no se quedó en mi forma adolescente. Crecí y crecí más de la cuenta, más definido y más hombre de lo que habría crecido sin ejercer de arenero.

El trabajo acabó por decreto del gobierno. Por lo visto, nosotros los areneros, deteriorábamos la geografía de la playa. Además de nosotros, se les prohibió también a los cuantiosos bañistas que iban todos los días 6 de enero a dar la bienvenida al año nuevo. Estos bañistas que iban a la playa a quitarse el mal fario del año anterior, a emborracharse y a hacer salvajemente el amor bajo el agua, dejaban la playa como un vertedero industrial. Sin dejar de mencionar que cada año, había cuatro o cinco desaparecidos. Recuerdo que cuando era más pequeño, varias personas, incluido mi padre, siempre echaban la culpa de las desapariciones a los dueños de *Nomba Tú*: Mami Watá ^{sirena} ^{maléfica}, dueña y señora de todas las costas malabeñas, y a algún espíritu potente de Baney.

Yo tengo otro argumento para éste fenómeno que a día de hoy se sigue registrando en varias playas de la isla de Bioko: yo pienso

que estas desapariciones son por culpa del alcohol consumido de forma arbitraria en los momentos de alegría y devoción a los amigos, sumado al hecho, muchas veces, de no saber nadar y al mismo tiempo no dejar de beber como si hubiese una competición.

Luego de ese *curro* extremadamente físico, estuve trabajando en diferentes departamentos de la vida laboral. Primero como seguridad en la empresa de SONAVI, donde me acusaron de excederme golpeando a todos los que pensaba que venían a robarnos. Luego en unos grandes almacenes de Martínez Hnos. y, antes de acabar de taxista, de vendedor de Okomar... En ninguno de ellos llegué a cumplir seis meses, por diferentes discrepancias en la metodología en el trabajo con mis jefes. Tampoco llegué a firmar ningún contrato, por lo tanto me cobraba los finiquitos como sabía hacerlo; usando los puños. No me salía de otra manera, aunque parezca surrealista. Alguno me tachó de tener problemas psicológicos serios y otro me sugirió ponerme en manos de personas que pudieran aplacar mi ira. ¡Tonterías!

Tuve peleas de todo tipo, con compañeros de clase, con compañeros areneros, con bañistas, con clientes de mi negocio autónomo de arena, con vecinos, con jefes, con clientes y con

cualquier persona que me pareciese demasiado pesado en su trato conmigo.

Me hice hombre muy deprisa, como decía antes, pasando por varias trabas que ese día mi mente volvió a recordar para mortificarme un poquito más. Era la primera vez que me echaban de un trabajo y no había hecho nada al respecto. La silueta de la muerte planeando aquella tarde en mi cabeza, podría haber sido el motor de cambio que necesitaba mi vida para calmar los ánimos que casi siempre me invadían. Eso y obviamente una mujer. Una mujer que sin apenas darme cuenta empezaba a ser muy importante para mí. Ya saben aquello de que las mujeres son un mal necesario, yo soy de los que prefiere ahorrarme la palabra “necesario”, siendo malas ya saben cómo atraernos y cómo alejarnos. En realidad lo necesario no son ellas, sino lo que tienen y que tiene a todo hombre diciendo “sí” a cosas que su cabeza siempre ha dicho “no”.

La que me hacía decir “sí” se llamaba Maricá. Ella iba a ser mi Kryptonita, mi Olivia Pope. Ella había sabido cómo domarme cuan potro salvaje, cómo conseguir que en ese pequeño espacio entre la ira y la acción, mi mente se quedase literalmente paralizada mi boca enmudeciera y mis manos peleonas, consiguieran descansar sobre mis rodillas sin que mi mente tuviese intención de moverlas.

Majo seguramente había oído mil historias sobre mí, pero siendo un tipo tan singular, dudaba de lo que realmente había pensado. No se asomó al balcón para verme marchar, pero sinceramente me dio igual.

Al cabo de unos minutos andando, me detuve delante de una peluquería. Pensé que sería bueno acicalarme antes de presentarme en la fiesta con las mismas pintas que aquella mañana en clase.

La peluquería a la que entré, se llamaba *Bronx Niggas*, una clara alegoría al Bronx estadounidense. Aquella peluquería era como todas a las que había entrado en Malabo. En la entrada principal, había un gran dibujo del rapero americano Nelly, con unas enormes gafas oscuras, unos pendientes brillantes y los dientes de oro. En su cabeza tenía un corte de pelo muy afroamericano, con una fina línea que la atravesaba desde la parte frontal hasta la posterior. Llevaba una bata blanca de cuello chino. En los bolsillos de esta, se asomaban unas tijeras y unos peines con los que rasuraba el cabello de los clientes. En la mano derecha sujetaba una máquina que apoyaba sobre la cabeza de un cliente risueño y con la mano izquierda, hacía una pose de *real nigga*, como decían los de mi barrio. En esa mano tenía un pequeño reloj negro, que no concordaba en absoluto con la imagen real del rapero, acostumbrado a opulentos relojes de oro y diamantes. Una foto del rapero sí, pero totalmente africanizada.

La sonrisa reluciente del rapero te invitaba a entrar a la peluquería, generalmente regentada por nigerianos o cameruneses. Casi nunca eran guineanos, al guineano no le van este tipo de trabajos, prefieren los de oficina, necesitan presumir para fomentar su ego y reafirmar un estatus social que no muestra en absoluto la realidad.

Aquella peluquería estaba en la zona concurrida de Sumco, muy cerca de la carretera principal. Todavía refunfuñando, entré en ella para darle forma a mi pelo. Por lo general, desde que era niño, había dos cortes de pelo predominantes en Malabo. Ambos fueron transmitidos bajo nombres inventados por algún optimista admirador del rap americano. Uno se llamaba “Warren G”, en honor al rapero que eligió aquel nombre para darse a conocer al mundo entero. El corte era el mismo con el que aparecía este rapero en sus videoclips. Era raso, al uno, con el que se potenciaban las líneas y esquinas del cabello.

El otro era Boncorís, nombre nacido de alguna mente pensante muy preparada. A diferencia del otro corte, la parte posterior de la cabeza se rapaba al cero, y la parte anterior, se dejaba con un pelo muy raso de forma circular. Era perfecto para los niños que recibían la primera comunión. La primera y última, claro está.

Con el tiempo comenzaron a aparecer otros cortes de pelo, copiados obviamente, de los negros americanos con muchas

ganas de llamar la atención por diferentes razones de conducta. Los nuevos cortes de pelo evitaban los cortes rasos y potenciaban las crestas y la coloración del pelo en diferentes orientaciones.

Yo era un clásico, así que cuando entré y me ofrecieron sentarme en una de sus sillas, grité al peluquero desde antes de abandonar mis pertenencias en una esquina de la pequeña peluquería.

— ¡Djul! ^{Corte de pelo al cero.}

Él, entendiendo mi comanda, se puso manos a la obra. Primero, me enrolló al cuello un trozo de papel higiénico. No me preguntan para qué era, me daba igual. Luego me cubrió el cuerpo con un mantel con olor desagradable, al que sujetó con unas pinzas. Aquel peluquero, como casi todos, era muy hablador. Cortaba, y hablaba varios minutos con un camarada a viva voz. Cortaba y se paraba a darle cambio a otro compañero. Cortaba y se paraba para dar un sorbo a su cerveza. Cortaba y se paraba para ir de carrerilla a mirarle el culo a una chica que acababa de pasar por delante de su puesto de trabajo, para después compartir sus impresiones con todos los que estábamos ahí. Así, hasta terminar de eliminarme todos los pelos de la cabeza. Después de dejar la máquina en una estantería llena de polvo de talco y otros enseres para su actividad laboral, se untó las manos con colonia y las pasó por encima de mi cabeza,

haciendo que me ardiera intensamente. Después, comenzó a masajearme la cabeza. Aquel masaje comenzó a relajarme demasiado, así que le ordené que parara. Me levanté, le pagué mil francos y salí a la calle sintiendo el frescor de la noche apaciguar gentilmente mi calva frita.

Cuando había llegado al cementerio de Elá Nguema, me vino a la mente las provocaciones del sacerdote menudo y deslenguado con el que había discutido antes. Sus insinuaciones sobre los ladrones de huesos del cementerio me habían puesto de mal humor. No entendía si era una broma, o que sus comentarios fueron tan intencionados como suponía. Y si no fuese cosa del azar, ¿Cómo me había reconocido? ¿Me asociaba a la historia o es que sabía de antemano quién era mi padre? ¿Tanto me parecía a él, el profanador de tumbas que salió en las noticias durante un largo periodo? No lo veía claro por ningún lado. ¿Qué pasa que después de tantos años, ahora iban a sacar de nuevo a la luz esa parte tan lamentable de nuestro pasado? ¿No habíamos sufrido suficientes burlas y desprecios ya por aquello? ¿Habría vuelto a hacer algo mi padre recientemente? ¿Se habría cobrado la vida de algún familiar del sacerdote? ¿Era al que iban a enterrar?

Mientras caminaba por las calles de Sumco absorto en mis pensamientos, comenzó a vibrar el móvil en mis bolsillos, con la clásica melodía de Nokia. Lo extraje y miré el nombre. Enseguida

me llevé la mano derecha a la cabeza a guisa de darme un golpe de despistado.

— ¡Dime!— Le respondí escuetamente.

Comenzó a vociferar alguna cosa que no pude entender por el sonido machacón de una canción que oprimía su voz. Recordé la melodía y la reconocí: Skelewu.

— ¡No te oigo nada Eu!, pero en diez minutos como mucho estoy ahí.

Con todas las cosas que me estaban pasando aquel día, me había olvidado de lo tarde que estaba llegando a la fiesta. Encima, era uno de los organizadores, pero con mis intentos de dominar al demonio que llevaba dentro, con la muerte y la mala suerte planeando sobre mí, me había despistado un poquito.

Miré la hora de mi móvil y comprendí que llegaba tarde y llegaría aún más si me iba primero a casa. De modo que tuve que improvisar.

Me acerqué a una fuente que había delante del cementerio, por la parte de Guinaco, me quité la camisa que llevaba y sin importarme mucho las personas que pasaban por ahí, que en aquel momento eran escasas, comencé a lavarme los sobacos. Después de considerar que el olor era más soportable, me sequé con la camisa que llevaba antes y posteriormente me eché

desodorante como quien tiene cita con el mismo presidente. Me lavé la cabeza, me froté los ojos, me sequé de nuevo con la camisa y me puse la camisa azul, un tanto arrugada, que extraje de mi mochila. Después sustituí las Converse que tenía en los pies por las Timberlands de la bolsa de plástico. Me puse crema en la cara y en las manos, me colgué mi cadena al cuello y, justo cuando me coloqué al borde de la carretera para pistear a algún taxista, pasó un todoterreno a toda pastilla que me mojó los pantalones y los zapatos. Volví a respirar hondo, volví a tranquilizarme. Entonces, en plena relajación comenzó a vibrar de nuevo mi móvil. Lo extraje a regañadientes y vi que era un mensaje de mi hermana.

“dnd stas? Creo que teng problms”

No concebía que nada pasara con ella o con ninguno de mis hermanos. Su mensaje era corto pero bastante obvio. Me olvidé de la fiesta y de la puntualidad de llegar a ella. Solo quería asegurarme de que ella estaba bien, y si tenía que descargar toda la ira contenida en alguno por fin. No habría nada más gratificante que desatarme antes de llegar a la fiesta.

III. El pastor que lo saca todo.

Comencé aquella tarde moviéndome nerviosa por toda la casa, como si trabajase en algún restaurante de comida a domicilio que tuviese una fuerte demanda por las noches. Estaba llegando muy tarde a la cita y eso me ponía muy nerviosa, más por la persona con la que había quedado y por el lugar a donde íbamos.

Acordamos encontrarnos en la policía de Santa María Tres a las siete y media, pero eran ya casi las ocho y eso hacía que repitiera sin parar: “me matará, me matará, seguro que me matará”, mientras buscaba algo para cubrir las trenzas *loxs* de mi cabeza. No era apropiado exhibirlas en un lugar como al que íbamos.

Que estuviese llegando tan tarde no era culpa mía, normalmente solía ser más rápida. Me resultaba difícil elegir el vestido correcto para acudir a la cita, no quería dar una imagen equivocada a los que estuvieran ahí. Necesitaba un vestido recatado que evitara cualquier comentario indecente, pero era un asunto muy difícil porque prácticamente toda la ropa que tenía realzaba mi figura, dígame de paso.

Para evitar que me echase después la bronca, decidí llamar a mi cuñada antes de que lo hiciese ella. No tenía saldo en el teléfono, así que salí de casa corriendo hacia la abacería de *Monamí* para recargar mi móvil. Traído del francés, *mon amie* era en Malabo, cualquier africano alto (generalmente de procedencia

maliense...), con el tono de la piel más oscura y brillante y, casi siempre regentando una abacería de barrio. Estos señores, por lo que observaron mis hermanos, nunca se duchaban, únicamente se colocaban en cuclillas al borde de la carretera y con una cafetera de plástico, se lavaban la cara, las manos y los pies. Algunos vecinos decían que era un simple rito, otros que era la forma de ejercer su brujería sin que nadie se diese cuenta y pudiesen multiplicar sus ventas. Sean verdad o mentira, aquellos señores por alguna extraña razón, me daban miedo, pero fuese como fuese, todos sabíamos que si estos monamís decidieran cerrar sus abacerías durante una semana, Malabo se sumiría en un profundo caos.

— ¡Estoy en el taxi ya!— Se me ocurrió decirle cuando respondió a mi llamada.

— ¡Akíee, Sita, ya ha comenzado! ¡Date prisa! ¿No?— Me respondió como si Elá Nguema estuviese muy pegado a Santa María II.

Dicho esto y, temiendo que se me acabara los quinientos francos de saldo que acababa de recargar, colgué el teléfono. Me aseguré el fular que me cubría los hombros y me dirigí hacia el cruce que había cerca de la abacería. Ahí, pisteé a varios taxis que me ignoraron cuan leprosa pidiendo limosna. Al cabo de varios minutos, se paró uno con matrícula ilegible.

— ¡Santa María Tres!— Le grité arqueada sobre la ventanilla del copiloto.

Me respondió afirmativamente como hacen todos los taxistas de Malabo, con un bocinazo que casi me deja sorda.

Entré rápidamente en el coche con olor a asientos desgastados. Fui a ponerme el cinturón de seguridad, pero no había. Únicamente miré de reojo al conductor que se encogió de hombros.

— ¿Santa María hasta dónde?— Me preguntó.

— Delante de la policía— Le respondí nerviosa.

— Vale, pero antes tengo que dejar a esta mujer en el mercado.

Hice ademán de no importarme. Miré por el retrovisor del copiloto y pude ver a una mujer calabar vestida con un llamativo vestido amarillo que la cubría desde el cuello hasta los pies.

El taxista, como todos los taxistas de la ciudad, no fue sincero con su advertencia de pasar primero por el mercado. Antes de llegar al mercado, recogió a un pasajero en el Cruce de Hospital donde había un atasco tremendo y ruidoso con dirección a Elá Nguema, de donde veníamos. Cogió un desvío a Alcaide, luego recogió a otro cliente en la rotonda de Malabo II de Semu y lo dejó en San Valentín. Posteriormente, recogió a otro cliente al que dejó en el cruce Esono Edjó. En ese cruce, recogió a una

mujer camerunesa que se iba a Tarbay. Después de Tarbay, pasó por la embajada de Camerún, el Centro Cultural guineano, Bahía Dos y finalmente por Caracolas. Llegados a este punto, comencé a quejarme de forma más exagerada. En respuesta del taxista, recibí una amenaza de buscarme otro taxi si tenía demasiada prisa, que por qué no había salido de casa antes. Me callé inmediatamente, para evitar llevar aquel problema más allá.

Y tras varios desvíos, por fin me dejó en Santa María Tres, con la desfachatez de tratar de cobrarme mil francos. Aspecto que atajé con un insulto muy malo y un portazo. Habría preferido que me llevara mi hermano, pero odiaba la idea de tener que molestarle mientras trabajaba, a pesar de que insistía siempre en que le llamase si tuviese alguna urgencia. Además iba con la música muy alta y a una velocidad con la que no terminaba de acostumbrarme.

Santa María Tres los viernes por la noche rebosaba juventud. Varios bares acogían en sus terrazas a cientos de jóvenes absortos en conversaciones sobre mujeres y sobre coches, mientras compartían alcohol y tiempo con los amigos. Aquel barrio se conocía antes por otro nombre: "Ncandang. Con la expansión demográfica de la ciudad, adquirió otro nombre y se segmentó en varias zonas enumeradas cronológicamente.

En este auge demográfico que vivió Malabo, el barrio más beneficiado fue Semu, que mostraba la realidad social del momento en la capital de Guinea Ecuatorial. Un lugar que en muy poco tiempo, había pasado de bosque a barrio emblemático de Malabo, con vecinos que mostraban el alza de la economía del ciudadano medio malabeño y en donde se muestra mejor la diversidad étnica del país.

Eran ya las ocho y media pasadas cuando llegué a la policía de Ncandang. Dudaba que mi cuñada estuviese todavía esperando y, lo más importante, si estaba de buen humor. Sus reiteradas llamadas mientras estaba en el taxi, no auguraban un buen estado de ánimo.

La paciencia está dada a unos pocos hombres y mujeres y mi cuñada se encontraba entre ese grupo selecto de personas muy pacientes. Ella seguía ahí, de pie, de espaldas, con su particular manera de observar a las mujeres que a su juicio, vestían como ramera de oficio, muy distante a las exigencias de su iglesia. De ahí mi precaución por ponerme algo que no la sacase de quicio a ella y a sus hermanos en Cristo.

Delante de ella, al lado de un pequeño bar que colindaba con el edificio de la policía, había un 4x4 Rav4 de último modelo. Aquel coche monopolizaba toda la atención de las mujeres a las que miraba mi cuñada con recelo. Y en verdad es que sus llantas

brillaban con demasiado entusiasmo. Como dirían los malabeños, “brillaban como problema”.

Mi mente no tenía tiempo para anonadarse ante un coche de esa categoría, de modo que eché a andar, vacilante, hacía mi cuñada.

Ella, obviamente, había elegido para la ocasión mejor vestuario que yo. La sobraba experiencia. Llevaba una falda negra que la cubría hasta los tobillos y unas manoleínas muy discretas que armonizaban con el blusón blanco que vestía. Además, llevaba un pañuelo marrón que tapaba cada centímetro de su cabeza y que conjuntaba con un discreto bolso marrón.

— ¡Vaya horas!— Me dijo en cuanto se dio la vuelta para comprobar si había llegado.

— La culpa no es mía Betina, ya sabes cómo son los taxistas.

— Bueno, da igual.— Me respondió y rápidamente tiró de mi brazo mientras echaba a andar agitadamente. —No es momento de contarnos historias. A esta hora seguramente pastor Faith ya ha comenzado con las salvaciones milagrosas.

— ¿Es un hombre?— Le pregunté mientras trataba de seguir su ritmo por una estrecha callejuela que había en frente de la comisaría de policía. Asintió con la cabeza, por lo que volví a preguntar.— ¿Y se llama Faith?

— ¿Qué más te da el nombre, Sita?— Me respondió tras pararse en seco delante de un amplio *cacahuatá*, ^{charco mugriento} dispuesta a cruzarlo saltando.— Lo importante es que como te he dicho, hoy vas a poder salvarte con el hermano Faith.

Preferí cerrar el pico, dejarme llevar por las estrechas y embarradas callejuelas de uno de los barrios más extensos y poblados de Malabo. No podría adivinar si estaba todavía en Santa María Tres, o había cruzado ya al Cuatro o al Cinco. El tema de la originalidad de los nombres, debería ser abordado de alguna manera en los siguientes plenos del ayuntamiento de Malabo.

No tenía ganas de que ningún Pastor Fe me salvara del pecado. Conocía bastante de sobra los tejemanejes de estas iglesias y sus pastores nigerianos. Por eso, por lo general eludía sus invitaciones o cualquier cosa que tuviera que ver con ellas. Pero aun así, ahí estaba yo con mi cuñada, yendo a salvarme, yendo a limpiar mi mal de ojo, mi dolor de cabeza, mis repentinas visiones de serpientes en mi casa, mis visiones con fantasmas, mi esterilidad, mi falta de trabajo, mi dolor de espalda, mi insomnio, mis visiones con *mami watás*, mis problemas con mi familia, mi mala suerte, las envidias que tenían los demás sobre mí, cambiar mi condición de pobre a rico, mis amenazas de muerte....O por lo menos eso me prometían sanarme en el folleto que me dio unos días antes mi cuñada.

Yo me dejé llevar para agradar a mi novio de entonces, para que viese cuánto me importaba y cuán comprometida estaba con su familia. Una decisión poco madura y más achacada a las ganas de encajar que de otra cosa.

Al igual que yo, él creció sólo con su madre y sus hermanas. Su padre murió de forma repentina en el *casabar* de una vecina. Llevaba varios días de *ambiente* tras cobrar un finiquito y cuando por fin llegó al barrio, se fue a casa de la vecina para seguir bebiendo, pero su cuerpo no aguantó tanto alcohol y tantos días sin comer y cayó redondo en una de las mesas, donde dejó su último aliento.

Su madre, a través del comercio de *asamse*, había conseguido dar a sus hijos una vida menos laboriosa que la mía y la de mis hermanos. Dos de sus hijas estaban estudiando en el extranjero y sólo mi novio y Betina seguían en Malabo, esperando a terminar los estudios y juntarse con sus hermanas en España.

Era afortunada de tenerle en mi vida y cualquier cosa que pudiese hacer para que lo entendiese, así lo hacía. De modo que estaba atravesando medio Santa María Tres con mi cuñada veloz, en busca de su iglesia que sanaba el cuerpo y el espíritu.

Después de varios minutos yendo a todo trapo por las callejuelas de Santa María Tres o Dos, llegamos a la iglesia, una enorme casa de madera, con una entrada sin puerta. Sobre la entrada

habían pintado una enorme cruz blanca y encima de esta, pintado en letras mayúsculas verdes, rezaba el nombre de la pequeña capilla: “Iglesia Bíblica de la Última Cruzada del Advenimiento del Liberador y Redentor de los Hijos del Mesías de Santa María III”. Nombre que hizo que se asomara una pequeña sonrisa en la comisura de mis labios.

Entramos sin dilación alguna a la iglesia de donde provenían canciones animadas que ensalzaban las bienaventuranzas de Jesús. El techo de la iglesia acogía varios ventiladores, rodeados de motivos florales de vidrio. Había varias hileras de sillas blancas individuales de plástico que comenzaban desde la entrada hasta el altar, erguido sobre cuatro escalones. Delante de cada silla de plástico, estaban los hermanos y hermanas de pie, con las manos abiertas y levantadas, la cabeza negando alguna afirmación y los ojos cerrados con fuerza. Por el movimiento de algunos, parecía que hacían el juego de la ola.

Murmullos de cada una de las bocas de los hermanos y hermanas afligidos por la culpa y el remordimiento interno, los deseos impuros, y las súplicas del perdón al Dios todopoderoso, inundaban la pequeña Iglesia Bíblica de la Última Cruzada del Advenimiento del Liberador y Redentor de los Hijos del Mesías de Santa María III”.

El pastor Feith y su traductora, se encontraban de pie en el altar, ambos con sendos micrófonos en las manos. El pastor llevaba un pulcro traje negro, con camisa fucsia y corbata negra con lunares verdes. En el bolsillo de la chaqueta tenía un pañuelo del mismo color que la camisa. Era calvo y sudaba más de lo que le había visto a nadie sudar. Gritaba con su poderosa voz las alabanzas que traducía su acompañante. Ella era una mujer alta, no muy agraciada. Llevaba atada a la cabeza un pañuelo blanco. Sus ojos eran grandes y un poco salidos de sus cuencas. Tenía dentadura abrupta y los pómulos hundidos. Vestía una camisa azul que transparentaba su sudor y un sostén arcaico de color naranja que se descubría por el sudor de su camisa. La falda negra que tenía era idéntica a la de Betina, pero a ella le parecía quedar demasiado larga, a pesar de su cuerpo alargado. Ella traducía veloz lo que a su entender decía el pastor de la iglesia.

Detrás de ellos se encontraba la banda de la iglesia: un batería, un bajista y un pianista. En el momento en el que entramos estaban como el resto de fieles, balanceándose y agitando las manos abiertas en el aire. El bajista, con camisa de flores blancas y rojas, me recordaba mucho a mi padre, por su mostacho prominente y sus ojos hundidos. Pero ubicar a mi padre en una iglesia, era como desear la paz en el mundo.

— ¡Sentémonos ahí!— Me señaló dos sillas de plástico al lado de una ventana sin ventana.

Ocupamos las sillas inmediatamente. A mi lado se encontraba una mujer de avanzada edad que apenas se la escuchaba murmurar, sólo se balanceaba siguiendo los murmullos de los demás.

Mi cuñada abrió el bolso marrón que colgaba de su mano durante nuestra maratón por las callejuelas de Santa María Tres, o quizá Cinco. De él desenterró una biblia con tapa negra que colocó lentamente sobre su regazo, mientras metía de nuevo las cosas que había sacado para poder llegar a la biblia.

— ¡Esta es la Biblia buena!— Me dijo en medio de los murmullos de sus hermanos y sus hermanas en Cristo.— El de los católicos está lleno de contradicciones, mentiras y sobre información.

“¿Acaso no es la misma biblia? ¿No hablan de la misma persona o personas?” Me pregunté a mi misma, sin responder nada a la nueva información que me habían revelado. Dejó la biblia en la silla y se levantó para unirse a las gargantas que murmuraban oraciones personales, llenas de promesas y de arrepentimiento. Me cogió de la mano y tiró de mí con fuerza para que me uniera a ella y al resto de los fieles que seguían haciendo la ola mientras escupían palabras con fuerza.

El pastor Feith, que se había tomado un respiro en sus alabanzas y bendiciones, se levantó súbitamente cuando el bajista de la camisa de flores comenzó a tocar una melodiosa composición

con exultante alegría. Rápidamente le siguieron el pianista y el baterista. El pastor agarró el micrófono y con sobrada experiencia, comenzó a cantar las beldades de Dios, mientras los fieles repetían melódicamente sus afirmaciones.

Dios es bueno

Dios es bueno

Dios nos ama

Dios nos ama

Quiere que seamos pacientes

Quiere que seamos pacientes

Quiere que veneremos su nombre

Quiere que veneremos su nombre

Amén hermanos y hermanas.

Con la repetición de esta sencilla letra, estuvieron cantando y bailando durante media hora. Algunos lloraban de la emoción rítmica y otros lo hacían por lo cargante que eran esas palabras para el mal que habían infligido en sus hermanos, cónyuges y vecinos.

Comencé a sentirme incómoda con tanta batería y punteo de piano. No entendía si el pianista lo hacía a propósito o era que en realidad no sabía tocar o interpretar una partitura, si es que la

tuvieran. La verdad era que sus acordes no encajaban en absoluto en la maquetación de la pieza musical tan bien llevada por el bajista y el baterista. Y aunque aquel señor tocaba con un único dedo, sonreía más que sus compañeros, aspecto que no entendí en absoluto.

Al cabo de los treinta minutos, pararon la música y todos los fieles se sentaron ruidosamente, visiblemente sudados y cansados. En aquel instante, el pastor Feith se quitó la chaqueta, la colocó en la silla que tenía para él en el altar, agarró con contundencia el micrófono y comenzó a hablar en inglés.

Yo entendía todo lo que decía, porque más que inglés, eso era pichi puro y duro. Era la lengua oficial de mi barrio, por eso mismo sabía muy bien de qué hablaba. Su alargada traductora, transcribía al español lo que pensaba que habría querido decir el pastor y eso me provocaba una risa que intentaba contener como bien podía.

— ¡Gracias hermanos y hermanas!— Comenzó a decir el pastor en pichi.— Sois unos fieles devotos y hoy Dios ha escuchado nuestras alabanzas, ¡claro que las ha escuchado! No las del pastor Feith, sino las alabanzas de cada uno de nosotros.

...Hoy me alegra el alma teneros a muchos de vosotros con nosotros, sobre todo si sois nuevos en nuestra familia. Eso significa que nuestra pequeña iglesia de madera, se está

irguiendo sobre unos fuertes cimientos. Significa que se está corriendo la voz de que el espíritu del señor está en cada uno de los rincones de esta casa de Dios. Por eso antes de continuar con nuestro culto, es necesario que recibamos a los nuevos miembros como sabemos hacerlo.

Enseguida todos los feligreses se pusieron de pie, se giraron sobre sus talones y clavaron los ojos a los supuestos nuevos que habíamos llegado aquel día, yo misma incluida, por supuesto. Y tras un breve minuto en silencio y con rostros serios, comenzaron a aplaudir con fuerza y a vitorearnos, provocando que más de uno se asustara y luego sonriera como un niño al que acababan de sorprender por su cumpleaños. Yo también me asusté, dígame de paso.

El pastor Feith bajó del altar pausadamente. Los hermanos y hermanas en Cristo resucitado y sacramentado, se dieron la vuelta para recibirle. Era un hombre corpulento cuando lo tenías de cerca.

Se acercó a la primera fila de sillas de plástico ocupadas en su totalidad por mujeres de avanzada edad, sudadas y prestas a cualquier experimento religioso al que les sometiese el pastor. Todas hicieron una reverencia cuando el pastor Feith pasó su mano por encima de la cabeza de cada una. Alguna levantó la mano al cielo en señal de gratitud, otras comenzaron a llorar

ahogadamente y la más joven del grupo de mujeres de edad avanzada, comenzó a golpear con violencia su pierna derecha contra el suelo, mientras balanceaba su mano en el aire. Era sorprendente el poder que tenía aquel señor con sus feligreses.

Poco a poco comenzó a acercarse a nuestra hilera de sillas. Estaba abrumada por la situación, por eso un calor incómodo comenzó a recorrer mi cuerpo. No me apetecía en absoluto tener las manos de aquel señor nigeriano en mi cabeza. No era nada racial, simplemente me daba miedo y no sabía por qué. Tenía unas manazas que podría cubrirme la cara entera.

Mi cuñada mantenía los ojos cerrados y sus manos apretujando las mías siempre que su oración alcanzaba su clímax.

Antes de llegar a nuestra hilera, el pastor Feith se detuvo en seco delante de un chico de más o menos mi edad. El chico llevaba una camisa amarilla chillona y unos pantalones caquis azules con líneas verticales, también de amarillo. Al pantalón lo sujetaba un cinturón naranja que combinaba con sus mocasines. Como se decía en mi barrio cuando alguien vestía estrafalariamente, “Böto, na decisión. Chume, na coraje” ^{vestir así es una decisión, salir a la calle así es sólo coraje}

— ¡Sal de él!— Gritó el pastor, mientras le colocaba la manaza abierta sobre el pecho, — ¡Sal de él!— Continuó diciendo hasta

que comenzó a vibrarle la mano de forma alarmante sobre el pecho del chico.

— ¡Sal de él te digo, Satanás!— continuó gritando.— ¡Aparta tus manos demoníacas del corazón de este chico que nada te debe. ¡Sal, te digo Satán...aquí no tienes lugar! ¡Sal, maldito monstruo del Averno!, ¡Sal príncipe de las tinieblas, del abismo y de las peripecias humanas! ¡Abandona este cuerpo, abandónalo ya! *In the name of Jdisos*”

Además de quedarme, de repente, asombrada por el amplio vocabulario hispánico del pastor, mis ojos presenciaron cómo se desplomaba el cuerpo de metro ochenta de aquel chico de ropa llamativa. Su cuerpo cayó sobre las baldosas marrones de la iglesia y comenzó a convulsionar de forma impresionante. Los hermanos y hermanas al ver este acto, alzaron su grito al cielo y con exclamaciones desconcertantes, pidieron por el alma del muchacho convulso.

Miré de reojo a la anciana que había a nuestro lado. Estaba quieta, con las manos y los hombros caídos y la cabeza gacha. Parecía fuera de sí misma, como atravesando un trance profundo. Mi corazón comenzó a bombear demasiada sangre al resto de mi cuerpo. En una breve fracción de segundo, ella también comenzó a convulsionar. A diferencia del chico llamativo que seguía dando coletazos en el suelo, ella comenzó a

sacar una espuma blanca por la boca. El pastor Feith enseguida abandonó los rezos al chico y se acercó a ella con dos amplias zancadas, que se podían escuchar desde la policía de Santamaría. Y siguiendo el mismo ritual con el chico, comenzó a aplicar fuerza en el pecho de la mujer y a repetir las anteriores increpaciones a Satán.

La mujer anciana comenzó a hablar en otra lengua. Puso los ojos en blanco perfecto y rápidamente perdió el centro de la gravedad y se cayó al suelo, convulsionándose agitadamente.

Tres hileras de asientos más allá de nosotros, en una esquina con una ventana, un hombre que rondaba la cuarentena, comenzó a gritar encolerizado. Llevaba chaqueta negra y sombrero de hausa. Después de sus espantosos gritos, sus manos, con dedos largos como palillos, empezaron a tiritar. La expresión de su cara fue yendo a peor según se acercaba el pastor.

El hombre fue reculando evitando la mano del pastor, hasta llegar a las escaleras del altar, donde se cayó de culo. Cuando se sintió preso, comenzó a respirar agitadamente mientras subía las escaleras arrastrando el trasero.

— ¡Deja en paz a estas personas, Lucifer!— comenzó a vociferar el pastor, mientras se acercaba lentamente al señor poseído por Satán.

— ¡No sabes lo que soy capaz de hacer, hombre mortal!—
Respondió el aludido, con voz tenebrosa e infernal. De ese tipo de voces forzadas que a la larga podrían acarear unos problemas serios en las cuerdas vocales.

Decirme que estaba alucinando con todo lo que estaba viendo sería quedarse corta. Los otros hermanos que iban por primera vez, tenían los ojos muy abiertos y la actitud previa a la huida. Había una mujer que se escondía detrás de quien seguramente la había llevado al culto y que permanecía inalterable. Otra mujer trataba de quedarse sin uñas porque no paraba de comérselas.

— ¡Deja en paz a estas personas, demonio infernal!— Volvió a gritar el pastor, mirando tanto al chico de indumentaria chillona, como a la anciana que seguía en el suelo arañando y echando espuma blanca por la boca.

Tenía el corazón en un puño. No estaba dando crédito a lo que estaba viendo. No sabía que en una iglesia como aquella tuviesen el don divino para la expulsión de demonios, con tanta autoridad, con tanto desparpajo y con tanta convicción.

Mi cuñada seguía con los ojos cerrados, de pie y aferrando mi mano sobre su pecho. Intenté zafarme de ella, pero era más fuerte que yo, de modo que no pude. Cuando pensaba que no podría tener una noche más demoníaca, sentí la presencia del pastor erguirse sobre mí. Levanté los ojos y, ahí estaba él de pie,

mirándome complaciente. Tenía los ojos marrones intensos y debajo de estos, sobre la piel, varias marcas de cicatrices que surcaban en vertical su cara.

Sus ojos me escrutaron durante un largo periodo, amenizado por el punteo siniestro del pianista. Tras su observación, levantó la mano sobre mí y, a viva voz, comenzó a orar en inglés. No entendía nada de lo que decía, porque su inglés se había vuelto de repente muy gutural, muy inglés. Las palabras *punish you*, *Jdisos*, *evil* y *hell* fueron las únicas que pude entender correctamente.

Los endemoniados de antes estaban más calmados, por eso prefirió buscar a más demonios o entes peligrosos a los que fulminar con su poder divino.

— ¿What is your name, sistá? ^{¿Cuál es tu nombre, hermana?} — Me preguntó más sereno tras su enérgica oración sobre la base de mi cabeza.

— Sita.— Respondí entre dientes y ruborizada.

— ¡So, you papá get big spirit! ^{¡Así que tu padre tiene un gran espíritu!} — Me sonrió tras esa afirmación desconcertante. ¿De qué conocería a mi padre? ¿Quién le había hablado de él, de su relación con el mundo de la brujería? ¿Cómo es que lo decía con tanta convicción, como si conociese la historia de todos sus nuevos

feligreses? ¿Le habría contado mi cuñada? ¿Cuánto sabía ella de mi vida? ¿Se lo había contado mi novio?

Fuese la respuesta que fuese, no me gustó que sacara el tema. No tanto porque hubiese un público que fuese a juzgar a las personas nuevas que se unían a la iglesia, sino porque siempre fue un tema delicado y controvertido para mí. No me gustaba hablar de él ni que lo hiciera otra persona. A mí y al resto de mi familia nos parecía un tema que debería sepultarse en nuestros recuerdos. Es así que únicamente le respondí con una breve y fugaz sonrisa.

Me respondió con otra sonrisa, me acarició la barbilla, se mordió el labio inferior y se alejó de mí sobre sus pasos, sin dejar de mirarme a los ojos, ni a mí ni a mi cuñada. No entendí la mirada a mi cuñada en aquel preciso instante, pero más tarde lo entendería.

Agradecí no sentir la necesidad de brincar, de convulsionarme o de expulsar saliva de la boca, pero sí, una enorme vergüenza por acaparar las miradas de los hermanos y hermanas de la sala.

Volvió al altar, donde seguía el endemoniado, sentado en las escaleras, con un zumo de naranja que precipitaba rápidamente por su garganta. El pastor Feith tosió varias veces y comenzó de nuevo a hablar en inglés nigeriano, transcrito al español por la hermana que lo esperaba sentada en el altar.

— Después de las oraciones de salvación, hermanos, podemos seguir con nuestro culto. Ahora pasaremos las cestas para recoger los diezmos que nos ayudarán a arreglar la fachada de nuestra preciosa iglesia y comprar comida para los ancianos de los pueblos.

Mientras pronunciaban a la par estas palabras, varias hermanitas comenzaron a recorrer las filas de sillas que habían dispuestas en frente del altar. Los fieles depositaron sobres y dinero en efectivo en las cestas.

Cuando pasaron por delante de nosotras, mi cuñada cobró el conocimiento terrenal, hurgó en su bolso y sacó un fajo de billetes morados que depositó en la bandeja de nipa que portaba una niña de ojos claros y coletas alisadas.

Me pusieron la bandeja en las narices. Ese gesto contundente, me obligó a sacar de mi bolso un quinientos escondido en el doble foro del bolso, destinado a emergencias. Los deposité rápidamente en la bandeja. La niña arqueó las cejas y me fulminó con la mirada. Me entraron ganas de sacarle la lengua, pero me limité a mirar de frente como si estuviese en un desfile militar. Ella se cansó de esperar algún tipo de reacción y siguió avanzando por la sala, sin dejar de lanzarme de cuando en cuando, pequeñas miradas de rencor y asco.

Pasé el resto de la celebración sentada y con la mente y el corazón en otras partes. Después de varias lecturas del pasaje de Cristo que ya conocía de memoria, el pastor se perdió por una puerta en el altar y mi cuñada me despertó de mi letargo indicándome la salida con la cabeza. Entendí y agradecí aquel gesto. Agarré mi bolso y comencé a perseguir la puerta como si viese el dorado después de ella. Otros tantos hermanos siguieron nuestro gesto, dando por concluida la ceremonia.

Bastantes iglesias nigerianas y de otras zonas de África, animadas por el poder económico creciente guineano, se instalaron en las grandes ciudades y fundaron iglesias con nombres despampanantes. Muchas de ellas, no todas, con el propósito de lucrarse y cobrar favores sexuales a las feligresas más comprometidas. Se dieron casos bastante desagradables de pastores que fueron pillados con las mujeres de otros. Éstos, sumidos en una vergüenza por ser señalados en la ciudad como los cornudos de turno (en Malabo todo se sabe), acaban haciendo una de estas cosas: *rompen* su relación con su mujer, perdonan a su mujer, pegan al pastor que los ha ofendido, buscan medios para echarlo del país, obligan al pastor a casarse con la mujer, cierran el chiringuito al pastor o en casos extremos, matan a los dos amantes. Hay quienes eligen más de una opción, siempre y cuando aplaque su indignación.

Otros ni siquiera eran realmente pastores, simplemente extranjeros invitados por otro guineano para que ambos se lucren gracias al engaño y a la manipulación a la que someten a sus creyentes. Aspectos detestables y una falta de respeto a las personas que acuden a estas iglesias para alejarse de la senda del pecado, sin esperar ser mentidos y robados.

Recorrimos de nuevo las callejuelas hasta llegar a nuestro punto de partida, delante de la comisaría de policía. Ahí encontramos al pastor y a su traductora. Él se había quitado la chaqueta y la cargaba en un brazo. Con el otro cargaba unas bolsas de plástico que, por la forma y textura, deduje que eran los diezmos que se habían recogido hacía unos minutos.

Al vernos, se acercó alegre hasta donde estábamos nosotras paradas.

— ¡Hola, hermanas!— Nos saludó cordialmente.

— ¡Hola!— Respondimos las dos al unísono. Solo que mi cuñada lo hizo con más alegría.

— ¡No sabía que tenías hermanitas tan *guapa*, Betina!— Me encogí de hombros tras su afirmación.— Espero que pueda venir a más cultos con nosotros.

— ¡No es mi hermana!— Respondió mi cuñada y en esa afirmación se quedó. No quiso ampliar la información, no quiso

decir que era la novia de su hermano y por eso la miré desconcertada.

— Pues es muy bonita.

Me sorprendía cómo había cambiado su acento en tan poco tiempo, pero no dije nada y permanecí de pie mirando a ninguna parte.

— ¿Queréis que os lleve?— rompió el silencio incómodo que habían dejado sus últimas palabras.

— ¡Sí!— Respondió mi cuñada antes de que pudiese reaccionar.

— ¡Venga, subir!— Nos instó tras pulsar un botón de una llave que tenía en la mano que sostenía la chaqueta.

Enseguida se alumbraron los faros del 4x4 Rav4 de último modelo que captaba la atención de las chicas a las que observaba mi cuñada. El mismo con el que antes había fantaseado antes de enfilarse por las callejuelas.

Según se abrieron las puertas, mi cuñada entró en el coche sin mirarme, preguntarme o sugerirme. Yo la acompañé.

Recuerdo que nos sentamos ambas en la parte posterior del vehículo. El pastor Feith y la hermana traductora se sentaron delante. Puso en marcha el coche y comenzó a alejarse de su estacionamiento, para luego incorporarse al tráfico.

Dejó a la hermana traductora en Sampaka, después a mi cuñada, que no paraba de reírse de sus chistes sobre perros y gatos, en Amilivia. Quise apearme con ella, pero me sugirió que era muy tarde y era mejor que el pastor me dejara en casa. No me sedujo la idea, pero tampoco me opuse.

— ¿Eres siempre tan callada?— Me preguntó el pastor en el momento en el que alcanzamos la rotonda del Cruce de Hospital.

—Sí.— Le respondí secamente.

— Espero no haberte ofendido en todo este tiempo...

— Tranquilo, está todo bien. Es que estoy bastante cansada porque mañana será un día muy largo para mí.

— ¿Tienes que ir a algún sitio? Me llamas y te paso a recoger, no es ningún problema para mí.

— No, tranquilo. Está todo bien.

— ¿Y crees que volverás al culto mañana o el domingo?

—No.

— ¿Te incomoda, o te he incomodado durante el culto?

Noté en aquel momento, sobre el puente de Matadero, que comenzaba a desacelerar. No había mucho tráfico y me sentí nerviosa por primera vez.

— Ahora sí.— Respondí con la voz entrecortada.

— Lo siento. Sólo que me has gustado mucho y quería saber si te volvería a ver algún día.

— No.

— ¡Wow, qué directa!— Se echó a reír, pero terminó diciendo.— Entiendo.

Más le valía entenderlo. No me cabía en la cabeza involucrarme en aquel tipo de situaciones. Había visto y oído muchas cosas para la edad que tenía. Una adolescente con un hombre que podría ser sobradamente su padre, ciervo del señor, con iglesia y feligreses. No. Me daba muy malas vibraciones y lo único que necesitaba era llegar a casa y, por lo que observaba, trataba de ralentizar mi deseo.

Llegamos a la rotonda del cementerio y, antes de coger la salida hacia Elá Nguema, tomó la que iba al cruce Fishtown, a toda velocidad, salpicando de barro a uno que estaba al borde de la carretera. Por su complexión podría asegurar que se trataba de mi hermano, pero no le vi bien.

— ¡Yo te he dicho que voy a Calle Bata!— Le reprendí con los dientes apretados.

— Lo sé.— Me respondió sin inmutarse.— He de recoger a alguien en este cruce.

No me gustó nada lo que acababa de escuchar y por eso cogí rápidamente el móvil para escribirle un mensaje a mi hermano mayor. Debía ser un mensaje escueto y que mostrara la urgencia de mi necesidad.

“dnd stas? Creo que teng problms”

Los nervios hicieron que comenzara a imaginarme las diferentes formas que habría de escapar. Me acerqué a la puerta y me aseguré de que no estuviese puesto el seguro. Y no, no lo estaba.

Cuando llegamos al cruce Fishtown, el pastor estacionó el coche en frente del supermercado EGTC y tras unos segundos, se subió a la parte delantera, una chica más o menos de mi edad. Entonces me tranquilicé y volví a escribir rápidamente a Pepín, antes de que le diera uno de sus ataques y pusiese la ciudad de Malabo patas arriba hasta encontrarme.

“Calma, calma, ya stoy bien”

No recibí ningún mensaje en los siguientes minutos hasta llegar a casa, así que supuse que estaba todo bien. Me apeé y sin despedirme, me alejé del coche del expulsador de demonios que había estado haciendo carantoñas con la muchacha que acababa de recoger.

Mi barrio daba igual la hora que fuese, siempre había actividad, sea del tipo que sea. Aquel día los amigos de mi hermano estaban

en la carretera principal jugando a los dados, juego que atribuyen a los delincuentes y apostadores compulsivos.

En la calle perpendicular a la nuestra, varios niños seguían jugando al fútbol, pasando por alto el último atropello que hubo recientemente en aquel mismo lugar. Gabritín, el hijo de la tía Gecolina, había sido embestido y luego arrastrado violentamente por un taxista que iba con demasiada prisa en una carretera siempre llena de gente, puesto que los espacios de la acera estaban siempre ocupados por coches aparcados. El taxista salió indemne y se fue del lugar con la misma elegancia con la que llegó, haciendo mucho ruido y yendo a demasiada velocidad. Aquellos chiquillos no tenían otro lugar a donde ir a imitar a los futbolistas a los que veneraban. Siguieron jugando después de clase sobre el asfalto, descalzos y aprovechando la luz de las farolas que cuando no miraba nadie, se apagaban.

— ¿Usai yu comot di jawa so? ^{¿De dónde vienes a estas horas?} — Se apresuró a preguntarme uno de ellos llamado Boyé, conocido como el maltratador de animales.— Afta na tron buga. ^{Encima en un cochazo} A respet yu mi sista. ^{Te respeto hermana}

— ¡No me ves nada eh!

Sonreí con la tranquilidad que me daba estar por fin en mi barrio. Me encogí de hombros y continué por sus callecitas hasta llegar a casa. Había luz y eso me animó a entrar.

Pasé la mano por la ventana que había a un lado de la puerta y, con un poco de maña, conseguí tirar del pestillo. No había nadie y todo permanecía como lo había dejado antes de ir a la iglesia que bien podría calificar como teatro muy bien preparado. No era fácil de impresionar.

No era de extrañar que no hubiese nadie, era viernes y eso en mi casa significaba independencia. Seguramente mi madre andaría con sus hermanas en algún guateque para la segunda edad. Mi hermano mayor estaría con su taxi subiendo y bajando a toda velocidad por toda la ciudad. Mis hermanos gemelos en algún concierto en el centro cultural o en algún bar con mujeres mayores. Y mis hermanitos seguramente en algún cyber jugando a los videojuegos. Cabe resaltar que el último de mis hermanos era un virtuoso de estos juegos cibernéticos. Su infancia fue un poco más desagradable que la nuestra puesto que padecía de autismo, cuando todos pensábamos que había sido embrujado por los amigos de mi padre. Siendo tan joven, había pasado por un montón de curanderías que aseguraban ser capaces de callar a los espíritus que lo estaban atormentando y hacían que hablase y se riese solo. Menos mal que conocimos a sor Sonsoles que pudo ayudar a mi hermano y por consiguiente a nuestra familia.

Me fui a la habitación que compartía con mis hermanos. No tenía ni la más mínima gana de quedarme fuera a charlar con

Mayte, que seguramente estaría en algún lugar oscuro, cerca de casa hablando sobre sexo.

Me desvestí y decidí ponerme algo más cómodo. Elegí un short ajustado, con la bandera de Estados Unidos estampada. Short que acogía rebosante, el trasero genético que me había dado mi madre. “Culo tanque”, decían mis amigas. En otras culturas quizá importe más una cara bonita, o unos senos bonitos, pero no en la cultura guineana, no en la cultura africana en general. Importa más unos atributos como los míos. Me enorgullecía, ¡claro que sí!, aunque debía ser precavida con lo que me ponía para ir a la calle, pues debía evitar darle motivos a los hombres de mi barrio que se valían de cualquier artimaña para hablar conmigo: saludándome cortésmente o insultándome. Todo valía para llamar mi atención. Atención que les resultaba difícil de conseguir, pues no había nada más placentero para mí que hacerme la interesante.

Mi mente y yo nos hicimos fuertes en estos tiempos. Tiempos en los que el sexo en Malabo y, me atrevería a decir que en todas las regiones del país, era sumamente demandado a cualquier precio. Tenía la fuerza de voluntad necesaria para decir que no a cualquier hombre que trataba de tener algo conmigo, fuertemente abducido por mi trasero, por mis senos, o por mis labios carnosos. No era trofeo de nadie y tampoco quería sumarme al bucle vicioso que se había creado en torno a este

fenómeno social tan desproporcionado y que dejaba sobre todo en mal lugar a todas las mujeres de mi ciudad, abducidas por el placer y el dinero deshonestos.

Mis amigas decían que según perdería la virginidad, mi mente y yo dejaríamos de ponernos de acuerdo. Que el dinero manipula a la mente siempre, el deseo manipula a la persona, a la razón y a la mente al unísono. “Bobadas” les repetía siempre que le decía que no a alguno que trataba de llegar a mí a través del dinero o promesas obscenas.

El hecho de que una gran mayoría de la población femenina malabeña se rigiese por unos cánones tan materialistas, no significaba en absoluto que yo también tuviese que terminar rigiéndome por los mismos. Es verdad que la vida es traicionera, pero cada uno debía saber cómo enfrentarse a ella, con qué armas luchar contra ella. Independientemente de las veces que te ponga la zancadilla, siempre podrías aprovisionarte de nuevas armas y clavársela con ahínco en el intestino grueso.

No nos preguntan si deseamos la vida que nos toca vivir, simplemente el vaivén de ella misma, nos la impone. Lo único que podemos hacer es saber cómo vivirla durante el tiempo en que nos toca a cada uno. Y yo por lo pronto, no me había planteado cambiar mi cuerpo por objetos materiales, sea cual sea mi situación. Era joven, muy joven, pero no quería acabar como

tantas mujeres que conocía que de puertas para fuera parecían felices, pero que de puertas para dentro sufrían lo que no está escrito.

Yo elegí utilizar los estudios, mi cabeza y mi feminismo para luchar contra ella. Porque sé que la vida es un hombre con ropas, tacones y pintalabios de mujer y, yo sabía cómo manejar a los hombres y, al mismo tiempo sabía cómo pensaban las mujeres. Estas mujeres que podrían ser tu mejor amiga y al mismo tiempo tratar de quitarte todo lo bueno que tienes, sin importarle si es tu vida, tu ropa, tu dinero, tu negocio, tu marido o tu propia familia, con tal de estar en tu lugar.

Mientras me ponía cómoda, mi mente se ocupó al detalle de lo importante que iba a ser el día siguiente. Y mientras lo hacía, mis manos prepararon un bocadillo de chocolate *tartina* con aceite de oliva, que degusté tumbada en el sofá (podría haber escrito un ensayo sobre el placer que me daba comer chocolate). Acompañé al bocadillo de chocolate con una fanta litoral. Sí, esa fanta que tenía sabor de todo, menos de fanta. Agua, azúcar y colorante, así lo definía mi madre.

Cogí el mando de la tele y marqué el número de televisa, a ver qué echaban.

“¡Bingo! Pasión de Gavilanes”, no me cansaba de verla. Me acomodé bien en el sofá deteriorado que teníamos puesto encima

de nuestro suelo mitad cemento, mitad barro y sin darme cuenta me sumí en un breve pero intenso sueño.

Me desperté sobresaltada por la irrupción de mis hermanitos en casa, gritando y saltando de júbilo. Me sentí cansada y con ganas de seguir con mi sueño en algún lugar menos ruidoso. De modo que recogí la mesita de madera de ceiba en la que había colocado el chocolate y la bolsa de panes y me dirigí a la habitación. Cogí mi móvil y antes de que me venciese el sueño, envié un último mensaje a Tahatá.

*“Hy n h sbid nad d ti.Sper k stes bien. Tenms k hblar d u hrmana.
Tlovo”*

Puse mi alarma y me quedé dormida.

IV. El inspector Mbó

Las peores veinticuatro horas de mi vida comenzaron de forma angustiada, como premonición a todas las cosas que me pasarían a mí y a mi familia.

Me desperté a las ocho de la tarde de aquel viernes en el hospital general de Malabo. A medida que cobraba el sentido, noté la presión de una venda en mi cabeza. Lo segundo que identifiqué, fue el olor del hospital de Malabo y un gran foco de luz blanca apuntándome directamente a los ojos, provocando que éstos se cerraran como medida disuasoria a la susodicha luz. Sentí náuseas enseguida, no por aquella luz cegadora, sino por el olor del hospital. Olor a medicamentos, vendas, heridas, pus y cicatrices que hicieron que mi estómago se retorciera violentamente.

No me tardó mucho tiempo concienciarme de dónde estaba. Además de las vendas en la cabeza, sentí las punzadas de dos agujas que me atravesaban las venas y obligaban a mis brazos permanecer quietos.

Al cabo de un instante parpadeando, pude abrir completamente los ojos. En frente de mi cama, en la pared, había un reloj negro y blanco que marcaba la hora de forma pausada y con un sonido bastante molesto para el dolor tan punzante de mi cabeza. A un lado de la cama, se encontraba una enfermera que, a juzgar por

su cara, odiaba abiertamente el trabajo que realizaba. No me sonrió, no me puso los ojos en blanco, no hizo nada más que existir en aquel preciso instante. Fue fácil deducir que no me había muerto, aquella mujer no tenía la típica cara de ángel ni de demonio. Tenía cara de cualquier palabra que se alejara, al mismo tiempo, de felicidad e infelicidad.

— El doctor ha dicho que te falta por pasar un suero que aquí no tenemos. Tienes que ir a preguntar en la farmacia Los Ángeles, ahí es el único sitio donde lo puedes encontrar.

Sus palabras me cogieron totalmente desprevenido. ¿Y si fuese seguro que sin ese suero no viviría para contar mi versión de esta historia, me habrían despertado para ir a buscarlo? No era la primera vez que estaba en el hospital y faltasen medicamentos para combatir la dolencia de algún paciente. Hasta que no lo vives en tus carnes, no tiene mucha importancia, únicamente un enfado pasajero que exteriorizabas cuando te encontrabas lejos de la enfermera, no vaya a ser que no atiendan a tu familiar o conocido. Las enfermeras te miraban y, como si las molestase muchísimo su trabajo, te daban la información que la falta de medicamentos y seguían con sus vidas como si la cosa no fuera con ellas. Soy de los que piensa que muchas vidas se hubieran salvado en aquel hospital de no ser por la arrogancia de muchas enfermeras y doctores que trabajan en el servicio de urgencias

como si estuviesen poniendo mojitos en la playa. ¡Es un hospital, por el amor de Dios!

Traté de incorporarme, pero me fallaron las fuerzas. Y puesto que el dolor va ligado a los recuerdos, inundaron mi mente varios fragmentos inconexos del accidente que había sufrido. Aquellos fragmentos inconexos como flashes de una cámara digital en la oscuridad, hicieron que me doliera aún más la cabeza. Me dolió tanto que me salieron dos gruesas gotas de lágrimas en los ojos, que surcaron por mis mejillas hasta morir en la perrilla de mi mentón.

Entonces me acordé de cómo y por qué había aparecido en aquel hospital, con fuertes dolores en la cabeza, en la espalda y en las piernas. Había sobrevivido a un accidente que acabó por enterar mi conciencia en algún lugar oscuro y volátil de mi subconsciente.

Mientras me alegraba de volver a nacer otra vez y, sin tiempo a unir todos los flecos del accidente, irrumpieron en la sala varios sanitarios y personal del orden público. Cuatro militares armados con sus respectivos fusiles, dos médicos cubanos y dos jóvenes con uniformes que no reconocía. Como si se hubiesen puesto antes de acuerdo, se colocaron a ambos lados de mi cama y me observaron impasibles y en silencio.

— ¡Coín, tú tienes suerte einñ!...— Habló al fin y con cierta sorna, el que parecía llevar la voz cantante.

Era un hombre alto y calvo, al que le nacía la voz desde debajo de un poblado mostacho gris. Tenía los ojos rojos y llorosos, como si hubiese estado de fiesta la noche anterior, y parte de aquel día. Tenía un aliento asfixiante de *Bond Rubio* mezclado con “*El tío de la Bota*”, que incrementó las náuseas que de por sí ya me daba el olor del hospital, empujándome de este modo, a cambiar sigilosamente la cabeza de lado de la almohada. No sabía por qué ni de donde me sonaba tanto su cara.

—...Aaah chaval, tu eres un brujo einñ...

Me quedé mirándolo sin alterar ni un ápice la expresión de mi rostro, creando un ambiente silencioso e incómodo, que acabó rompiendo él mismo, abandonando la sonrisa y entusiasmo con el que había iniciado su monólogo.

— Soy el inspector Mbó.— Terminó diciendo con toda la seriedad que pudo reunir tras observar que ninguno de sus acompañantes se reía.

— ¡Ayé! ^{Exactamente}— Le respondí secamente, entornando los ojos, como relamiendo y resintiéndome de mis heridas.

— ¿Estás fuerte para hablar, chaval?

Antes de que despegara los labios para responderle, se sentó en la cama, puso un walkitalki en mi mesa de sueros y jeringas, se apoyó el codo izquierdo en el cuádriceps, y colocó lentamente el puño debajo del mentón, y esperó atento mi respuesta.

— No...— Le respondí meticuloso, alejando lentamente mi cara de la suya.—...Me duele mucho la cabeza y ahora mismo no recuerdo muy bien lo que ha pasado.

— Ya, pero es tarde y nosotros tenemos que hacer nuestro trabajo.— Me respondió secamente.

Miré a mi alrededor buscando la cordura en los médicos cubanos que me miraban impasibles, aunque ninguno hiciera ademán de desaconsejar que llevase al límite mis fuerzas y contestase al inspector que esperaba mi respuesta. Hice amago de levantarme, otra vez, para dejar claro visualmente, que no me encontraba bien ni física ni mentalmente. No pude mantenerme sobre mis brazos, por lo que me dejé caer, y esta vez exageré el dolor. Volví a mirar al inspector, que juraba conocer de algún lugar de Malabo, pero éste seguía en la misma postura de antes, esperando mi explicación.

— ¡Está bien!— Terminé diciendo jadeante.— Recuerdo que estábamos hablando y de repente ese 4x4 salió de la nada, nos embistió y acabamos empotrados contra....

—El *este* de la carretera ¿no?— Prefirió terminar él mismo mi frase, tratando de dejar claro su conocimiento en accidentes de coches.— ¿Cómo se llama?— Continúo buscando la palabra que mejor definía para él, el quitamiedos de la autopista.— ¡Mierdas! ¿Cómo se llama eso einñ?— Me miró preocupado, y luego a los acompañantes, mientras chasquilleaba los dedos en el aire intentando recordar la palabra.

— ¡Barandilla!— gritó por fin uno de sus subordinados, cortando al instante los chasquidos de su jefe.

— ¡Exactamente!— concluyó el jefe volviéndose hacia mí y adoptando de nuevo la postura del puño debajo del mentón.

—...Entonces el culpable fue el coche que venía en contra dirección ¿no?

Le miré con los ojos entornados, mientras mi mente recreaba duramente la escena del accidente. Terminé respondiendo a su pregunta con la cabeza.

— ¿Quieres que llamemos a alguien tuyo?— Preguntó uno de los médicos cubanos.— Tienes el móvil roto, así que no hemos podido contactar con nadie.

— ¡No!

Respondí exaltado. No hice amago de tratar de retirar la expresión exaltada, porque mi mente rápidamente recordó a los

otros viajeros con los que compartía el taxi. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Estarían en el mismo hospital? ¿Estaría bien la guapa de Chabeli? Preguntas que comenzaron a abrumarme de repente y que sabía que la única manera de acallar era preguntando.

— ¿Y el taxista y la chica que iban conmigo?

Todos se miraron sin mediar palabra, y yo lo interpreté de la manera más obvia. Me entró una angustia y unas ganas de llorar repentinas, acto poco frecuente en mi característica. Pero la sensación de haberlos tenido envueltos en una plácida conversación hacía menos de cinco minutos, para mi mente, habían hecho que sintiese un escalofrío inquieto recorrer mi cuerpo desde la base de la cabeza hasta los empeines.

Mi mente recordó amargamente la risa chillona de Chabeli y su estrafalaria manera de vestir, y al taxista *jdímao*^{musculoso} al que le gustaba ver telenovelas latinoamericanas con su mujer en su tiempo libre.

Me sentía raro estando despierto, estando vivo cuando habría compartido el mismo destino que mis compañeros de viaje. Solo que supongo que yo acabé mi viaje en un hospital terrenal y ellos estarían siendo sanados en algún punto del más allá, si es que lo hubiera.

Recuerdo que el taxista me recogió en la parada de Cine Mar. Iba al centro cultural guineano, donde estaba mi hermano y el resto

de mis amigos. Nada más entrar en la parte trasera del taxi, me puse el cinturón de seguridad, no me fiaba de ninguno, ni tan siquiera de mi hermano. El taxista que me tocó, iba solo cuando me recogió, pero al llegar al puente de la calle Bata, recogió a Chabeli, que parecían conocerse por la efusividad del saludo. Le rogó en combe que le llevase a la comisaría de la autopista a toda prisa, porque estaban a punto de encerrar a su padre por robar una gran suma de dinero, a no ser que éste reembolsase la cuantía, al cuñado del primo de la hermana de la mujer de la tía del secretario de estado para la defensa.

Esos veinticinco mil francos los guardaba en su bolso naranja, como más tarde me contaría. Un bolso naranja que conjuntaba con una cinta que amaraba su enorme cola de pelo natural afro. Sus pendientes, también naranjas, eran grandes y llamativos. Tenían forma de corbata, y eso me hizo sonreír cuando el taxista accedió a llevarla. No me pidió opinión de ninguna de las maneras, lenguas o formas, simplemente aceleró su Toyota Carina E y enfiló hacia la autopista, desviándome de mi ruta.

Después de atravesar la rotonda de Fishtown, comenzamos a hablar, primero, sobre las mujeres. Aquel tema nos condujo a varios temas paralelos sobre las mujeres ecuatoguineanas y del mundo entero en general. Las telenovelas y el efecto en la sociedad ecuatoguineana desde principios de los noventa. Hablamos de cómo madres e hijas, abandonaban sus casas por

falta de luz, y deambulaban nerviosas por la ciudad apagada de Malabo, buscando un lugar para asomarse a una ventana y deleitarse con los tejemanejes de Rubí, o cualquier protagonista que hiciera que sintieran que sus vidas estaban vacías en Malabo. Hablamos de los cientos de casas que se habían quemado por que la cocinera de turno, se le había olvidado la olla en el fuego, enganchada por los tormentosos problemas de amor, infidelidades, asesinatos, abortos naturales o provocados en escaleras de mansiones y diferentes trifulcas familiares de los protagonistas de estas telenovelas.

Eso hizo muchísima gracia a Chabeli, porque ella había sido una de esas mujeres imprudentes que se había dejado la olla en el fuego, atrapada por la trama de una telenovela.

Y mientras nos reíamos alocadamente por las imitaciones que hacía Chabeli de los señores mayores de su antiguo barrio cuando la veían por la calle y la insultaban por el incendio que había provocado, repentinamente y como para romper nuestra chisposa conversación, apareció de la nada el todoterreno que circulaba a todo trapo en dirección contraria.

El taxista no tuvo tiempo de reaccionar y los dos vehículos colisionaron frontalmente de forma violenta. Sentí cómo me impulsaba bruscamente contra la silla del conductor. Mi corazón se precipitó al vacío, asfixiando a mis pulmones y enfriando mi

cuerpo en una fracción de segundo. Sentí dolor, mucho dolor y con mi atención centrada en tratar de sujetarme al asiento del conductor, vi con el rabillo del ojo a Chabeli salir despedida de su asiento, romper el cristal delantero y acabar encima del capó del cuatro por cuatro. No llegué a ver al taxista por el fuerte impacto, pero en ese preciso momento en el que Chabeli se cayó de bruces sobre el otro coche, perdí el conocimiento. Por lo visto, el coche siguió girando sobre sí mismo hasta darse contra el quitamiedos.

Las personas que estaban a mí alrededor, me contemplaban esperanzados con que les contase cómo había pasado todo, y por eso el jefe militar rápidamente volvió a hablarme con su aliento nauseabundo.

— El conductor del 4x4 está en la otra sala, solo tiene una contusión en la cabeza.— Me miró con amabilidad fingida.—
.....Dice que el taxista pudo esquivarle, pero que fue a por él y no pudo hacer nada. ¿Usted qué dice?

Abrí los ojos como platos, tratando de procesar todo lo ilógico que acababa de contarme el de los pitillos. Miré a cada uno de los que me rodeaban como si sintiese que me estuvieran gastando una broma. Incluso a la enfermera “muerte”, que estaba en un segundo plano, limándose las zarpas.

— ¿...Pe, perdón?— Pude preguntar finalmente.

— ¿No es así como pasaron las cosas?— me preguntó ladeando la cabeza hasta encontrar mi mirada.

— No.— Respondí secamente.

— *O sea que entonces* nuestro hermano de la otra sala, nos miente.

— Sí.— volví a responderle con la mayor sequedad que me permitía la poca expresividad de mi cara y de mi voz.

Se dibujó en sus labios una delgada línea, asemejada a una sonrisa suspicaz, se levantó, se ajustó bien el uniforme, unió las manos a la espalda y salió de la sala con suma tranquilidad. Me quedé en el mismo sitio, mirando a los que lo acompañaron a su entrada, hasta que mis ojos se posaron en uno de los señores con uniforme desconocido y éste automáticamente, relajándose visiblemente me dijo en voz medianamente baja.

—Su primo *sí que* tiene el 4x4.

No necesité contestarle, ya sabía de antaño cómo funcionaba mi ciudad, mi país. Los lazos familiares eran demasiado fuertes y esos lazos se hacían patentes a la hora de abordar cualquier problema. Todos debían enseñar cuánto poder tenían sobre el resto de mortales que estuviesen involucrados en algún problema. Supe qué tenía que hacer, y para evitar que esa sonrisa chillona me persiguiera todos los días de mi vida, me juré

a mí mismo, tratar de que ese señor cumpliera religiosamente con la familia de estas dos personas que no tuvieron culpa de su locura. Sabía que la cárcel no vería al señor que se encontraba en la otra sala, eso lo sabía con seguridad.

Mientras mi mente seguía esforzándose en evitar recordar el accidente, el walkitalki que había encima de la mesa de las jeringas comenzó a escupir palabras para el dueño del mismo.

— ¡Águila llamando a tortuga! ¡Águila llamando a tortuga!
¡Ambiente, ambiente!

Todos se giraron para mirar al aparatito de donde nacía la voz de un señor, que a juzgar por el sonido de su entorno, sí que se encontraba de ambiente.

Todos nos miramos, y todos nos reímos disimuladamente. No, la enfermera no entendió por qué nos reíamos.

Al cabo de un rato, entró de nuevo el militar, petulante y con aire de superioridad, obligando a sus subordinados a adoptar una postura más seria. Su cara seguía trayéndome recuerdos desfragmentados. ¿De dónde lo conocía? ¿Era casualidad? ¿Lo estaría confundiendo con alguien?

— Él no iba en dirección contraria, ¿por qué *tú* mientes?

Volví a despertarme de mi letargo.

— Venía en dirección contraria, se lo he dicho ya y se lo volveré a repetir las veces que haga falta.

—Estas lanzando falsas acusaciones y eso te puede perjudicar einñ.— Se volvió a sentar en la cama.— No hay ningún testigo excepto tú y el señor Hipólito, y por lo pronto, yo me quedo con lo que dice Hipólito, que se despertó antes que usted y no esta tan cansado como tú. Te has golpeado en la cabeza, ¿Quién me dice que estas bien de la cabeza?

— ¿Cuál es su versión?— Le pregunté incorporándome y manteniéndome dolorosamente sobre mis codos, mientras le fulminaba con la mirada.

— Que veníais a mucha velocidad y le disteis por detrás, su coche dio varias vueltas en la carretera y luego le habéis *golpeado* detrás y le habéis rematado delante arrastrándole hasta que frenó.

No tuve suficiente cara para abrir los ojos y colmar mi admiración. Tragué saliva involuntariamente y volví a dejar caer mi cuerpo sobre el colchón escuchimizado que reposaba mi dolorida espalda. No podía creerme lo que estaba escuchando. Froté los ojos, sonreí sin querer y despegué los labios para hablar, pero no hablé. Volví a sonreír, negué con la cabeza y por fin despegué los labios, evitando comenzar a reírme.

— *¿Una de buyó? ¿Os colocáis?*— Conseguí impulsar mi cuerpo hacia atrás y sentarme con un puntilloso dolor atravesando mi Columna, los codos, las muñecas y la cintura, para continuar diciéndole.— Si le embestimos por detrás, estoy seguro que a la velocidad que íbamos, la parte trasera de su coche debe estar destrozado, ¿no?

Se miraron unos a otros sin tener muchas intenciones de hablar. El que estaba sentado en mi cama, comenzó a acariciarse el bigote con cara de tratar de adivinar los secretos más terribles del mundo occidental.

— ¡Vamos a ver al otro “accidentado”!—Resolvió salomónicamente.

No sé cómo quería que fuese a ver al susodicho Hipólito en mi estado. Tenía problemas para caminar, un suero por la mitad, estaba desnudo, hecho que me hacía sentir más vulnerable que nunca. Además se suponía que el hombre de la otra sala, estaba en mejor condición física que yo, ya podría desplazarle a él.

Aun así, se levantó y me tendió la mano. Miré a los médicos que estaban alrededor, esperando a que apareciera algún atisbo de cordura. Pero no había, o se había ocultado detrás del miedo. Y visto que me lo pensaba mucho, dos de los militares me agarraron por los tríceps y me arengaron con fuerza.

Gemí de dolor al estirarse mis huesos y músculos entumecidos. Miraba a todas partes, esperando que en algún momento entrara la razón por la puerta, vestido de persona. No apareció nadie, mientras me arrastraban a toda prisa hacia la otra sala, desnudo, como me habían traído al mundo hacía veinte épocas secas. Uno de los militares tomó mi perchero de sueros, y con él suspendido ante sus pasos, siguió el peregrinaje hacia el infractor de carreteras.

Irrumpimos en la sala como si tuviesen urgencia por recuperar alguna tarjeta visa oro de mi estómago. Cuando entramos, había varias camas con enfermos lánguidos que se incorporaron, curiosos, extrañados y dispuestos a conocer de primera mano las razones que llevaron a dos camuflados a arrastrar por todo el hospital a un hombre enfermo y magullado.

La cama del tal Hipólito, estaba al final de la amplia sala, al lado de un armario blanco con aspecto siniestro y con medicamentos amontonados desordenadamente encima y en el interior de ella.

En cuanto vi el rostro hinchado del conductor, mi rostro recordó sus ojos abiertos y la boca abierta antes de golpearme contra la silla del taxista. Tenía la cara entumecida, como si le hubieran tumbado de un derechazo perfecto. Los militares me pusieron de pie sin avisarlo y me sujetaron con fuerza para evitar que me desplomara en el suelo, de forma fingida, o porque realmente no

me lo permitía la locomoción de mi cuerpo. Mi miembro pendía desafiante, ante la observación de todos los que siguieron la expedición.

— ¡Aquí está él! ¡Dime lo que me decías ahí atrás!— Gritó a pleno pulmón.

Sé que lo hizo para que toda la sala estuviese al corriente de lo que estaba pasando.

— ¿Qué quieres que te diga?— Le respondí en voz baja.

— ¡No juegues conmigo einñ!— Me espetó y se acercó lo suficiente a mi cara como para que me pusiera nervioso la sensación de percibir su aliento de nuevo.

Se me hizo un nudo en la garganta por el giro de los acontecimientos, y cuando conseguí desatascar aquel nudo con toda la saliva que pude concentrar, le respondí sin titubeos.

— Me da igual la versión que quieran darle a esta situación.— Me apoyé sobre mis pies y sentí que no me caía, que mis pies decidieron obedecer las órdenes de mi cerebro. Me zafé instintivamente de los militares y me acerqué más a su cara. Era mucho más alto que él.

—...Este señor que está en esa cama, es el culpable de la muerte de dos personas inocentes, por conducir como si las carreteras fueran suyas.— Me acerqué a la cama del tal Hipólito y le

espeté.— Debería darte vergüenza tratar de salirte con la tuya sabiendo buenamente lo que has hecho y cómo lo has hecho. Hoy podrá ir a su casa, abrazar a su familia, cenar una comida caliente y dormir plácidamente en su colchón de flex, mientras habrá dos familias llorando la pérdida de dos personas que no te hicieron ningún mal y que por su culpa hoy descansarán en ese frío depósito. Haga lo que quiera, diga lo que quiera, pero si es una persona con un poco de corazón, dudo mucho que pueda dormir todos los días en ese puto colchón de flex.

Hubo un silencio, más incómodo a que te mire un tuerto mudo por primera vez y no le des buenas vibraciones. Solo se rompió cuando el señor Mbó volvió a hablar.

— ¡Cuida tu lengua einñ! ¿Tú sabes con quién tratas?

No le respondí, simplemente me quedé observando su reacción, contento de poseer el poder de mi cuerpo. Entendía con ello, que el asiento del conductor, más que abrirme una brecha en la cabeza y hacer que me doliera el cuello, me salvó la vida. No tenía fiebre, ni otros síntomas postraumáticos.

Odiaba tener que compartir mis problemas con nadie. Mis inquietudes, necesidades, vergüenzas, odios o cualquier sentimiento que naciese de dentro de mi cerebro. Sentimientos atribuidos erróneamente al corazón, cuando es el cerebro quien

juzga, quien analiza, siente y padece. El corazón es mero motor del cuerpo, mero agente de locomoción.

Mi mente estaba preparado para cualquier cosa que pudiese suceder, y el miedo es uno de esos sentimientos nacidos de las entrañas de nuestro cerebro que siempre decido ignorar.

El ambiente se hizo cada vez más tenso. Miraba a todos los militares que se habían colocado alrededor de mí de forma estratégica. Nunca me cayeron bien, así que no me importaba tener un encuentro físico con ellos, aunque acabase de volver a la vida. No me importaban las pequeñas roturas que tenía en el cuerpo, había estado en escenarios mucho peores. Sabía que a pesar de estar por debajo de mi agilidad física, aquellos agentes con su merma preparación militar y su asiduo consumo alcohólico, no tenían posibilidades conmigo. ¿Presunción? No, convicción. No eran un cuerpo militar que estuviese preparado para el combate cuerpo a cuerpo. Si apareciese una amenaza extranjera seria, estoy seguro que muchos de ellos se irían corriendo a esconderse debajo de sus camas. Claro que podrían acabar conmigo usando sus armas, pero llegado a ese punto, ¿qué más me daba, no? Aquel que le teme a la muerte, la hace más fuerte y poderosa, que por sí ya lo es, ¿no?

— ¡Tiene razón!— Terminó hablando el tal Hipólito, aunque con cierta dificultad, y antes de que el inspector Mbó pudiese

interceder, concluyó.— Ah *muadjang*^{hermano}, ¡déjalo! Por Dios, ¡Mírame! No estoy muerto de milagro. El chaval tiene razón.

El inspector le miró con puro sentimiento. Su postura se relajó visiblemente. Me miró brevemente y luego a sus subordinados a los que gritó: — ¡Nkáän! ¡Vámonos!

Todos, excepto los dos del uniforme desconocido, acataron la orden y se marcharon rápidamente de la sala, frustrados seguramente por no haber sacado ningún franco por su jornada en el hospital. Los del uniforme colorido se quedaron y rápidamente se acercaron a la cama del tal Hipólito que les miró juicioso.— ¿Y vosotros quiénes sois y qué queréis?

— ¡Nuestra comisión!— gritó uno de ellos.

— ¿Qué comisión? ¿Quién mierdas sois?

— De la brigada canina.

Los dos jóvenes recularon sobre sus pasos ante la mirada que les dedicó el tal Hipólito, y sin mediar palabra, desaparecieron instantes después tras de las puertas.

— ¿Qué pinta aquí la brigada canina? ¿No vais a dejar vuestras tonterías de siempre? Brigada canina....

El tal Hipólito rondaba la cuarentena. Estaba sin camisa y en sus pantalones se podía ver todavía manchas de sangre, indicador que tenía algún tipo de lesión en la pierna. Era delgado, pero con

un estómago cervecero bastante impresionante, más parecido al anillo de Saturno que a un vientre normal y corriente. Además de las paperas que le habían salido en la cara, tenía una pequeña brecha en la frente y aquello estropeaba bastante su cara maquillada. Sí, era de los hombres negros que buscaban orgullosos un tono de piel más clareado, porque alguien le habría insultado “negro”, y eso le llevó a la inseguridad. Suena paradójico: negros que quieren ser blancos y blancos que quieren ser negros.

Observé a aquel señor medio mulato y medio negro que languidecía en la cama como yo, y me apenó un poco.

—Tranquilo chico, — comenzó a decirme, — yo voy a arreglar esto en la medida de lo posible. Dame tu número para ponernos de acuerdo mañana y tratar de ver a sus familiares, es lo menos que puedo hacer.

— Dos...dos...dos,...veintiocho,...cuarenta y seis,...setenta y seis.

— Espera, ¿dos...dos...dos...?

— Veintiocho...

— Ajá

— Cuarenta y seis...

— Ajá

— Setenta y seis...

— ¿Sesenta o setenta y...?

— Setenta, de siete...

— Ah vale. Setenta y seis. Vale. Lo tengo.

— ¡Qué difícil esto de los números eh!...

— Tranquilo.— Dijo sonriendo, haciendo que su moflete se hinchara como un globo.— Mañana te llamo y que sea Dios quien juzgue mis actos.

— Me tengo que ir.— Le dije mientras arrancaba cuidadosamente las agujas de los sueros que colgaban de mis brazos.

Volví a la sala donde me desperté, con tranquilidad, gustándome, exhibiéndome. Miré el reloj negro colgado en la pared y vi que marcaban las nueve menos cuarto de la noche. No tenía más que los zapatos colocados a un lado de la cama y mi gorra abollada. La enfermera “muerte” me trajo mi camisa y mis pantalones con sus ojos proyectados en mi *cosa*. Los cogí, busqué el baño para limpiarme la sangre que tenía en la camisa, pero no había ni luz ni agua, de modo que abandoné mi empresa.

Salí con total tranquilidad por la puerta principal del hospital, bajo la mirada de varias personas que habían presenciado la escaramuza. Volví a respirar el aire puro de la noche malabeña,

y sentí lo beneficioso que era para mis pulmones después de un día tan amargo como aquel. Sentí que volvía a nacer. Cosas tan livianas como que las luces de un coche te dieran en la cara, adquirieron un matiz totalmente importante y necesario para mí. Cualquier curiosidad que antes se escapaba a mi atención, ahora eran importantes y muy disfrutables.

Me cacheé a mí mismo para ver si la enfermera “muerte” me había cogido algo prestado. Afortunadamente seguía todavía mi dispositivo usb, dos mil francos y mi teléfono destrozado. Me daba igual que estuviese roto, era de la gama de los Nokia linterna y podría conseguir otro fácilmente.

Caminé hasta el cruce de hospital, donde había un atasco importante. Fue fácil distinguir el Toyota Carina E con que trabajaba mi hermano mayor. Nuestros ojos se encontraron mientras seguía bajando y, antes de que se le encendiese su afán protector al verme con la sangre, le hice ver que estaba todo bien con gestos rápidos invitando a la tranquilidad. Deduje que me entendía, porque según me alejé varios metros, escuché que ponía a todo volumen una canción de Tupac.

Continué caminando hacia el centro cultural, pasando por el puente del río Cónsul. No quería ir a casa aún, sabía que mi madre me atacaría con un montón de preguntas y no me apetecía escuchar a nadie en aquel momento.

Sabía que la venda en la cabeza llamaba mucho la atención, así que me la quité. Con ella en la cabeza me sentía juzgado y compadecido. Cuando la retiré, pude palpar la brecha que tenía en la frente. No era muy profunda, y por lo pronto parecía haber sido cosido muy bien. Me dio igual si se viese, por lo menos no era tan llamativo como el turbante que llevaba antes.

Al cabo de varios minutos serpenteando las calles de Malabo en su particular ambiente festivo, llegué al centro cultural, sudoroso y oliendo a hospital. La verdad es que me daba igual. Entré con aire despreocupado, me dirigí directamente a la sala de ensayos donde sabía que estaría el resto de mis compañeros.

Como había pensado antes, ahí seguían, haciendo sus pinitos en el rap. Cuando me vieron entrar, MC Black, quien entonces escupía pichi sobre la instrumental, se paró en seco y, como si llevase un letrero de neón en la frente, me dedicó toda su atención. Mi presencia también captó la atención de los otros dos miembros de mi grupo.

— ¡Diman! ¡Tío! — Comenzó a decir Javi del B, mientras se acercaba a mí caminando como si hiciese breves genuflexiones, obligados por los pantalones pitillos caídos que llevaba.

— ¿Na wetin pas whet yu? ¿Qué te ha pasado? — Siguió preguntándome cuando los dos nos encontramos en el centro de la sala y nos saludamos, primero con las manos, luego con el

hombro derecho, y por último, y con sumo cuidado, por ambos laterales de la cabeza.

— Na son simol torí, no maind. ^{Es una tontería, no te preocupes} — Le resté importancia.— ¿dónde está mi hermano?

— Ahí atrás. E de de whe in rep guial. ^{Está con su madura} — Me respondió con sonrisa burlona.

Me acerqué a los demás y les saludé a todos de la misma manera que había hecho con Javi del B. Ninguno pudo ocultar su preocupación, pero como iba con prisas, no me paré a responder a ninguna pregunta.

Volví a salir a la calle, di un rodeo al centro y en la parte trasera, entre dos árboles de papaya, encontré a mi hermano entrelazando su cuerpo con una mujer corpulenta. Me acerqué lentamente para luego anunciarme mediante un pequeño ruido con la garganta. Enseguida se desenlazarón.

— ¿Wetin diman? ^{¿Qué pasa tío?} — Me saludó mi hermano sonriente.

— ¡Nonatin! ^{¡Nada!} — Le respondí con voz apagada.— A guet son yabidsen whe yu. ^{Tengo cosas que contarte.}

Le susurró algo al oído a aquella mujer de cabello aceitoso que le caía por la espalda hasta morir en su prominente trasero. Una característica que, sumada a las exageradas pestañas que llevaba,

me hicieron ver en ella a la clásica sirenita de Disney, a Úrsula, la malvada bruja y a la muñequita de Hello Kitty. Todas fusionadas en único cuerpo.

Aquella mujer se llamaba Viuda, como más tarde sabría. Ella comprendió que debía dejarnos solos y emprendió su camino hacia la calle, andando como si cagase bizcochitos. Más que andar, parecía levitar, moviendo pomposamente sus posaderas, como portadora de la fertilidad de la mismísima Venus.

Al pasar por mi lado, se paró en seco, me escrutó con la mirada y terminó diciéndome.

— ¡Cómo os parecéis eh!

Acto seguido, se mordió el labio inferior, miró a mi hermano de forma picarona y luego a mí, sacudió su melena de aguacate, hizo un sonido como aquel que hacen las vacas mientras pastan y se largó moviendo todo lo que la vida y sus genes le habían otorgado tan gustosamente.

Me quedé mirándola mientras se perdía en la oscuridad. Mi hermano seguía sonriendo como si le hubieran puesto dientes de oro y saliese en un videoclip de rap americano. Cuando por fin la perdimos totalmente de vista, Pastor se acercó a mí andando como si tuviese también problemas en las rodillas. Me rodeó el cuello con los brazos y me incitó a caminar junto a él.

— *Cau go son sai go drink son regueden, me yu pull mi tori whedad yu fini domo so.* Vamos a algún sitio a tomar unas cervezas. Y así me cuentas quién te ha dado tremenda paliza.

Rodeamos el centro cultural guineano hasta llegar a la calle principal. Ahí, apoyada a un deportivo rojo, seguía la madura de mi hermano, hablando por teléfono, visiblemente preocupada. Mi hermano me soltó el cuello y permaneció atento, ninguneando mi presencia. Le noté nervioso, preocupado y descontento.

Cuando terminó de hablar, se acercó a ella mirando nervioso a todas partes. Comenzaron a hablar en voz baja. No podía escuchar nada, ni tampoco me interesaba poner la oreja, porque sabía que me lo contaría después.

Al cabo de un rato, ella se subió a su deportivo, lo arrancó de inmediato y salió a toda mecha. Mi hermano me miró, colocó las manos en la cintura y me sonrió de nuevo, pero esta vez mordiéndose el labio y negando con la cabeza.

Su semblante había cambiado. Sin perder detalle del bolido de doña Viuda, cruzamos la calle y avanzamos con dirección a Martínez Hermanos. Había una zona de bares por la feria de Cocoteros al que íbamos siempre que estábamos de fiesta por la ciudad.

Con mis hermanos apenas hablábamos en castellano, una costumbre muy de mi barrio. Un barrio con mayoría bubi y annobonesa, que usaban como medio de parloteo común el pichi fuerte y singular de Elá Nguema y e incluso a veces, el de Qartier o La ronda, lugares en Malabo donde el pichi llega a adquirir un matiz profesional. Somos bubis, pero no te sabríamos decir dos palabras seguidas, cosas que pasan. Nos decían que era por miedo, por la masificación fang en la isla, pero creo que simplemente no recibimos una buena educación, nos españolizaron más de la cuenta. Así era que nuestro medio de expresión era el pichi que usábamos en cualquier momento. A veces para buscar privacidad, otras veces para comunicarnos cómodamente. “¡Paña jat”! ^{El español cuesta.}

El rostro de mi hermano había cambiado considerablemente. Miraba nervioso a todas partes y apenas me prestaba atención.

— ¿Sefty? ^{¿Todo bien?}

Le desperté de su ensimismamiento con un leve codazo.

— Na mi guet fo jacs yu... ^{Debería preguntarte yo a ti} — Se echó a reír un tanto forzado.— ¿Quién te ha cabeceado *así*?

—He tenido un accidente animal.— Respondí con sorna.

—El coche que te atropelló está peor que tú, ¿no?— Se burló. Rodeó su brazo alrededor de mi cuello de nuevo y me apretó

fuerte contra él. Solía hacer mucho eso. Era su manera de mostrarme su apoyo sin la necesidad de utilizar palabras, ni hacer muchas preguntas, sabía muy bien que no me gustaban.

Nuestro recorrido hasta el bar “Jazmin” fue totalmente tranquilo. La noche se presentaba tranquila en esta parte de la ciudad, sin atascos ruidosos, ni altercados reseñables. No había mucha gente por la calle y, siendo viernes, era muy extraño.

Nos sentamos en una pequeña mesa de color verde en la que estaban inscritas las palabras “San Miguel”. Estaba llena de polvo, pero en cuanto nos vio Chuly, la sonriente camarera escotada hasta el corazón, se acercó a limpiarla.

— Pastor, Pastor, Pastor...— Le dijo en un acusado tono seductor.

— Chuly, Chuly, Chuly...— La respondió mirándola de arriba a abajo.— ¡Qué bien te veo hoy!

— Yo siempre estoy bien, ya lo sabes.— Hizo una pausa, me miró y sonrió.— Este hermano tuyo que nunca sonríe. ¡Kiee, Justo! ¿Qué día me dirás algo bonito?

— ¡Cuando aprendas a vestirme!— Le respondí con toda la simpatía que pude exteriorizar.

— ¿Ah, jdinaana? ¡Muf! ¿Qué es esto? ¡Vete por ahí! ¿Yo *si* que te he mandado que seas un mini cura? Taä mburanló.^{Tu cabeza grande}

— Taä nvin mosöng... ^{Tus dientes sucios...}

Me miró con asco y se alejó contoneándose. Cuando miré a mi hermano, se estaba retorciendo de risa como si tuviese las horas contadas para acabar en el manicomio de Sampaka. No pude evitarlo y me reí también hasta que llegó de nuevo Chuly, con el escote un tanto más recatado y con semblante serio.

— ¿Qué os doy?

— Para mí lo de siempre y para mi hermano que ahora es fang, fanta piña.

Pastor volvió a reírse.

— No.— repliqué.— Hoy voy a beber otra cosa.— ¿Cómo se llama lo que tomaba mucho papá?

— ¿En serio?— Me preguntó mi hermano abriendo mucho los ojos.

— ¿No eres tú *que* me dices siempre que debo integrarme?

Asintió con la cabeza y se encogió de hombros. Posteriormente, y sin dejar de abrir los ojos, dijo entre dientes a Chuly.

— Dale un chato de Larios, Tres Cepas con Biter y vermut.

Chuly me miró y luego a mi hermano que asintió con solemnidad.

— ¡Es cuatro mil eh!— Nos advirtió.

— ¿Me has visto parpadear?— Le respondió Pastor con arrogancia.

Ella se dio la vuelta y se metió en el bar. En la terraza donde estábamos, además de una pareja de libaneses, había una mesa con varios chicos de Los Ángeles que parecían celebrar algo importante. Tenían la mesa llena de cervezas, tantas que no había espacio para más. Abiertas o cerradas, lo importante era que las mujeres que pasaran por ahí, se dieran cuenta de la capacidad adquisitiva que tenían los miembros de la mesa. Una práctica muy extendida en toda la ciudad.

Muy cerca de estos chicos, había una señora a la que veíamos siempre que íbamos a aquel bar. Se llamaba sisí Marí, nombre que se traducía como señora María o señorita María. No sabía muy bien si era su verdadero nombre o uno que le pusieron por alguna razón que se escapaba a mi comprensión. Sonaba atractivo para llamarla reiteradas veces, siempre y cuando se pronunciase con acento pichi.

Era una mujer que rondaba por la cincuentena y la muerte. Pasaba muchas tardes en aquel bar fumando y bebiendo San Miguel, Tres Cepas o lo que le pagasen las personas a las que molestaba. Era muy habladora y de sonrisa fácil. En su cabeza colgaban rastas marrones que nacían de escasas zonas de su cuero cabelludo. Su ropa preferida era un vestido azul de

principio de los noventa, con hombreras, estampados negros y un “*mamá árame*” que dejaba siempre colgando.

Las palabras que más utilizaba eran *joder, tu puta madre y tú no puedes follarme, eres chavalito*, aspecto que hacía reconocer fácilmente su vida en España.

A priori cualquiera pensaría que era una mujer sin recursos y por eso pasaba todas las tardes en aquel bar bebiendo y haciendo proposiciones sexuales a los jóvenes que por ahí se dejaban caer. Todos sabían que varios de sus hijos trabajaban en el gobierno y por eso se la daba muchas veces manga ancha. Ella vivía con su marido, un militar de alto rango, en un precioso chalet que había al otro lado de Cocoteros. Su esposo, a pesar de la vida tan consumida de su señora, seguía casado con ella e iba con ella a todos los sitios en los que uno necesita llevar a su mujer para que todos sepan con quién estás emparentado.

Muchas de las veces que salía de aquel bar en estado comatoso alcohólico, era porque aparecía el propio marido a recogerla y a exigirle volver a casa. No sobra decir que varias veces conseguían hacer reír a los clientes del bar, con sus ocurrentes discusiones y acusaciones.

Comprensible o no, aquel señor tenía la paciencia del viejo Job y conseguía, aunque con un alto esfuerzo, convencer a su mujer

para que entrara en su enorme *cangrejo* ^{coche} ^{policia}l de intervención rápida y abandonaran el lugar.

Aquella mujer comenzó a acercarse a nosotros, justo en el momento en el que venía Chuly con una bandeja sobre la que colocó las botellas de Tres Cepas, Vermut, Bitter y Larios. Colocó ruidosamente un vaso delante de mí y en ella vertió el contenido de las botellas, sin dejar de mirarme asqueada.

Miré aquel vaso con firmeza, como queriendo arengarme a mí mismo. Tomé una gran bocanada de aire y bebí su contenido hasta la última gota. Sentí el líquido atravesar todo mi cuerpo hasta llegar al estómago y sentir cómo éste se calentaba a su paso.

— ¡Otra!— Le grité a Chuly mientras depositaba el vaso en la mesa como en el viejo oeste, y me limpiaba la boca con el reverso de mi mano.

Ella me miró atónita y después a mi hermano.

— Dale lo que te pida.

Ella volvió a acercarse, cargo el vaso vacío con el cóctel de antes y se quedó a mi lado esperando a que bebiera aquel líquido de color rojizo. Volví a tomar aire y a precipitar el contenido del vaso en mi boca, volviendo a traer la sensación de ardor a mi estómago. Para cuando acabé de beber, sí sí Marí, con mirada

apagada, estaba a mi lado observándome y esbozándome una amplísima sonrisa. Al ver su cara, me reí en el acto, contagiando también a mi hermano que había intentado aguantarse la risa. Nunca me habría imaginado que Marí se tomaría tan mal aquella inocentada.

Sisí Marí, como si hubiese planeado todo, se acercó a mí y me dio una fuerte bofetada. El alcohol que había bebido antes y que rápidamente había comenzado a hacerme efecto, multiplicó el caprichoso sonido de la bofetada en mi oído convirtiéndolo en un pitido fuerte que me desorientó por completo. Me ardió la mandíbula izquierda como si me hubiera dormido encima de trocitos de cristales.

Al cabo de unos escasos minutos escuchando las risas de mi hermano, de la camarera y de los chicos de Los Ángeles, mi confuso estado anímico me empujaron a devolverle la bofetada a sisí Marí, quien desafortunadamente, se cayó al suelo inmediatamente.

— Chaval, chaval, chaval...— Comenzaron a decir los chicos de Los Ángeles mientras se acercaban corriendo hacia nosotros.

Chuly entró al bar y volvió enseguida con un vaso de agua fría. Ella y varios chicos, fueron mojándola la cara paulatinamente, pero no se despertaba, únicamente respiraba y bufaba por la nariz. No parecía en ningún momento que se fuera a levantar.

Como aquel día no quería ir a mejor, el azar quiso regalarme otro momento “kodak” para el recuerdo. En medio del barullo que había suscitado mi bofetada, apareció el *cangrejo* del marido de sisí Marí que volvía a buscar a su mujer que yacía, en aquel momento, en el suelo inconsciente. El marido se apeó y comenzó a acercarse a donde estábamos concentrados, puesto que no sabía todavía a quién avasallaban la camarera, los chicos de Los Angeles y mi hermano y yo.

Cuando se hubo acercado lo suficiente para que le reconociese entre los contrastes de luces de la calle del bar, supe que las cosas se iban a complicar más de lo que por sí ya lo estaban. Era el inspector Mbó, que No podía presentarse en mejor momento. Entendí entonces por qué me sonaba tanto su cara.

Se me revolvieron las tripas y por un momento desaparecieron los síntomas de mi embriaguez.

El inspector reconoció a su mujer cuando se hubo acercado lo suficiente. Enseguida se arrodilló a socorrerla.

— ¡Carolina!, ¡Carolina wa!, ¡Carolina!— gritaba encolerizado.

La dio un par de cachetes en la cara, pero su mujer no se inmutó.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado einñ?— Preguntó a la camarera abriendo mucho las manos. La aludida no quiso

responder a su pregunta, pero me dedicó una breve pero intensa mirada que pareció atravesarme el alma como un puñal.

El inspector Mbó no dejó de llamar a su mujer en una escena llena de dolor y de anhelo. El amor es caprichoso y esa desgarradora imagen, hizo que Chuly se dejara llevar y me decapitara con sus palabras.

— Ha discutido con ese chico, — me acusó con el dedo, — y él le ha pegado.

El inspector Mbó inmediatamente posó sus ojos sobre mí, se levantó lentamente y comenzó a acercarse a mí pausadamente, haciendo que todos los que estaban cerca de mí, excepto mi hermano, se alejaran con la misma velocidad que el inspector.

— Te conozco.— Me dijo arrugando mucho el entrecejo y señalándome con el dedo.— Tú...tú...tú eres el fanfarrón del hospital, ¿no?

— Sí.— Le respondí intentando que mi voz sonara firme.

— ¿Te han sacado esta misma noche para que tú vengas a matar a mi mujer?... ¿Te ha mandado *Hipolitín*?

Me quedé callado observando cómo abría las manos que le empezaron a temblar de rabia.

— No tiene nada que ver con eso señor.— Intenté tranquilizarle.— Ella me ha faltado al respeto y no es la primera vez que lo hace.

— ¿Respeto? ¿Respeto? ¿Qué *tú* llamas respeto? ¿Acaso ves a esta mujer bien?

Y en aquel momento lanzó la mano derecha temblorosa hacia mí, con la mala fortuna de que mi hermano, rápido como él mismo, la paró antes de que impactara en mi cara.

— ¿Tu mujer tiene que estar aquí todos los días faltándole a la gente al respeto para que ahora debamos entender que está mal de la cabeza?— Le dijo Pastor con severidad.— Y encima venga usted aquí con sus aires de grandeza y quiera repartir cachetadas sin antes haber preguntado. Si su mujer está loca, llévala a Sampaka o evite que salga todos los días de casa a decir tonterías y a beber como una que *su* cabeza no está bien.

— ¿Encima sois gemelos? ¡Mecawen diez!

El inspector no se había fijado en mi hermano gemelo hasta que éste decidiera abrir la boca para decirle lo que todo el mundo pensaba de su mujer y tenían pánico de hacerlo en voz alta. El inspector, abofeteado por las palabras de mi hermano, decidió que era el momento de desenfundar su pistola que colgaba, abultado, en el lateral de sus pantalones. Pastor, actuando muy

de prisa, de nuevo, lo empujó con fuerza contra un coche estacionado, al tiempo que me gritaba enérgicamente:

— ¡Ron diman, ron! ^{corre tío, corre}

Mi hermano salió como una exhalación hacia una calle oscura que llevaba a la zona de Casa Mayo, y yo como un autómeta, seguí sus pasos con toda la velocidad que mi cuerpo magullado y alcoholizado me permitió.

V. El paff de Semu

Nuestra fiesta se celebraba en un pequeño *paff* situado después de la entrada principal del mercado de Semu. Seguía rebotado por la salpicadura de aquel coche en el cementerio, pero afortunadamente se habían secado las manchas, y la oscuridad de la noche, las eliminaba completamente de los ojos de todos los que encontré fuera y posteriormente dentro del pequeño local.

Se llamaba paff porque así lo habían decidido los malabeños, que prefirieron adecuar la palabra inglesa *pub* a una buena entonación guineana. Y era así mismo como lo escribían orgullosos en sus carteles luminosos.

La sensación de ir de copiloto en otro taxi después de pasar todo el día conduciendo, hizo que en más de una ocasión dirigiese mis ojos a los retrovisores como si todavía estaba conduciendo. No sé si a eso también se le debería llamar Jet lag del conductor.

Antes de entrar a la discoteca, decidí apagar el móvil para que la “innombrable” no pudiese volver a estropearme la noche. Si no podía hacerme caso y deshacerse de aquello, no tenía nada que hablar conmigo.

Estaban prácticamente todos los de mi clase, independientemente del examen que teníamos a la mañana siguiente. Mi intención era estar un rato, hacer algo de dinero y luego volver a casa a dormir, para aprovechar la madrugada y repasar los últimos

conceptos que se escapaban fácilmente a mi memorización y también a mi comprensión.

Decidimos hacer la fiesta aquel día muy precipitadamente, porque muchos de nuestros compañeros se iban de vacaciones después del examen. Debían aprovechar el viaje del barco mercante Jdiblöho que iba, primero, a Bata y después a la isla de Annobón. Puesto que los pasajes eran gratuitos para los estudiantes, muchos de mis compañeros decidieron aprovechar la oportunidad para desplazarse hasta su destino. El problema de estas ofertas del buque mercante, se traducía en un monumental barrullo entre annoboneses, fangs y militares que, casi siempre, se saldaba con varios heridos, fruto de las peleas monumentales que se daban a causa de la dispensación fraudulenta de muchos pasajes.

Cuando entré, mis compañeros estaban en un enorme reservado, con botellas de licor de diferentes composiciones. Ellas, iban maquilladas, con taconazos y con vestidos que las convertían en otras personas a las que desconocía. Ellos, iban como siempre, no parecían querer impresionar a nadie en particular. Todos excepto, Eu, que llevaba americana y pajarita, iban con camisas y pantalones caquis. Definitivamente, no vendía mi particular estilo así por las buenas.

Una vez dentro, se acercó rápidamente a saludarme Juana que parecía inmensamente alta. Supe enseguida que quería que le hiciese un favor.

— Necesito que me acompañes a buscar a mi prima a su casa.

— No he traído el coche.— Respondí rápidamente a su petición.— Tiene una avería en el motor.— Mentí.

Se alejó de mí rápidamente y volvió al reservado desanimada. Me senté al lado de Eulogio, un tipo con el que había hecho buenas migas desde segundo, aunque nuestra relación se limitase a temas estrictamente académicos.

Sus ojos brillaron cuando me vio acomodarme a su lado.

— Pensé que ya no venías.— Me dijo con alivio.— Estas chicas están locas.

— No me molestes, ¿conoces a algún guineano que llegue a tiempo a los sitios? ¿Alguien ya ha pillado?

— ¿Hora guineana, no?— Se rió y continuó diciendo.— Pillan los de siempre, ya lo sabes.— Me respondió señalando con la cabeza a Chúster y a su pandilla, sentados en una de las butacas del reservado, repartiendo su atención entre varias de nuestras compañeras.

— Me lo imaginaba. ¿Hoy cae Goretí no?— Bromeé y le di un leve codazo.

— No lo creo.— Respondió molesto.— Estuvo aquí con sus primas, tomaron algo y luego se fueron.

No tuve tiempo de responderle con sarcasmo, porque Lupe había abstraído toda mi atención. Estaba increíblemente guapa, enfundada en un ajustado vestido negro con bandas de lentejuelas doradas. Se había quitado las gafas y soltado el pelo, de modo que parecía completamente diferente a la Lupe seria y comedida de clase.

— No pierdas tu tiempo.— Me advirtió Eu al darse cuenta que había dejado de hacerle caso.— Esa tiene mucho peligro. Ahí donde la ves, lleva más cervezas que nadie aquí y todavía sigue como si no hubiera bebido nada. Y no estoy bromeando.

— ¿Ha venido con su novio, el de la otra vez?

— ¡Joder!— Me gritó y abrió tanto los ojos que parecía que estaba viendo a un fantasma.— Eres siempre el último en enterarse de las cosas. ¿Tú a qué clases has estado yendo?

— ¿Qué pasa?— Dejé de mirar a Lupe y me di la vuelta para mirarle atentamente.

— *Come* ^{se acuesta con} al de constitucional.

Me quedé callado, metabolizando aquellas palabras e imaginándome a la dulce Lupe dejándose seducir por aquel

señor que se maquillaba antes de ir a la UNGE a impartir sus clases de nombre curso.

— ¡Estás bromeando!— Le respondí al cabo de un rato.

— No, para nada.

— ¿Pero es la tercera ya, no?

— Sí, y bien que siguen siendo amigas.

— Las mujeres son así. Hipócritas como ellas mismas, no pierdas tu tiempo.

— ¿Mi tiempo? Es todo lo que tengo para dedicarles hoy, pero ya ves cuánto me funciona. — Me dijo sonriendo.

— Diman eres feo, asúmelo.— Bromeé.

— ¿Desde cuándo ser feo en Malabo significa no llevarse nada a la boca? Saco un *fajito* de mi bolsillo ahora, y verás lo feo que puedo llegar a ser.

— ¡Eres un guarro!

— Eso no me contradice.— Respondió riéndose escandalosamente.

— Voy a por algo para beber.— Terminé diciendo.

Él me miró y luego miró la mesa del reservado llena de licores de toda clase. Hice gesto de negación con la cabeza y me levanté de

la butaca e intenté llegar hasta la barra, saludando efusivamente a unos y más brevemente a otros. Recibí invitaciones a fotografías que no tenían nada que ver conmigo, y también invitaciones a trabajar de chófer particular de alguien que necesitaba ir a coger a una prima. De esas primas que resultaban no ser primas, sino más bien la prima que se tragó a la otra prima y que va escoltada por cuatro chicos y una botella de Caballo Blanco. Un señuelo para los que pensamos que teniendo un coche, tenemos medio polvo asegurado, y que en realidad somos eso, chóferes.

Era consciente de que las cosas no marcharían bien después de que me despidiera Majo. No sabía hasta cuándo podría volver a tener un trabajo fijo. Por eso se me ocurrió conseguir un poco de dinero rápido como hacía antes. No para recordar los viejos momentos, sino por necesidad.

El paff estaba lleno de estudiantes y amigos de estudiantes, de modo que se convertía en un buen escenario para probarme a mí mismo una de mis grandes habilidades. Me quedé de pie, en medio de la pista, durante varios minutos: observando, analizando, eligiendo bien en quien posar mis manos habilidosas. Posteriormente entré hasta las entrañas de la pista de baile, donde estaba el espejo que retrataba los bailes de restriego de los paffs malabeños. Claro que mi intención no era bailar en

absoluto. No señor. Para realizar mi plan, necesitaba estar donde se apretujaba la gente.

Una vez ahí, mis ojos eligieron al amigo que me pagaría los gastos de los próximos días, después de que éste hiciera un gesto que me llamó la atención. El joven incauto dejó de bailar para sacar de su billetera un par de billetes de diez mil francos que entregó, sin apenas contarlo, a la chica con la que bailaba. Ésta, sonriente como el Jóker, desapareció entre la multitud mientras que él continuó bailando tras guardarse la billetera en la parte trasera de sus pantalones. ¡Ayeé! ^{¡Bingo!}

Yo me acerqué moviéndome discretamente, no debía llamar la atención. Me dejé llevar por la música, juntándome con ella y moviéndome con elegancia, sin dejar de mirar el bolsillo derecho donde había guardado su billetera.

Cuando el cambiaba alguna pista de música, la marabunta de gente gritaba como si llevaran toda la noche esperando la nueva pista. Aprovechando los segundos de alegría, flanqueé al tipo con un leve paso de Michael Jackson. Me aseguré de que viera mis manos moverse, agitándolas de manera llamativa. Cada vez que bajaba la mano con la música envolviéndome, tiraba poco a poco de la billetera. Cuando se dejó ver lo suficiente por encima de los pantalones, tiré de él con un rápido movimiento de manos. Introduje también rápidamente la billetera dentro de mis

pantalones, en los intocables. Después, seguí bailando como había estado haciendo hasta entonces, con la diferencia de que comencé a alejarme lentamente de aquella zona.

Llegué a una esquina de la discoteca, donde apenas llegaba la luz con nitidez, saqué la billetera de dentro de mis pantalones y, velozmente, extraje un fajo de billetes de diez mil francos que rápidamente escondí en mis bolsillos. Arrojé la cartera al suelo y me alejé con total tranquilidad.

Entré al baño mixto que había y conté el dinero. Trescientos cincuenta mil francos. ¿Cómo no iba a iluminársele la cara a la sonrisa del Jóker, si yo no tenía suficiente cara para sonreír como me habría gustado?

Volví a guardarme el dinero en el bolsillo y salí del baño. Atravesé la pista hasta llegar a la barra, donde servía una chica con semblante serio y meticuloso. No daba sensación de agradarla mucho estar tras la barra, pero no sabía disimularlo.

— ¡Pssst!— Le grité sobre el sonido de la música.

— ¿Pssst es mi nombre?— Respondió con cara de asco.

— Si no estuvieras haciendo como si no me hubieras visto, lo mismo te habría llamado de otra manera.

— ¿Qué quieres?— Volvió a preguntar con el semblante arisco.

— Una Guinness.

Sin responder o decir nada más, se dio la vuelta y, como alguien recién salido de los efectos del diazepam, caminó hasta una de las neveras que había detrás de ella. Cogió la botella negra de Guinness y volvió con la misma chispa con la que se fue.

— ¡No lles la botella eh!

No la respondí. Ella me abrió la cerveza y me la ofreció sin tan siquiera mirarme, como si le hubiera mentido sobre el dinero de la matricula de los niños. Yo, ajeno al dilema laboral de la camarera, limpié la cerveza con una servilleta y le di un sorbo mientras daba la vuelta para completar a los sudorosos bailarines del paff.

— ¡Son cuatro mil!— Me gritó.

Sin apenas darme la vuelta, saqué del bolsillo todo el fajo de dinero, haciendo lo posible para que ella lo viera muy bien. Estiré uno de los billetes, volví a girar sobre mis talones y se los di mirándola directamente a los ojos.

— ¡Quédate el cambio!— Le grité.

Me sonrió y susurró entre sus gruesos labios, un “gracias” apenas apreciable. Pasase lo que pasase, sabía que con aquel gesto breve, esa chica me estaba dando la oportunidad de no solo hablar aquella noche.

Me volví al reservado donde seguía Eu sentado, intercambiando información con el silencio y su vaso de whisky. Parecía aislado, aburrido... Antes de que me pudiera sentar, Lupe me había arrancado bruscamente la Guinness de mis manos. A penas llevaba un trago, ¡por favor!

— ¿Esa camarera no decía que ya no habían más?

Me sonrió, puso la botella en sus labios, levantó la cabeza y tragó hasta terminar aquel líquido negro, amargo y espumoso.

— ¡Así se debe beber una Guinness para que te coja bien!

Ambos nos quedamos mirándonos en silencio durante varios segundos.

— ¡Eres una borrachera!

Se me ocurrió decir para romper la chispa que el alcohol le había hecho creer que había en el ambiente.

Ella me miró extrañada y volvió a sonreír.

— ¿Qué te pica Jose? Baila conmigo y quita esa cara de malo que quieres enseñarnos siempre.

Mi respuesta a su sugerencia fue levantarme y dirigirme de nuevo a la barra.

— ¡Dame otra Guinness!— Le ordené a la camarera.

— ¡Ahora mismo!— Me respondió sonriente.

Se dio la vuelta y comenzó a andar contoneando sus caderas, lenta pero exageradamente. Pero para más suplicio, aquella atención la robó de nuevo Lupe, que me había seguido hasta la barra y se había colocado silenciosamente a mi lado.

— ¿Aquí está tu chica?

Volví a quedarme callado.

— ¿Has traído tu coche? Podríamos ir a dar una vuelta.

— ¡Tú Guinness!— Me gritó la camarera mirando fijamente a Lupe.

Ambas se dedicaron miradas que pocos hombres pueden leer. Sin que dijese nada a ninguna de ellas, me alejé bebiendo mi cerveza negra.

En una de las esquinas del reservado, había alguien que no me esperaba ver ahí de ninguna manera. Don Clemente mostraba sus treinta o veintimuchos dientes bajo las llamaradas que escupían los focos. Estaba hablando con varias alumnas a la vez de algún tema que les hacía muchísima gracia. Eulogio me vio y se encogió de hombros.

— ¡Hombre, Jose! ¿Qué tal vamos?— Me saludó alargándome la mano.

— Bien.— Le respondí mientras se la estrechaba y le mostraba también mis dientes.— Aquí, tomando algo.

— Eso está muy bien joven. Es vuestro momento, disfrutarlo.

“Pobre sinvergüenza”

Me volví a sentar donde antes y como si fuese el momento propicio, los altavoces del pequeño local comenzaron a escupir música para mis oídos.

Me levanté cuando comenzó a sonar “Be faithful” de Fatman Scoop con recuerdos lejanos martilleando mi cabeza. Me metí en la pista y comencé a bailar con mis movimientos “pongs”. Varias personas se contagiaron de mi entusiasmo y se levantaron para unirse a la fiesta.

Con la irrupción de la singularidad voz de DMX en los altavoces, la sala rugió con el estribillo cargante de “Lets get it down”. El que no bailaba con una chica, estaba dándolo todo frente al espejo, admirándose, gustándose.

Mientras seguía embebido por la música de DMX, mis ojos coincidieron en el enorme espejo con una de esas mujeres africanas de difícil denominación, de difícil catalogación, de dudosa existencia. Quizá la palabra hermosa quedaba anticuada para describir el rostro de aquella chica. Nuestras miradas coincidieron en el tiempo, lo mismo que un eructo: breve, pero intenso. Tiempo suficiente para que no fijase en nada más que ella.

Tras una fugaz sonrisa, volvió a clavar sus ojos en su reflejo del espejo sin dejar de bailar como si fuera una extensión de la propia música. Ella me cautivó, me embelesó, me catapultó hasta otra dimensión de la atracción física. Mi mente dejó de responder a los estímulos que debía producirme de la nueva canción de Fat Joe que había introducido el dj. Me preocupaba más observar bailar a esa diosa de ébano que, no me importaba que me metieran la mano en los bolsillos y, me quitaran todo mi dinero.

Llevaba rastas y un vestido rojo de lentejuelas que destellaba bajo las luces chispeantes del paff. Sus voluptuosos labios pintados de rojo, le dieron un golpe seco a mi mente. Cuando recobré el sentido, ella estaba saliendo de la discoteca con urgencia, mientras sacaba su móvil del bolso y se lo ponía en la oreja.

No me lo pensé dos veces y salí tras de ella. Eulogio quiso contarme alguna cosa, pero le cerré los labios con mis dedos y salí tras aquella diva, embrujado por el contoneo de sus caderas.

Lo que pasó después no tendría mucho sentido, o quizá se tildaría de invención y altanería, si no hiciese un pequeño retroceso hasta mi infancia, cuando unos simples juegos de niños marcarían el patrón de mi vida adulta.

Como he dicho antes, nací y crecí en un barrio humilde de Malabo. Durante gran parte de mi infancia, Malabo estaba

sumido en el apagón eléctrico. Siempre que volvía la luz, era motivo de celebración, aunque fuese con la intensidad suficiente para que las bombillas de las casas parecieran un trozo de leña con fuego en su extremo. Gritábamos exaltados: “biläm, biläm, biläm bi so yä”. “La luz ya ha venido”

A principios del noventa y siete, mis padres se separaron por desencuentros en la convivencia con mi madre, la familia de esta y sus vecinos. A mi padre lo acusaron de tratar de comerse a mi hermano pequeño, además de saquear y de robar huesos humanos en el cementerio de Elá Nguema.

Cuando paso aquello, mi hermano no había cumplido dos años todavía. Después del intento de mi padre por arrebatarse la vida, mi hermano enmudeció, a pesar de encontrarse en la fase de aprender palabras básicas para su vocabulario. Además, comenzó a aislarse, a hablar solo, a tejer telarañas invisibles en el aire en una esquina del salón, a decir palabras únicamente por repetición, a pesar de no entenderle ni pizca. Mi madre, conmovida y desolada, visitó durante los siguientes años, varias curanderías intentando sanar lo que ella pensó que sería una consecuencia de la potente brujería de mi padre. Cuando pensaba que estas curanderías le habían vendido suficiente humo, apareció por los vaivenes de la vida, una monja chilena especializada en estudiantes con necesidades educativas especiales. Aquella monja risueña, tras observar durante varios

días a mi hermano e interaccionar con él, dijo a mi madre que Petit en realidad padecía autismo, nada de brujería, nada de ritos satánicos sobre su voluntad, nada de espíritus paranormales revoloteando sobre su cabeza, sencillamente era autista. Obviamente ni mi madre, ni mis hermanos, ni tan siquiera nuestros vecinos con educación superior sabían de qué se trataba. Más tarde acabaríamos descubriendo la infinidad de trastornos en educación que sufrían cientos de niños en nuestros barrios y en nuestras familias y que atribuíamos erróneamente a la brujería y a lo que denominaron síndrome *lao-lao*. tonto o lunático

Fue mi propia madre quien insistió en la presunta existencia de una red de brujos en toda la isla de Bioko que mataban para enriquecerse. Aseguró también que, mi padre hizo oídos sordos a sus consejos y terminó uniéndose a ellos. Sus colegas brujos en contraprestación a la entrada en la banda, le pidieron como ritual de iniciación, huesos de hombres y mujeres fuertes de la isla que entonces yacían bajo el manto del suelo del cementerio de Elá Nguema y, además, que ofreciera en sacrificio a su último hijo.

Como si se acordase del pasaje bíblico de la petición de Dios a su fiel siervo Abraham, mi padre se armó con un cuchillo y trató de degollar a Petit, con la mala suerte de que fue sorprendido por mi madre que alarmó a todo el vecindario.

El problema se llevó a la comunidad de vecinos, donde mi padre acusó a mi madre de calumniarle en público y faltarle al respeto a quien trae la comida a su casa. Después de aquella vista ante los vecinos, volvió a casa, hizo su equipaje y se largó sin decir nada. Tiempo después, nos advirtieron que lo veían deambular por las calles de Rebola, sin rumbo, hablándose a sí mismo y riéndose de sus propias ocurrencias.

Cuando sucedieron aquellos hechos, mi madre únicamente se dedicaba al cuidado del hogar y de los niños. No tenía profesión alguna, por lo que nos quedamos bastante desamparados. La nueva situación pudo con ella y por eso mismo se sumió en una profunda depresión. Mis hermanos y yo, con tan poca importancia en todo aquel asunto, tuvimos que convertirnos en autosuficientes. Tuvimos que coordinarnos, hacer cosas que debían hacer personas mucho mayores que nosotros y encima cuidar de nuestra madre, salir al barrio a buscarla a altas horas de la noche, cocinar para que todos comiéramos sin tener ningún conocimiento previo en cocina, duchar a mis hermanos e incluir muchas veces en el lote a mi madre que pasaba varios días bebiendo alcohol sin apenas tener tiempo para ducharse. No sé cómo hacía, pero siempre tenía gente que la invitaba a beber, no sé si por pena o por necesitar un espectáculo con qué entretenerse.

Vivimos una vida de locos sin el menor conocimiento del mañana, únicamente guiados por alguna mano invisible que apartaba de nosotros las enfermedades y el hambre. Mi hermana menor, Sita, se convirtió en la madre de mis hermanos y como tal me aliviaba mucho las responsabilidades que sin querer, había heredado.

No tuvimos juguetes ni nada que se asemejase a los que sí tenían otros niños del barrio. A mí por ejemplo, siempre me había entusiasmado aquel batallón verde de infantería, fijados sobre bases de skeit.

Estos soldados, de rostros indefinidos, venían preparados para enfrentarse a las historias más terribles que cada mente infantil podía recrear. Yo los recreaba en mi mente mientras veía a otros jugar. Y tanto me gustaba lo que me imaginaba que cuando descubrí el juego del *piporip*, ^{escondarse} quise llevarlo a otra dimensión: creamos nuestras propias batallas.

Para ello, utilizábamos hojas de cacao para coser, con escobillas, nuestro propio traje militar: cascos, varias correas en cruz a modo de condecoración, cinturones e incluso alguno con buena mano y buen ingenio, se atrevía a crear rodilleras, parches para los ojos o incluso máscaras. Cuando teníamos todo el uniforme completo, buscábamos trozos de madera y tallábamos armas,

sobre los que algunos, colocaban soportes y gomas para lanzar, como balas, las tapas de bolígrafos.

Después, nos separábamos en bandos y nos escondíamos para luego, a la orden de *ya se puede luchar*, nos buscábamos por todo el barrio, nos disparábamos y creábamos nosotros mismos los sonidos que debían salir de nuestras pistolas, con los labios o con la lengua.

Jugábamos con entusiasmo, con fervor, con coordinación, con diplomacia y sobre todo con muy buena labia para convencer al adversario de quién había visto primero al otro y había disparado antes. Aquello era una locura y casi siempre terminaba de esta manera:

— ¡Pizum, pizum, pizum! Muere, te he *matao*

— ¡Brrrrrrrrrrrrrrrrrr! Yo te he *matao* antes.

— ¡Mientes!

— ¡Tú sí que mientes!

— Yo te he visto pasar debajo de la casa de tía Fifi.

— ¡Yo no he *pasao* ahí!

— ¡Muf, muf, muf fuera, tú mientes. Te he visto bien con mis dos ojos.

— ¡Tú mientes! Además vamos a cortar amigos.

—No quiero. Primero tú me *apagas* mi cosa.

—¿Qué cosa?

—Mi cacho de pan que te di antes de ayer.

—Te lo daré, pero cortamos amigos. ¡Júralo!

—Pon tu dedo.

—Pero te he *matao* antes.

Aquella escena con mi amigo de la infancia, de la adolescencia y de la vida, la repetimos cientos de veces, casi siempre llegando a las manos. Si se hallaba en desventaja, intentaba cobrarme una deuda lejana, casi olvidada, o se iba corriendo a casa de mi madre a acusarme sobre algo que había hecho mal, aspecto que nos llevaba a otras terribles peleas. Peleábamos con todo lo que nos encontrábamos: como piedras, palos o cuchillos.

Por lo general las peleas en nuestro barrio se tomaban muy en serio, o ganabas tú, o en los siguientes días, eras objeto de burla y ridiculización, dando lugar a otras peleas para reafirmarte en el grupo.

Crecimos con ese tipo de educación y llegaron a tenernos verdadero miedo en vecindarios cercanos, por la dureza de nuestras peleas.

Normalmente el deporte que todos practicamos de niños fue el fútbol. Con el fútbol conocías gente fuera del colegio o fuera de tu propio barrio. Organizábamos pequeños torneos por barrios. Torneos sin fines lucrativos en un principio, pero que según crecíamos y aparecían ojos ávidos y ambiciosos, se convertirían en apuestas muy importantes.

Fueron buenos tiempos, con buenas personas, buenos juegos, sin smartphones pero felices de disfrutar con lo poco que teníamos. Luego llegarían el petróleo y las casas de Buena Esperanza y eso ya fue otro cantar. Las peleas subieron de nivel y se comenzaron a utilizar las influencias, las armas de fuego o las peleas multitudinarias, aunque fuesen todos contra uno.

Pero mi barrio seguía igual. Si eras blando, cualquier chaval de quince años podría hacerte *ciñé*.^{Atracarte} Si corres con suerte y ese día no te pegaban, o te hacías el valiente porque había una chica contigo y acababas pegando al muchacho, al día siguiente, éste venía con todo su aquelarre a tu casa y te fundían la piel con fuego, si se llegasen a gustar.

Después de la primera pelea, aquel chico mucho menor que tú, comenzaba todos los días a pedirte amablemente dinero. Tú, con el miedo en el cuerpo, no tienes más remedio que dárselo siempre, para evitar futuras visitas de él y sus amigos.

Pues bien. Era que salí apresurado buscando cruzar un par de palabras con “la mujer del espejo”, pero lo que no sabía, era que una mujer así, no iba sola a esa clase de locales.

Cuando salí fuera, me la encontré hablando con un chico mulato que iba con guardaespaldas. Eran cuatro nigerianos *jdimaos* que lo flanqueaban. Ella le sonreía y él la acariciaba con gestos un poco fuera de lugar. Reconocí al tipo instantes después. No era difícil, porque además de ser mulato, cantaba como los ángeles, ventajas que el creador solo otorga a unos pocos.

Abandoné cualquier posibilidad de conseguir cruzar ninguna palabra con ella, a menos que tuviese un coche que superase en miles de francos el flamante vehículo en el que se apoyaba Diamond Ndingong, hijo de Andeme Ondó, con bastantes responsabilidades en la administración pública y privada del país.

Él no hacía rap, su estilo era más parecido al Rnb americano. Tenía una gran popularidad en las redes sociales de los guineanos. Cantaba al amor, a la soledad, a la búsqueda personal, a que es el mejor en su género y a que las mujeres hacen fila para estar con él.

Me quedé parado en un lateral de la puerta de la entrada, fingiendo hablar por teléfono con alguien. Él cesó su galanteo y la invitó a entrar de nuevo al paff.

Al pasar a mi lado, aquel chaval mulato me dio con el hombro. No sé si fue intencionado o no, pero no me reprimí y enseguida, en pichi, me metí con su corte de pelo gay y sus gestos más de mujer que de hombre. Él no entendió mis palabras, hasta que sus amigos nigerianos vieron bien transcribirlas.

El hijo de Andeme Ondó se paró en seco cuando le explicaron lo que había dicho en pichi, se dio la vuelta, y con un leve movimiento de cabeza, mandó a sus amigos corpulentos a ponerme en mi sitio. Éstos obedecieron enseguida. Comencé a retroceder hacía el espacio abierto de la carretera, mirando a las manos y a la cara de cada uno de ellos. Mi mente hizo *click* y vi clara la alternativa. Necesitaba muchísimo más espacio que el que me ofrecía la estrecha calle del paff.

En mi barrio solo teníamos una regla a la hora de partirnos la cara con alguien. Era muy simple: “golpea tú primero”. Si eras rápido y golpeabas en el lugar adecuado, tenías media pelea ganada. Pero aquella vez, tendría que golpear primero cuatro veces seguidas, y eso se presentaba difícil, sabiendo que aquellos señores eran un poquito más altos que yo.

En la situación en la que me encontraba esa noche, me dio por pensar en la época del piporip, de cómo preparábamos nuestras batallas, cómo elegíamos las estrategias y cómo las llevábamos a

cabo. Mi mente volvió a su recipiente, dio la orden a mi cuerpo y mis pies comenzaron a correr hacia el mercado.

No me malinterpreten, no era un cobarde, tenía que ser como “Batman”, pensar antes de golpear. Era fuerte, no rápido corriendo. En pocas zancadas, había cruzado la carretera y me había plantado en los puntos de ventas del mercado de Semu.

Las personas que estaban en la entrada del paff, siguieron la carrera. Otros se metieron en el paff para avisar a los demás de lo que iba a ser una paliza brutal, la cual nadie se metería para separar o denunciar, más por no recibir su parte también.

Los curiosos ocupaban la entrada y los costados del mercado. Yo, el centro de atención, estaba en medio de cuatro torres que hacían ruido con los dedos de las manos. Vi con el rabillo del ojo al mismo Diamond observándome, mientras sus matones se disponían a hacerme picadillo. Junto a él, aquella mujer del espejo que incitó, sin apenas saberlo, aquella pelea. Un poco más rezagados, estaban varios de mis compañeros y compañeras observándome en silencio desde detrás de la multitud. Ninguno decía nada, ninguno trató de impedir que me inflaran los pómulos. Y puesto que no supe nunca como se llamaban esos nigerianos, aquí me referiré a ellos con el nombre común “armario”.

Y como me había pasado en cientos de peleas, mi corazón explotó en un rítmico palpileo que hizo que el tiempo pareciera ralentizarse para mí. Como si tuviese taponado los oídos, dejé de escuchar a la multitud, y todo lo que tenía a mí alrededor pareció ir un poco más lento. Mi cuerpo se impulsó hacia atrás, levanté el puñetazo y le di fuerte en la cara al que más cerca estaba de mí, llamémosle “armario 1”. El cabrón tenía la mandíbula dura, pero mis puños también lo eran. Se cayó redondo al suelo.

Sus colegas lo miraron a él primero y luego a mí. Enseguida se abalanzaron los tres tipos sobre mí. Era más pequeño de cuerpo que todos ellos, de modo que me escaqueé con fuerza por debajo. Cogí la cabeza del “armario 2”, la levanté levemente y le golpeé con la rodilla. Mi rodilla se resintió, pero no tenía cabida para el dolor, de modo que la apoyé con fuerza en el suelo. Con el impulso de bajarla con fuerza al suelo, la volví a armar rápidamente para luego golpear con fuerza la pierna derecha del “armario 3” que cayó sobre el armario 4. Pasó realmente de prisa, sin tiempo de pensar, simplemente me dejé llevar.

Mientras se encontraban en el suelo recuperándose de los golpes inesperados, me adentré a toda pastilla en las entrañas del mercado. Yo sabía que lo siguiente que haría alguno de ellos, sería sacar una pistola, y con eso no se puede luchar.

Hice uso de mis buenos años de *piporip* y me escondí encima de un puesto del mercado. Peinaron la zona durante varios minutos, hasta que dieron por sentado que habría salido por alguno de los barrios que rodeaban el mercado.

Cuando me sentí del todo seguro, bajé del puesto y busqué un taxi para volver a casa. Encendí el móvil que apagué antes de entrar al paff. Tenía doce llamadas perdidas de la “innombrable” y varios mensajes nuevos.

Primer mensaje

De: Eulogio clase.

¡Diman! Estos tíos te están buscando seriamente, ¿dónde estás?

Segundo mensaje

De: +240222787471,

¿Estás bien?

Tercer mensaje

De: Eulogio clase,

T estoy llamando, pero no pasa, donde estás?

Cuarto mensaje

De: Last Madam,

¿Así eres n, tda l vda seguirs siend así de irrspnsable? ¿Xk n me cges ls llmdas? ¿K supnes k kieres k hga? ¿Eh? Tienes huevos pra tdo xcpto pra lo k en realidad importa. T odio.

Quinto mensaje.

De: Last Madam

Prdname, perdnme. Hablo sn pnsar aveces. Olvídalo si? Te kiero. Llmme xfa.

Sexto mensaje.

De: Eulogio clase.

Han estado preguntando a la gente aquí si te conocen tío, ¿dónde estás? Quería entrar en la pelea, pero esos tíos eran muy grandes.

Séptimo mensaje

De: +240222787471

Voy a irme a casa, vienes? Lupe

Octavo mensaje

De: Mi chaval 1.

Bro, tenmos problmas. T hmos estdo llamndo, pero n ha hbido manera. Ponnos 1mensaje cuando estés disponible. Es urgente, Cambio.

Noveno mensaje

De: Karó

Mi niño, compra pnes x favor. No he podido.

Décimo mensaje

De: Last Madam

Ers un cbron. Pnsé k ya drmías y h slido d u csa y ni siquiera estás. Yo tmbién vy a slir a divrtirme y a pasrmelo bien, a ver si t gusta.

Undécimo mensaje

De: Last Madam.

¿Dónde ests? ¿k te vaya a encontrar? Rspóndeme xfi.

Leí todos y cada uno de esos mensajes, y sólo quise responder a uno.

Mensaje

A: Mi chaval 1.

Qué os h psado? Dnde estáis? M stoy yndo a casa, encntrarme ahí. Corto.

Le pedí al taxista que me dejara en Cine Mar para poder comprar los panes que quería mi madre. Las calles de Elá Nguema estaban como todos los fines de semanas, en ebullición.

Fui caminando hasta casa, mirando a un lado y a otro, por si acaso mis ojos se topaban con el cantante al que acababa de ridiculizar en Semu. Pero hasta llegar a casa, estuvo todo muy normal.

Mi madre, su hermana y el marido de esta, miraban una película nigeriana. Mi tío era un forofo empedernido del fútbol, demasiado apasionado a veces. Cuando jugaba su equipo, sus hijos preferían que lo viese en el salón de su casa, más que nada, porque la mayoría de las veces, acababa llorando a moco tendido. Lloraba, lloraba como un niño.

Afortunadamente, sus hijos le preparaban un rollo de papel higiénico siempre que consideraban que el partido era de crucial importancia.

Fue él quien me aclaró los términos *atacar* y *defender*. Parece cosa fácil, pero crecimos todos con la idea de que en el fútbol, cuando el equipo contrario tenía el balón, había que atacarle para robárselo. No sabíamos que atacar era tratar de hacer gol al otro equipo.

Sus comentarios me ayudaron a saber más de fútbol que nunca. Agradecía ver partidos con él, por sus comentarios sobre el

césped de los estadios, de si estaba regado a traición o no. Del número de espectadores que acudían aquel día al estadio, de los focos, si procedía, de la profesionalidad de los futbolistas de élite, del ojo de lupa que juzgaba a los entrenadores en los partidos decisivos, de la repercusión que tendría el equipo después de un partido malo, de las mujeres de los futbolistas y de los cuernos que tenían cada una en la cabeza. Si el partido de fútbol era en Brasil, las especulaciones sobre los cuernos se incrementaban matemáticamente. Estaba *atalat*^{preparado} en todo lo que encerraba el planeta fútbol. Pero aun así, lloraba, lloraba como un niño.

Era más difícil leer a mi tía. Además de las telenovelas latinoamericanas que consumía excesivamente, le gustaba la cerveza (*Kronenburg* para ser precisos), y arreglarse como ninguna de su edad. De tanto mirar las telenovelas, había cogido acento y vocabulario. Sus palabras más habituales eran: “Pordiosera”, “lagarta”, “víbora”, “pelantrusca”, “desarrapada”, “chismosa”, “barriobajera”, “mosquita muerta”, “te voy a votar de mi casa” y otras muchas que dominaba en contextualización. Sorprendía que en aquel vocabulario suyo predominasen palabras referidas a otras mujeres.

Se alegraron al verme entrar. En la mesita había varias latas de cerveza y Guinness. Algunas vacías y otras tantas todavía con el sudor de haber salido recientemente de alguna nevera. La cara de mi madre era toda fatiga. Había vuelto a ser un día duro para

ella, lo vi en su mirada. Y como todos los días duros, sabía que dormiría como un tronco. Le di los panes mientras saludaba a todos.

— ¡Tö bwato! ^{Buenas noches} — Saludé primero a mi madre, chocándole la mano. Luego saludé educadamente a mis tíos con un breve apretón de manos a cada uno.— tía Sesé, oncul Roquito, a salut una whe pawa. ^{Tía Sesé, tío Roquito, os saludo.}

— Oh di boy.— Respondió mi madre somnolienta.— ¿Yu don cam? ¿Wetin yu ste so? ^{oh mi chico, ¿ya has venido? ¿Por qué has tardado tanto?}

— ¿A no bin tell yu se wi guet bigde fo wi graduación tude? ^{¿No te había dicho que teníamos la fiesta de graduación hoy?}

Me senté en uno de los sofás, mi tío y mi tía ocupaban el sofá más alargado, mientras que mi madre estaba tumbada en otro.

— Na tru. ^{Es verdad} — respondió ella incorporándose.— ¿Y así has venido pronto?

— Sí. Mañana tengo un examen y tampoco tengo ganas de estar fuera ahora, así que me voy a la cama para despertar temprano. ¡Toma!

Saqué de mi bolsillo los treinta mil francos que trabajé aquel día y se los di. El resto del dinero que le robé al chico del paff, sería para mí y mis urgencias, o cualquier emergencia que apareciese en los siguientes días.

— Ooh, mi pikin, mi boy, mi papa, mi man. ¡Oh mi hijo, mi chico, mi papá, mi marido! ...— Sonrió y se guardó el dinero en el sujetador.—
¡Levanta a tu hermano que vaya a hacer pis antes de que moje a su hermana! No quiero ruido por la mañana.

Asentí con la cabeza y entré al pequeño pasillo que llevaba a las demás dependencias de la casa, dos pequeñas habitaciones contiguas, un baño y la cocina que estaba en el extremo del pasillo.

Entré al cuarto y levanté al menor de mis hermanos. Sí, aquel al que mi padre quería matar. Nada más escuchar mi voz, se puso de pie de un brinco y se fue somnoliento al baño, expulsó un potente choro y volvió rápidamente a la cama.

Me desvestí, apagué el móvil y me metí en la cama.

VI. Duelo de Titanes

Llevábamos bastante tiempo escondidos en un pequeño bar que había en las profundidades de Nyiumbili llamado Botón Stone. Cualquiera no podía acercarse a ese bar, pues frecuentaban ahí la peor calaña de la ciudad. Aquella noche había poca gente, se auguraba lluvia en Malabo, de modo que muchos de sus clientes habituales dormían para estar más tarde frescos. El trabajo de los muchachos que frecuentaban aquel bar, siempre se realizaba cuando llovía.

Estos jóvenes aprovechaban los días de lluvia para salir a robar a los barrios que antes tienen la delicadeza de visitar sin levantar sospechas. Después compartían el botín entre todos, o los vendían para luego repartirse las ganancias. A veces se robaban entre ellos mismos, daba igual su relación. Y es más, con el dinero que sacaba con el botín que ha robado a su amigo la noche anterior, iba tranquilamente y le invitaba a este a una o varias cervezas para acompañarle en el dolor de haber perdido su ordenador o su televisor.

Aquellos que les compraban los botines, sabían que eran robados, pero Malabo es suficientemente grande para que haya teléfonos, ordenadores, televisores de la misma marca. Muchas personas prefieren tatuar sus iniciales con fuego en sus objetos,

para evitar la angustiosa tarea de intentar razonar con alguien sobre la propiedad del objeto.

Decidimos escondernos ahí porque era un bar al que la policía tenía respeto, no iban nunca por ahí, a no ser que quisiesen enfrentarse a los fumadores de banga que van ahí asiduamente. Mi hermano mayor conocía a un par de ellos, puesto que tuvo su momento de cleptómano. Momento que ayudó a que tuviéramos ciertas cosas que con trabajo y humildad no habríamos tenido nunca: radio estéreos, walkmans, los primeros juegos tetris, e incluso zapatillas y pantalones de marca.

Era bueno, muy bueno. Nunca lo pillaron con las manos en la masa. Utilizaba los dedos de forma magistral. Venía muchas veces con teléfonos, carteras de cualquier occidental alcoholizado o e incluso, llaves de coches que luego tiraba, o llaves de casas, almacenes o cualquier nuevo plan que naciese en su cabeza. Las cosas de tamaño más llamativo, las vendía y se quedaba con el dinero.

Pepín no fue el único que anduvo en esas circunstancias. Hubo un tiempo en el que mi hermano gemelo también le dio por robar, supongo que animado por lo que veía con nuestro hermano. Aquello se terminó cuando se dio cuenta Pepín, que le dio una soberana paliza y le prohibió acercarse a aquellos muchachos con los que se movía. Recuerdo que nos pegaba a

todos desde que tenía uso de razón. Al crecer sin padre, él hizo las veces del mismo, a su manera, pero se ocupó. Y por eso cuando andábamos metidos en algún problema, preferíamos llamarle a él antes que a nadie.

Estuvimos llamándole toda la noche, pero su teléfono apenas daba señal. Nos dimos cuenta de que no eran problemas de la red de Getesa, cuando mi hermano recibió la llamada de un número de teléfono bastante largo. Me miró extrañado y luego contestó al teléfono.

— ¿Halo?

Su teléfono tenía un potentísimo altavoz, así que pude escuchar la respuesta del que llamaba.

— Buenas noches. Tú eres Pastor ¿no?

No había escuchado nunca esa voz, de modo que presté toda mi atención.

— ¿Quién pregunta por él?— Preguntó con suavidad.

— León.

— ¿Qué León?

— Tu respuesta me dice que eres Pastor.

— No te he dicho que sea yo.

— No es necesario, ¡escucha chico!— El tono de su voz cambió.— Yo no amenazo a nadie en vano, y por eso quiero que sepas que cuando regrese a Malabo, tú y yo tendremos una conversación muy seria, ¿me has oído?

— ¿Perdón?— La voz de mi hermano sonó temblorosa.

— Perdón, Nada.— Respondió el supuesto León con el tono de voz cada vez más agitado.— A mí un niñato de mierda no va a manchar mi reputación y la de mi familia por la demencia de mi mujer. Tú estás muerto, tú serás el último.

Y colgó el teléfono.

Mi hermano se quedó pálido, a pesar de tener la piel un poco más oscura que la mía. Le miré mientras su mente divagaba en no sé dónde, hasta que pudo despegar sus labios y balbucear.

— Me....me....me tengo que...me tengo que ir de aquí hoy mismo.

— ¿Qué dices? ¿A dónde? ¿Por qué?

— Porque Cachito Ondó, y no León, vuelve mañana por la tarde a Malabo.

— ¡Hostias!

Mi mente se eclipsó con imágenes de un supuesto Papito estrangulándole a mi hermano y me entraron ganas de sacudirle ahí mismo.

— Te lo dije, te lo dije mil veces y tú ni caso. Yu wan fom se yu gue madura. Quieres presumir de tener a una madura.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras su mirada no se desviaba de la mesa que teníamos delante. Parecía inexpresivo, como si su alma se hubiese ido a por un refresco energético. Aquel ensimismamiento fue interrumpido por la vibración de su móvil que estaba sobre la mesa a la que fulminaba con la mirada. Él soltó un brinco asustado que casi le hace caer de la silla.

— Es...es...Viuda.— acabó diciéndome.

Descolgó el teléfono y despegó los labios.

— ¿Sí?

— ¿Te ha llamado Cachito? ¡Dime que no, por favor!

Viuda sonaba realmente alarmada, como si estuviese a punto de romper a llorar. Mi hermano tomó una gran bocanada de aire y contestó.

— Sí, hace unos minutos que me ha llamado.

— ¡Atarezäm! ^{¡Dios mio!}— Lloró desconsolada.— Escóndete donde sea, tú no sabes de lo que es capaz, no le conoces como yo.

— ¿Y a dónde quieres que vaya eh? Si ha tardado tres horas en conseguir mi móvil estando en España, ¿cuánto crees tú que tardará en encontrarme estando en Malabo?

— ¡Vete a Bata!

— De tu boca suena fácil.

— ¿Por qué?

— No tengo dinero.

— ¿Qué has hecho con los dos millones que te di la semana pasada?

— Es dinero, se usa.

— ¡Akieeee, ah Pastor. ¿Dji dä lora wä? ^{¿Qué te pasa?}

— ¿Cómo se ha enterado?

— Su primo, el de Bange.

— ¿Nenito?

— Sí.

— ¿Y él cómo lo ha sabido?

— Nos vio en Sipopo.— Comenzó a sollozar.— Tengo miedo de lo que te pueda pasar nene.

— ¿Y tú no tienes miedo por ti?

— No. A lo *mucho* me va a pegar e insultar nada más, pero tú...

Comenzó a llorar escandalosamente. Mi hermano sostuvo el teléfono medio minuto con la mano temblorosa. Ninguno de los dos decía nada, más allá de los sollozos de ella. Pastor se cansó de buscar palabras para calmarla o esperanzarla y colgó el teléfono.

Más adelante me enteraría que no fue el primo Nenito quien fue con el cuento al marido de Viuda, pues en realidad fue el mismo Cachito Ondó, envuelto en una espiral de sospechas, quien consiguió un permiso especial en la compañía telefónica de su mujer para poder pincharle el teléfono. Afortunadamente su contacto en la susodicha compañía telefónica, le envió por whatsapp todos los mensajes que se habían enviado su mujer y mi hermano.

Lo primero que hizo mi hermano nada más colgar el móvil, fue escribirle un mensaje a nuestro hermano.

A: Big Pepo.

Bro, tenemos serios problemas. Te hemos estado llamando, pero no ha habido manera. Ponnos un mensaje cuando estés disponible. Es urgente, Cambio.

Esperamos sentados durante varios minutos, mirando a todas partes y a ninguna al mismo tiempo. Los pocos clientes de aquel día, comenzaron a abandonar Botón Stone. Nosotros seguimos ahí, comiéndonos la cabeza con todo lo que había pasado en tan poco tiempo.

Después de unos cuantos minutos, varios chicos irrumpieron en el local. Detrás de estos venían dos señores de avanzada edad que portaban unos cuencos muy viejos, bolsas de plásticos y hierbas de diferentes tipologías. Los chicos que los acompañaban los vitoreaban sonrientes y enaltecidos. Reconocí a uno de los viejos; era Killing Billing o como conocían a uno de los mayores brujos de la ciudad de Malabo. Su fama era tal que no había rincón en Malabo donde no le conocían. Un hueso duro de roer y con el que no se metía nadie que temiera por su vida. Vivía en Nyiumbili desde la época de la ocupación camerunesa y los que aún quedaban de entonces, tenían mucho más miedo de Killing Billing que cualquiera que hubiese oído hablar de las atrocidades que hacía. Otros muchos decían que, al igual que la reina de Inglaterra, cabría la posibilidad de que este afamado brujo fuera inmortal, o medio lagarto. Nadie sabía cuántos años tenía, ni tampoco a cuántas personas había matado desde que se instaló en Malabo. Pero el miedo que se le tenía, hacía que simplemente su presencia diera malas vibraciones.

Era un tipo raro, apenas hablaba, pero cuando lo hacía era preferible escucharle con atención. Su frase preferida era: “Killing Billing no le molesta a nadie, pero quien le molesta prepara cuarenta y nueve clavos y doce tablas”, haciendo alusión claramente al ataúd que habría que preparar para enterarle.

Killing Billing iba de marca. Llevaba unos pantalones azules de PDGE, una camisa con la inscripción de Cody's atravesando horizontalmente su pecho, una gorra de San Miguel y unas chancletas blancas de andar por casa. El otro anciano, que también iba de marca, llevaba un sin mangas blanco con la palabra San Miguel incrustada en ella. Tenía unos pantalones cortos de Jack Daniels, y en los pies unas sandalias trevincas marrones.

A este señor no lo conocía, pero después de permanecer atento a las palabras de los muchachos que los jaleaban, supe enseguida de quién se trataba. Era un tal Papi Calderillas, otro brujo de renombre en los alrededores de Malabo. Su actividad se concentraba sobre todo en la zona de Sampaka, donde vivía desde muy pequeño. Era también conocido por sus conocimientos en el arte oscuro y por tener una mirada desgarradora. Mirada con la que se había ventilado a varias personas que lo miraron mal. Decían que cuando alguien le afrentaba, al igual que Killing Billing, lo amenazaba siempre con una frase que decía en pichi: “Despídete de tus familiares esta

noche, porque mañana no podrás hacerlo”. Y efectivamente, el amenazado se despertaba muerto al día siguiente.

Los dos señores se sentaron en una mesa, uno en frente del otro, transmitiéndome unas muy malas vibraciones. Cada uno colocó un cuenco sobre la mesa y comenzaron a echar cosas dentro de los mismos.

Por lo que nos contaron después, ambos brujos se encontraron en un bar en la Ronda. Ahí, Papi Calderillas, alcoholizado perdido, retó en público a Killing quien aceptó gustoso comprobar quién de los dos tenía el veneno más letal. Posteriormente cada uno se fue a su casa para recoger sus herramientas y ungüentos para elaborar su poción.

— ¡Callaos!— Ordenó Killing Billing a los muchachos que seguían gritando.— Nadie os ha invitado aquí. Si vais a ver lo que va a pasar, que sepáis que lo hacéis como testigos, nada más.

Los muchachos se callaron en el acto y observaron a los señores en silencio. La escena nos abstraigo a mí y a mi hermano, que mirábamos curiosos lo que estaba pasando.

Papi Calderillas fue el primero en terminar de preparar su brebaje. Había utilizado varios elementos para la composición de su ungüento: unos polvos blancos, unas semillas, varios aceites, raíz de alguna planta de tierra árida, hoja de cebolla, más polvos blancos, pata de gallina, ojos de algún animal y otros tantos que

metió rápidamente en el cuenco. Después de dejar de echarle cosas, lo agitó primero y luego lo machacó con un trozo de palo que tenía en una de sus bolsas y posteriormente lo dejó reposar en la mesa. Él sonrió ampliamente y se relajó en la silla que ocupaba, esperando a que el lento de Killing Billing terminase.

— ¡A don finis, Billing! ^{¡Ya he terminado Billing!}

El aludido no le contestó y continuó echando cosas a su cuenco. Sus potingues no eran muy distintos de los de Calderillas, pero a diferencia de este, iba con menos prisa y de cuando en cuando repetía varias frases al tiempo que metía cosas en el recipiente.

— ¿Wetin yu de ste so? ¿Yu don de fia? ^{¿Por qué tardas tanto? ¿Ya tienes miedo?}

Killing Billing volvió a quedarse en silencio, concentrado en lo que tenía entre manos. Continuó musitando palabras y expresiones extrañas para los que estábamos presenciando aquello.

Mi hermano tiró de la mano de uno de los muchachos para averiguar de qué iba todo lo que estaba pasando.

— ¿Diman, na wetin de pass? ^{¿Tío que está pasando?}

— Oh Pastor, a no bin si yu.— Respondió el aludido que saludó efusivamente a mi hermano.— Na di tu wichmanden, den wan si

udad in veneno strong pass di oda wan. ^{Oh Pastor, no te había visto. Son estos}
dos brujos que quieren comprobar de quien de los dos es el veneno más potente.

No pude evitar reírme tapándome la boca, no quería poner de mal humor a ninguno de ellos. Mi hermano se levantó sonriendo y se acercó un poco más a donde estaba la mesa y ambos contrincantes.

Después de una silenciosa espera, él también terminó de preparar su veneno, miró al cielo, alzó las manos y volvió a musitar expresiones ininteligibles. El otro anciano lo miraba sonriente, como si todo lo que hacía Killing Billing lo había visto antes.

— Ya lo tengo.— anunció Killing con expresión muy seria.

Estábamos a punto de presenciar un duelo de titanes en toda regla. En este caso tan singular, ganaba el que mejor veneno tuviera y al mismo tiempo poseyese mejor protección para contrarrestar los efectos del veneno contrario. Una locura que podría tener un desenlace fatal.

— ¡Comienza tú!— Le invitó Papi Calderillas a Killing.

— ¡Vale!

Según dijo aquellas palabras, cogió el cuenco del señor de Sampaka y, sin apenas titubear, bebió de él hasta terminar su contenido.

El anciano de Sampaka observó sonriente a Killing Billing mientras se bebía su brebaje. Cuando terminó, dejó el cuenco sobre la mesa y permaneció quieto mirándole fijamente a Papi. A éste, poco a poco se le fue borrando la sonrisa de la cara. Su expresión se volvió amarga, lúgubre, con pizcas de miedo y pavor. Killing, que seguía quieto, despegó los labios para hablar y todos nos asustamos.

— ¡Guimi wan sigá de! ^{Dame un cigarrillo}

Un chaval rápidamente le puso un cigarrillo en los labios. Él miró desafiante al muchacho y le dijo con tranquilidad.— ¿Usai di *briqué*? ^{¿Dónde está el mechero?}

Papi Calderillas, con la mano temblorosa, fue quien le encendió el cigarrillo. A pesar de ser de noche, aquel anciano había comenzado a sudar de forma alarmante.

— Amigo mío, — Comenzó a decirle a Killing.—...no miento cuando digo que prefiero no tomar tu veneno. Yo he matado a familias enteras con dos gotas de este veneno que acabas de tomarte con tanta tranquilidad, pero ahí sigues, sentado, mirándome como si te hubieras bebido un vaso de contrití ^{Té del país}. Me da igual que me llaméis cobarde, pero yo no voy a beber tu veneno, a no bon yestade ^{no nací ayer}. No volveré a *acomparar* mi fuerza contigo, abeck exquius mi. ^{perdóname por favor}

Killing Billing no respondió a Papi Calderillas, simplemente recogió sus enseres, bebió el veneno que había preparado a Papi Calderillas, escupió al suelo tres veces, se levantó y echó a andar hasta desaparecer en la oscuridad.

Nadie dijo nada, nadie quiso ni tan siquiera moverse del sitio. Solo nos dedicamos a existir en ese momento bochornoso para el viejo brujo que se quedó con la boca medio abierta.

— ¡Vámonos ya!— Le dije al final a mi hermano, que seguía mirando la oscuridad por donde había desaparecido el brujo.— Es ya muy tarde y cuanto antes estemos en casa, mejor. Este sitio cada vez me gusta menos.

Mi hermano tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo le preocupó más nuestros problemas que el que tenían ambos ancianos.

— ¿Y si nos siguen?

— Si alguien nos estuviese siguiendo, nos habríamos dado cuenta ya. Llevamos más de dos horas aquí sentados.

No volvió a decir nada. Cogió su móvil de encima de la mesa y echó a andar. Me levanté y le seguí. Salimos por el pequeño callejón por donde había desaparecido la silueta de Killing Billing, cruzamos nerviosos las callejuelas de Nyumbili hasta

llegar a la Avenida de Hassan II. Era viernes, no fue difícil encontrar un taxi.

Recorrimos la ciudad en muy poco tiempo, por la pasividad del tráfico. En el recorrido mirábamos nerviosos a cualquier coche que se ponía detrás del taxi. El taxista reparó en nuestro nerviosismo, pero no abrió la boca para decir nada.

A diferencia de otros barrios por donde pasamos, el nuestro parecía sumido en un profundo sueño. Todas las casas, excepto la de la tía Fifi, estaban completamente en silencio. Nuestra vecina parecía gozar de buena compañía, pero no así de buena conversación, puesto que la música estaba muy alta.

En aquel patio que nos vio crecer, había un gran árbol de mango que le obsesionaba por las noches a mi hermano mayor. No sabía por qué, pero casi siempre que pasaba por debajo de él, por las noches, miraba a lo alto del árbol y balbuceaba alguna palabra grotesca. Al lado del árbol había una fuente de agua potable para nuestro vecindario, por el que raras veces salía agua. En medio del patio, varios asientos de cemento, contruidos por los mismos vecinos,

No podíamos pasarnos la noche huyendo de la hipotética persecución de unas personas que no habíamos visto en todo nuestro recorrido. Sin Pepín cerca, no se nos ocurrió otro sitio al que ir. Peinamos la zona buscando cualquier persona

sospechosa. Cuando pensamos que era suficiente, entramos en casa, sin antes volver a mirar a todas partes.

Más que las cervezas vacías que encontramos en la mesa, no había nada ni nadie en el salón. Podía escuchar los ronquidos de mis hermanos desde la puerta. Cruzamos el pasillo y nos fuimos a la habitación. Pepín estaba dormido y roncando ruidosamente, no me pareció buena idea despertarle y empezar a hablar del tema. Me quité la camisa y los pantalones y me subí a la cama, ya me ducharía por la mañana. No supe cuándo vino el sueño a desnudarme de mi cuerpo.

VII. Boyé y Ondó

— ¡Pepín, Pepín!

Me gritaba y zarandeaba desde el otro lado de la tela mosquitera. Su voz me rescató del abismo del sueño, de los brazos de Morfeo, y sin querer le metí una patada al que tenía tumbado a mi lado. Sin dejar de roncar descortésmente, éste me dio un rodillazo en la espalda, se estiró salvajemente y se cubrió el cuerpo entero con la sábana que hasta hacía unos minutos compartíamos los dos.

— ¡Pepín main!— Volvió a insistir la voz.

Torcí el gesto y abrí lentamente los ojos. Los ojos de mi madre me miraban fijamente desde el otro lado de nuestra vieja tela mosquitera. Sujetaba una lámpara de queroseno a la altura de la cara y que hizo que me fuera difícil abrir completamente los ojos.

Antes de exteriorizar mi malestar, levanté la mano izquierda y presioné un botón en el lateral de mi CASIO. Se encendió una lucecita azul y descubrí, con mucho pesar, que eran las tres y media de la madrugada. No me parecía justa la interrupción de mi sueño, pero no fui capaz de decírselo literalmente, únicamente hice un sonido con el hueco de los dientes, muy parecido al que hacen las viejas cuando no les parece bien algo.

— ¿Na wetin no, Karo? ^{¿Qué ocurre, Karo?}

Mi voz sonaba muy destemplada, de modo que carraspeé reiteradas veces para despejar la bola de saliva y esputos que se me amontonaban en la garganta.

— ¡Grab yu wes na dan bed naw naw! E fiba se son tifmanden enta na jos. ^{¡Levanta tu culo de esa cama ahora mismo! Parece que han entrado ladrones en casa.}

Aquellas palabras las recogieron muy lentamente mis oídos, para después transmitirlos a mi cerebro. ¿Qué querían robarnos, nuestros sofás de la época de Macías? ¿Qué teníamos que les podía llamar tanto la atención, nuestro juego de cuchillos chinos? Supuse que mi madre exageraba, pero no quería iniciar una larga conversación sobre quién tenía o no razón.

Ser el primogénito de mi familia me otorgaba muchos beneficios, pero también momentos en los que prefería ocupar un segundo plano. Esos beneficios en nuestra familia eran por ejemplo, recibir atenciones especiales a la hora del reparto de comida, pues siempre me llevaba la porción de carne o arroz más grande o, participar en conversaciones con los mayores sin que éstos te tachen de maleducado. Pero en los casos de ser despertado a media noche para echar a gatos, ratones o ladrones, me habría conformado con ser el segundo varón que te exime de ciertas responsabilidades a altas horas de la madrugada.

Mis cualidades de liderazgo se simplificaban en fuerza bruta, muchas veces incapaz de controlarla.

Mi madre seguía mirándome desde detrás de la vieja tela mosquitera con la cara bañada en sudor. Tenía dos gruesas gotas rosadas en ambos laterales de la cara que me llamaron la atención y me hicieron sonreír disimuladamente. Supuse que era por la crema corporal (Ídole) que usábamos todos en casa. Algunos más que el resto.

—Tifmanden, tifmanden, tifmanden... ¡Ladrones, ladrones, ladrones! —
Me repetía en voz baja.

Quise terminar cuanto antes con lo que empezaba a parecerse a una pesadilla, de modo que sin darle tiempo a mi madre de alejar su sudoroso rostro, me levanté de un brinco de la cama, aparté la tela mosquitera y salí de puntillas hacia la cocina que se encontraba donde terminaba el pasillo. Cogí el único cuchillo que teníamos; uno puntiagudo y con el mango bastante deteriorado, recorrí el pasillo hasta entrar en el salón. Ahí, apoyé mi cuerpo en la pared que había después de la puerta que separaba el salón de las demás estancias de la casa. Mientras intentaba que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, mis manos se deslizaron por la pared de madera, buscando el interruptor que accionaba todas las luces de la pequeña casa de mi madre. Mientras lo pulsaba con la mano izquierda, sujeté

con fuerza el cuchillo puntiagudo y lo suspendí en el aire, preparado para acuchillar al desalmado que trataba de robarnos.

Cuando por fin lo accioné, no se encendió ninguna luz, la compañía eléctrica había decidido limitar sus prestaciones aquella madrugada en gran parte de la ciudad. Me acordé de la interpretación que hacía mi amigo Boyé sobre este tipo de situaciones: "¿Si duermen, para que necesitan luz?".

Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, de modo que pude analizar con detenimiento cada uno de los rincones del salón, reconociendo cada objeto, cada vacío. No noté nada inusual, por lo que me acerqué a la puerta para abrirla y poder ubicar mejor al mangante que estuviese escondido con la ayuda de la luz de las farolas o de la luna.

La puerta estaba asegurada con un pasador gris en la parte inferior y con un clavo aboyado haciendo de contra peso en la parte superior. El pasador era de color platino y por debajo de él había una pequeña abertura en el lugar donde alguna vez había estado un pomo. En lugar del pomo había un papel cuadriculado espachurrado para evitar los ojos de los curiosos.

Paseé mi mano izquierda hasta dar con el clavo que había en el marco de la puerta y que con su abolladura, la retenía. Eliminé lentamente la fuerza que hacía contra ella. Mis oídos alcanzaron a escuchar la agitada respiración de mi madre desde el pasillo.

Desbloqueé el pasador y, antes de abrir la puerta de par en par, comencé a escuchar el repetitivo “cock,cock,cock...” que provenía todas las noches del árbol de mangos que había en el patio y que muchos días perturbaba mi sueño. Me paré a pensar en el pájaro, lechuza, ardilla o hechicero profesional que se instaló aquella noche en el árbol y solté un bufido de indignación que alertó a mi madre.

— ¡Na wetin, na wetin! ^{¡Qué pasa, qué pasa!} — Me repitió intranquila desde el pasillo.

Ignoré a mi madre y el cantar de aquel animal o ente perverso y terminé de abrir la puerta.

En efecto, la cálida luz proyectada por la farola inundó inmediatamente nuestro salón. No había nadie, no había ladrón, no había *tifman*.

Me di la vuelta para buscar a mi madre. Ella seguía de pie en el pasillo, con la lámpara a la altura de la cara, como queriendo decirme algo con los ojos. Un colorido *lapá* cubría su cuerpo y al observar que no había ningún ladrón, bajó la lámpara hasta dejarla en el suelo y me habló, todavía con voz susurrante:

— ¡E go bi arataden...! ^{¡Serán ratones!}

Tras estas palabras, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad del pasillo. Me quedé de pie observando la oscuridad

que dejó su ausencia sin saber qué hacer. Supongo que la idea de aprovechar y estudiar, no sería tan descabellado.

Dejé el cuchillo puntiagudo en la mesita del salón y, aprovechando la interrupción de mi sueño, crucé el umbral de la puerta y salí al patio. Mi torso desnudo recibió varios golpetazos del viento húmedo de una madrugada tranquila y silenciosa, únicamente importunada por los ruidos que venían, de cuando en cuando, del árbol de mango. Aquel ruido molesto y siniestro, me ponía especialmente nervioso, de manera que, aprovechando que tenía el árbol delante, me agaché y recogí una piedra del suelo que arrojé con fuerza contra el punto del árbol de donde sospechaba que provenían los ruidos. Oí cómo batían las alas unos murciélagos mientras se alejaban maldiciéndome en lengua *murcielagana*.

El silencio era total en el ambiente de frescura intensa. Muy a lo lejos se oía el bajo de algún aparato de música, pero no con la suficiente fuerza para perturbar el sueño o mis intenciones de estudiar. Tomé una gran bocanada de aire fresco y me dispuse a entrar de nuevo en casa. Para mi desesperación, comenzaron los ruidos molestos de los gatos en celo de nuestro vecindario. Me reí.

No era amante de estos felinos, ni tampoco simpatizaba con ellos, sobre todo por las noches. Los gatos de mi barrio, saltaban de

tejado en tejado siguiendo algún esperpéntico ritual de apareamiento que escapaba a la vista de los seres humanos, como si tuviesen vergüenza de que los vieran copulando como lo hacen los perros, o fueran extremadamente pudorosos con sus cosas. Estos gatos, corrían ruidosos sobre las chapas de zinc, maullando y escupiéndose a la cara, mientras sus dueños y los vecinos de estos trataban de dormir.

No me preocupó mucho tenerles de repente, sabía que al día siguiente alguno de ellos acabaría en la olla de Boyé. Llevaba tiempo sin escucharles, es más pensé que se habían extinguido completamente. Mi amigo Boyé los perseguía y los cocía con la conciencia muy tranquila. Era de ese tipo de personas que veían en la carne de gato una verdadera delicatesen.

Esa afición comenzó cuando su madre le regaló un dulce gatito que, además de hacerle compañía, debía combatir la plaga de ratones que había en su casa. Misifú no era buena compañía para mi amigo Boyé, puesto que lo maltrató durante varios meses hasta que un día, comenzó a aburrirle y lo metió en un saco. Lo golpeó con piedras hasta matarlo, luego lo despellejó a fuego lento y se lo comió. Su madre le regañó cuando volvió de la finca y le juró no volver a comprarle ningún juguete. A él le dio igual. Desde entonces, él y su amigo Ondó, comenzaron a comer carne de gato todos los domingos y días de fiestas importantes.

Las familias del barrio con gatos pusieron fuertes medidas de seguridad a sus mininos, aunque éstos se las ingeniaban para salir de madrugada a copular ruidosamente por los tejados, y así, lamentablemente, caían en las trampas de mis amigos.

Sólo los gatos negros se libraban de su persecución, a nadie le interesaba comer gato negro, va asociado a un terrible final.

Aquellos gatos y mis pensamientos me distrajeron el tiempo suficiente para que fuera testigo de algo insólito que terminó de confirmar el mal fario que comenzó anunciándose en el atasco de la tarde anterior.

— ¡Socorro ôoooooh, socorro ôoooooh!

La voz de una vecina me devolvió a la realidad. Ella, corría hacia el manantial como si se hubiese escapado del manicomio de Sampaka. En la mano derecha llevaba un cubo azul vacío.

Pronto me di cuenta de quién se trataba, era la tía Fifi que corría todo lo que podía hacia la fuente de agua que había en medio del patio. La fuente estaba llena de cubos vacíos dispuestos en fila con el fin de coger turno para la hora que se dignase la fuente a escupir agua.

La tía Fifi se abrió paso entre los cubos vacíos y, aunque sabedora de que a aquellas horas de la noche no encontraría agua, colocó su cubo debajo del grifo y comenzó a bombear la fuente.

Al cabo de unos segundos bombeando en balde, por fin me vio, de pie, mirándola incrédulo, con mi torso desnudo y mis calzoncillos holgados.

—Â Pepín, Pepín...engungo ^{por favor} llama a tus “*hermano*”, mi casa quema.— Me gritó desesperada.

Me quedé en el mismo sitio masticando sus palabras, hasta que una bombilla se encendió en mi azotea y caí en la cuenta de la proximidad de su casa con la nuestra, pues vivíamos en el mismo barracón.

Sus palabras abofetearon la bombilla encendida en mi azotea, pero seguí ahí de pie, sin que mi mente diera la orden a mis pies para salir corriendo. El aire dejó de ser fresco y se convirtió rápidamente en una sensación áspera, seca y bastante desagradable.

Giré sobre mis talones y busqué la puerta de la tía Fifi. Una gran humareda salía por la puerta, el tejado y las ventanas. Me acerqué lentamente, a pesar de que debería ir más acelerado. Ella pasó como un rayo hacia el bidón del tío Roku a por su agua de lluvia para contener al fuego que consumía de prisa la madera de su casa. Entonces reaccioné y salí disparado hacia nuestra casa, recorrí el salón con las prisas que me exigía mi nuevo descubrimiento.

— ¡Una grab, una grab, falla quech anti Fifi in jos! ^{¡Levantaros,}
levantaros, la casa de la tía Fifi está ardiendo — Les grité a mis hermanos con
toda la fuerza que conjugué en mi garganta.

Abrí de una patada la habitación de mi madre, maniática de tener todas las puertas y ventanas cerradas. Ella estaba profundamente dormida, a cuerpo descubierto, sin tela mosquitera, tan solo con su “lapá” que había ceñido con fuerza a su cuerpo.

La zarandeeé con la exigencia del momento, pero fue el revés de la palma de su mano la que se despertó e impactó sobre mi mandíbula, me maldijo y siguió durmiendo.

Aquella bofetada hizo que reaccionara y actuase con más rapidez que antes. No me lo pensé dos veces, metí mis manos por debajo de su espalda y sus rodillas y cargué con ella. Sorteé las bolsas de ropa sucia que había en los pasillos con amplias zancadas en el momento en que el humo de madera seca, comenzó a ahogar mis pulmones. Iba tan rápido que apenas me percaté lo suficiente de que el fuego había alcanzado nuestra cocina.

En el patio estaban todos mis hermanos, de pie y aún somnolientos, observando cómo se extendía el fuego, supuse que también bloqueados mentalmente por la primera impresión.

— ¿Fumáis *banga* no?— Les espeté gritando demasiado— ¿No veis que el fuego llegará a casa también o qué? Justo, Pastor y Sita entrar en casa y recoger todo lo que podáis, ¡sólo lo importante eh,porfavor! Marujita, tú y Petit iros corriendo a casa de la tía Sesé y decirle que la casa de Karó se está quemando.

Todos me obedecieron al instante y enseguida busqué un lugar en condiciones para dejar el cuerpo de mi madre. Elegí uno de los bancos de cemento que había en el patio para dejarla, ante la creciente expectación de curiosos.

Antes de entrar de nuevo a casa, observé que la tía Fifi había conseguido apoyo de unos pocos vecinos que unieron fuerzas para apagar el fuego mientras seguía llorando desconsolada.

Volví de nuevo a la habitación de mi madre y me quedé de pie en el umbral de la puerta, desde donde observé el interior con detenimiento. Debía decidir lo primero que iba a poner a salvo del fuego que cada vez se sentía más y más cerca. Me decidí por un pequeño armario donde mi madre guardaba la documentación familiar: cédulas de bautismo, boletines de notas, fotos, documentos de identidad, denuncias, cartas de mi padre, medicamentos...etc. Lo levanté del suelo y eché a correr con él, crucé la puerta de salida y me di cuenta del incremento de vecinos en el patio. Más que vecinos, curiosos, porque los vecinos normales en Malabo, tratarían de ayudarte, y no se

quedarían parados viendo el incendio como mero entretenimiento.

Justo y Pastor estaban colocando cuidadosamente en el suelo los el armario del salón, y Sita una bolsa de "Ghana most go" de rayas rojas y azules dispuestas en cuadros, llena de ropa.

— ¡Quédate aquí!— Le ordené a Sita. —No quiero que nadie nos robe.

Ella asintió con expresión preocupada, se sentó encima del pequeño armario y miró nerviosa a todas partes.

La tía Fifi tenía pegada el móvil al oído y la oí vociferar muy disgustada.

— ¡Êngungo, êngungo....Wôlo mâ, anda anga djiâma! ^{iPor favor, por favor, mi casa se está quemando!}

Por mis limitados conocimientos de fang, deduje que estaba hablando con los bomberos que se resistían a prestar su único coche oficial sin averiar para apagar el incendio que se avivaba a cada minuto que pasaba.

El patio en el que vivíamos, estaba compuesto por varios barracones unidos por los cables de tendido eléctricos, es decir, había varias razones para pensar que, el incendio que se acababa de declarar, no solo consumiría nuestro barracón, sino que podría extenderse con facilidad al resto de barracones

colindantes y, por ende, desatar un caos parecido al último incendio de Nyiumbili, que terminó calcinando más de cuarenta casas y de traer la muerte a varios miembros del susodicho vecindario.

Entré de nuevo a casa y cargué con nuestro sofá multiusos, sentí las piernas flojearme y los músculos de los brazos contraerse violentamente cuando lo levanté y coloqué sobre mi hombro.

Pastor pasó por delante de mí tosiendo y maldiciendo a los bomberos, el fuego había llegado a la habitación de mi madre y el humo comenzaba a estar más cargado que antes. A pesar de aguantar la respiración, provocó que de manera sincronizada, levantara la cabeza, cerrara los ojos y llevase la mano a mi nariz al tiempo que estornudaba con esputos de moco que se entrelazaron con mis dedos. Perdí el equilibrio y me caí al suelo, sepultándome a mí mismo con el sofá. "¡Mecawendiez!"

La gravedad salió airosa de su enfrentamiento con mi equilibrio, y sentí cómo se burlaba de mí mientras trataba de levantarme, asfixiado por el humo cargado que seguía respirando.

Pude levantarme y salir a la calle, tosiendo y con un dolor punzante en el pecho, crucé el patio y deposité cuidadosamente el sofá al lado de Sita que seguía intentando despertar en balde a mi madre con golpes en la cara y en el brazo.

Lo llamábamos sofá multiusos porque servía de sofá, de cama ocasional, de soporte para planchar, de pañal o de colchoneta para saltar.

El fuego se había extendido a otras tres casas del patio, incluida la del tío Roku, el ser humano más parsimonioso que he conocido en toda mi vida. Pero aquel día le vi sacar sus botellas de licor con velocidad endiablada, después dos cajas de San Miguel pequeña y una maleta de ropa.

Por suerte, su nieto, el aniquilador de gatos, estaba ayudándole con sus cosas. Boyé era tan grande y fuerte como yo, había trabajado también extrayendo arena de la playa de Nomba Tu. Posteriormente, se dedicó a los trabajos en el puerto, donde las empresas que ahí operaban, se peleaban por contratarle por la rapidez con la que vaciaba o llenaba los contenedores de 40x40, ayudado eso sí, por las caladas de banga que daba antes y después de trabajar.

Además de su imponente físico, mi amigo era un asiduo frequentador de *Túnel* o de cualquier bar de ambiente en donde se cambiase dinero por sexo. Iba casi siempre con Ondó y, para no ser reconocido por algún vecino o familiar que también frecuentaba esos lugares, se ponía una gabardina gris, un sombrero y andaba como si le hubiesen roto la pierna derecha y tuviese un problema de nacimiento en las manos. A Ondó le

daba igual hacer esas filigranas, pero su compinche Boyé le obligaba, pues si le reconocían a él, pronto sabrían quién era el cojo de la gabardina.

Era mi amigo desde la infancia y además con quien más veces me había peleado, tratando de averiguar quién de nosotros había matado primero al otro en nuestro habitual juego de *piporip*. A veces ganaba él, otras veces yo, pero cuando íbamos los dos contra cualquier otra persona, el resultado solía ser caótico.

Recuerdo que una vez nos peleamos al borde del río Biguis, en Lampert, ante un público muy selecto, fumadores compulsivos de *banga* que nos animaron a enfrentarnos a un annobonés, “¡vaya por dios!” Había que tener mucho tacto con los annoboneses. Los annoboneses amantes del karate, los annoboneses y su dominio en la pesca, los annoboneses y el alcohol, los annoboneses y su facilidad de intercalar un insulto en cada frase. No en vano les gustaban a todos las películas de Bruce Lee, que leían tal cual, es decir, *Brúcelé*.

Aquel chico annobonés nos dio una paliza para el recuerdo. Püdul, que así se llamaba, era delgado, rapidísimo y sabía muy bien dónde y cuándo golpear. La paliza que nos propinó fue motivo suficiente para respetar a todos los annoboneses de nuestro barrio.

Como iba diciendo, con Boyé hice mis grandes fechorías, pero en aquel instante de nuestras vidas, nuestra relación no pasaba por un buen momento. Sabía Dios muy bien que una mujer importante para ambos, mantenía aquella relación enrarecida entre mi mejor amigo y yo.

Pronto nuestro pequeño patio se llenó de gente que venía a mirar cómo el fuego devoraba la madera de nuestras casas. Había una gran expectación de gente que solo miraba y cuchicheaba, sin mover ni un dedo ni sus intenciones. Muchos de estos mirones, acostumbran a ir a estos incendios para robar lo que fuese. Así pues, a pesar de haberle encomendado la tarea de vigilar a Sita, no dejaba de mirar a todos los lados esperando detectar a tiempo una amenaza de robo.

Algunos vecinos sí que ayudaron a sacar las cosas de las casas, porque esperar a los bomberos en Malabo, es jugársela demasiado.

Dejé de divagar con mi mente de nuevo, y volví sobre mis pies para entrar de nuevo a casa. Era ya imposible, el fuego imparable había bloqueado cualquier recoveco para acceder a ella. Gracias a Dios, Justo y Pastor consiguieron recuperar también el televisor de marca SHARP del salón, que parecía haber sido creado exclusivamente para los ecuatoguineanos.

Además del SHARP, también habían salvado algunas ollas, dos colchones y un pequeño armario que guardaba las fotos de la familia. A estas alturas, la tía Fifi se había resignado ya y sólo usaba las manos para sujetarse la cabeza y hundir su rostro en ellas. Al haberse iniciado el incendio en su casa, sabía de seguro que sería pasto de comentarios negativos y acusatorios, que no tardaron en empezarse a compartir en voz alta.

"Bebe mucho, y *más encima* fuma, sabemos todos de dónde vino ese fuego." Apuntaba mamá Cuca. "Es una bruja, ¡vete tú a saber qué hacía ahí dentro!" Apuntó la "congosá" por excelencia del barrio, Sita Peleté. "E suit yu Fifi, eso te pasa por Buscablanco" terminó apuntando Naäná, la de la peluquería "Sizos".

Me arrimé a mis hermanos, mientras observábamos como el fuego terminaba con la madera. Crecimos en aquella casa y todas nuestras primeras veces habían sido en ella: nuestros primeros pasos, nuestras primeras palizas, nuestros primeros pelos púbicos que acogimos con entusiasmo, mis primeras pajas, mis primeras peleas y todas mis primeras veces derrumbadas por un fuego que nadie pudo controlar.

Mis padres se mudaron ahí hacía unos veintitrés años, cuando yo apenas empezaba a caminar. Tuvieron que buscarse la vida porque todos les dieron la espalda en un momento muy delicado de sus vidas. Después de que se instalaron, nació mi hermana

Sita y al año siguiente mis dos hermanos gemelos, Justo y Pastor. Pasaron varios años hasta que nació Marujita, y un año después Petit. Lo que en Europa se consideraría familia “muy” numerosa, aquí en nuestra tierra se considera bendición, riqueza, futuro. Es más dichoso un hombre con muchos hijos que uno únicamente con riquezas materiales.

Me extrañó la tranquilidad con la que Sita y los gemelos afrontaron el mal trago aquella madrugada. A parte de bufar y suspirar varias veces, apenas hablaron del tema. Se dedicaron a trabajar para evitar que nuestras cosas se quemaran, en silencio, sin apenas decirse nada. Sabía que los tres eran un poco raros, cada uno de diferente forma, pero me preocupaba bastante su silencio, como si tuviesen la mente alejada de todo cuanto ocurría. Les observé también en silencio, mientras miraban cómo el fuego terminaba con la estructura de nuestro barracón.

Esperamos sentados en las sillas de cemento, hasta que comenzó a amanecer. Eran las seis de la mañana cuando llegaron los bomberos a los que habían estado llamando durante toda la noche. Para entonces, Justo, Pastor y Sita, habían llevado parte de nuestras cosas a la casa de la tía Sesé, hermana menor de mi madre. Vivía a pocos metros de nuestra casa y fue sencillo ir con

las cosas hasta ahí, aunque fuesen en varias vueltas. Sencillo, pero pesado.

Tanto el tío Roku como la tía Fifi se quejaban de que les habían robado algunas cosas. Los ladrones de aquel barrio no tenían respeto por nada ni por nadie, les daba igual la situación personal de cada uno. “Eni man whe in tori”. ^{Cada uno con su problema.}

El coche de bomberos llegó pitando a las personas que seguían de pie observando los lamentos de las familias afligidas. Un hombre camuflado bajó del coche, en la cintura le colgaba una pistola, un walkitalki y unas esposas, conocidas en mi barrio por *sacadinero*, todos intuimos por qué del nombre.

Los primeros rayos de sol otearon en el horizonte ahumado de aquella mañana, los gallos seguían cantando la desdicha ocurrida aquella madrugada, y mis vecinos continuaban buscando las causas de aquel infame suceso cuando el militar, bajo la atenta y silenciosa mirada de mis vecinos, descolgó la manguera y se acercó hasta la casa humeante del tío Roku. Cargó la manguera y disparó un potente chorro de agua contra a la casa que más resistencia le había puesto al fuego. Al cabo de unos pocos segundos, el potente chorro de agua se fue apagando, terminando en un goteo que arrancó las maldiciones de mis vecinos.

Aquel hombre se quedó mirando la manguera, esperando a que siguiese funcionando, le dio varios golpes con la palma de la mano, pero se quedó en aquel simple goteo. Dejó la manguera en el suelo y salió con total tranquilidad al encuentro del conductor del camión cisterna, que seguía sentado en el interior de la cabina. Se subió por la parte del copiloto y comenzaron a hablar.

Boyé y Ondó, como quienes no querían la cosa, se acercaron al coche de bomberos, se subieron por la parte del copiloto y posteriormente, obligaron a bajarse al de la manguera. El interpelado no dio señales de querer colaborar, por lo que Boyé le asestó un puñetazo en la cara. Aquel puñetazo hizo que la nuca del de la manguera impactara con la cara del conductor. Tanto el conductor como el camuflado de la manguera, comenzaron a sangrar, ambos por la nariz.

El de la manguera se bajó del camión, obligando a Boyé a retroceder hasta el suelo. Según los pies del militar tocaron suelo, sacó el arma que aferraba a su cintura, la suspendió en el aire, apuntándole a la cara a Boyé.

— ¡Akiowoya! ^{¡Qué es esto!} ¿Tú bromeas con quién?— Preguntó alterando el orden léxico de la pregunta.

— ¡Si tú eres hombre, deja esa pistola y pelea conmigo! —Le atajó rápidamente Boyé. — ¡A go wowó yu fes naw naw so!^{Voy a} afear tu cara ahora mismo. — Terminó de decirle.

El bombero se echó a reír, miró de reojo a todos los que habían formado un corro para ver aquella pelea y se volvió a enfundar la pistola.

—Vosotros los de Elá Nguema os creéis demasiado.— Se alejó un par de centímetros de Boyé, sin quitarle el ojo de encima.— Yo te voy a reducir ahora mismo.

— No vamos a hablar mucho, ¡tira la pistola y pelea!

El aludido se enfundó la pistola, desabrochó el cinturón que sujetaba la pistola a su cintura y lo dejó en el suelo. Cuando comenzó a quitarse la chaqueta camuflada, Boyé salió corriendo hacia el militar y con una patada en el pecho, lo tumbó y alejó varios metros, provocando el grito unánime de los vecinos: "¡Daaal beeeeg!"

¿Una pelea a las seis de la mañana? No había mejor plan para comenzar el día en nuestro barrio.

Boyé volvió a la carga, levantó al militar y lo sacudió reiteradas veces hasta que éste se desplomó inconsciente en el suelo embarrado.

El conductor del camión seguía en el coche, tratando de frenar la hemorragia que le había provocado la cabezada de su camarada. Eso le aburría a Ondó, no había derecho de que su amigo estuviese divirtiéndose y él no. De modo que, sacó a rastras del

coche al conductor y le colocó al lado de su compañero que había comenzado a sangrar también por la boca.

Los vecinos, muy acostumbrados a las peleas, entonaron una canción que motivaba a cualquier persona a la que le guste pelearse. Canción que incitaba a matar y a enterar al adversario en caso de que este no fuera un familiar.

"Killam Killam....Beram, Beram... ¿Na yu papá? noooo... ¿Na yu mamá? noooo."

Ondó le encajó una combinación de puñetazos en la cara que acabaron con el bombero en el suelo, junto a su compañero, sangrando y retorciéndose de dolor.

La cosa terminó mal para los bomberos que llegaron tarde al incendio del barrio equivocado. Acabaron en el suelo, llenos de barro, chorreando sangre y pidiendo disculpas en todas las lenguas que controlaban. Todos sabíamos que aquel acto de Boyé y Ondó llevaría consigo represalias, pero en aquel momento solo importaba el presente, el momento, el ahora con el que aplacamos por un momento nuestro enfado, a costa de la paliza de Boyé y Ondó.

Fue el tío Roku quien consiguió calmarles a ambos y retirarlos de la pelea mientras recibían ovaciones y vítores de todo tipo. La fuerza física de Boyé se justificaba, por las malas lenguas de mi barrio, con que lo llevaron de pequeño a Camerún y lo

prepararon en una curandería de Bouyá, le ungieron varios ungüentos, aguijón de abeja reina, barro de un río muy especial y veneno de culebra negra.

Mi madre se despertó por fin, a causa del ruido que se había desatado por la pelea. Cuando se incorporó, se encontró con la imagen del anciano Roku llevándose del escenario de la trifulca, a su nieto y al amigo de éste, y también, a los vecinos aplaudiendo y hablando de la golpiza que se acababan de llevar los bomberos. Bomberos que aprovecharon la benevolencia del anciano Roku para levantarse dolorosamente, recoger el cinturón y meterse como bien podían en su vehículo.

— ¡Papa God ooh! ^{¡Dios mio oh!}

El grito de mi madre, con las manos en la cabeza, tras ver su casa reducida a cenizas, hizo que la atención de los vecinos cambiase enseguida de protagonista.

— ¿E don grab? ^{¿Ya se ha despertado?} — Preguntó una.

— A jia se e guet síndrome fo “La bella durmiente”. ^{He oído que tiene el síndrome de la bella durmiente} — Se burló otra.

— No de laf whe dan sickden. ^{No te estés riendo con estas enfermedades.} —

Respondió una mujer bajita con los ojos muy abiertos. — E fi bi se e kin go fly whe di gran búho fo Rebola. ^{Parece que suele ir a volar con el gran búho de Rebola.}

No hice caso a aquellos comentarios bastante explotados ya en el barrio. Comentarios infundados referidos a la enfermedad del sueño que padecía mi madre y al arte de volar transformado en un búho que supuestamente tenía mi padre. Hipótesis que no se podrían sostener en ninguna parte mentalmente desarrollada.

— Ustin a go mek whe mi laif ooooh? ¿Qué haré ahora con mi vida? —
Lloró amargamente.

Con las manos aún en la cabeza, se levantó del asiento de cemento y comenzó a acercarse a lo que había sido hasta aquella madrugada su casa. Las lágrimas le surcaban la cara como dos ríos de aguas cristalina, y a pesar de que mi hermana trató de detenerla, ella siguió andando hasta ubicarse en lo que había sido la entrada al salón. Miró desamparada aquel lugar humeante, sin pararse a pensar en el calor que seguía haciendo, se arrodilló y lloró amargamente, como si se hubieran separado, alma y cuerpo.

Me acerqué a ella para sacarla de aquel lugar, y limitar así los comentarios que sabía que seguían haciendo los curiosos que la miraban con los ojos muy abiertos y el gesto torcido.

— ¿Están bien tus hermanos? — Me preguntó nada más rodearla con mis brazos.

— Yes, Karó, — Respondí apresuradamente. — están en casa de la tía Sesé.

— ¿Ha muerto alguien?

— Nadie, todo está bien.

Sus ojos recorrieron el escenario de nuevo, antes de ponerse de pie. La tía Fifi en aquel momento se encontraba de pie, al lado de un pequeño camión en donde había metido las cosas que había conseguido salvar. Parecía ida, abstraída, con el pelo desarreglado y los ojos hinchados y llorosos.

— ¿Habéis sacado mis placas nigerianas?

La pregunta me pilló desprevenido, pero fue suficiente para arrancarme una leve sonrisa.

— Sí, le vi a Justo con ellas.

El sol terminó de aparecer en un escenario deplorable, un escenario para el olvido. Gran parte del cuerpo de la tía Fifi estaba cubierto de carbón y cenizas, y por un momento me apenó bastante, aunque sospechase que la culpa de aquel incendio era únicamente de ella. Tenía que comenzar desde cero, porque había perdido gran parte de los sacos de Asamse que tenía guardados en casa.

Tía Fifi no era miembro de mi familia, llevaba el nombre de “tía” delante del nombre como signo distintivo de educación. A nosotros nos enseñaron desde pequeños que, cualquier persona mayor que conociéramos, deberíamos tratarle de tía o tío, y si

son personas muy mayores, papá o mamá. Eso mostraba nuestra buena educación, poniendo a esas personas en el mismo trato que daríamos a nuestros padres o a nuestros tíos.

La tía Fifi se subió al pequeño camión y abandonó el patio con rostro desolado, sin mediar palabra, sin mediar en la pelea, sin decirnos cómo se originó aquel fuego en su casa. No dijo nada y se marchó, dejando a mi madre aún más triste.

Los dos bomberos arrancaron ruidosamente el coche amarillo y rojo que vino al barrio sin agua. Boyé amagó con volver a por ellos, pero el tío Roku supo retenerlo ofreciéndole una cerveza.

A pesar del buen funcionamiento del motor, el coche no pudo salir del barrio tan rápido como seguramente querían sus ocupantes. Una de las ruedas delanteras se había quedado atrapada en un charco, obligando al conductor a acelerar en vano.

Varios vecinos se armaron de piedras del suelo y comenzaron a lanzarlas contra los cristales del coche.

Mi madre hasta entonces también abstraída, se arqueó para coger varias piedras que apiló en la mano derecha y apretó contra su pecho para que no se cayeran, se reincorporó y se acercó a la parte delantera del coche, primero vociferando con tono amenazante, y después lanzando violentamente las piedras

contra el cristal del coche. La rueda seguía patinando por la impaciencia del conductor.

— ¡Aaah Ndong, Aaah Ndong, Uncan ba cum bia wuiñ! ^{¡Ndong,}
vámonos de aquí antes de que nos maten!

Aquellas palabras fueron las últimas que escuchamos decir al copiloto, antes de que la rueda cediese en su patinazo y propulsase al automóvil hacia delante, impactando violentamente contra un poste de teléfono que no pudo esquivar. Los vecinos recularon unos centímetros, pero al instante volvieron a la carga corriendo y gritando, mientras impactaban sus piedras contra el coche de bomberos que salió con la quinta marcha puesta.

— ¡Wowotinden....fitiatinden....dotitinden! ^{¡Feos, maleducados, sucios!}—
Insultó disgustada mi madre mientras se alejaba el vehículo.—
Así son....Llegan a los incendios cuando ya se ha quemado todo un barrio, encima, sin agua..... ¡Me den cam oda de mo!
Fitiatinden. ^{A ver si tienen lo que hay que tener para volver otro día por aquí. Maleducados.}

Poco a poco los vecinos comenzaron a abandonar el patio, para centrarse cada uno en su actividad diaria. La fuente comenzó a escupir agua y rápidamente se llenó de vecinos que comenzaron a discutir sobre quién había llegado antes y quién no. Boyé, Ondó y el tío Roku salieron por donde había pasado el camión

con los bártulos que consiguieron sacar de la casa del viejo corisqueño.

Abeke y Orji, la pareja de nigerianos de nuestro barracón, habían conseguido ayuda de sus hermanos nigerianos de la zona y prácticamente habían salvado todas sus cosas. Se subieron a un “doble cabina”, y se marcharon con las prisas de olvidar cuanto antes todo aquello.

A mi madre le dio un ataque de locura, evitó los destrozos ocasionados por el fuego y se metió de nuevo en su casa humeante. Salí rápidamente tras de ella para sacarla de aquellas ruinas. Ella me miró desolada y, aprovechando que estaba de espaldas a los pocos vecinos que seguían en el patio dando lengua suelta a sus habilidades con el congosá, desató el nudo de su lapá, lo abrió como si fuesen alas y se lo volvió a colocar y a ceñir con un nudo terminado en punta. Inmediatamente se giró, me acarició la cara y comenzó a caminar hacia la casa de la tía Sesé, en Coldwatá.

En nuestro recorrido hacia la casa de mi tía, vi a la “innombrable” que me miró con rostro abatido. No me paré a hablar con ella, ni tampoco hice ademán de intentarlo o de sentir las condolencias que me transmitía en silencio.

Tanto Sita como los gemelos se levantaron de las sillas de cemento y todos juntos echamos a andar con nuestra madre, en

silencio y con la cara gacha. Nadie tenía nada que decir, nadie necesitaba escuchar.

VIII. Un viaje angustioso

El hecho de pasar toda la noche despierta, no me impidió ducharme nada más llegar a casa de mi tía. Era una casa mucho más grande que la nuestra, con patio privado y cercado por una muralla de cemento.

Justo y Pastor no iban a clase los sábados como yo o Pepín, de manera que ellos sí se fueron a dormir. Ellos compartirían habitación, además de con Petit, mi hermano pequeño, con Famosín, Chupín y Rivaldo, los tres hijos varones de mi tía. Famosín y yo teníamos la misma edad, veintiuno, pero tenía un leve retraso mental que hacía que pareciese menor que yo. Chupín y mi hermana Marujita tenían la misma edad y Rivaldo solo tenía cuatro años.

Al padre de ellos, el tío Roquito, le gustaba muchísimo el fútbol, no como al resto de guineanos a los que también les gustaba, sino que varios puntos por encima de lo normal. Su mayor obsesión se llamaba F.C. Barcelona y su dios, y al que veneraba, Lionel Messi.

A mí me tocó dormir en otra habitación con mi hermana Marujita y Bijou, la primogénita de mis tíos. Mi madre y Pepín dormirían en el salón, mientras mi tía y su marido seguirían en su habitación de matrimonio. El reparto de las habitaciones era

inapelable, así era como lo hacíamos siempre que íbamos a pasar un fin de semana o hubiese una fiesta importante.

El baño se encontraba en la parte trasera de la casa y se accedía a ella por la puerta de atrás, junto a la cocina. Las paredes del baño eran de chapas de zinc que se habían vuelto marrones por la acción del sol. Tenía una puerta de madera de color azul que se cerraba por fuera con un candado y por dentro con un clavo aboyado. Dentro del baño había un bidón verde de plástico en el que se almacenaba el agua, además de un pequeño recipiente que flotaba dentro del bidón y que se utilizaba para cargar el agua y echársela sobre el cuerpo. Detrás del bidón, había varios botes de "flit" para combatir cucarachas y otras plagas, aunque ninguno contenía líquido alguno.

La letrina era un agujero hecho de baldosas blancas y marrones, con dos huellas de zapatos a ambos lados del mismo. No había papel higiénico nunca, de modo que las formas de limpiarse corrían a cargo de la imaginación del que usase el baño.

Me quité la ropa y me di una ducha rápida. Mis pechos parecían haber crecido un palmo, pesé ambos en cada una de mis manos y posteriormente las apreté. Esbocé una sonrisa de conformidad y miré hacia abajo, entonces cesó mi sonrisa. No sabía si era buena idea continuar con mi plan de perder la virginidad con

Tahatá aquel sábado, como lo habíamos planeado tiempo atrás, después de todo lo que había pasado en aquella madrugada.

Mi mente empezó a recrear situaciones extrañas y mis dientes comenzaron a buscar mis labios, tan lentamente que me olvidé por completo de la urgencia de terminar de prisa en aquel baño. La voz de mi consciencia me despertó con un chasquido, abandonando así, los pensamientos que querían distraer mi atención.

Cuando terminé de ducharme, me sequé con la ropa que llevaba puesta desde que nos despertara Pepín. Al acabar, me la volví a poner, pero al revés. Salí del baño y me metí rápidamente en casa, pasé por la cocina, luego por el salón para terminar en la habitación de las chicas. “¡Menudo alivio!, antes me tenía que cambiar en el mismo baño para evitar que mis hermanos pudiesen sorprenderme como me trajeron al mundo”.

Mi prima Bijou nació y creció en Gabón, así que su acento era muy diferente al resto de nosotros. Ella me dejó prestada una falda azul marino y una camisa blanca para presentarme al último día de clase. Estilicé mis trenzas *loxs*, recogí mi mochila y salí por la puerta trasera para evitar preguntas angustiosas de mi madre.

Los barrios de Elá Nguema estaban pegados unos con otros. La expansión demográfica estaba haciendo que surgieran nuevos

barrios con bastante rapidez, haciendo que nuestro municipio también lo hiciera. Todos los barrios que formaban San Fernando, como así se conocía antes Elá Nguema, compartían una iglesia decimonónica restaurada y pintada de rojo y blanco. En el interior de esta iglesia, había varias imágenes de pasajes bíblicos que todos identificábamos o comentábamos cuando el sacerdote se extendía demasiado en las homilias. Muchas de aquellas imágenes eran pastores o apóstoles negros, aspecto novedoso para los que estaban acostumbrados a ver a santos, apóstoles y profetas pintados de blancos.

También compartían una fuente de agua potable y fría, a la que llamaban *Coldwatá*, que era donde se reunían todos los vecinos de Elá Nguema para coger agua. Siempre, claro estaba, entre apretujones, insultos, amenazas con pistolas y peleas espectaculares. Poco a poco esas situaciones se fueron regulando cuando decidieron que todas las viviendas de este famoso municipio debían tener agua.

La casa de mi tía se encontraba muy cerca de aquella fuente, mientras la nuestra, reducida a ceniza, estaba en la calle Bata, barrio habitado en su mayoría por annoboneses, con un amplio dominio de la navegación, la pesca y el alcohol.

Nuestro barrio tenía nombre de calle y no era de extrañar. Barrios enteros de Malabo empezaban llamándose por una calle,

una rotonda, por el nombre de una finca, por el apellido de una familia, por el nombre de una panadería, por los extranjeros que vivían en una zona determinada, por un edificio importante o simplemente por un bar conocido.

Muchas calles seguían sin nombre, y las que tenían nombres, apenas se conocían o se utilizaban con fin de orientar al ciudadano perdido. Es más sencillo indicar un restaurante, un bar o una plaza. Para que desde ahí pudiese buscar uno mismo la casa en forma de....el edificio con escaleras en forma de... o la casa que había delante de la farmacia o la panadería de...

Afortunadamente las calles de Elá Nguema tenían nombres, aunque apenas se utilizasen, pues los vecinos estaban acostumbrados, como el resto de Malabo, a conocer los lugares por referencia de bares, iglesias, farmacias o residencias. Aunque tuviese nombre de calle, Calle Bata era un extenso barrio que iba desde la calle de Cine Mar hasta la altura del puente de Bata, y desde ahí hasta la costa. Cabe resaltar que prácticamente todas las calles del municipio de Elá Nguema morían en el mar.

Sus playas la formaban una sucesión de rocas negras y desordenadas, apiladas unas encima de otras. Estas rocas eran resbaladizas según te adentrabas en el mar. Sin apenas arena, los vecinos del barrio utilizaban aquellas rocas para abrirse de piernas y dejar sus defecaciones sin ningún tipo de

remordimiento. Las olas las recibían y las paseaban, a modo de exhibición para todos los bañistas.

Era un barrio con todo tipo de personas, con fumadores mañaneros de *banga*, mujeres trabajadoras, ladrones, bebedores profesionales, gays con mujeres e hijos, y lesbianas lujuriosas que encontraban en el matrimonio la mejor manera de ocultar su verdadera orientación sexual.

En sus calles casi siempre habían personas, hablando, bebiendo, peleándose, discutiendo, pintándose las uñas o simplemente estando. Calles que habían sido asfaltadas, rotas, de nuevo asfaltadas y otra vez rotas en un espacio de tiempo muy corto.

Aquellas calles eran anchas, con muy poca señalización, y siempre con algún animal doméstico atropellado de muy mala manera. Las manzanas que las rodeaban, estaban formadas por casas coloniales y de construcción más moderna, que hacían de Elá Nguema uno de los municipios de Malabo más bellos y con más personalidad.

Los bares con restaurante improvisado para el consumo de *Pepesup* tenían el monopolio del barrio. El *pepesup* consistía básicamente en la cocción de pescado fresco, o no, con mucho picante, mucho caldo, varias gotas de limón y agua. Cocidos y bien condimentados, servía como elemento curativo e imprescindible para la resaca.

La venta de aquel cocido hacía que nuestro barrio se llenase de mucha gente los fines de semanas, personas que venían desde todos los rincones de Malabo para catar el pepesup de algún bar de Calle Bata, ocasionando casi siempre, jolgorio y diversión hasta muy tarde.

Nuestra antigua casa era pequeña y de madera, con una puerta de madera que desentonaba por completo con la estética de la misma. En aquella puerta, había pegada un papel amarillo de lucha contra el paludismo de seis años atrás, pero sin efectos justificados. Las puertas y las ventanas estaban pintadas de un marrón que, agravado con el paso del tiempo y del polvo, estaba convirtiéndose en gris. Toda la estructura de la casa estaba pintada, como todas las de Malabo, de un ocre suave y llamativo. Había dos habitaciones, un baño y un pequeño salón.

La situación de nuestro barrio y de prácticamente Elá Nguema entera, cambiaría para bien entre los años 2010 y 2013, aprovechando el bum del petróleo. El auge económico cambió en parte la imagen lamentable que había tenido nuestro barrio durante muchísimos años.

Tomé la calle que iba directamente a la plaza de Elá Nguema. No pude atravesarla porque estaba cercada y cerrada, por lo que decidí dar un rodeo pasando por delante de la iglesia primero, luego por delante del ayuntamiento y finalmente desemboqué en

la calle de Cine Mar. Había bastante gente en la estación de autobuses esperando coger un taxi, un autobús o algún coche de empresa que hacía su ruta por nuestro municipio. Los autobuses públicos hacían su recorrido entre Elá Nguema y Los Ángeles, en un principio, posteriormente se extendió a diferentes barrios de la ciudad. En aquella época de bonanza ecuatoguineana, muy pocas personas utilizaban los servicios de aquellos autobuses públicos. O se iba en vehículo propio envuelto en un buen aire acondicionado, o se iba en taxi, compartiendo calor, recorrido y olores de todo tipo con personas desconocidas, porque el taxi no era individual, claro que no.

No me gustaba entrar en los autobuses en los que siempre había alguien sin sitio, parado y arqueado para evitar que la cabeza le saliera por el techo del *ciencien*. No me gustaba, pero no me quedaba de otra si quería ir todos los días a clase. El precio del taxi casi siempre se escapaba a mi presupuesto semanal, si pensaba en fotocopias, desayuno y las escapadas a los bares con mis compañeros.

En mi reloj analógico marcaban ya las siete y cinco, por lo que me quedaba más o menos una hora para la primera clase de aquel infame día. Estábamos en plena época lluviosa y las nubes amenazaban con desprenderse en cualquier momento. ¡Ojala lo hubiera hecho de madrugada!

— ¿Tienes bocadillos de aricó?— Pregunté a la mujer del puesto de bocadillos que había en la estación de autobuses, mientras revoloteaba mi bolso buscando los doscientos cincuenta francos que costaban. ¡Qué tiempos aquellos en los que solo costaba cien francos!

— ¿Con picante?— Me preguntó amablemente la señora. Asentí con la cabeza.

El bocadillo era corto, no más de 30 centímetros. Le di las monedas y me coloqué delante del transformador eléctrico que había al lado del cine Mar: "¿Dónde diablos estaría? Siempre igual, siempre llegando tarde"

Mayte era mi amiga desde los ocho años, y si había algo que no me gustaba de ella, era su total despreocupación por el tiempo. La puntualidad no era uno de sus fuertes, y a pesar de que incluso me referí al tema en su "cuaderno de recuerdos", no pareció importarle demasiado. Por ello mismo me quedé con su cuaderno más tiempo del que necesitaba, a ver si entendía la indirecta.

Últimamente le había cogido un cariño especial al consumo de unas pastillas que trataban problemas de corazón. No me entiendan mal, mi amiga estaba muy bien de salud, las pastillas de Cytotec parecían tener un efecto secundario que era el de hacer abortar a mujeres embarazadas. En Malabo estaba

teniendo cantidad de adeptas que vieron en ella, la mejor manera de tener sexo sin protección, puesto que el Cytotec funcionaba como la pastilla del día después y, a pesar de su alto precio, era uno de los medicamentos más demandados en todas las farmacias de la ciudad. Y puesto que desde siempre a mi amiga le había gustado practicar sexo sin protección, vio en esta pastilla, la oportunidad de dar rienda suelta a su insaciable adicción.

Los embarazos en adolescentes eran vistos con normalidad. Los padres que conseguían mantener a sus hijas lejos de la fiebre sexual que estaba sacudiendo a toda la isla de Bioko,

— ¡Ya estoy aquí big Chekú!— Me susurró al oído con su particular voz ahogada y sonrisa petulante.

— Te he dicho que no me llames big Chekú.— Le respondí intentando sonar borde y amenazante.— Ya nadie me llama así.

— Amaîn Sita...— Me respondió bruscamente y tiró de mis trenzas.— Eres una quejica, *una* ya no te puede molestar.

— No estoy de buen humor Mayte.— Contesté encogiéndome de hombros.— He perdido toda mi ropa en ese incendio, ¡Toda! ¿Sabes cuántos pares de tacones ya tenía, con lo que me costó comprarlos?

— Si luego no los utilizas, no vas a fiestas, no vas a cenar con Tahatá, ¿para qué querías los tacones entonces?

— ¿Y qué? Eran míos y punto. ¿Tú no fantaseas con cosas?

— ¿Y son lo único que te duele haber perdido?

— Adá, no me hagas tantas preguntas, no soy tu profesora.

Dejé de mirarla para centrar mi atención en cómo llegaba, lleno de gente, el pequeño *ciencien* a la estación. Con el rabillo del ojo, noté cómo me taladraban los ojos de mi amiga. Y en un arrebato infantil, arrancó un trozo de mi bocadillo de aricó y se lo llevó rápidamente a la boca. La miré y puse los ojos en blanco, tuve ganas de abofetear su linda carita.

— Además, ¿tú sabes cuantas ropas yo ya tenía?— Le pregunté mientras me subía al autobús de carrerilla para encontrar un lugar cómodo para sentarme.

Reconozco que no formulaba bien las preguntas, no porque no supiese hacerlas, simplemente porque mis amigas y el resto de Malabo hablaban así, y sin darte cuenta, te dejabas llevar. El claro ejemplo de aquello era la fuerza con que taxistas y ciudadanos de a pie decían *retonda* en vez de rotonda, convirtiendo esta palabra en viral.

Puesto que Cine Mar era la última parada, se bajaron todos los que venían de Los Ángeles o paradas intermedias. Aquellos

asientos de madera, colocados en forma de U, detrás de los dos únicos asientos que venían con el coche, eran lo único que había en esos autobuses para sentarse. Y como era de esperar, muchas mañanas asistíamos a importantes peleas verbales a causa de quién había llegado primero.

Al ser las primeras en entrar en él, nos colocamos en los dos asientos que había detrás del conductor y el copiloto, y eso nos alivió bastante. Tenían los cojines blandos y sucios, pero se iba bien. Era una buena manera de evitar peleas, discusiones o insultos por ocupar demasiado espacio. En aquel oscuro lugar con asientos de madera en forma de U cuadrada, en la parte de atrás del autobús, hacía más calor que en el infierno.

Mayterchu ocupó el otro asiento a mi lado. Muy cerca de ella estaba un hombre que, a juzgar por su atención y sus pintas, daba perfectamente la sensación de ser el motoboy ^{cobrador}. Éste comenzó enseguida a darle conversación a Mayte, que no le importó complacerle. El hecho de ubicarme cerca de una de las ventanas, permitía que mi atención no se durmiera en la conversación de ambos, podía disfrutar de las vistas, del airecito que entraría con cada aceleración del conductor y de un espacio razonable para estirar mis piernas cómodamente.

El conductor arrancó el autobús y comenzamos a recorrer la calle de Cine Mar con dirección a la ciudad. De fondo, una

canción de Espe, *Mistaken Identity*, tema que conseguía despertarme en los días más pesados, buena elección del conductor.

En la siguiente parada, "Calle Bata", el conductor se apeó del *ciencien*, cruzó la carretera corriendo, entró en una casa, con letrero multicolor anunciando: "*Aquí se vende polos, se pone saldo, se vende hielo y se trenzan trenzas africanas. S.M a 300 francos*".

Me pudo la nostalgia al acordarme de mi casa en aquella estación. Aparté enseguida los ojos de aquella calle y busqué con los ojos al conductor de nuestro autobús.

Aquel señor salió de la casa con una tira de cervezas, sonriendo y vociferando con alguna señora que no alcancé a ver. Volvió a cruzar la carretera corriendo para luego subirse al autobús con bastante dificultad, atribuido al estómago tan grande que tenía y que imposibilitaba abrocharse bien los botones de su camisa de líneas azules cuadradas.

Le dio una cerveza al motoboy que se había sentado sobre la parte del motor, se cogió una y el resto las guardó debajo de su asiento. Abrió su cerveza, dio un sorbo largo y con su antebrazo, se limpió la espuma de la cerveza que rodeaba su boca. Arrancó de nuevo el autobús y proseguimos la ruta, con la incursión de Place Angels en los altavoces del pequeño *ciencien*.

Cuando llegamos al cruce de Hospital, el autobús estaba lleno de pasajeros madrugadores. La parte trasera estaba aún más llena de gente, algunos sentados y otros tantos de pie y arqueados. Nuestros dos asientos aterciopelados fueron invadidos por dos mujeres, unas señoras que llevaban su compra matutina: bolsas de chicharos, *yuca* y diferentes ingredientes que trajeron el mal olor al coche. Nos exigieron, con enfático consentimiento del conductor, que deberíamos compartir nuestros asientos con ellas. Suceso que rompió por completo con la tranquilidad que disfrutaba mirando por la ventana y estirando las piernas. Aquellas señoras de traseros de mujer madura, nos medio expulsaron de los asientos que crearon los occidentales para dos únicos traseros, en vez de para cuatro.

Detrás de los asientos, habían dos estudiantes: uno de Acacio Mañé y el otro de algún instituto nuevo de la ciudad, llevaba un uniforme muy atrevido.

El coche siguió su trayectoria mientras sentía cómo mi pierna izquierda se apretaba con fuerza contra la ventana por la que antes admiraba el paisaje. Gemí de dolor silenciosamente. Maybe por fin dejó de hablar con el motoboy. Él cedió su sitio del motor a otro viajero y se colgó del techo de la puerta. De cuando en cuando, soltaba varios porrazos sobre el coche para alertar a los clientes que no podían ver ni saber dónde estaban.

— ¿Shangai?— Preguntó energéticamente mientras golpeaba con fuerza el techo del coche.

— Aquí no hay ningún chino.— Bromeó el alumno de Acacio Mañé.

—Sí.— Respondió otra voz en la parte posterior del autobús. El motoboy volvió a dar dos porrazos sobre el coche y el conductor comenzó a desacelerar. El coche se detuvo con un chirrido espantoso que venía de algún sitio del motor o de las pastillas de freno.

Después de que se bajase el motoboy con un salto, se bajó un anciano echando chorros de sudor, tras sortear a los demás pasajeros que estaban de pie, en medio de los asientos en forma de U cuadrada.

Además del abuelo, también se bajó el estudiante del uniforme atrevido. Mientras se bajaban, el motoboy aprovechó para acercarse a la ventanilla del conductor. Poco después, conductor y motoboy iniciaron una discusión. No entendía nada, pero mi atención se centró en sus gestos. No era sencillo para mí entender la lengua fang, pero pude contextualizarlo.

Varios pasajeros sudorosos se echaron a reír y a intercambiar información sobre lo que estaba pasando entre el conductor y su cobrador.

Las amenazas entre los dos se prolongaron varios minutos hasta que el motoboy se dio la vuelta, paró un taxi con dirección a Elá Nguema, se subió en él, y mientras se alejaba, sacó el dedo corazón por una de las ventanas. El conductor se echó a reír, nos miró por el retrovisor y comprendió que había gente que no había entendido nada de lo que se había visto y escuchado.

— Este chico está muy mal de la cabeza...— comenzó a decir— como si fuese él quien me ha dado mis calderillas para comprar las cervezas. ¡Que se vaya a la mierda!, mis cervezas son mías y yo decido cuando regalarle una a alguien, ¡qué mierdas va a ser esto!

Nadie le respondió, así que comenzó a reírse forzosamente, buscando la complicidad en las dos personas que iban en el asiento del copiloto. Estaba solo, y tendría que repartir su atención entre la carretera y los clientes.

Comenzó a acelerar de nuevo y, cuando parecía que aquello se quedaría en una pequeña anécdota, el alumno del colegio Acacio Mañé dio un brinco del coche y saltó del autobús en movimiento, cruzó la calle y se fue corriendo hacia la presidencia, por la zona de la Catedral de Malabo. Era un cliente más, así que el conductor paró en seco el coche, se calzó los pies, se quitó el cinturón de seguridad, miró a ambos lados de la

carretera y salió tras el muchacho, gritando con todas sus fuerzas “ladrón, ladrón”.

Todos los pasajeros siguieron la persecución desde el autobús, aunque los que estaban de pie, prefirieron bajarse y seguir aquella persecución desde la estación. Algunos de los que se bajaron, aprovecharon la cercanía de su parada para largarse también sin pagar.

Al cabo de un rato mirando hacia la carretera por la que salieron cliente y conductor por piernas, varios clientes comenzaron a runrunear y a hacer ruidos con los huecos de los dientes, señal clara de indignación.

Después de varios minutos, por fin apareció el conductor, sudando, con semblante cansado y respirando agitadamente. A juzgar por la expresión de su cara, aquel cabroncete le había dado esquinazo.

Se subió al coche maldiciendo en fang, otra vez volvió a tener problemas con el volante. Puso en marcha el motor del coche sin mirar a ninguna parte, se arqueó sobre el volante para coger de debajo de su asiento una cerveza fría, la abrió con un caprichoso sonido, y dio varios tragos que terminó con una expresión de satisfacción: ¡Aaaaaaah!

—Alguien ya me ha tocado el volante.— dijo entre jadeos.

Continuamos el viaje hacia el mercado de Los Ángeles sin ningún otro tipo de incidente más allá que la atención dinámica del conductor: con un ojo en la carretera, y otro en los pasajeros, por si alguno se le volviese a olvidar pagar, y encima le obligase a emprender otra maratón por las calles de Malabo.

Nos apeamos por fin del autobús. La musculatura de mis piernas cobró vida cuando me estiré de pie delante del gentío que bajaba del autobús. Era la última parada, así que todos se bajaron, incluido el conductor, que antes de que se apagase del todo el motor del autobús, ya estaba delante de la puerta pidiendo los cien francos que le costaba el viaje a cada pasajero.

Pagamos y comenzamos a subir por una de las concurridas calles de Los Ángeles. Teníamos aún cincuenta minutos para llegar al instituto, por lo que nos lo tomamos con tranquilidad. Primero paramos para mirar unos zapatos en el mercadillo que empezaba a instalar sus tiendas móviles. Después paramos a comprar *macarás* ^{buñuelos de banana} en la estación de Luba. Posteriormente, seguimos la calle principal hasta la Avenida Hassan II, y desde ahí, nos dirigimos al instituto calle arriba.

— ¿Dónde te metiste ayer?— Me preguntó Mayte con los labios llenos de azúcar.

— Fui con la hermana de Tahatá...

— ¿A la iglesia?— Se burló.— ¿Te convenció al final? ¡Qué fuerte!.

— Demasiado fuerte, ¡vaya iglesia!

— ¿Te lo avisé, no?

— Sí, pero pensé que exagerabas, menudas tonterías. ¿Así de mal esta la gente de Malabo? ¿De verdad creen en esos pastores?

— ¿Qué viste, qué viste?

Se limpió el azúcar de los labios.

— A gente supuestamente poseída, a un pastor que no es pastor y a una cuñada más tonta que una negra que odia a otra negra por ser negra.

— No te entiendo.

— Pues que el cerdo de su pastor, después de insinuar que tengo un demonio dentro, intentó ligar conmigo. Y la estúpida de mi cuñada no abrió la boca para decir nada al respecto. Es más, parecía que quería que pasase algo entre él y yo.

— ¿Es guapo?

La fulminé con la mirada y no la respondí. Ella se rio y comenzó a contonearse de forma burlona.

— Últimamente sólo te conquistan papás viejos.

No pude evitar sonreír. Y en parte me vino bien el ataque de risa que me dio después de las muchas imitaciones que hizo de cómo le parecía que caminaba.

Seguimos andando y hablando de hombres, los hombres de nuestra ciudad. Hombres con pocas ganas de regar la mente. Hombres sin esencia, materialistas que ansiaban el poder y querían conseguirlo a cualquier precio: pisoteando a sus hermanos, lamiéndole las botas a quien hiciera falta con tal de progresar. Hombres con deseos imperiosos de cultivar el patrimonio económico antes que el físico, mental o meramente circunstancial, en una vida que se antoja corta. ¿Porque? Porque era la mejor manera de asegurar muchas mujeres, muchos polvos y por consiguiente, muchos hijos que después no tendrían su atención.

Hombres que hacían del sexo su único motor de vida. Y si había algo que se sabía y no se decía abiertamente en Malabo, era que el sexo se había convertido en un producto más del mercado. Tenías facilidad de pagar, comprabas. Era caro, regateabas. No te gustaba el producto, no repetías, huías de él despavorido, había más productos en el agua. Te gustaba el producto, repetías todas las veces que hiciesen falta y tu bolsillo te lo permitiera. Eras muy tímido con las mujeres a pesar del tamaño de tus bolsillos, buscabas a un gay con muchas amigas para que hablara por ti y cerrara el trato. Eras atractivo y tenías *mambuna* ^{muchísimo} dinero,

repetías diferentes productos en espacios de tiempo muy cortos. Tenías mucho dinero, fueses feo o muy feo, ese espacio se reducía según tus paseos en tu deportivo. Si eras atractivo y con dinero, aunque fueses tonto de nacimiento, los productos se pelearían por ti. Si eras blanco, eras sinónimo de pasta y de blando; el producto sabía que con el blanco, trabajaría menos que con un nativo. Si eras mulato, te lo hacían por gusto.

Un mercado de libre albedrío, en el que los pobres y feos, mojaban menos que una galleta caducada. Y en el caso de que lo hiciesen, serían con productos que aún no han entrado en el campo visual de los hombres que frecuentan a los productos.

El producto, además de gastar en *aguacate* ^{*pelo artificial*}, podía ser selectivo con su clientela. Cuanto más dinero tenía el cliente, más oportunidades habían de codearse con otros productos de alta clase de la ciudad, todo sea por mirar por encima del hombro a otro producto, a otra mujer. El cliente que no llenaba las expectativas del producto, éste simplemente se cambiaba por otro u otros.

Si alguien consiguiese trasladar las pruebas de paternidad a Malabo o a Bata, estaría coqueteando seguramente con una guerra civil, porque los cuernos aparecerían en todas partes y los reproches serían a un nivel de desvergüenza total. Mientras que llegaban las pruebas de ADN, había que fiarse del buen juicio de

nuestras abuelas que hacían su particular prueba a ojo y con una fiabilidad del noventa por ciento de acierto.

Esta forma tan basta de pensar, se lo transmiten a los hijos como si fuese normal, como si tuviese que ver con una moda sobre la perfección del ser humano. Niñas de ocho años con bailes de strippers, capaces de bailarte como una mujer acostumbrada a bailar todos los días en la discoteca. Niños de ocho años pensando más de la cuenta en sexo, una vergüenza descomunal. Niñas y niños de ocho años con una obsesión voraz por los videos musicales que podría tachar de pornográficos. Los desnudos dejaron de ser un tabú, funcionaba mejor lo explícito. La televisión vendía sexo y violencia impunemente, y sin padres con esa atención a sus hijos, quién puede culparles de crecer en una sociedad desmoralizada, una sociedad en decadencia.

Los argumentos que utilizamos en nuestra conversación sobre los hombres y mujeres de nuestra ciudad, nos proporcionaron, además de largas risas, un enorme placer. Estuvimos hablando hasta llegar al instituto.

Debí interpretar las nubes que cubrían el cielo de mi instituto, como premonición de una catástrofe con consecuencias desastrosas.

Nos paramos en un semáforo, antes de cruzar la calle y juntarnos con los compañeros que comenzaron a hacernos

señales desde lejos. Mi amiga, siempre impetuosa, le pareció el mejor momento para cambiar de tema.

— ¿Y además, dónde está mi cuaderno de recuerdos?

Me reí disimuladamente. Ella me devolvió la sonrisa y continuó diciéndome.

— No sé de qué te ríes, se lo tengo que dar hoy a Gregoria y a Felicitas.

— Aquí lo tengo, tranquila.— Le respondí ofreciéndole el cuaderno de doscientas páginas que saqué de mi bolso. — Tu descripción es igual que la de Yasmina, ¿la has copiado?

— ¡Qué dices!— Me respondió encolerizada.— Estás *tú* loca. ¿En qué te basas para decirme esto?

— No es un problema Mayte.— La intenté calmar. — Lo importante es que este es tu cuaderno y además te defines mucho mejor, aunque hayan cosas que se nota que son de ella.

— ¿Qué cosas?— Preguntó perdiendo su vista en un chico elegante que acababa de pasar por nuestro lado.

— Por ejemplo que tus colores favoritos sean rojo, azul y verde, igual que a ella.

— ¡Es pura coincidencia!

— ¿También que te guste las mismas tiendas que ella, el mismo pintalabios, el mismo tipo de chico y el mismo tipo de bolsos?

— ¡Deja de molestarme!— Volvimos a reírnos.

La luz verde del semáforo nos incitó a cruzar la calle. Lo hicimos cautelosamente, mirando a todos los lados de la carretera. A muchos conductores de la ciudad les daba exactamente igual el color del semáforo si sus prisas eran justificadas.

Andamos un par de metros hasta ubicarnos delante del instituto. Mayte puso mala cara al verla, a Yasmina Sopa Mbula. Me miró con expresión lánguida por mencionar el tema del cuaderno y su parecido con el de ella, su archienemiga y con quien venía arrastrando un pique silencioso y disimulado desde segundo de ESBA.

Todo comenzó como suele ser en estos casos, por un chico que no tenía muy claro con quien de las dos debía mantener una relación, quizá por confusión, o quizá por ser un caradura como lo son los hombres. A cada una de ellas le contaba una versión del conflicto totalmente diferente, haciendo que se ilusionaran como niñas de primaria y le dieran manga ancha para seguir haciendo lo que le viniera en gana. Mientras jugaba a dos bandas, aprovechó la coyuntura y las desvirgó a ambas. Y las dos pobres ilusas, antes de darse cuenta de lo cabrón que había sido,

se hicieron amigas para hacerse daño con indirectas continuas que me sacaban personalmente de quicio.

Evité hacer ningún comentario más. Entramos por la puerta del instituto saludando a nuestros compañeros que estaban ahí de pie esperándonos. El hecho de saber que era el último día de instituto, hacía que viéramos lo mejor de todos. Tenía tantas ganas de perderles de vista que era hasta feliz saludándoles aquella mañana de nubarrones grises. Perfectamente me habría quedado en casa y habría esperado a que me llamaran cuando saliesen las listas de la reválida, pero quería disfrutar de la sensación del último día de instituto.

Tras saludar y recorrer los pasillos, nos encontramos con la única persona con la que mi fuerza de voluntad se multiplicaba por cero: Tahatá. Estaba delante de jefatura de estudios, con los ojos clavados en el tablón de anuncios. Era verdad que de puertas para fuera no se llamaba Tahatá, sino Federico Ponciano Mba Ndong Osá. Tahatá era su nombre de "casa", Federico Ponciano el nombre de "clase" o de "bautismo" y Zeë su nombre de "pueblo". Era normal en nuestra sociedad que una persona tuviera bien diferenciados aquellos nombres. La herencia de nombres que dejó la colonización española, y la colonización cristiana en particular, fue bastante dañina para muchas tribus de nuestro país, omitiendo del todo nuestras señas de identidad, nuestros nombres de pueblo, apoderándonos y magnificando

únicamente los nombres españoles. Así pues, nos llamábamos Eufrosina, Policarpo, Sifonías, Antonio, Felisa, Isabel, Esperanza, Gecolia, Ambrosina, Eustaquio, Zacarías, Próculo, Pomponio, Melquisedec, Barnabás, Ezequiel Ana o Reyes entre otros, aunque alguno realmente se emocionaba y buscaba el nombre más escondido para bautizar de buena gana a su hijo.

El nombre de casa solía ser menos destructivo, cortos y sacados de alguna película o alguna serie de éxito, porque el malabeño no se complica mucho la vida. A principios de los noventa con la incursión de la serie, “El príncipe de Bel-Air”, tuvimos una macro explosión de niñas que se llamaron como la preciosa Ashley Banks. Luego llegarían los nombres de telenovelas y los dibujos de Disney que, unidos con la herencia española, dieron nombres compuestos para decir en voz muy baja.

La nueva tendencia y quizá no menos atrevida que las de antes, era la de inventarse nombres a partir de las iniciales de los padres, creando unas composiciones realmente alarmantes.

Lo preocupante de este asunto era que algunos, se enfadaban cuando les llamaban por su nombre de pueblo, como si le hubieras sacado su estatus de hombre libre o le ofendieses quitándole el nombre español.

Yo siempre he sido Sita o Rijole, y nunca me sentí mal por llamarme así. Ni tan siquiera Mayte con sus locuras, no se

cabreaba cuando la llamábamos, Adaä. Maquillar nuestra realidad solo nos retrasará un poco más que al resto de naciones africanas que son conscientes de su realidad y tratan de cambiarlo sin cambiar sus ritos y tradiciones.

A mi Tahatá nunca le gustó que le llamaran Federico o Ponciano, le gustaba cómo sonaba su nombre. Era un clásico, y eso me seducía poderosamente. Y no porque fuera guapo, atractivo y encantadoramente seductor, que también, sino porque me enamoré de su mente, de su palabra, de su visión. Digo enamorarme porque en aquella época era lo único que hacía que mi estómago pareciera un nido de mariposas y por tanto me refería a aquellos síntomas como “amor”.

Aquel día gris, mi Tahatá llevaba unos pantalones negros que le quedaban de foto y una cadena que colgaba de dos puentes del pantalón, convirtiéndola en una U. Calzaba unas botas con las cuerdas desmandadas, y una camisa blanca ajustada, que precedía, en el cuello, una cadena del mismo tono que la cadena de los pantalones. Sus voluptuosos labios estaban caramelizados por el "*pingpong*" rojo que pendía de su mano derecha. Su pelo estaba cortado en un perfecto Wellbeck, al que añadió un toque de betún negro para realzar su color.

Sus ojos chispeantes me latigaron cuando me miraron desde lejos. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro y mis piernas

flojearon, haciendo que comenzase a andar torpemente. Un leve hormigueo me sacudió con ternura, y noté cómo mi corazón alcanzaba un ritmo frenético. Me apoyé en la barandilla que tenía flanqueándome en ese momento, no quería perder el control de mi cuerpo. Mayte se dio cuenta y, a pesar de su indignación por su breve encuentro con Yasmina, me miró de reojo y me sonrió.

Llevábamos un año y pico coqueteando, jugando, viéndonos. Me gustaba estar con él, tanto que no sabía explicar qué sensación me apoderaba cuando me sentía rodeada por sus brazos. Era muy pasional para mí que no estaba segura de que pudiera encontrar en una ciudad sumida en el caos sexual, a un hombre puro, amable e inteligente como él. Sabía que su nombre no alentaba a fiarse de él, pero yo lo hacía y también sabía las consecuencias nefastas que me supondría, si al final me saliese rana. Estaba segura y por eso decidí que él sería el primero. Fui capaz de esperar. Esperé y esperé, y llegó él, como un soplo de aire fresco. No soñaba casarme con él, porque no era una niña tonta, simplemente era él, en aquel momento, o nadie.

Fue paciente durante mucho tiempo, supo esperar al momento, sin presiones, sin amenazas, siempre convencido de que cuando estaría lista, él también lo estaría, sin obligarme a hacer nada que no quisiese. Supo jugar sus cartas conmigo, y supe apreciarlo, por eso aquel día acordamos dar el gran paso.

Mayte estaba de acuerdo en todo momento con mi decisión, me dio el consejo que necesitaba. “Sita, se tú misma”, palabras que supe apreciar e interpretar.

Cuando lo veía por el centro, me cohibía. Así que cuando terminé de embelesarme por su sonrisa y su mirada, le saludé con la mano y me fui corriendo a la clase de Historia. Apagué el móvil y traté de que pasaran los cuarenta y cinco minutos de clase, lo más rápido posible.

La clase de historia me aburrió muchísimo durante todo el curso, quizá por mi manera de pensar o quizá por los autores que había leído hasta entonces. Me cansaban las historias de señores, con aires de grandeza, conquistadores de reinos y mundos, señores luchadores en cruzadas míticas, clérigos con más influencias que la nobleza. Reyes visigodos, reyes musulmanes, reyes católicos, protestantes revoltosos, guillotizados, fanfarrones, despiadados y sanguinarios. Personas muy interesantes que incitaron a sus descendientes a perseguir impunemente a razas, religiones o ideologías, desde el principio de los tiempos hasta nuestra era. No vimos nada sobre la historia africana, a pesar de vivir desde siempre en África. Nada sobre Thomas Sankara, nada sobre Nelson Mandela, ni la revolución entorno a su figura y la de su mujer, nada sobre Amin Dadá, nada sobre el periodo de ocupación española en territorio guineano, nada sobre la organización de los pueblos guineanos

antes de la colonización, nada sobre los puertos de esclavos, ni de los cientos de guineanos esclavizados, nada sobre la historia del pueblo bantú y de la ramificación del mismo, nada sobre la historia bubi, la fang, la annobonesa o la ndowe. Nada de nada, simplemente historia occidental, pura y dura. Nos evaluaban por conocer la historia occidental antes que nuestra propia historia.

Eso me aburría, me atosigaba, sobre todo por el desinterés de mis compañeros que convertían la clase en un mercadillo clandestino: chatos de Tres Cepas en latas de coca cola que se pasaban de tapadillo de mesa en mesa. Papeles en forma de aviones que volaban sin dueño ni destino. Un profesor casi siempre afónico y con la mala suerte de no poder imponer sus normas en clase. Insultos, ofensas, amenazas. Descuidos, abortos, problemas. Una clase de alumnos preuniversitarios con alumnos con barba, con mujer e hijos en casa. Una clase de alumnos preuniversitarios con niñas embarazadas o madres de familia numerosa.

Me aburría, me atosigaba, pero era la última y por fin perdería de vista a esos inmaduros con hijos, como si tenerlos formaba parte de una carrera clandestina.

Nuestro profesor siempre llegaba después de haberse tomado su antiinflamatorio junto con el de física. El antiinflamatorio, era la palabra en clave de muchos profesores para referirse a chatos de

cai cai o Tres Cepas que tomaban antes de entrar a clase a enfrentarse con los alumnos revoltosos. Es verdad que muchos lo hacían por simple placer, pero otros se lo tomaban tan en serio que entraban a clase ebrios como los alumnos que bebían a escondidas, dándose muchas veces, discusiones y alguna que otra pelea.

Al fin tocaron la campana que martirizaba los oídos de quienes estábamos cerca, obligándonos a taponarnos con los dedos. Cuando salí al pasillo, saqué de nuevo el teléfono para ver si tenía algún mensaje. Para mi sorpresa tenía quince mensajes nuevos, todos del mismo número y con el mismo mensaje. “Error en la transferencia de crédito”. Cómo no...

IX. Un ladrón, un entierro convulso y una mujer madura.

Muy madura.

Me picaban muchísimo los ojos cuando por fin me desperté, supuse que sería por el humo del fuego y por lo poco que había dormido. Había una ventana abierta por donde penetraba un punzante rayo de sol, que rescató de mi subconsciente, el recuerdo de la noche anterior despertándome en el hospital. No había nadie más en la habitación, los colchones que antes ocupaban el espacio de la habitación, habían sido recogidos y cuidadosamente colocados en una esquina.

Recuerdo que había un olor asfixiante a pis que, sumado al escozor de mis ojos, hizo que no tuviese un buen despertar. Apoyé mi cabeza sobre las dos manos, mirando el techo y buscando en mi mente la orden para levantarme de la cama litera.

Era extraño que mi hermano ya no estuviera en la cama, no era muy habitual en él. Pensé que se habría escapado ya a Bata, o quizá estuviese con Viuda tratando de buscar soluciones a la gran hecatombe que habían creado.

Al final mi mente cedió y mandó la orden a mi cuerpo que, primero se estiró hasta escuchar el sonido de algún hueso lesionado del accidente, y después me obligó a levantarme de la cama. No necesitaba dormir más con todos los problemas que

rondaban mi cabeza: un incendio, un inspector de policía seguramente cabreado, un marido celoso que pedía la cabeza de mi hermano, un accidente que me había dejado secuelas emocionales que me perseguían hasta en sueños.

Di un brinco y me bajé de la cama, me puse unas chancletas azules que encontré al lado de los colchones recogidos. El dueño de las chancletas pisaba con mucha fuerza, puesto que había una hendidura en forma de cráter volcánico, que hacía que prácticamente caminara en el suelo por la parte de los talones.

En otra esquina de la habitación, estaban los pantalones que llevaba mi hermano el día anterior, y una bolsa nigeriana de rayas rojas y azules. La abrí y retiré de ella una camiseta de Pepín, pues no encontraba ninguna de las mías. En ella, se podía leer en un epígrafe muy artesanal, “Santa Cruz de Tenerife”, con el dibujo de un tucán sobre un fondo amarillo. Me la puse, revoloteé la bolsa hasta encontrar unos vaqueros que pudiesen taparme los tobillos. “¡Vualá!”, había unos vaqueros “rotos” también de Pepín. Me apoyé en la pared y me los puse.

En el salón no había nadie, pero la tele estaba encendida, salpicando la casa con las canciones de “Trace tv”. A pesar de los sonidos de ritmos africanos que procedían del televisor Sharp de mi tía, pude captar el bullicio que provenía de fuera. “¿Sería

posible que se hubiese desencadenado otro incendio en el mismo día, o es que quizá era una pelea?

Crucé el salón y salí por la puerta principal. Delante de la puerta siempre estaba "Simba", el pastor alemán que protegía la casa de mi tía de ladrones y de mala gente. Aquel desnutrido animal, me ladró cuando pasé por delante del viejo Toyota Corola de mi tío, coche que había convertido en su caseta. Actuaba como si no me conociese de nada. Indignado por aquel malentendido, le solté un puntapié que le obligó a salir corriendo mientras gemía de dolor.

No me gustaban nada los perros de mi barrio. Perros sin dueño, con la moral baja por el hambre y sin pelo en varios puntos del cuerpo. Eran esqueléticos, fornicadores compulsivos, ruidosos en esas fornicaciones, sucios y oían bastante mal.

Crucé el patio, pero no vi a nadie por la calle. Empecé a caminar hacia el alboroto. Anduve bastante hasta por fin ver a alguien. Era mi madre que venía cargada con bolsas de plástico de rayas gruesas amarillas y negras. Aceleré el paso hacia ella. Al verme, me ofreció rápidamente las bolsas, las cogí y noté que pesaban más de lo que aparentaban.

Crucé de nuevo el patio y busqué con los ojos a Simba, pero éste estaba en algún lugar lamiéndose las orejas y maldiciéndome por el puntapié.

Entré en casa, crucé el salón para terminar en la cocina. Dejé las bolsas sobre la mesa del hornillo, al lado del cubo de agua potable que utilizaban para cocinar. Debajo de esta mesa, había una bombona de cincuenta litros de gasolina que guardaba ahí mi tío para las emergencias de su coche. Cuando volví mi mirada hacia la puerta principal, me di cuenta de que mi madre no me había acompañado.

— ¿Karó?— La llamé, pero sólo me respondió el sonido que venía de la televisión.

El bullicio que antes escuchaba de lejos, se convirtió en un ruido atronador, de abucheos, risas y gritos.

Cerré la puerta principal y perseguí aquel jaleo. Corrí varios minutos hasta encontrarme con una cantidad exagerada de personas; todas ellas gritando y mofándose de alguien o de algo. Estaban todos de pie sobre un acantilado, desde donde se contemplaba perfectamente el mar.

Me acerqué para ver lo que les tenía en vilo a todos, riéndose y gritando como en el mercado de Semu, un veinticuatro de diciembre a las seis de la tarde.

Vi a dos hombres braceando agitadamente en el mar. Uno de ellos no llevaba camisa y de cuando en cuando miraba a su perseguidor que estaba acortando cada vez más la distancia entre ambos, se notaba el cansancio del perseguido. Éste,

exhausto, se dirigió a la orilla más cercana para librarse de la persecución del otro y, claro, tomar un poco de aire. Lamentablemente en la orilla, le esperaban unos cuantos hombres que salieron a su encuentro y lo amarraron con cuerdas, mientras lo abofeteaban una y otra vez.

No sabía cuál era el problema ni los motivos por los que organizaron aquel escándalo multitudinario, pero quería saberlo. Afortunadamente para informarme sobre los motivos de aquella persecución, había varias mujeres doctoradas en el congosá.

En realidad daba igual a quien preguntase, aquel barrio tenía un montón de expertos en congosá, personas que sabían de la vida de todos o estaban interesados en conocerlas al detalle. Una mujer de ancha figura no dudó en ponerme al día al ver mi expresión de no saber lo que realmente pasaba.

— ¡Es un ladrón!— Comenzó a decirme la señora de ojos salientes y culo sobresaliente, señalando al chico al que acababan de amarrar.— ¿Este no?...Ha ido a robar las gallinas de la tía Mami y le han pillado. Les ha dado ahora por robar gallinas blancas para ir a hacer su brujería.— Se llevó un trozo de palo marchito a la boca para limpiarse los dientes y terminó diciendo.— ¡Me barlock faladen! Me den sabisé coldwatá

manden, den don de baba atalat. ¡Que la mala suerte les persiga! Que sepan que los vecinos de Coldwatá, estamos muy preparados.

No necesité hacerla muchas preguntas para saber qué había pasado. Sus palabras fueron muy productivas, en verdad era buena en su doctorado. Por lo visto, el robo de niños y gallinas era más antiguo de lo que me imaginaba. Día sí y día no, aparecían jóvenes con mochilas llenas de arroz para atraer la atención de las gallinas, se agachaban y ponían un puñado en la palma de la mano para ganar la confianza de las mismas. Cuando se acercaban las gallinas para picotear los granos de arroz, las retorcían brutalmente el pescuezo y las introducían con suma rapidez en sus mochilas, para luego continuar su camino como si no hubiera pasado nada.

Según los maestros del congosá, la función de las gallinas blancas que capturaban era la de acallar a algún espíritu maligno que estuviese rondando a la madre, hermana, hija o mujer de alguno de los compradores. Los compradores preferían delegar las funciones de adquisición a algún chaval al que no le importara hacer el trabajo sucio. A cambio, el delegado, recibía una importante suma de dinero por la dificultad de la empresa. Otros tantos compradores, preferían más a los patos, animales de presencia siniestra a los que, aseguraban estos expertos *congoseros* que, metiéndoles durante varias horas dentro de un

bidón cerrado, se convertían en estupendas culebras que luego vomitaban dinero para los dueños.

Tuvo mala suerte aquel día y lo pillaron silbando y ofreciendo arroz a la gallina de tía Mami. Cuando se dio cuenta que lo habían descubierto, salió por piernas. Para su desconcierto, el camino que eligió para ponerse a salvo de los gritos de la dueña del coral, fue el de la playa. Llegó exhausto a un acantilado, preso de las persecuciones de los vecinos de Coldwatá. Viéndose acorralado, se precipitó al mar, donde mantuvo una dura carrera con Püdul, un pescador annobonés que dominaba los secretos del nado libre de manera asombrosa. A pesar de lanzarse al agua un minuto después que el ladrón, consiguió que éste acabara rindiéndose más pronto de lo esperado.

El ladrón de gallinas llevaba un pantalón corto, debajo de éstos no llevaba nada que se pareciese a unos calzoncillos. Supuse que no los llevaba por los mismos motivos que mi hermano Pastor. Decían que no llevarlos hacía que creciera descomunadamente su miembro viril. Era una práctica muy conocida en Malabo, daba igual a la edad a la que se empezase, lo importante era dejar total libertad al *paquete*, evitando asfixiarlo con los calzoncillos. Embutirlos impedía su crecimiento natural como antaño, cuando los hombres negros habitaban en los bosques y andaban por la selva desnudos.

El presidente de la comunidad le sacó los pantalones con muestras de superioridad física, pues le amenazó con una navaja suiza que, según palabras textuales del propio presidente, arrebató a un gitano en una pelea espectacular a la entrada de una discoteca flamenca en Aranjuez.

Los atributos del ladrón pendieron desafiantes cuando los pantalones se alejaron de su cuerpo. Muchas mujeres comenzaron a sonreír disimuladamente, mientras que los hombres se miraban extrañados. Mi madre se llevó las manos al pecho como si fuese a protegerse de un posible estallido.

— ¿Por qué no lo lleváis a la policía?

La pregunta de la mamá de Jdojdín pilló desprevenidos a todos, que se quedaron parados durante unos segundos que dedicaron a mirar a la señora como si hubiera dicho o hecho algo demoníaco.

— Para que lo suelten de nuevo como al otro que entró en la casa de Cielín y robó su ordenador y su teléfono, ¿no?

Una gruesa vena apareció en la frente del presidente, que tras hacer la pregunta, se dio la vuelta para continuar con su particular juicio popular.

— ¿No son ellos los que deberían procesar a este niño?— La mamá de Djodjín dio un paso al frente para encarar al presidente de la comunidad.

—Anti Merche, los policías y estos a los que tú llamas niños, tienen sus pactos para no pasar más de una noche en el calabozo. O eso, o son ellos mismos los que nos roban a todos nosotros. Así que si no le importa, vamos a pegar a este chaval de manera que no se le olvide nunca nuestro barrio, pero que tampoco le entren ganas de volver aquí.

Acto seguido, lo amararon a un árbol de *casamanga* y después de un breve discurso a la guineana del presidente de comunidad, agradeciendo a los perseguidores del delincuente en cuestión, a la comunidad entera, a su mujer que ya era de otro y al dios pudiente por brindarle la oportunidad de ver caer al cabecilla de una red de delincuentes preparados físicamente para sobrevivir a situaciones de hostilidad y de hambruna, mandó a todos los que acudieron ahí, a azotar sin titubeos al ladrón.

Cuando me di cuenta, y como suponía, mi madre se arremangó el “caba” azul de PDGE que llevaba aquella mañana, se acercó al ladrón, abrió la mano derecha y se desquitó con él a bofetada limpia. El ladrón poco pudo hacer ante la retahíla de cachetes que recibió en la cara.

Después de ella, tomó las riendas de la paliza el propio Püdul, su perseguidor en el mar. Llegó bastante indignado a la concentración multitudinaria para observar la golpiza al ladrón de gallinas.

— ¡Man pikin no fi cacá fain na bich mo! ^{¡Un buen hombre ya no puede defecar con tranquilidad en la playa!} — Dijo entre dientes el experto nadador, mientras se dirigía a la zona donde tenían atado al ladrón.

Püdul, tenía un gran manejo tanto del puño derecho como del izquierdo. Comenzó con un derechazo contundente que impactó con la mandíbula izquierda del muchacho afligido. Entonces combinó, con ambas manos, cuatro puñetazos letales. Por cada uno de los puñetazos, el mismo Püdul gritaba al ladrón: “esto es para que aprendas a comer sólo los huevos de gallina” “esto es para que sepas que en este barrio no nos andamos con tonterías” “este otro por retar a un annobonés en su hábitat” “y esto es por haberme hecho perseguirte sin haberme limpiado el culo”.

Con cada uno de los puñetazos que le daba Püdul al ladrón, los vecinos gritaban al unísono “daaal beg” (expresión annobonesa de golpe muy fuerte), haciendo que los siguientes fueran aún más contundentes.

Gracias al cielo, el gran nadador dejó de golpear al ladrón y se retiró entre la multitud haciendo y deshaciendo los puños. El sector donde estaba ubicada mi madre, comenzó a incitarme a que me acercara al ladrón con el rostro ensangrentado, para

pegarle yo también. Preferí eludirlos, y mirar disimuladamente a otra parte.

— ¿Dónde está Pepín?— Le preguntó una vecina a mi madre.— Ése sí que sabría cómo ponerle a este chaval bien.

No tenía muchas ganas de seguir viendo aquella tortura gratuita, de modo que abandoné sutilmente el lugar, justo en el momento en el que el presidente de la comunidad se arremangaba la camisa para atender personalmente al muchacho ensangrentado.

La puerta de la casa de mi tía seguía cerrada. Mientras me acercaba, vi a Simba alejarse lentamente, mientras me echaba una mirada lasciva de cuando en cuando con sus ojos llenos de *apolo* ^{conjuntivitis}. En ese momento mi madre pasó por mi lado con la velocidad de alguien que tiene alguna olla quemándose en el fuego. Se colocó delante de la puerta, metió la mano por la ventana cercana a la misma y la abrió desde dentro. Entró y se fue directamente a la nevera, sacó una cerveza fría y la bebió de un trago. Cogió otra, dio un sorbo y se fue a la cocina con ella. Iba a hacer bangasup con abalá por los ingredientes que le vi en las bolsas de la compra. No iba a quedarme a ver cómo lo preparaba, me importaba más encontrar a Pastor, pero sobre todo a Pepín, para poder explicarle todo lo que estaba pasando, pues no tuvimos tiempo de hablar tras lo del incendio.

Entré a la habitación que compartía con mi hermano y mis primos, y busqué mi ropa dentro de la bolsa de Kelemá. Cogí los pantalones que llevaba mi hermano el día anterior y hurgué dentro de los bolsillos. Saqué de su interior veinte mil francos y me los guardé en el fondillo del pantalón.

Mientras revolvía la bolsa, escuché una voz que me pareció la de mi hermano. Abandoné inmediatamente mi búsqueda y me fui al salón, esperanzado de encontrarle ahí. En su lugar, estaban dos hombres, de pie, admirando el austero recibidor de mi tía. Era una estancia con varias fotos del F.C. Barcelona y otras tantas del Nzalang nacional.

Me pareció extraño que aquellos señores estuviesen ahí parados, admirando las fotos de las paredes, puesto que, salvo mi madre, no había nadie más en casa. Ella trataba de seguir, en voz alta, la canción de Cheri Malé que sonaba en las profundidades de la cocina.

Uno llevaba consigo una cámara de video profesional y el otro un micrófono negro. Ambos iban vestidos con camisa azul celeste, con botones blancos y pantalones negros de pana ajustados. No iban perfumados, se habían echado el bote de colonia entero. Me miraron sonrientes cuando irrumpí en el salón, y con la mano abierta y echada hacia delante, el del micrófono se acercó a mí.

— ¡Ambölan! ^{¡Buenos días!}

Junté mi mano con la suya para sellar su saludo.

— ¿Qué hay?

¿Yä? ^{¿Qué te cuentas?} —Me preguntó sin dejar de sonreír.

— Disculpa, pero no entiendo fang.— Me pareció bien dejarlo claro.

—Perdón, — Respondió haciendo desaparecer repentinamente su sonrisa.— es la costumbre. Yo soy Torcuato y él es Virgilio, estamos haciendo un reportaje sobre el incendio de esta mañana en Calle Bata para la televisión.

No me dieron tiempo a responderles, ni a invitarles, simplemente se sentaron en los sofás que había en el salón y siguieron mirando a todas partes. De cuando en cuando tomaban notas y comentaban alguna cosa por lo bajo. Les miré en silencio sin apenas saber qué hacer o qué decir. Justo en aquel momento, entró mi primo Famosín cargando un cubo rojo, grande y con tapa también roja. Se tuvo que agachar para salvar el marco de la puerta, saludó con una mueca y sonrisa de persona muy feliz, y siguió hasta la cocina. Al rato, cesó la música y volvió con mi madre.

— ¡Buenos días señora! —

Se levantaron y saludaron a mi madre.

— ¡Hola! ¿Quiénes sois y qué buscáis aquí?

Se frotó las manos en el *caba* azul que llevaba y luego se lo tendió a los periodistas.

— Son de la televisión.— Respondí apresuradamente.

— ¿Televisión no? A beg, a no wan no wanjala na mi laif, ^{Por favor}
No quiero más problemas en mi vida una teck una propatiden, una go una
yon ^{Coger vuestras cosas y largaros de aquí}. No en casa de mi hermana
vendréis a faltarme al respeto.

— ¿Por qué íbamos a faltarle al respeto, señora?— Respondió Virgilio.— Solo estamos cumpliendo con nuestro trabajo.

— ¿Trabajo? Exactamente eso es lo que estoy haciendo ahora mismo, trabajar. Tengo que alimentar a muchas bocas esta tarde y después ir a trabajar durante seis horas, y me hablas de trabajo. ¿Vuestro trabajo me devolverá mi casa, mi vida, mi tranquilidad? ¡Una no jambóck mi eh, a beg! ^{¡No me molestéis eh, por favor!}

Mi madre nunca llevó bien el tema de la televisión desde lo de mi padre. Fue pasto de comentarios provocativos, burlas y un tsunami de malas decisiones que acabaron sumiéndola en una depresión bastante larga. Sabía que se pondría así, y también sabía cómo calmarla, aunque no quise hacerlo, simplemente por el gusto que me daba cuando veía a mi madre en su faceta antipática.

Su semblante reflejaba un enfado creciente, y quizá las consecuencias podrían ser muy malas, por lo que crucé sigilosamente el salón y me dirigí hacia la esquina donde estaba la nevera, la abrí, y encontré entre otras cosas, varias latas de cervezas. Cogí una, la abrí mientras me acercaba a ella y se la ofrecí. Ella me miró aliviada, la cogió y dio un trago largo. Los reporteros la miraron angustiados, como si también quisieran una cervecita para calmar el varapalo que se estaban llevando a las diez de la mañana un bochornoso sábado.

Después del momento tenso de silencio que se había formado mientras mi madre tragaba ruidosamente la cerveza, el reportero con la voz apreciablemente aflojada, trató de hacer entrar en razón a mi madre.

— Señora, nos enteramos del desafortunado accidente por nuestros jefes que nos han mandado a hablar con ustedes para que salga en las noticias de la una y....

— No me lo digas.— Le cortó repentinamente, mientras se limpiaba la boca con el reverso de la mano.— Vienen muy cansados y quieren sólo hacer su trabajo. Mira, n, ni tampoco permitiré que lo hagan con ninguno de mis hijos. Si tan importante es que hagáis la entrevista, ¿una sabí ustín a go tell una? ¿Sabéis lo que os voy a decir?— Ladeó la cabeza hacia un lado, se sujetó las orejas con los dedos índice y el pulgar y continuó su

advertencia.— Coger vuestros pies y salir de esta casa antes de que me arrepienta, no voy a repetirlo dos veces.

Se dio la vuelta y se marchó a la cocina. Y mientras lo hacía, se aseguró de darnos a mi primo y a mí, un mensaje importante.

— Justo, Famosín, venir a ayudarme a rayar la malanga. ¡Deprisa!

Aquellos señores apenas respondieron, se miraron, se levantaron y se dieron la vuelta para dirigirse a la salida, con los ojos a punto de salirseles de las cuencas. Mi primo y yo nos reímos disimuladamente mientras nos alejábamos del salón.

— ¡Justo, cierra esa puerta!— Me gritó mi madre desde la cocina para cerciorarse de que aquellos hombres se iban.

Enseguida encendió de nuevo la radio y subió el volumen hasta rozar la perturbación acústica. De aquellos altavoces Xianzu salía la inconfundible voz de Sita Richi, con una canción que hacía a mi madre cerrar los ojos y flotar en el aire. Pero aquel día no solo flotó como solía hacer. De repente, aquella canción titulada "el señor es mi pastor, nada me faltará", hizo que las caderas de mi madre cobraran vida, y que las comenzase a agitar violentamente.

Famosín, con sonrisa bobalicona, cogió un "banquito", se sentó sobre él y con un cuchillo, comenzó a pelar la malanga sin dejar

de mirar a mi madre. La noche anterior tuvieron que ir a por él a la playa. Seguía teniendo la manía de entrevistarse con un árbol de *frutopan* ante la mirada escéptica de quienes le sorprendían. Él era mucho mayor que nosotros, pero hacía cualquier cosa que le pidieran, simplemente para evitar la filtración de que aún se hacía pis encima, que le gustaba jugar con muñecas a escondidas, que le hablaba a la naturaleza o que se reía de cualquier y en cualquier momento.

Aprendimos a respetar su espacio, su locura. Lo que comenzó como un leve chantaje para evitar propagar la información, se acabó convirtiendo en un hábito. Meaba las sábanas como una regadera, y quizá lo peor de todo eso era que el olor a pis de adulto, sobre todo en alguien que de cuando en cuando bebía alcohol, era simplemente asfixiante. Y si te tocaba compartir habitación con la persona, mejor apaga y vámonos.

No tenía muchas ganas de pelar malangas, mi mente me insistía en que había cosas más importantes que hacer, que ver a mi madre bailar cocinando y a mi primo babear por alguna extraña acción de la gravedad. Lo primordial era saber el paradero de mi gemelo.

Esperé el momento perfecto para largarme de la cocina. Aproveché para salir silenciosamente de la cocina, mientras mi madre estaba de espaldas bailando y friendo la carne. Crucé el

salón a toda prisa y salí a la calle. No vi a los periodistas por ningún lado, pero sí a Simba que volvió a eludir mi mirada y mi presencia.

Fui directamente a casa de Javi del B, donde normalmente pasábamos gran parte de los sábados, esperando a ocurriese algo interesante. Él no vivía muy lejos de la casa de mi tía. Su barrio era Ibo Kwata, que se encuentra entre Calle Bata y Coldwatá.

Ni él ni Javi del B estaban en casa. Le dejé un recado a su hermana y volví al punto inicial de mi preocupación. ¿Dónde andaría el kamikaze de mi hermano?

No tenía teléfono móvil todavía, después de que se espachurrase en el accidente del día anterior. A todos los que pedí hacer una llamada desde su móvil, me respondieron como hacían en mi barrio: “Sólo tengo para mensaje”. La mayoría de veces que un malabeño respondía así, era mentira, no ibas a ser tú quien acabe con su crédito para whatsapear.

No me interesaba enviar ningún mensaje con todo lo que se estaba formando, supuse que sería mejor llamar, para evitar la larga espera de una posible respuesta. Al final, y con mucha insistencia, me dejó su teléfono un amigo de mi hermano Pepín; un tal Cipri que aparecía en todos, o casi todos, los videoclips de los artistas de la ciudad. Además era un tipo muy rudo.

Mi hermano no respondió a las tres llamadas que le hice. Supuse que sería por miedo a escuchar de nuevo la voz del marido de Viuda que habría adelantado un par de horas su vuelta a Malabo. No sabía qué hacer. Volví a casa con la esperanza de que hubiese vuelto ya, o por lo menos Pepín.

Volví a entrar sigilosamente a casa. Me dirigí directamente a la habitación, con cierta esperanza de encontrarlo ahí, pero no estaba. La habitación seguía tal y como la había dejado. La incontinencia de mi primo hacía que esa habitación pareciese una cárcel de mala muerte. Aprovechando que estaba ahí, decidí cambiar la camisa chillona del tucán de Tenerife que llevaba puesta, por otra menos llamativa. Volví a hurgar en la bolsa para encontrar algo más de mi estilo.

Al cabo de un rato desechando camisas de diferentes colores y medidas, encontré un polo rosa de Ralph Laurent. Aunque era *gaboma*, ^{marca falsa} no se notaba demasiado. Cogí también un pantalón corto azul con rayas negras, y unos zapatos de cuero negros. Después, arreglé la ropa de la bolsa como pude y salí al salón. La voz de Sita Richi que antes inundaba la casa, había sido sustituida por la de Chucku Nene, una canción de los noventa que seguía poniéndome la piel de gallina.

Mi madre seguía la melodía con gritos de "Jöya, Jöya, Jöya". No quería averiguar si seguía bailando, por lo que me dirigí de

carrerilla a la puerta. Cuando la abrí, para mi sorpresa, me encontré con una monja, menuda y con el gesto fruncido, a punto de llamar con los nudillos a la puerta. Detrás de ella, había varios niños uniformados, cargados con cajas. Uno de aquellos niños era mi hermano Petit. Parecía más tímido que de costumbre, como si estuviese muy avergonzado de que sus compañeros conocieran donde vivía. Detrás y cerrando la fila de alumnos, se encontraba sor Sonsoles, la monja que nos abrió los ojos ante el problema de autismo de nuestro hermanito. En cuanto coincidieron nuestras miradas en el aire, abrió la boca para mostrarme sus treinta y dos dientes, era una señora realmente de sonrisa fácil. Abandonó la formación y se acercó a la monja que iba a llamar a la puerta y comenzó a decirme.

— ¡Hola buenos días Justo...o Pastor! No sé si podré diferenciaros a la primera alguna vez.

— Justo, Justo...— Le respondí contagiado por su sonrisa.

— ¡Ah!— respondió ella— Tú eres el del lunar. De acuerdo, de acuerdo. Mira, te cuento antes de que te asustes. El centro, junto con el AMPA, ya sabes, la asociación de madres y padres de alumnos, hemos querido ayudar en lo que podemos a vuestra familia, tras saber lo del incendio de esta mañana. No es gran cosa, pero esperamos que les alivie algunas carencias. ¿Está Carolina en casa?

— Sí.— Respondí sin dejar de mirarla los dientes. No sabía que hubiesen personas con la dentadura tan bien cuidada.— Denme un minuto, voy a avisarla de que están aquí.

No me apetecía que entrasen y se encontrasen a mi madre agitando las caderas y bebiendo cerveza como si nos hubiese tocado una casa en Buena Esperanza o aún mejor, en Malabados.

Entré a casa con urgencia, para evitar que descubrieran a mi madre en caso de que se tomasen la libertad de acompañarme a pesar de mi sugerencia. Cuando entré a la cocina, efectivamente mi madre estaba agitando las caderas, en una esquina de la mesa, varias latas de cerveza vacías. Me acerqué hasta colocar mi boca al lado de su oreja para alertarla sobre la presencia de las monjas.

— ¡Están aquí las monjas de M^a Auxiliadora, con los compañeros de Petit!

Tardó en procesar la información, pero cuando por fin lo hizo, bajó rápidamente el volumen de la música, tiró las latas al cubo de basura y se fue corriendo al baño. Escuché cómo se cepillaba apresuradamente la boca y se tiraba agua en algún lugar de su cuerpo. Salió del baño secándose la cara y las manos con la parte inferior de su “caba”, cogió un trozo de pescado frito y se lo llevó

a la boca. Respiró hondo y posteriormente salió al encuentro de aquellas monjas.

Mi primo, que estaba sentado en una esquina de la cocina con una cerveza entre sus piernas, me miró con su cara taciturna y movió la cabeza de un lado a otro.

— ¡Buenas tardes, hermanas!— La oí saludar, mientras iba hacia ella.— ¡Pueden entrar por favor!

— Muchas gracias, señora.— Respondió la monja menuda que encabezaba al grupo.

Mi madre invitó a pasar a todo el conglomerado de segundo de primaria del centro al que iba Petit. Todos en fila y en silencio entraron a la pequeña casa de mi tía. Lo primero que hicieron los niños, nada más entrar, fue pedir agua. Todos y absolutamente todos, querían beber agua. Petit tuvo que dar varias vueltas a la cocina ante la mirada de los mayores que los observábamos sonrientes y en silencio.

— ¡Feliciano, quiero agua!

— Yo también.— Decía el siguiente con rapidez.

— Después *tú* me das.

— Me toca, me toca.

— Tu mientes, yo *antes*.

Cuando terminaron de beber agua, sor Sonsoles, nos reunió a todos en torno a la mesita de la sala de estar, nos sugirió cogernos de las manos y rezar un par de oraciones a la virgen. Ella terminó las oraciones asegurando la protección de Dios a nuestra familia y a todas las familias que sufrieron la injusticia del fuego la noche pasada. Después, cantamos dos canciones a la virgen María y posteriormente, salieron todos de la casa, dejándonos con las ocho cajas que habían traído. Mi madre los acompañó hasta fuera, mientras que mi curiosidad hizo que me olvidara de las prisas por salir de casa. En cuanto la figura de mi madre desapareció de mi campo visual, me abalancé sobre las cajas para saber qué contenía cada una.

Prácticamente en todas las cajas había lo mismo: macarrones, pastillas de jabón de burro, galletas María (no podían ser de otro tipo dada su procedencia...), aceite de oliva, harina, bolsas de sal yodada, un par de ropas de mercadillo, bragas, calzoncillos y material escolar. Cogí un par de calzoncillos y una camiseta de marca, cerré de nuevo las cajas y me fui a la habitación a esconderlos.

Salí de nuevo al patio. Ahí, estaba mi madre besando a cada niño, antes de que estos subiesen al coche Hyundai que los espera fuera de los muros de la casa de mi tía. La monja de los dientes blanquecinos seguía sonriendo como si la pagasen por ello. El

conductor arrancó el coche y se marcharon haciendo muchísimo ruido.

Mi madre, como si hubiese sido contagiada por aquella monja, volvió sonriendo a casa, pasó su mano encima de mi cabeza y se fue directamente a por las cajas. Echó un vistazo con aquella sonrisa pegadiza, se dirigió a la nevera, cogió de nuevo una lata de cerveza y se perdió en las penumbras del pasillo que llevaban a la cocina.

— ¡Traerme esas cajas!

A las palabras de mi madre, las sucedieron la canción de "Coupé Coupé di Bamba", de Awilo.

Famosín y yo llevamos todas las cajas a la cocina, mientras mi madre seguía bailando y cocinando entusiasmada

Salí de casa con dirección a la plaza de Elá Nguema, muchas veces, gastábamos la mañana ahí improvisando algunos versos con los chicos del barrio. Pero aquel día cuando llegué, apenas había gente. No parecía sábado, sino un día laboral más.

Cuando llegué a la calle de cine Mar, mi suerte por fin cambió. Delante de uno de los bares de aquella calle, estaba el deportivo con el que se largó Viuda la noche anterior en el centro cultural. Me dirigí rápidamente hacia él y, usando mi mano de visera, miré dentro del cristal del copiloto. En seguida se bajaron los

cristales y pude ver a mi hermano, sonriente y con los labios pintados del mismo color de pintalabios que tenía Viuda, que también me miraba sonriente.

— Sois lo que no hay.— Me atreví a decir.

— ¡Entra!— Me ordenó mi hermano.

Me negué con la cabeza y me separé del coche.

Se subieron los cristales de nuevo, y tras unos segundos, mi hermano salió de él. Ella esperó a que él me apartase, arrancó el coche y salió de ahí como alma que lleva el diablo.

— ¿Estás bien de la cabeza?— Le espeté cuando nos quedamos ambos mirando cómo se alejaba el coche de Viuda.

— ¡Relájate!— Se burló.

— ¿Qué me relaje? ¿En serio?

— Sí, tranquilo, todo se va a arreglar.

— ¡Sorpréndeme!

— ¿No sientes *ese* calor?— Me espetó como si se pudiese ver.— Vamos a algún sitio a refrescarnos y te cuento.

No le respondí, me dejé llevar. Mientras caminábamos hacia el bar que había elegido en su mente y que no quería compartir conmigo, comenzó a decirme, haciendo un paréntesis al problema que más nos interesaba abordar.

— ¿Has sabido en casa de quién comenzó el fuego al final?

— No— le respondí secamente.

— ¿Qué crees que pasará ahora? Me desperté y ya no estaba Pepín. ¿Crees que habrá ido a gestionar alguna casa?

— No lo sé.— Volví a responderle sin ganas y con la mirada desviada hacia ninguna parte.

— ¡Deja de comportarte como una mujer! Si tienes que decirme algo, me lo dices, no necesito que también seas borde conmigo.

— Vale.— Le respondí con una sonrisa fingida.

No volvió a dirigirme la palabra hasta que llegamos a nuestro destino, después de escasos minutos caminando. Nos sentamos en un bar con varios árboles de mango. Él llevaba la misma camisa del día anterior, y un corte de pelo nuevo. No dejaba de mirar a todos lados, como si estuviese esperando encontrar a alguien. Cuando estuvimos sentados y relajados desenredé mi lengua.

— ¿Diman, qué pasa?

— Su marido llega esta tarde.— Hizo un gesto a la camarera y continuó diciéndome.— Sé que estas preocupado por mí, pero deberías relajarte.

— ¿Relajarme? ¿En serio?

— ¿Ves? Estas muy tenso. ¿Crees que soy el primero con quien se acuesta Viuda estando casada desde los catorce con el mismo tipo aburrido? Esa mujer sabe cómo hacer las cosas.

— ¿Eso debería tranquilizarme?

— San Miguel pequeña para mí y para él una Castel.— Le pidió a la camarera para continuar diciendo.— Mira... Ella dice que no va a pasar nada. No es la primera vez que pasa algo así, de modo que relaja la raja. Ya sabes lo que dicen, perro que ladra no muerde.

— ¿Tan confiado estas esta mañana con, sea lo que sea, que te ha dicho? ¿La palabra de alguien que dices que ha estado con muchos amantes?

La chica del bar interrumpió la conversación apareciendo de repente. Traía la San Miguel y la Castel en una bandeja. A pesar de los nubarrones que anunciaban lluvias, hacía un bochorno de mucho cuidado. Abrí rápidamente la Castel con los dientes y la bebí hasta la mitad, el calor era espantoso.

— Justo, te preocupas por nada. Ese señor está muy mayor main, y aunque se lo propusiese, ¿cuánto crees que tardaría en encontrarme? ¿Me mataría por acostarme con su mujer? ¿Fui yo quien buscó a su mujer? No voy a rayarme por una chorrada así, ¡ya está bien! Deberíamos preocuparnos más por el inspector

que de Viuda y su marido. Si al final las cosas van a mal con el marido, cogeré y me iré a Luba o a Bata durante todo el verano.

No entendía cómo mi hermano había caído en el mal hablar de gran parte de los malabeños. ¿Desde cuándo teníamos una estación llamada verano? Hasta donde yo sabía, teníamos la época seca y la época lluviosa nada más, pero nuestra evidente dependencia de occidente, ha hecho que hasta en aspectos tan pequeños como las estaciones, tengamos que pedir prestado de ellos, como si no tuviésemos uno propio y diferente.

— ¿Yu still whe dan tin yet? ^{¿Aún sigues con eso?} — Le grité.— ¿Yu membasé mi whe yu fiba? ^{¿Recuerdas que tú y yo nos parecemos?}

— ¡Cam whe mi! ^{¡Vente conmigo!} Hay suficiente dinero para los dos.

— No gracias, tengo asuntos que mi mente pide a gritos resolver. No voy a esconderme del marido de tu amante, es asunto tuyo, no mío.

Permanecimos en silencio durante un tiempo, en el que solo se oía los sonidos que hacía mi botella al despegarse de mis labios. Mi hermano, a su vez, se dedicó a enviar mensajes y sonreír como un niño con zapatos nuevos. Mi mente deambuló en el limbo de las ideas, mientras mi vista recorría lo que quedaba del campo de fútbol de Macuandja Ngongolo. Al cabo de un rato, apareció en la calle de Cine Mar, que estaba después del campo, una multitud de personas que avanzaban lentamente. Muchos de

ellos lloraban y gritaban afligidos. Enseguida me di cuenta de que se trataba de un entierro. Un entierro que para mi sorpresa, era de Chabeli, la misma chica que iba en el coche con nosotros y que salió despedida, perdiendo así su vida. Lo supe por la foto que llevaba una chica alta que iba rezagada de la procesión. Delante de la comitiva, había cuatro hombres vestidos de negro que cargaban un féretro marrón y adornado con motivos florales de plástico dorados. Un sentimiento extraño me recorrió de la cabeza a los pies y me obligó a levantarme de la silla.

Mi hermano me miró extrañado, pero no me dijo nada, continuó chateando con quien fuera que lo estuviese haciendo.

— ¡Diman, ahora vuelvo!— Le dije sin quitar mis ojos de la procesión.— voy a ese entierro, conocía a esa chica.

— Vale.— Me respondió sin apartar la vista del teléfono— cuando termine mi cerveza y la tuya, vendrán a buscarme de nuevo. Cualquier cosa te pondré un mensaje o te llamaré.

— A no guet fon. ^{No tengo teléfono}

— Na tru. Vale, a go jdam yu afta. ^{Es verdad. Luego te buscaré.}

No le respondí y corrí hacia la procesión que había alcanzado el puente de Calle Bata.

X. Contra viento y marea

A pesar de que aún eran las once de la mañana, tenía la camiseta empapada de sudor, eso sumado a la cantidad de personas que había en el banco aquel día, incrementaban sustancialmente la sensación de calor. Aunque las nubes presagiaban lluvia, el bochorno era irritante.

Esperé mi turno envuelto en olores sobacales de pelo encrespado. Mujeres y hombres de todas las profesiones se agolpaban en una escuchimizada sala, atendida por cuatro cajeras de semblante serio y molesto, alguna masticaba chicle con total tranquilidad. Todas ellas vestían y calzaban igual, pero era en el cabello de cada una, donde se veía la realidad del salario, pues haciendo el mismo trabajo durante las mismas horas, no cobraban lo mismo. Algunas tenían el pelo demasiado cuidado para ser simples cajeras. Su absentismo laboral mental se proyectaba a través de sus caras. Rostros de enfado, angustia y melancolía, trabajando con la velocidad que exigía el momento: a cámara lenta.

Si en algún momento aparecía algún familiar, conocido o pretendiente, éste o ésta, eludía la larga fila y recibía la atención entre sonrisas repentinas de la cajera en cuestión. Después de atender al familiar, volvía a poner su cara agria y de pocos amigos. Solo los valerosos se quejaban en voz alta, acto que llevaba a ser mal atendido.

Con los militares la cosa era distinta. Por lo general llegaban uniformados o no, con un pestilente olor a tabaco y alcohol, como si en vez de estar de guardia, hubieran estado en guardia en algún bar de mala muerte. Otros entraban directamente al banco con latas de cervezas en las manos, como si fuesen a la casa de la amante en plena madrugada. Eludían la fila y exigían cobrar, ante la pasividad del resto. A veces sus exigencias eran tan alarmantes que no se daban cuenta de que había un superior aguardando su turno en la fila, hasta que éste se identificaba y comenzaban a cruzarse amenazas en fang, llegando muchas veces a las manos. Cuando parecía que por fin te iba a tocar ser atendido, aparecían dos o tres personas que aseguraban estar detrás del que tenías delante. Aquello llevaba también a horribles discusiones que casi siempre terminaban dándole la razón para evitar un mal mayor.

Estuve alrededor de hora y media en aquella marabunta humana, únicamente para retirar los doscientos mil francos de mi cuenta de ahorro. No iba a permitir que mi madre echase a los hombros a toda la familia y los gastos que esta generaría en los siguientes días.

La cajera de pelo extrafino me dio un fajo de billetes de mil francos. No quise abusar de confiado y conté los billetes delante de la cajera, por si después me tachaba de querer timarla. Lo hice dos veces, pero el resultado fue el mismo: ciento ochenta y tres

mil francos. Me quejé a la chica que me atendió y su respuesta fue totalmente profesional.

— ¿Sabes contar? ¡Cuéntalo bien!

Además de aquellas palabras, me dedicó una mirada de asco del tipo que le dedicas a tu mujer infiel. La miré desconcertado y respondí con educación.

— ¿Tú que me has pagado la escuela?

Alargó la mano para reclamar los billetes, luego los pasó de nuevo por la máquina, me miró de reojo y me devolvió los billetes. Extrajo del cajón los dieciséis mil que faltaban y me los tiró a la mesa. Sonreí y me di la vuelta, mientras la escuchaba decir a regañadientes: “siguiente”.

Salí del banco y me dispuse a coger un taxi. A los pocos segundos de estar de pie al borde de la carretera, apareció uno con dos *monamís* dentro. Era sencillo saber la procedencia de los *monamís*. Básicamente, por su altura, por su color, su cara delgada y alargada, la facilidad de que se les crezca la barba en gran cantidad, y porque olían muchas veces a algo así como un té especialmente para ellos. Los guineanos no éramos tan altos, y entre nosotros también era sencillo saber con facilidad a la etnia a la que pertenecía cada uno.

Los fangs, por supuesto, eran la mayoría, por lo tanto los más sencillos de reconocer por su acento y su vocabulario hispánico, que suele ser normalmente fruto de la traducción literal del fang al castellano, dando como resultado muchas veces, un español terrible. Luego estaban los bubis, por lo general con los ojos grandes, y anchos de caderas y de huesos. Además era sencillo reconocerles por su expresión verbal a la hora de pronunciar la letra “r”, que solía convertirse muchas veces en r doble muy gutural. Luego estaban los annoboneses, también sencillos de reconocer: delgados, altos, muchas veces con las piernas arqueadas, con el trasero plano y con un amplio vocabulario annobonés plagado de insultos y maldiciones inimaginables. Ellos tienen la particularidad oral de confundir muchas veces la “r” con la “l”. Los combes y ndowés eran más difíciles de leer, tan pronto se parecían a un fang, como a un bubi o e incluso a un americano con problemas a la hora en la distinción de la “j” y la “g”, si han crecido en un ambiente puramente combe.

Luego estaban los fernandinos o criollos, que llegaron de diferentes países de África para trabajar en Guinea en la época colonial. Estos se asentaron sobre todo en la isla de Bioko, y desde los tiempos de la colonia, se les distinguió por su gran capacidad de negocio. Eran comerciantes, por lo general, y fueron los precursores del pichi en la isla de Bioko.

— ¡Elá Nguema!— Le grité al taxista arqueado sobre la ventanilla del copiloto.

Su respuesta fue como la del gremio de los taxistas de Malabo: un bocinazo, que significaba que aceptaba. En caso contrario, no me habría respondido y se habría largado sin tan siquiera mirarme.

Antes de llegar a mitad de trayecto, había cogido a otros dos clientes, dejado a uno y luego cogido a dos en el Cruce de Hospital.

Me tuve que bajar en Cine Mar porque el colega taxista insistió en que si bajaba hasta Coldwatá, me cobraría quinientos francos de suplemento. No quise discutir con él, así que le pagué lo que le debía y me bajé de su coche.

De Cine Mar solo quedaba el nombre y la estructura colonial de su fachada, porque ni era cine ni tampoco se veía desde ahí el mar. Las sillas que una vez estuvieron colocadas ordenadamente en su interior, habían sido reemplazadas por varios bares que apaciguaban con Tres Cepas y *Cai-Cai* ^{alcohol muy fuerte} los problemas de los mayores de nuestro barrio. Bares sin baños y con la consecuente sensación de estar en uno.

En aquel cine tuve la fortuna de disfrutar, de niño, de las palizas brutales de Bruce Lee, Van Damme, Jacky Chan o Chuck Norris

que se enfrentaban a todos los malos hasta que llegaba la policía, justo cuando se terminaba la película.

Aquel malestar se desvaneció cuando vi a mi hermano Pastor subirse a un todoterreno rojo, que desapareció inmediatamente de mi vista. Me preocupaba su relación con aquella mujer madura con la que iba últimamente a todas partes. Pero sonreí y le resté importancia. Tomé la plaza de Elá Nguema y me fui a casa de mi tía, donde viviríamos durante el tiempo que durase la rehabilitación de nuestra casa en Calle Bata.

La trayectoria fue difícil por el sol y luego por el ruido molesto de los pequeños *epechés* que parecían quejarse también del calor. Estos pájaros de plumaje amarillo, anidaban en los árboles con un volumen importante de hojas, y por aquel tiempo Coldwatá era un paraje natural importante, atestado con árboles de *popó mangro* y de *jdkä*.

En la entrada a la casa de mi tía, habían dos hombres sentados sobre unas rocas. Uno llevaba una cámara y el otro un micrófono. Entendí a qué se dedicaban cuando no estaban sentados en un lugar como aquel. Continué hasta el portón, desde donde comencé a escuchar la música a todo volumen que salía de la casa. Distinguí enseguida al cantante de aquel clásico que sonaba: el gran Mastro Ribocho.

En casa estaban mi madre y su hermana, ambas moviendo las caderas violentamente y de cuando en cuando dando un sorbo a la cerveza que cada una tenía en la mano. Cuando entré a casa, me sonrieron y continuaron bailando como si no estuviese ahí. Parecía que les diese igual lo del incendio, porque la felicidad que mostraban era de día de bautizo. Me acerqué al DVD nigeriano con el que escuchaban al todopoderoso Ribochó, y bajé el volumen.

— ¡Toma!— Le dije a mi madre entregándole todo el dinero que había sacado del banco, y la mitad del *deduar* que hice la noche anterior.

La quité la birra que llevaba en la mano y la terminé de un trago. Ella me miró con ternura, se dio la vuelta y se perdió en la habitación de su hermana. Yo me quedé con mi tía que alternaba su mirada entre el DVD y yo, pues anhelaba que subiera el volumen. La correspondí mientras ambos nos reíamos. Le quité la cerveza que llevaba en la mano y la bebí también, agradeciendo el rápido enfriamiento de mi cuerpo, resecaado por el calor.

La música de Mastro se terminó y en su lugar, sonó una pista de reggaetón. Puse los ojos en blanco y abandoné a toda prisa el salón. Me fui derecho al baño, necesitaba ducharme y cambiarme para ir al examen. No había tenido tiempo para

estudiar, pero confiaba en mi capacidad para la invención y asociación de ideas en los exámenes, y así, terminar definitivamente con mi romance con la universidad.

Después buscaría un trabajo de cualquier tipo e iría pensando en sentar la cabeza, aunque la innombrable no terminaba de convencerme. Sentía que tenía más opciones, que aún era joven y con confianza suficiente para encontrar a una buena esposa, que me diera todo lo que necesitaba en una relación. Bien podría haber sido aquella mujer del espejo de la noche anterior, sino hubieran aparecido aquellos matones para aguarme la fiesta.

En realidad las opciones de encontrar a otra mujer, se terminaron cuando ella, a la que no quería coger el móvil, me dijo que estaba embarazada. Y el mero hecho de no estar lo suficientemente preparado, hizo que me entrase miedo. Miedo de cogerla las llamadas o responderla a los mensajes. Miedo de no ser un buen padre, habían antecedentes en mi familia. Miedo de no estar a la altura. Miedo por abandonar la senda correcta y recurrir a la brujería para sacar adelante a mi familia. Miedo de pagar mis frustraciones con aquel niño que estaba en camino. Miedo de humillar a su madre y a la familia de esta. Miedo de presentarme formalmente ante ellos. Miedo de la reacción de su hermano. En definitiva, miedo de parecerme a mi padre.

A pesar de que evitaba cualquier pensamiento sobre ella, no pude evitar hacerlo aquella mañana, después de haberme enviado tantos mensajes la noche anterior. Traté de sacarla de mi cabeza, pero no podía. Me duché de prisa, me sequé con la camisa que llevaba, crucé el salón de nuevo y entré en el cuarto de los chicos. Tras buscar en la bolsa de *Ghana most go*, me puse una camiseta amarilla con la foto de un tucán enorme y unos vaqueros rotos. Me puse mis Timberlands, cogí mi mochila y me dirigí a la cocina para despedirme de mi madre y de mi tía.

— ¡Me voy ya!

— Muy bien mi niño. Tek ten. ^{¡Cuidate!} — Dijo mi madre con su particular sonrisilla de borracha.

No me importaba que estuviese ebria, porque sabía cómo prefería afrontar sus problemas. Pronto se cansaría y se sentaría en el sofá para ver alguna de sus películas nigerianas.

En la entrada a la casa, descansaba el perro asqueroso de nuestra tía. Levanté la pierna como si fuese a tirar una falta y le metí un puntapié en la espalda. El perro salió despedido por la fuerza de mis Timberlands. Me arreglé la mochila y seguí mi trayecto como si nada. Los dos señores que antes estaban sentados en las piedras habían desaparecido.

Cogí la calle que iba hasta Cine Mar y caminé por ella con suma tranquilidad, inmerso en mis pensamientos. Al llegar a Cine Mar,

volví a estar empapado de sudor, a pesar de los nubarrones que hacían gris aquella mañana de sábado. Antes de que pudiera coger un taxi, recibí de nuevo la llamada de ella, la innombrable. Cerré los ojos, respiré profundamente y contesté al móvil sin pensar, embriagado por los sentimientos de culpabilidad que había tenido antes.

— ¡Dime!— Respondí secamente.

— ¡Por fin!— Me respondió con un hilo de voz.— ¿Qué te pasa Pepín? ¿Por qué tengo la sensación de que te escapabas de mí? ¿Debería pensar así? ¿Te estoy agobiando demasiado? ¿He hecho algo mal? Si he hecho algo mal, ¡dímelo, por favor! No puedes tenerme así, no es bueno para el...

Entonces enmudeció creando un silencio incómodo.

Todas sus preguntas taladraron la parte de mi mente donde se encuentra el sentimiento de culpabilidad y la pena. Sentí por primera vez, lo que sentía realmente por mí y por nuestra relación. Comprendí la sinrazón que la llevó a llamarme más de treinta veces en los últimos días y a dejarme varios mensajes que ignoré por no hacerme a la idea de que fuera mi mujer y la madre de mis hijos.

En aquel preciso instante, envuelto de nuevo en un sudor espantoso, vi el mal que hacía a esa chica. Mis sentimientos aprisionados en mi interior, comenzaron a filtrarse por todo mi

cuerpo y a hacer que una extraña sensación de fiebre la recorriera e hiciera que este tiritase en un escalofrío escalonado.

Sentí que el miedo al compromiso solo estaba en mi cabeza, y que si quisiese y le pusiese ganas, acabaría expulsándolo de mí. Sentí su necesidad, la comprendí por fin y la acepté. El latido de mi corazón fue un sigiloso golpeteo durante el tiempo que permanecí callado. Ella, angustiada siguió reclamándome mi pasotismo, mi irresponsabilidad, mi poca empatía. Así, se me descalabraron todos los esquemas.

— Estaba un poco ocupado con los exámenes finales, el trabajo...Perdona que haya estado tan despistado.

— ¿Despistado? ¿Pero tantas semanas? ¿Tanto miedo te dio saber que estoy embarazada? Si lo prefieres, puedo sacarlo.

— ¡No!— Grité con todas mis fuerzas, sintiendo cómo un dolor punzante retorció mis intestinos.

La idea de eliminar al niño, terminó de confirmarme que sí estaba preparado para tenerlo. Me vino a la cabeza la imagen de mi padre tratando de matar a mi hermano y me sentí mal por ignorarla durante todos esos días.

— ¡No!— Volví a gritar.— ¡Deja que arregle las cosas, por favor!

Se quedó varios segundos en silencio, como si no creyese lo que estaba escuchando. Intentó decir alguna cosa, pero sus intenciones terminaban en un profundo suspiro.

— ¿Entonces hablarás con mis padres? Creo que comienzan a sospechar y no quiero hacer las cosas mal.— Me dijo esperanzada.

— Sí. Pero después de hablar con tu hermano, sabes que se lo debo.

— ¿De verdad?

Su particular sonrisa rezongaba por el teléfono como antaño, cuando recién comenzamos a vernos a escondidas en las oscuridades que nos ofrecía nuestro barrio costero. Aquel nudo en el estómago comenzó a soltarse, y después de un instante, su sonrisa me contagió y eliminó, por un momento, el humor de perros que tenía aquel día.

— Sí. De hecho, iré a verle ahora mismo, antes de ir a clase. Ya he perdido mucho tiempo con todo esto.

— Llegarás tarde.

— No, tranquila, el examen es dentro de hora y media, además aún sigo en Elá Nguema y sé dónde estará ahora.

— Vale. Ponme un mensaje cuando hables con él, por favor.

— De acuerdo.

— Siento mucho lo de vuestra casa. Y por favor, evitar discutir, ya no sois unos críos.

— Prometido. Adiós, Maricá.

— Adiós, Pepinillo.— Se burló y colgó.

Guardé el teléfono en el bolsillo con una leve sonrisa asomándose entre las comisuras de mis labios. Después de hacerlo, me sentí aliviado, como si me hubieran sacado un peso importante de encima.

Mi mentalidad había cambiado sustancialmente. Aquellos sentimientos dormidos, apagados, puestos en pausa, volvieron a cobrar vida. Iba a ser papá, y por primera vez cuando me lo repetía mi mente, lo hacía con placer. Afortunadamente todos tenemos la condición biológica de procrear, pero no todos podían ser realmente papás o mamás. No es un título, hay que trabajárselo. Y yo quería trabajármelo desde aquella mañana en que accedí por fin a cogerle el teléfono a Maricá. Sabía que desde aquel momento, todas las decisiones que tomaría en mi vida no serían para mí, sino para él. Debería abandonar mi vida para consagrarla a esa personita que se estaba gestando en el vientre de la *nombrable*. No iba a permitir que me pasara lo mismo que varios amigos y conocidos míos, que tenían uno o varios hijos con diferentes mujeres y en diferentes barrios. El

problema no era tenerlos, sino ocuparte de todos y cada uno de ellos. Padres nefastos, preocupados más en las tiras de San Miguel que podrían beber si conseguían algo de dinero, que en ocuparse al doscientos por cien de su hijo.

Me di la vuelta y comencé a bajar por la calle de Ibo Kwata. Tenía aproximadamente una hora y media antes del examen, de modo que me daba tiempo hablar con su hermano mayor y acordar un día para hacerlo con los padres. Sabía que necesitaba el apoyo del hermano si quería que sus padres se lo tomaran con calma, porque él sabría apoyarme y convencerles. A pesar de que ella tenía veinte años, seguía yendo al instituto como muchas otras vecinas de mi barrio. La realidad era que las que seguían yendo, lo hacían porque no habían sido madres todavía o si lo hubieran sido, el padre no habría querido cuidar del niño, de modo que mientras se encarga la abuela del cuidado del nieto no deseado, ellas debían seguir yendo al instituto, mostrando a sus madres sus deseos de ir por el buen camino procurándose un futuro mejor, después de saber que el hombre en quien confiaron su futuro, las utilizaron únicamente para traer al mundo a un niño.

Así que fui. Fui a ver a su hermano, a pesar de la incomodidad que eso me sugería. No tenía ni idea de cómo reaccionaría después de la bronca que tuvimos al enterarse de que estaba con su hermana pequeña. En aquel momento de culpabilidad y

posterior perdón, solo me importaba redimirme y poco pensé en las consecuencias que podrían surgir de otro enfrentamiento con mi amigo de la infancia.

Llegué pronto a la zona de Ibo Kwata donde sabía que él estaría esa mañana. Una zona que, al ser costera y oculta a ojos juzgadores, era antaño frecuentada por grandes fumadores de *banga* o cannabis tropical que, a diferencia del cannabis relajante que muestran en las películas de Hollywood, exaltaba a mis vecinos y hacía que éstos tuvieran ganas continuas de bronca. Después de varias oleadas de intervenciones policiales, se fueron con los humos a otra parte, a otra costa.

Aquella zona, donde nos reuníamos muchas tardes, tenía un pequeño patio con vistas al mar. Desde aquel acantilado disfrutábamos de los golpetazos del viento que venían huracanados de la playa, y de los árboles de mango y *jdakä* que se encontraban repartidos por el patio brindando una amplia sombra y una excelente frescura para los días bochornosos como aquel.

En el patio de Cipri se disputaban campeonatos de dama, ludo y “akong”. La única condición para tomar partido en los juegos, era pertenecer al barrio y haber vivido en él, el tiempo suficiente para conocer todas sus normas y todos sus vecinos. Si no te conocían lo suficiente, no te dejaban jugar, aunque vinieses con

todo el dinero del mundo para apostar. En tal caso, te darían una paliza y se quedarían con tu dinero.

Solo jugaban los veteranos del barrio, y mientras lo hacían, ningún chaval debía estar cerca, por mandato y por precaución. Cualquier persona ajena al “club de la broma” de los que frecuentaban aquella zona, no podía reírse, toser o dar consejos de estrategia a los jugadores. No podía hablar, mover excesivamente los ojos, rascarse de forma sospechosa, estornudar, respirar agitadamente, cambiar de posturas sin venir a cuento, hacer muecas con la cara, los ojos, los labios o la nariz. Cualquiera que hiciese alguna de estas cosas, se le acusaba de *soplón* y por consiguiente recibía puñetazos en la espalda que llamaban *jdibaló*, que se daban con el dedo corazón por encima del resto de dedos, causando un dolor punzante que, dependiendo de la fuerza y la precisión del ejecutor, llevaba a varios a un terrible llanto.

Estos torneos, aunque fuesen muy matutinos, se acompañaban con tiras de cerveza que compraba el benefactor del día: por lo general uno al que le había ido bien la tarde anterior haciendo estajos o asuntos relacionados con la cleptomanía. Los días que no había ningún benefactor, o los benefactores contasen con poco dinero, se iba a lo que más rápido emborrachaba: botellas de Tres Cepas.

Los benefactores, por lo general, podían pasar horas invitando a todos a alcohol, pero en el momento en que tú, hambriento como una lima, sugerías al benefactor la posibilidad de que éste te diese algo de dinero para comprarte algo para llevar a la boca, él te miraba rencoroso y te ofrecía otra cerveza. Así era que, había muchos colegas que no comían en días por falta de dinero, por falta de trabajo, pero estaban continuamente bebiendo alcohol y echando la tarde con los amigos.

Por aquellas fechas, aún nos faltaban algunos añitos para codearnos con la élite que jugaba en el patio de Cipri. Éramos simples aspirantes, meros observadores. Boyé y Ondó estaban más cerca de ser admitidos como iguales, yo apenas tenía tiempo para mis cosas, como para tenerlo para asistir reiteradas veces a torneos de dama y ludo de maleantes. Reconozco que muchos fines de semana, aquellas partidas me sirvieron para combatir el aburrimiento de la ciudad que apenas tiene planes de ocio para jóvenes como lo éramos nosotros. Afortunadamente yendo a aquel patio, podía distraerme riéndome y metiéndome con los que podía mientras me tomaba unas cervezas frías.

El dueño del patio, Cipriano, era un tipo peculiar. Le gustaba apostar más que a ninguno, fuese a lo que fuese. Su enorme casa de madera, nos ocultaba de los rayos del sol cuando éstos provenían del Oeste, al ocaso, cuando las ramas de los árboles de mango y jdakä, no nos podían cubrir con sus ramas.

Llegué por la parte delantera de la casa, donde las hijas de Cipri estaban jugando a *plecuck*, ^{cocinas} un juego infantil en el que imitaban las cocinas de sus madres. Utilizaban latas vacías de tomate *ciao* como ollas, que colocaban encima de tres piedrecitas. Entre piedra y piedra, varios trocitos de leña perfiladas a escala. Las untaban con petróleo y las encendía para cocinar su potaje. Las niñas de Cipri lo cuidaban al detalle.

Saludé a aquellas dulces niñas antes de dar un rodeo a la casa de madera azul de Cipri. En la parte posterior de la casa, parecía haber una reunión matinal de expertos jugadores de dama. Cipriano y Chulín estaban jugando cuando yo llegué. Ambos estaban sentados en dos cajas de 33 Export, con el tablero de juego sobre sus regazos, uno en frente del otro. Flanqueándoles estaban Bubuto, Shaolin, Ngambito, Bolo Boston, Ondó, Boyé y un muchacho flaco y desaliñado que no conocía.

— ¡A salut, gran frenden! ^{¡Os saludo, mayores!} — Saludé levantando ambas manos por encima de mi cabeza.

Como contestación, varias cabezas se levantaron durante una milésima de segundo. Luego las bajaron de nuevo y siguieron observando en silencio la partida entre Cipri y Chulín. Ondó y Boyé fueron los únicos que me sonrieron, el resto parecían muy concentrados en el juego.

Todos repararon en mi presencia, excepto Cipri y su contrincante que no sacaron ningún segundo sus ojos del tablero. A juzgar por la disposición de las fichas, Cipri estaba a punto de perder y llegados a este punto, cualquier incordio podría terminar muy mal.

Cipri era un joven de Elá Nguema con una importante popularidad. No había superado todavía la treintena, era como todos los que iban a su patio a levantar pesas por las tardes, musculoso, quizá muchísimo más en el torso que en el resto del cuerpo. Tuvo la suerte de cursar una carrera universitaria en la fría Moscú, gracias a una beca que le consiguió su tío, quien tirando de influencias, consiguió librar a su sobrino de hacer un examen que seguramente habría suspendido. Aquella beca a Rusia para estudiar derecho, no le sirvió de mucho, pues tras varios años de su vuelta a Malabo, seguía sin encontrar ningún trabajo relacionado con la que carrera que había cursado. Según los habladores de la ciudad, los estudiantes guineanos que iban a Rusia acababan favorecidos por el sistema educativo ruso que quería tenerlos fuera de sus universidades cuanto antes. Un asunto que no me importaba en lo más mínimo, sabía que jamás iría a Rusia por muy buen examen que hiciese. Las becas estaban reservadas a quienes podrían comprarlas.

Afortunadamente, Cipri tenía varios trabajos alternativos que le ayudaban a sacar adelante a su familia. Era bailarín

profesional y por ello trabajaba con varios artistas de la ciudad. De esta cualidad, sobre todo, venía su gran popularidad tanto en Elá Nguema, como en toda la ciudad de Malabo. Bailaba, con espasmódicos movimientos de pelvis, cualquier ritmo que le pusieran. Participaba en concursos de televisión, acudía de cuando en cuando a citas sociales importantes donde imitaba a Michael Jackson o e incluso a Elvis Presley. Se le daba estupendamente bien, pero en Guinea Ecuatorial, en general, las personas con talento en alguna parcela de la vida, no son tomados muy en serio. Se prefiere a personas que destacan por cualidades menos atractivas y que vulneran la integridad moral de las personas.

Además de su talento natural para bailar, se pudo sacar un curso práctico de soldador con el que muchas veces realizaba también trabajitos.

Todas estas cualidades se ensombrecían cuando se dejaba pegar por su mujer. Piluca era una mujer con muchísimo carácter, y Cipri un hombre corpulento que escondía bajo su piel a un amansado sadomasoquista que no sabía que lo era ni tampoco qué era. Todos los que lo conocíamos bien, sabíamos que provocaba a su mujer para que ésta se cabreara y lo atacara. Había noches que se escuchaba llorar a Cipriano por alguna cata que le hacía su mujer en las profundidades de su habitación. Cuando realmente se enfadaba con ella, lo único que hacía, y

que llevaba a unas disculpas asombrosas de Piluca, era dejar de comer la comida de esta. Él decía que era la manera más efectiva de castigar a una mujer.

El juego estaba en un punto crítico. Me acerqué al punto donde se encontraban Boyé y Ondó, intentando que mis movimientos no se interpretasen como un boicot. Boyé y Ondó se reían tapándose la boca para evitar que ninguno de los jugadores pudiera verlos.

— O sea que ayer fuiste a pelear sin nosotros— Me susurró Ondó, mientras su compinche se arqueaba para escuchar mejor sus palabras.

Ambos siguieron riéndose disimuladamente. Asentí con la cabeza y me alegré por lo rápido que trabajaban las bocas habladoras de Malabo.

— Den tell mi se dende fen yu ^{Me han dicho que te están buscando}.—

Intervino Boyé.— Tranquilo, ef den wan simol *Jdara* mo, wi fi guiden. Tranquilo, ^{Si quieren un poco más, se lo daremos}

— Nada.— Respondí comedido.— ¡Lef den! ^{dejarles}

— ¡shhhht!

Con el dedo índice apoyado en los labios, Cipri nos mandó callar. Iba a iniciar el movimiento determinante para finalizar el juego con doble, doble. Chulín miró de reojo los cuatro pares de tiras

que conformaban el bote de la apuesta. Se rió de lo evidente de su derrota y se encogió de hombros a modo de derrota.

Desde fuera del tablero, se veía perfectamente el movimiento más apropiado que debía realizar Cipri para acabar con su amigo: debía ofrecerle a su oponente una de sus fichas en el lado izquierdo del tablero, obligando a éste a “comerle”. Como consecuencia, él tendría la ocasión de hacerle un doble, doble y matar la partida.

Muchos de los que estábamos de pie, observando la partida, sonreímos disimuladamente porque la jugada era demasiado evidente. Obviamente ninguno podía hablar, sonreír, toser o hacer ninguna mueca sospechosa que pusiera en aquel momento en alerta a Cipri que miraba muy serio el tablero.

Para el desconcierto de todos los que estábamos observando en silencio la partida, Cipri eligió mal. Y lo hizo como si tuviese ganas de perder. Prefirió utilizar la ficha en el extremo derecho del tablero, haciendo que los hombros encogidos de Chulín se relajaran como globos deshinchándose, mientras se frotaba las manos y hacía una risa demoníaca.

El muchacho al que no conocía y que estaba de pie en el flanco izquierdo de Boyé, estalló en una carcajada que dejó a todos boquiabiertos. El resultado de ese repentino ataque de risa fue el impacto de un contundente puñetazo en su estómago y de otro

en la mandíbula derecha. El chaval voló varios metros hasta caerse en una zanja de *cacawatá* *aguas residuales*. El resto de espectadores permanecimos impávidos, sin hacer ningún tipo de comentarios o sugerencias.

Chulín aprovechó el error de su amigo y le ganó la partida preparándole a Cipri varias emboscadas con sus reyes. Así se llevó el botín de la apuesta, las cervezas que repartió entre todos los que estábamos ahí de pie aguantándonos la risa.

Boyé, aun riéndose, se acercó al muchacho desaliñado y le ayudó a levantarse y a limpiarse.

— Primo, ya te dije que aquí no era Lampert.

El chico de Lampert no respondió a Boyé, se levantó, se zafó de él, no dijo nada, a pesar de que le sangraba la boca, tomó el camino que lo alejaría de Ibo Kwata y desapareció por él cabizbajo.

Apuramos las cervezas y le pedí a Boyé que me acompañara a la playa que estaba donde terminaba el patio de Cipri. Había que bajar por una acusada pendiente con grandes rocas que la decoraban a su paso. Boyé y yo conocíamos aquel abrupto sendero como la palma de nuestras manos, de modo que, de carrerilla, bajamos hasta la playa.

— ¿Wetin, yu no fi motoho yu wan? ^{¿Qué pasa, no puedes ir a hacer caca tu solo?}— Se burló.

— No main.— Le respondí mientras me ubicaba como podía sobre una piedra con excremento humano seco—. Necesito hablar contigo de algo.

Se quedó en silencio, observando la lucha encarnizada entre las olas del mar y las rocas que llenaban la playa.

— ¡Vale!— Respondió al cabo de un rato.— Tanto misterio para decirme algo me pone nervioso. ¿Es sobre lo de tu pelea de ayer? ¡Aún tengo ganas de pelear eh!

— Tranquilo Jet Lee.

— ¿Jet Lee?— Me respondió molesto.— Si vas a compararme con un luchador, no me compares con un chino. ¿Yu de crees? ¿Estás loco?

— Era un ejemplo, diman.

— A no bisin. Dan fuli fet fo de jomp jomp whe patadaden no de waka whe mi. ^{Me da igual. Esa tontería de pelearse dando saltitos con patadas no va conmigo}— Se agachó sobre la roca y terminó diciendo.— Col mi por ejemplo Mike Tyson. Dan man bin de domo manden whe fain fain blowden. ^{Llámame Mike Tyson, por ejemplo. Ese tío pegaba a otros hombres con buenos puños.}

Me reí silenciosamente y evité entrar de nuevo en aquel debate. Si Mike Tyson era su mejor luchador, el mío seguía siendo Van Damme. Y si tan si quiera se lo hubiera mencionado, quizá tuviéramos que demostrarlo de nuevo, y aquel día iba bastante saturado como para ponerme a hacer tonterías, y menos en aquella playa pedregosa.

En el cielo seguía librándose la batalla entre el sol y las nubes grises que querían sepultar al astro rey. Las olas andaban revoltosas y la brisa marina tiraba de mi camisa y los tobillos de mis pantalones, como si quisiesen llevarme de paseo a algún sitio. En la orilla del mar, había varios niños disfrutando de los vaivenes de las olas. Algunos de ellos saltaban desde una roca gigantesca con intenciones de hacer daño al que había saltado un segundo antes, en un juego para valientes. Tanto mi amigo Boyé como yo, fuimos grandes precursores de aquel juego que llegó a costarle la vida a un amigo de la infancia, y del que apenas hablábamos para evitar recordar cuánta culpa teníamos sobre su muerte.

Cambiamos la incomodidad de las rocas por el agrado de sentarnos en unos cayucos desde donde veíamos perfectamente a los chicos que nadaban. Antes de que pudiese comenzar a explicar a Boyé el motivo por el que le llevé a aquel lugar que tantos recuerdos nos traía, vimos bajar al tío Bololo con una rapidez no asociada a personas de su edad. Él era un ex militar

con el que había que evitar congeniar demasiado, para evitar dormir en prisión por cualquier tontería.

En su mano colgaba un cable de alta tensión, largo y trenzado, ideal para los profesores particulares anclados en los noventa. Pasó por delante de nosotros sorteando las rocas hasta colocarse al borde del mar, donde se quedó de pie, con la mano derecha descansando sobre su cintura, el pie izquierdo en postura relajada, y el pie derecho manteniendo todo el peso de su cuerpo. Su mano izquierda sujetaba con firmeza el cable que mantenía pegado al cuerpo, como queriendo esconderse a alguien.

Mi amigo y yo dirigimos la mirada hacia la orilla donde estaban los niños, buscando al responsable de que el tío Bololo quisiese dejar de observar la carretera que pasaba por delante de su casa. Lamentablemente en el agua estaba Joseito, el nieto mayor de *ancul*^{tio} Bololo. El tal Joseito no se había dado cuenta de la presencia de su abuelo hasta que otro compañero de fatigas le puso en sobre aviso gritando sobre el ruido de las olas y de los otros niños: “Joseito, yu repe, yu repe”^{Chulito, tu abuelo, tu abuelo.}

Joseito reparó en su abuelo, pero ya era demasiado tarde para ocultarse entre las rocas o aguantar la respiración bajo el agua. Él no era tan inocente como podría presagiar su abuelo, así que antes de nadar hacia la orilla donde estaba su abuelo aguardándole, vaciló e intentó salir del agua por una zona que le

diese una distancia preventiva. Finalmente, por los gestos de su abuelo, se dirigió hacia donde estaba éste de pie, con la convicción de recibir tremenda paliza si se le ocurriese desafiarle en público. Según se acercaba a su abuelo, la cara de Joseito se iba marchitando.

Salió del agua desnudo y mostrando los atributos de un muchacho de veintidós años en cuerpo de uno de once. Se quedó a un par de rocas de *ancul* Bololo, mirándolo a los ojos, con las dos manos intentando tapar, en balde, todo el conjunto de sus miembros. Las miradas del pasado y el futuro de los Bololos parecieron suspenderse en el aire, mientras nosotros éramos testigos de la tensión que se había formado entre ambos. Ninguno hablaba, ninguno se movía. La misma mirada letal, desafiante cargando incómodamente el ambiente.

Al cabo de un rato, estas miradas se convirtieron en asco, rabia y decepción en uno, y de “prueba a correr conmigo entre estas rocas y así te rompas los doce dientes que te quedan”, en otro.

Por fin el abuelo decidió romper aquella incomodidad que había paralizado, tanto a los niños que estaban quietos sobre el mar inquieto, y nosotros, que esperábamos a ver qué pasaba. Abrió la boca que había debajo de su inquieto mostacho y dijo:

— Joseito.

— ¡Mandee!— Respondió el aludido.

— ¿Yu sabi swin? ^{¿Sabes nadar?}

— Un....un....un poco.— Respondió Joseito encogiéndose de hombros.

Sus ojos se despegaron de los de su abuelo y se fijaron en el cable trenzado que comenzaba a asomarse por detrás de la pierna del tío Bololo.

— ¿Un poco?

Se arremangó la camisa de rayas que llevaba, retrocedió su pierna izquierda hasta la roca que tenía detrás de la piedra sobre la que estaba de pie.

— ¿Quieres nadar no?— Volvió a preguntar al niño. — ¿Yu wan swin?, ^{¿Quieres nadar?} ¡Swin! ^{¡Nada!} Quiero ver hoy como nadas. ¡Échate de nuevo al agua y nada!

El escuálido jovencito se quedó mirando confundido a su abuelo, pues no había entendido lo que le acababa de pedir que hiciera. Ancul Bololo al ver que el chico no acataba su orden, se acercó a él en varios saltos, lo cargó y lo tiró furioso al mar.

— ¿Yu no bin wan swin? ¡Swin! ¡Swin! ^{¿No querías nadar? ¡Nada, nada!}

Joseito entendió que era el momento de mostrar a su abuelo el dominio que tenía del mar y de sus olas, para que por fin dejara de preocuparse tanto por él. Comenzó tímidamente con leves brazadas. El abuelo, se colocó de cuclillas sobre la roca, sacó un

pitillo y lo fumó mientras observaba a su nieto y le instaba a nadar más deprisa. Joseito se animó y comenzó a hacer virguerías en el agua. Fondeó varias veces, desapareciendo su cuerpo por completo de la superficie del agua durante varios minutos. A veces, traía arena del fondo del mar y lo mostraba sin sacar la cabeza del agua. Se estaba gustando y eso hizo que su abuelo se riese. Joseito nadó de espaldas, con las olas de la embravecida mar en contra, mostrando cada vez mayor confianza en sí mismo.

El pobre Joseito estuvo pataleando en el agua hasta que comenzaron a fallarle las fuerzas y la respiración. Cuando quería acercarse a la orilla, su abuelo lo reñía y lo alejaba de la costa, como si espantase a una manada de perros hambrientos. “¡muf, muf! ¡Sigue, sigue!”.

Cuando el chico estaba al borde del llanto, el abuelo le hizo un gesto para que se acercara a la orilla. Joseito salió del agua con las energías mermadas, respirando agitadamente y tosiendo angustiosamente. Su abuelo se acercó a él y comenzó a pegarle en el culo, en la espalda y en los brazos. El chico se retorció de dolor sobre las rocas, mientras gritaba todos los nombres de las personas que él creía que podrían salvarle de la paliza. A pesar de que aparecieron numerosos curiosos para ver cuánta fuerza física le quedaba todavía al viejo Bololo, nadie bajó a persuadirle

que dejara de pegar a su nieto, tan solo manifestaban en voz alta su malestar.

Después de que el viejo diera por terminada la golpiza, y con las pocas fuerzas que le quedaban, subió la pendiente gritando de dolor y mirando de reojo a su abuelo. El tío Bololo nos miró, nos guiñó el ojo y saltó de piedra en piedra hasta llegar a la zona de la playa donde antaño se fumaba *banga*, debajo de un árbol enorme de “frutopan”. Cuando alcanzó la sombra de aquel árbol, se abrió de piernas entre las rocas, se bajó tranquilamente los pantalones y cagó aliviado, haciendo caso omiso a las vecinas que habían salido de sus casas para socorrer verbalmente al nieto.

Cuando entendimos que todo había acabado ya, continué hablándole a mi amigo.

— Bueno...en fin, lo que hay que ver. Lo que te tengo que contar te aseguro que no es fácil para mí. Sobre todo ahora que me están pasando todas estas cosas que apenas me dan tiempo a reaccionar.

Respiré profundo y le miré directamente a los ojos para ver la reacción que tendría.

—... Llevo varios meses saliendo con Maricá. En realidad unos dieciocho meses más o menos.

Me quedé callado esperando su reacción, pero él apenas se inmutó. Pasaron unos segundos, como esperando que añadiera algo más, despegó los labios para hablar.

— ¿Ya está? ¿Por eso me traes a *cacalandia*, para decirme algo que sé desde hace dieciocho meses más o menos?

Abrí los ojos como platos, y él se rio de mi ingenuidad.

—...No me chupo el dedo Pepe.— Continúo diciéndome.— Llevaba mucho tiempo esperando al maricón que iba a casar a mi hermana.— Se detuvo un segundo y prosiguió.— Te confieso que había soñado muchas veces con una situación que me diera todos los derechos para *aplicar* al valiente que viniese a salir con mi hermanita. Pero cuando supe que eras tú, sabía que sería inútil razonar contigo, ya que eres tan cabezota como yo. Eso me enfadó, pero también me alegró de que fueses tú.

Sonrió y me dio con el hombro. Me contagié de su risa y nos reímos como en los viejos tiempos.

— Tranquilo.— Terminó diciendo.— Yo hace mucho que lo sabía y ya sé que estas aquí porque ella te ha obligado, no te sientas mal, las mujeres nos harán perder la cabeza. Hace mucho que sabemos también que está embarazada, mi madre tiene buen olfato. Tranquilo, ya hablé con ellos. Te agradezco el gesto de venir a hablar conmigo, diman. Bienvenido a la familia Lopete Masoka, chaval.

Satisfechos de lo breve que fue nuestra conversación, volvimos al patio donde seguían jugando y riéndose de las ocurrencias de Ngambito, uno al que le gustaba meterse con las madres ajenas.

Mi mente estaba tranquila y ella misma fue quien me sugirió enviarle un mensaje tranquilizador a Maricá, mientras me despedía de todos y me dirigía de nuevo al Cine Mar en busca de un taxi que me llevara a la UNGE.

Mensaje:

Para: Mi nena

Diguial, ya hablé con tu hermano y dic k tus padrs ya lo saben. Esta tarde vente a casa d mi tía para k c lo digmos a mi gente. Cuidaros los dos. Tkm.

Puesto el mensaje, de un colega taxista. Me respondió con un bocinazo, me subí al taxi y después de varias vueltas por Semu, Alcaide, la zona de Martinez Hermanos, llegamos a la universidad, en la avenida de Hassan II.

Siguiendo la racha de buena suerte que estaba teniendo desde el atasco con el curra del diablo, según crucé el umbral del portón principal, Eulogio vino hacia mí a toda prisa.

— Diman, diman, diman,

— Wetin, wetin, wetin.— Le respondí también con entusiasmo.

Enseguida me di cuenta que el saludo no era por felicidad, sino por pavor. Algo había pasado y me dispuse a escucharle.

— Ha venido ese *man*^{chico} de ayer.

— ¿Qué *man*?— Pregunté a pesar de tener una leve sospecha.

— El de ayer, el cantante favorito de Lupe.

No soportaba que Eu hablase con metáforas y no fuera del todo directo, pero entendí perfectamente a quién se refería.

— ¿Qué dices? ¿Ha venido?

— Sí. Te estaban buscando. Vino con tres militares y los mismos tipos de ayer. Estuvieron aquí como una hora esperándote y preguntando a la gente por ti.

Me quedé con cara de bobo. No me imaginaba que aquel chico pudiese gustarle tanto la venganza hasta el punto de estar una hora entera esperando a que apareciera por la universidad. La partida de dama y la paliza del tío Bololo a su nieto me habían retenido el tiempo suficiente para llegar más tarde y en consecuencia no encontrarme con ellos. Fuera así o no, me preocupaba que anduvieran cerca todavía.

No iba a perder un examen tan importante como para escaparme de aquel presumido que andaba buscándome por haberle echo entender lo simples que eran sus guardaespaldas. Ignoré la cara de pavor de mi compañero, me dirigí a mi aula,

me senté donde acostumbraba hacerlo, saqué dos folios, un bolígrafo y los coloqué en la mesa bajo la atenta mirada de varios de mis compañeros. Aquella atención terminó cuando don Anselmo entró por la puerta gritando: “Sólo un bolígrafo y dos folios. El que quiera hacer chuleta que pida permiso, porque al que pille copiando después sin mi consentimiento, copiaré su nota en la casilla de Septiembre. ¡Apaguen y guarden los teléfonos móviles, comenzamos ya!”.

XI. El gran Búho de Rebola

Los llantos que emanaban de las gargantas de aquella familia afligida, me golpeaba el corazón a mano abierta. A pesar de la brevedad de nuestro viaje por la autopista, no pude evitar no sentir una horrible tristeza que me llevó a un silencioso pero profundo llanto. No tanto por la víctima, sino solo de pensar, que también podría estar aquel día en una caja.

La procesión hasta el cementerio fue lenta, en medio de llantos desgarradores, canciones tristes que afligían aún más a los familiares y amigos que acompañaban al féretro.

Nos desviamos por la calle que llevaba al colegio de primaria Enrique Nvó Okenve, para permitir la fluidez del tráfico en la calle principal de Elá Nguema. Delante de aquel colegio, el ataúd, que iba cargado a hombros por cuatro hombres que iban más borrachos que en las fiestas de navidad, se cayó al suelo provocando un estruendo muy fuerte.

Uno de los que marchaba delante se trastabilló y se cayó al suelo, haciendo que los otros tres no pudiesen con el peso desequilibrado de la caja y esta se cayese al suelo, haciendo que todos los acompañantes gritaran espantados. La puerta del ataúd de Chabeli se abrió al impactar contra al suelo, y de él salió la difunta rodando hasta colocarse a los pies de un poste de Getesa.

Fue fácil entonces deducir quién era la madre de la chica que acababa de salir despedida de su ataúd. Ésta, que iba vestida de un negro impoluto, soltó un grito ahogado y se cayó al suelo desmayada.

“A bin tell una me una no guiden” ^{Os dije que no le dierais}, dijo una señora que salió de entre la multitud para socorrer a la que acababa de desmayarse.

Varios hombres fueron corriendo hasta donde estaba el cuerpo sin vida de Chabeli, la cargaron entre tres y la colocaron cuidadosamente dentro de la caja.

Chabeli iba vestida de blanco, con un velo también blanco que la cubría enteramente la cabeza, supongo que para evitar verle la cara destrozada. Los calcetines que cubrían sus pies, también eran blancos. En su cuello colgaba un colgante de color marrón que hacía juego con varios anillos de goma que tenía en cada uno de los dedos de sus manos.

Cerraron la caja. De los hombres que habían sacado el cuerpo de Chabeli del suelo, había un señor de avanzada edad que no pudo levantar el féretro cuando decidieron apartar a los borrachos de la comitiva que se encargaría de llevarlo hasta el cementerio. Como si mis impulsos no fueran cosa de mi cabeza, salí corriendo hacia el ataúd, sorteé al anciano, levanté la caja junto con los otros hombres y me lo coloqué en el hombro izquierdo.

Al anciano le dio igual quien cargaba con la caja, porque cuando lo hice, se sintió aliviado de que hubiera otro hombre sobrio.

Una de las mujeres que había estado cantando y llorando cuan plañidera, entonó una canción que todos acompañaron enseguida, mientras avanzábamos solemnemente por la calle Amanecer África, camino a la entrada del cementerio. “Voy a la casa de mi padre....a prepararos un lugar” cantaba la multitud en una entonación que hacía que la mente se detuviera en seco, mientras el cuerpo avanzaba lento, desmandado por el cerebro.

Al cabo de varios minutos caminando bajo el manto cancionero de aquella mujer, llegamos a la puerta del cementerio. Para mi asombro, delante del cementerio estaba de pie, y con dos muletas, el tal Hipólito, el responsable de que aquella familia estuviera a punto de entrar a enterrar a su ser querido. El tal Hipólito iba vestido de negro, y acompañado de lo que podría decir que era su familia: una mujer alta, delgada y mulata, y dos niños, con edad suficiente para perderse y acabar en los informativos de la televisión nacional.

Se acercaron cuidadosos a la procesión, antes de que esta llegara a la puerta del cementerio. Hipólito se acercó al ataúd, la tocó con la mano y pareció balbucear algunas palabras. Antes de eso, yo bajé la cabeza en un acto reflejo, para evitar que me reconociera. Y parecía que no hacía ni falta, porque no tenía ojos

para nadie más que no fuera la caja que llevaba los restos mortales de Chabeli.

—Lo siento mucho, niña. Lo siento muchísimo.— Musitó por lo bajo, pero yo estaba lo suficientemente cerca para poder escucharle.

Se apartó del camino de los que llevábamos el ataúd y se dirigió hacia el anciano que antes trató de levantar la caja, le preguntó algo, a lo que éste respondió señalando a la mujer que antes se había desmayado, en aquel momento flanqueada por varias mujeres.

Hipólito se acercó a la madre y le habló al oído. La madre lo miró extrañada y volvió a romper a llorar, dejando su cuerpo caer sobre las manos de las mujeres que la flanqueaban. Hipólito tiró de ella, sacó un gran sobre marrón de debajo de la camisa y se la colocó en la mano. La madre miró, con ayuda de las mujeres que estaban a su alrededor, el interior del sobre. Di por sentado lo que iba a pasar, cogería aquel dinero y se lo arrojaría a la cara, y lo abofetearía y sermonearía. Pero no fue lo que pasó. Él volvió a acercarse al oído de la mujer afligida y volvió a susurrarle algo. Ella asintió dos veces con la cabeza y se guardó el sobre en el interior de su sujetador, y continuó sin volver a mirar al hombre que había terminado con su dulce Chabeli.

El tal Hipólito, a su vez, se fue a donde estaban su mujer y sus hijos esperándole.

El entierro fue breve, oficiado por un sacerdote de dudosa reputación en la ciudad y que nos habló de lo efímera que podía ser la vida y de cómo de conectados estamos los unos con los otros. Nos habló del perdón, de mirar en nuestro interior y averiguar si estábamos en sintonía con Dios. Nos insistió en hacer las paces con Dios, con nuestros enemigos, y fortalecer nuestros lazos con nuestros amigos y familiares. Mientras hablaba de estas cosas, no pude evitar pensar en el familiar con el que más ganas tenía de fortalecer mis lazos, a pesar de todo lo que había ocurrido en el pasado.

Después de las palabras y oraciones del sacerdote, y en un escandaloso y ruidoso mar de lágrimas y expresiones combes, dieron la santa sepultura a Chabeli.

— ¡Echeche dodo! ^{¡Descansa en paz!} — Gritaron varias mujeres que flanqueaban a la madre que, sorprendentemente, estaba callada y con la mirada perdida.

— ¡Leva lendjieve! ^{¡Nunca te olvidaremos!} — Susurró el anciano, aguantándose las ganas de llorar.

Varias personas repitieron aquellas frases y silenciosamente comenzaron a abandonar el campo santo. Me quedé un rato mirando el lugar donde reposaría el cuerpo de aquella chica

risueña para siempre. Aquel lugar que si la fortuna no fuera cosa de malditos, yo compartiría con ella. Me sentí mal, como si no encajaba, como si no formara parte de la vida ni de la muerte.

Las cruces y los nombres que estaban grabados en ellas, me daban muy mala espina. Mirase a donde mirase veía a la muerte pasearse riéndose de mí. Los vellos de mi cuerpo se volvieron a erguir, cuan gato asqueado. Cruces, pasillos con muy malas vibraciones, árboles con cantidad escalofriante de murciélagos colgados bocabajo mirándome como si quisiesen insinuarme algo. Preferí abandonar el barrio de los muertos tan de prisa como me lo permitieron mis piernas.

Al salir del cementerio, vi de nuevo a Hipólito. Seguía de pie donde le había dejado. Estaba solo, con la mirada perdida en la carretera que iba a Rebola. Me acerqué a él y le llamé la atención con mi mano sobre su hombro.

— ¡Eres tú, chaval! Sabía que te había visto.

— Sí.— Le respondí.

— No consigo dormir desde ayer.— Se frotó los ojos como queriendo ratificar sus palabras.— Te dije que cumpliría con mi parte.

— Me alegro entonces.

— Está claro que tú no tienes problemas con Dios, sino con los hombres y mujeres que andas agrediendo.

Poco pude hacer para evitar tragar una gran cantidad de saliva.

— ¿Qué?— Se me ocurrió preguntar.

— Sí, tú y tu hermano. ¿Eres gemelo, no?— No le respondí, pero continuó hablando.— Tus ojos y tu silencio contestan por ti. Tenéis un serio problema, porque creo que no sabéis muy bien de qué familia es la mujer de mi primo. Debería llamarle ahora para decirle dónde te he encontrado, pero creo que favor con favor se paga, así que yo no te he visto hoy.

— Debería llamarle y arreglar este malentendido con él y con su mujer.

Se burló de mí con una risa siniestra. Posteriormente, se acercó un poquito más a mí, me puso la mano sobre el hombro y me dijo en tono muy serio.

— Amiguito mío, con Mbó no se razona. No sé hasta qué punto es verdad lo que cuenta, porque sé cómo puede ser, pero si de verdad le abofeteasteis, le escupisteis y dijisteis las cosas que dijisteis del gobierno, no sé cómo acabará esto.

Mientras hablaba yo me quedé totalmente mudo y petrificado. No podía creerme cómo había maquillado Mbó la realidad de

cómo pasaron las cosas. No pude abrir la boca para defenderme, simplemente dediqué ese tiempo a escucharle.

Cuando hubo terminado de ponerme al corriente de la situación, se dio la vuelta y, como si controlase el tiempo y el espacio, se subió al todoterreno negro que conducía su mujer y que llegó a donde estábamos en el momento en el que giró sobre sus talones.

Me quedé ahí de pie, sin saber qué hacer, cómo hacer o cuándo hacer. Miré a mi espalda y noté que no quedaba nadie del entierro al que escasos minutos atrás, había asistido. Corrí hasta la rotonda de Marina con la esperanza de ver a alguno en la calle de Amanecer de África. No vi a nadie. No pude acompañarlos hasta donde vivían.

Me metí por Marina y fui serpenteando los *cuba roots* ^{atajos} que había hasta llegar a Calle Bata, con la esperanza de encontrar a mi hermano en el bar donde le había dejado antes. Mi hermano era culo inquieto, ya no estaba.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué tenía que hacer? ¿A dónde debería ir? ¿Con quién debería hablar? Estaba atado de pies y manos. Por una parte me comenzó a entrar miedo regresar a casa por si de repente aparecían ahí la familia Mbó o la familia del marido de la amante de mi hermano. Malabo es una ciudad muy pequeña y por eso era fácil conocer la casa de cualquier persona si tenías la información clave del boca a boca para encontrarlo. No había

muchos gemelos en Elá Nguema, de modo que no resultaría difícil saber dónde y cómo encontrar nuestra casa.

No tuvimos tiempo de hablar con Pepín, ni tampoco sabía dónde encontrarlo. El incendio nos privó de cualquier comentario con él y la verdad que lo necesitábamos más que nunca, yo por lo menos.

Mi móvil había muerto, mis hermanos estaban en paradero desconocido y la extraña sensación de que las cosas no iban a mejorar aquel día, fueron los presagios que me hicieron ponerme nervioso y buscar cuanto antes salir de la ciudad y mantenerme fuera de él, por lo menos, hasta que anocheciera y pudiese volver a casa, donde por seguro, estaría alguno de mis hermanos.

Metí las manos en mis bolsillos y comprobé que ahí seguían los veinte mil francos que extraje de los pantalones de mi hermano. Fui andando hasta el puente de Calle Bata, piseé a un taxi y sin decirle mi destino, entré en él y me acomodé. Fui a ponerme el cinturón de seguridad, pero no había. La respuesta del taxista, fue que lo tuvo que cortar para remolcar a otro colega que se había quedado parado en Sampaka. Enseguida me bajé de él y piseé a otro taxi que se detuvo en medio de la carretera, dificultando la fluidez del tráfico.

— ¿Wä ke ve? ¿^Adónde vas? — Me preguntó en cuanto me acomodé en el asiento del copiloto.

Le miré intensamente esperando que repitiese la pregunta en español, a pesar de que le había entendido. No lo hizo, de modo que tuve que decir el primer lugar que me vino a la mente.

— ¡Rebola!

Miró al frente analizando el largo trayecto que nos aguardaba y, tomándose su tiempo entre los pitidos de los coches que teníamos detrás, me dijo finalmente.

— ¡Dos mil!

— No hay problema.

Desatascó el freno de manos, puso primera y desatascamos el pequeño atasco que había provocado en el puente de calle Bata.

Era consciente de la posibilidad de encontrarme con mi padre en aquel pueblo donde me dijeron de niño que vivía. ¿Y si todo lo que nos habían contado era mentira? ¿Por qué nunca pudimos escuchar su versión de la historia? Las palabras del sacerdote del cementerio, mi mente y todo lo que estaba pasando desde hacía varias horas, hicieron que me entraran ganas de ir a Rebola a echar la tarde y, con un poco de suerte, reconocer a mi padre entre los habitantes del pueblo. Dudaba mucho que me

reconociese, pues no nos veíamos desde que tenía seis o siete años.

Al llegar a la barrera de Buena Esperanza, nos detuvo un militar que se acercó a nosotros con semblante serio.

— ¡Hoja de ruta!— Le gritó al taxista que lo miró con desaprobación.

— Hermano, solo voy a Rebola, ¿Qué es esto de hoja de ruta ahora?

— ¡Jdidí! ^{¡Qué significa esto!}— Respondió el militar alterado.

El taxista, conocedor de las maneras de hacer las cosas de los hermanos militares, sacó de su bolsillo quinientos francos y se lo dio en concepto de hoja de ruta. El militar lo recibió entusiasmado y, con la mano, le indicó que continuara con el viaje. Rebola estaba muy cerca de Malabo, y sobre todo de Elá Nguema, de modo que es escasísimos minutos avistamos el precioso pueblo de Rebola ubicado en una extensa colina.

El taxista, molesto por el quinientos que se había dejado en la barrera, pensó que ya no necesitaba atravesar el pueblo para dejarme, por eso me pidió que bajara en la entrada. No tenía ganas de discutir con él, así que le pagué lo que habíamos acordado y comencé a subir la cuesta que llevaba a lo alto del pueblo.

Mi plan era el de alcanzar la zona más alta del pueblo, buscar un bar tranquilo y desde ahí admirar las buenas vistas que había de Malabo. Luego, un poco más tarde, volver al barrio y tratar de localizar a mi hermano, sin necesidad de acercarme mucho a casa, por lo menos hasta bien entrada la noche.

La pendiente que atravesaba el pueblo, podría sacarle el hipo a cualquiera que anduviera por él con muchas prisas. Lamenté no haberme puesto firme con el taxista y obligarle a que me llevara hasta donde quería ir.

A medida que la subía, varios lugareños salieron de sus casas y de los bares para verificar si me conocían de algo o si me parecía a otro lugareño. No quise ofrecerles una buena perspectiva de mi cara, así que evité sus miradas, moviendo continuamente mi cabeza al lado de la carretera donde había menos gente observando, o al suelo si a ambos lados la expectación crecía.

Subir por aquella calle hizo que sudara y respirara agitadamente. Cuando por fin alcancé la iglesia, el sudor y el cansancio fueron tan impetuosos que me obligaron a detener mi ascensión hacia ninguna parte: estaba reventado. Afortunadamente encontrar un bar en un pueblo tan cercano a la ciudad, no era ningún problema. Justo en frente de la iglesia había un pequeño bar con una terracita para dos mesas. Una de ellas estaba vacía, mientras que la otra la ocupaban unos señores

que tomaban malamba. No pude evitar que dejaran de hablar de sus cosas y clavaran sus ojos en mí. Ellos y todos cuantos pasaban, me miraban extrañados, como si hubieran visto a algún demonio y éste ejerciera un poder que les hacía sonreír y saludar en voz muy baja, o con la cabeza.

— ¡Dame una fanta piña, por favor!

La camarera, una mujer que se había pintado los ojos y los labios de forma excesiva, se dio la vuelta y se perdió en el interior del bar. Había oído hablar de las espectaculares vistas de Malabo que había desde la torre de la iglesia, de modo que se me ocurrió acercarme ahí cuando terminara de ralentizar los compases de mi corazón desbocado.

Como sabréis ahora, eso no pudo ocurrir. Mientras estaba sentado en el bar, esperando que la camarera volviese con mi refresco, escuché una voz seca que gritaba mi nombre bubi:

— ¡Sobé!

Mi cuerpo se estremeció y quedé por unos segundos rígido, con escalofríos recorriendo a sus anchas mi cuerpo. No podía ser cierto que en tan pocos minutos me hubiera reconocido, sin apenas haberme visto la cara. Me di la vuelta lentamente, hasta que mis ojos se posaron en un señor que me miraba desde detrás de unas gafas oscuras. El gran búho, como le habían apodado los desalmados de mi barrio, estaba bastante desmejorado en

comparación con los escasos recuerdos que tenía de él. En apariencia era el mismo hombre que, según información oficial, robaba huesos del cementerio de Elá Nguema. El mismo que había convertido nuestra infancia en una constante pelea por subsistir. El mismo que me miraba extrañado y con la cabeza ladeada. El mismo que iba en pantalón corto y un sin mangas negro. El mismo que se acercó a mí de forma prudente y me extendió la mano confiando en que le complacería juntándola la mía con la suya. El hombre que, habiendo pasado por tantas experiencias vitales, no había dejado de ser lo que la biología le otorgaba por derecho: mi padre.

— ¿Te acuerdas de mí?— Me preguntó precavido, mientras se daba golpes en el pecho con ambas manos, para asegurarse de que se refería a sí mismo.

— Sí.

Tras mi respuesta y una breve pausa, comenzó a reírse a trompicones. No sabía de qué, pero ahí siguió de pie, descojonándose de lo que fuera que le resultara gracioso. Acto seguido, se dio la vuelta sobre sí mismo sin parar de reírse, miró al cielo, levantó las manos y balbuceó varias palabras sin que la risa desapareciera de su cara. Luego, se quitó las gafas para descubrir sus ojos llorosos.

Reconozco que me extrañó muchísimo verle así, pues jamás me había imaginado un encuentro de esta forma. No supe cómo reaccionar, ni tan siquiera qué decir o qué hacer. Simplemente permanecí ahí sentado, viendo cómo aquel hombre, que parecía haber sido poseído por el espíritu de la alegría, bailaba y gesticulaba llamando aún más la atención de quienes habían estado pendientes de mí.

— ¡Ven, ven, ven, hijo, ven!

Y sin previo aviso, me agarró del brazo y tiró con fuerza de mí. Comenzó a bajar veloz por la cuesta que tanto me había costado subir. Antes de llegar a un edificio que identifiqué como el ayuntamiento, tomó un camino que nos desviaba de la carretera principal. Después, comenzó a serpentear conmigo las callejuelas de Rebola, sin decir ninguna palabra, únicamente riéndose y saludando alegremente a todos sus vecinos y conocidos.

Por un momento tuve miedo, pero su alegría, su entusiasmo, su ausencia anhelante de los últimos años hicieron que me dejara llevar en volandas.

Después de andar a toda prisa por todas aquellas callejuelas, llegamos a una pequeña casa de madera pintada de gris. La puerta era de color marrón, con un enorme pomo oxidado. En la fachada principal no había ninguna ventana.

Ebrio de alegría, sacó una llave plateada del bolsillo, la metió en la cerradura, la retorció y se abrió la puerta. Me instó a acompañarle dentro, ofreciéndome la mano con una sonrisa de oreja a oreja. Le devolví la sonrisa, cogí su mano y me interné en aquella casa siniestra. Iba con mi padre, qué podría salir mal.

Era una casa oscura, con olor a polvo y algún animal muerto de hacía varios días. Mis ojos no tuvieron tiempo para adaptarse a aquella oscuridad, porque antes de que lo hicieran, sentí un fuerte golpe en la cabeza que me derribó al suelo, haciéndome perder la conciencia.

XII. Nadie va a la universidad virgen

Cuando llegó la hora del descanso, varios compañeros decidieron ir al bar que había en frente del instituto. Había sido nuestro lugar de recreo durante todo el curso y aquel día nos vino bien para hacer tiempo hasta que salieran las listas de aprobados y suspensos en el tablón de anuncios de la jefatura de estudios.

Mayte y yo preferimos ir primero al baño, empezaba a sentir los duros latigazos de la regla anunciándose a través de pequeños dolores localizados en la parte inferior de mi abdomen.

Después de salir del baño, dejamos atrás el instituto y nos dirigimos al “*Malabo Express de Gestión*”, el bar que habíamos convertido en espacio recreativo y sala de debates múltiples sobre la sociedad, la política, la economía o el amor adolescente.

Una vez fuera, nos detuvimos al borde de la acera para intentar cruzar la carretera de carrerilla. Como era habitual a esas horas, había varios coches en este punto de la avenida, intentando entrar o salir de ella. Los ocupantes de los vehículos no paraban de gritarse ni de insultarse.

— ¡Otaha bôsom! ^{¡No me molestes!} ¿Tú no ves todo el espacio que tienes ahí?— gritaba un señor, en sin mangas y gafas oscuras, desde su Toyota Corola II a otro que estaba impidiendo su entrada en la avenida.

— ¡Muf, cállate! ¿Tú no ves al que tengo delante intentando dar marcha atrás?— Le respondió otro colega taxista desde su Toyota Corola III.

— ¡Kieeeee, Azam! ^{¡kiee, Dios mío!} ¿Tú sabes conducir? ¿En qué lavado de coches has aprendido a hacerlo? Aquí no es para practicar.— Le gritó un señor barbudo, desde un “Hilux” blanco, a otro taxista con cara de no enterarse el porqué de tanto alboroto.

— ¡Por favor, déjame aquí! Me una no cam kill mi ya ^{Que no vengáis a matarme aquí}. Ya estáis buscando a quien *entregar* ^{ofrenda en brujería} este diciembre. Por favor, no me lo traigáis.— Gritó la clienta del taxi Corola II, visiblemente preocupada y agobiada.

Mayte, que era más rápida y ágil que yo, se subió la falda hasta ubicarla sobre sus muslos, miró a un lado y a otro de la carretera, y posteriormente, cruzó corriendo la carretera bajo el asfixiante bocinazo de los coches apoltronados en la avenida. Cuando llegó corriendo al otro lado de la carretera, se detuvo y se dio la vuelta para mirarme. Me sonrió y comenzó a dar saltitos de colegiala, captando la atención de algunos taxistas, que por un breve instante dejaron de bocinar y de insultarse.

Me quedé inmóvil esperando a que hubiese un resquicio entre bocinazo y bocinazo para poder cruzar corriendo como lo había hecho ella, no iba a ser menos. El único paso de peatones que

había en la avenida había sido invadido por decenas de coches que también bocinaban. Y aunque no estuviese ocupado por coches, estaba colocado en un lugar poco apropiado para un paso de peatones, no daba tiempo de frenada a los conductores.

Miré a ambos lados de la carretera, y cuando por fin decidí cruzar, sentí que alguien me sujetaba firmemente la cintura y me tiraba con suma delicadeza hacia su cuerpo. Volvieron a flojearme las piernas cuando me encontré a escasos centímetros de su boca.

— ¿No te han dicho que antes de cruzar, hay que mirar las dos *partes* de la carretera?— Me susurró pausadamente, sintiendo su aliento caramelizado helarme la nuca.

— ¡Déjame main!— Le repliqué zafándome bruscamente de la cárcel de sus brazos.

— Ania, ^{expresión de asco} ¿Encima que te salvo la vida, así es como me lo pagas?

Me sonrió y miró nervioso a ambos lados de la carretera.

— ¿Qué pasa?

— Nada. Estos guineanos no soportan que dos personas estén tan cerca en la calle, tienen que hacerlo todo a escondidas. Ni que hubiéramos matado a alguien. ¿Wetin, wi de sell fish? ^{¿Acaso}

vendemos pescado?— Terminó gritando a todos los conductores y peatones que nos miraban con los ojos muy abiertos.

— Si no estamos haciendo nada.

— No les hagas caso, sabes que si no fuese por tu rigidez, te habría besado aquí mismo.

— ¡Fuera main! — Le respondí con una sonrisa tontorróna que me acercó un poquito más a él.

— ¿Estás bien? Papuchi me envió un mensaje diciéndome lo de vuestro incendio.

— Sí.— Respondí apartando la mirada de sus ojos vivaces.

— Supongo que estabas muy preocupada como para ponerme tú un mensaje. Pero bueno, ya nos conocemos.— Se acercó un poquito más a mí y prosiguió hablando.— Sabes que si necesitas algo, solo tienes que decírmelo, ¿verdad? Además, mi hermana me ha dicho que ella puede dejarte algunas ropas.

— No te ofendas, pero no creo que me quiera poner la ropa de tu hermana.— Se quedó mirándome y antes de que la ofensa calase hondo, baje el tono de mis palabras.— Tenemos gustos diferentes, nada más.

— Vale.— Me respondió acercándose un palmo más a mí.— ¿Qué haces intentando cruzar por este lado? ¿Te quieres matar o qué?

Me dio la vuelta, pasó su mano derecha sobre mi hombro y echó a andar, provocando que mis piernas cobrasen vida y le siguieran.

— ¿Estás completamente segura de lo de esta noche?

Su pregunta hizo que un escalofrío inquieto recorriese bruscamente mi cuerpo, no sabía qué responderle. Podría decirle que sí, y veinte minutos después cambiar de opinión por el miedo natural que tenemos las mujeres a dar este paso. Por eso, preferí no responderle.

En aquel instante, otro latigazo volvió a sacudir sutilmente mi bajo vientre, haciendo que mi mente de nuevo fuese a parar en lo ruin que sería que la regla apareciese aquella misma noche, en el caso de que al final mi mente cediera y aceptara.

—Sí, esta vez estoy más segura que nunca.— Le mentí.

—Tengo miedo, ¿Sabes?— Me confesó, mientras sus dedos y los míos comenzaron a entrelazarse, provocando un pinchazo aún más agudo en mi estómago.

— ¿De qué vas a tener miedo tú?

Le di un codazo en el costado. Él lo exageró más de la cuenta, provocando de nuevo que me riese descontroladamente.

— Tengo miedo de hacerte daño...y no me refiero a lo de hoy, sino a mañana.— se detuvo en seco, suspiró y continuó

diciéndome. —...y pasado mañana, el próximo mes, el próximo año, siempre.

Mis pasiones más profundas parecieron crecer sobremanera, y un impulso totalmente incontrolable, me llevó a besarlo sin miedo a que nos miraran mal. Mis piernas flojearon, una vez más.

Mientras el placer del beso aún seguía recorriendo mis carnes para morir en lo más profundo de mi, comenzamos oír silbidos y abucheos que provenían del bar que había al otro lado de la calle. Me despegué de él inmediatamente, me giré para ver a mis compañeros de clase, levantando los brazos y aplaudiendo eufóricos como si hubiésemos ganado un concurso de cámara oculta.

— ¡Has sido tú! Yo no he hecho nada.— Me dijo sonriente.

— Ya lo sé. A estas alturas ya me da igual, tarde o temprano lo acabarían sabiendo.

Me miró de reojo y comenzó a imitar cómo caminaba. “Nada que ver”, incluso Mayte lo hacía mucho mejor. Alcancé a darle un puntapié, y mientras saltaba protegiéndose de forma muy ridícula el trasero, me acerqué a él y volví a besarle. Volvieron de nuevo los abucheos, acompañados por pitidos de varios coches que aún seguían en la avenida. Sin despegar los labios de los

suyos, alcé la mano y, como hizo el motoboy en Shanghai, les mostré a todos el dedo corazón.

No tardamos en despegarnos, pues era buscarse enemigos a lo loco. Echamos a andar hasta detenernos en una pequeña intersección donde no llegaba el atasco y donde pudimos, por fin, cruzar la calle. Llegamos entonces al bar *Malabo Express de Gestión*, un acogedor bar con nombre que apenas carece de sentido. La elección de bares y restaurantes en nuestra ciudad es para llorar y traspasar haciéndolo. Casi todos los comercios terminan en “Hnos”, cuando después los beneficios que generaba el negocio se los quedaba el dueño que no contaba realmente con los hermanos. “Restaurante Jdassel y Hnas”, “Bar Paloma y Hnas”, “Pressing Ondo Bitugu y Hnos”, “Hotel Nfono y Hnas”, “Farmacia Nchamita y Hnos”, “Iglesia metodista Gabritín Adá y Hnos”

Volvieron a abuchear y a vitorearnos cuando entramos al bar. Alguno no estaba muy de acuerdo con mi elección, eso lo podía notar, de modo que le dedicaron a Tahatá varias miradas lascivas que poco hicieron más que sacarle la sonrisa de su cara. Él también se dio cuenta, y más que incomodarse, me estrechó aún más contra su pecho, como para marcar su territorio.

Mayte, con una botella de Smirnöf, sonreía libidinosa desde una esquina, que compartía con el dueño del bar. La fulminé con

mirada juzgona. Sabía que no había manera de apartar a Mayte de los hombres, pero le pedía que fuera un poco discreta con sus cosas.

Me pedí una fanta limón y Tahatá una botella de Krönengburg. Nos sentamos en la barra y antes de que comenzáramos a disfrutar de los refrescos y la conversación inteligente de nuestros compañeros, apareció un alumno de Preu B, de la clase de Tahatá, con la respiración acelerada. Tras tomar una bocanada de aire, dijo:

— ¡Ya están las listas en el tablón de don Abaá!

Los más rápidos salieron del bar en estampida. Tahatá me tuvo que acercar un poquito más a él, para evitar que la avalancha humana me hiriera de alguna manera. Todos aquellos locos cruzaron la avenida gritando y alborotando ante la parsimonia obligada de los señores del atasco que seguía todavía dejando pitadas y maldiciones en el ambiente.

— Puedes irte tranquilamente ahora.— Me dijo Tahatá, ayudándome a ponerme en pie.

— ¿No vienes conmigo?

— No es necesario.— Me cogió de la cintura, me acercó a él de forma pausada y me dio un beso en la mejilla que volvió a latigarme con ternura.— Eres la única aquí que no está segura

de aprobar. Yo sé perfectamente que lo estás, así que me quedaré aquí y pediré a ese señor de la esquina que está metiéndole mano a tu amiga, que nos prepare unos buenos “chatos” de Tres Cepas con hielo y azúcar para celebrarlo, yo hace unas horas que vi las notas de B.

Le miré con la cara ensanchada por mi sonrisa. Él me cogió la mano y me la besó. “Definitivamente este chico no era guineano”

Salí del bar, me detuve en la puerta, me di la vuelta, y descubrí los ojos de Tahatá proyectados en mi trasero. Él no lo disimuló, simplemente sonrió y se mordió el labio inferior. Volví a tener calores, me volví a reír.

Entonces miré de reojo a mi socia e hice un gesto con la cabeza indicando que había que marcharse.

— ¡Ahora voy!— Me respondió desde detrás de la espalda opulenta del dueño del bar.

Me dirigí al borde de la carretera por donde me había hecho cruzar antes Tahatá. El importante atasco que había hacía un par de minutos, se había descongestionado un poco. Crucé precavida por el paso de peatones.

Entré al instituto y posteriormente subí por las escaleras que llevaban a la dirección. Ahí, estaban docenas de alumnos apoltronados delante del tablón de anuncios, en un tumulto

propio del mercado de Semu. Muchos se estiraban sobre el resto, alargando el cuello o metiéndose a empujones entre los demás.

Me detuve en el pasillo esperando a que el bullicio fuera a menos. No quería formar parte de aquel conglomerado de personas, que gritaban y discutían sin importarles un pepino el resto de los compañeros que ansiaban también ver sus calificaciones.

Al cabo de un rato de risas y lamentaciones, los alumnos comenzaron a abandonar el pasillo y pude entonces acercarme lo suficiente al enorme tablón de anuncios.

En el corcho, además de diferentes anuncios sobre castigos por hacer y prohibiciones, había un doble papel escrito a ordenador. En los papeles estaban escritos los nombres de los alumnos de preu A y preu B dispuestos en vertical, uno debajo de otro. Arriba del todo del primer papel estaba el nombre del instituto, su escudo, el escudo de la bandera de nuestro país, y la fecha que databa del día anterior. Debajo de los escudos y el nombre del instituto, estaban los nombres de los alumnos ordenados alfabéticamente por el nombre, y no por lo apellidos, como debería ser en un documento oficial. Por encima de estos nombres, y separados en columnas, las asignaturas de todas las ramas: “Lengua y Literatura, Matemáticas, Francés, Inglés, Latín, Griego, Historia, Dibujo, Física y Química, y Religión“, en ese

orden. Después de la columna de Religión, había una última con el nombre de “APTO/NOAPTO”.

Se me ocurrió hacerlo un poquito más interesante, evitando mirar directamente a esta última columna. Con el dedo, recorrí todas las iniciales de los nombres hasta dar con el mío. Después seguí horizontalmente las notas que aparecían en cada casilla, verificando con un vistazo hacia arriba, la asignatura a la que correspondía, mientras yo misma ponía los comentarios de fondo.

“Lengua...ocho con cinco, ¡toma! Matemáticas...nueve, ¿solo? *Bia-bia Bus* ha cumplido su promesa y no me ha dado el diez, será tacaño.... Francés... ¡no lo cogí! Inglés...siete, no está mal Latín-Griego.... ¡bua! Historia...diez ¡sí señor! Dibujo....ocho...Física y Química...ocho con cinco...” En este punto, mis ojos curiosos detectaron el color rojo adornando la casilla siguiente. Los latidos de mi corazón parecieron detenerse al borde de un precipicio para escuchar roncar al dragón que había abajo. Con el dedo aún detenido en la casilla de física y química, cerré los ojos horrorizada y respiré profundamente. Desplacé mis ojos a la par que mi dedo hacía la penúltima casilla donde vi un cuatro de color rojo. “¿Religión? ¿En serio?”. Sintiendo el suicidio de mi corazón en lo alto del precipicio, desplacé mi dedo hasta la última casilla para leer “NO APTO”

No me lo podía creer, era un error. ¡Claro que era un error! Por lo general, las clases de religión eran el mejor pretexto para desplazarse hasta el bar de enfrente para beber chatos de Tres Cepas. Yo nunca había faltado a ninguna de sus escasas clases. Escasas no por el horario, sino por la falta de ganas que tenía el propio profesor para impartirlas. O eso, o es que andaba muy ocupado. Las pocas veces que vino aquel trimestre, le dio tiempo a sugerir dos trabajos, que aprobé con nota, y un único examen sobre el pentateuco que aprobé con sobresaliente. Por lo tanto era un error, claro que era un error.

Mi corazón volvió a suicidarse, extendiendo la muerte por todo mi pecho hasta desvanecerse en lo más profundo de mi estómago. Retiré el dedo de la hoja sumida en un profundo caos mental.

Después de permanecer de pie, pensativa y calculadora, di la vuelta sobre mis talones para buscar las escaleras que llevaban al despacho del señor Mbó, el profesor de religión. Pero antes de echar a andar, me dio tiempo a echar una ojeada a la casilla de Mayte y de Tahatá. Para ambos si había un “APTO”. Una tenue felicidad, hizo que sonriera.

Algunos compañeros estaban delante de la secretaría, esperando al director o al jefe de estudios declarados en desaparición. Tanto el cargo de director, como el de jefe de estudios, recaía en la

misma persona: Don Deogracias Abaga, un tipo peculiar, al que todos los alumnos del centro preferían llamar “don Abaá”, porque decía que era la correcta pronunciación de su apellido.

En la puerta de su despacho había una nota que rezaba:

“Vuelvo enseguida. En caso de tardanza, contactar conmigo a través de conserjería. El director.”

Era la primera vez que oía hablar de aquel conserje, no lo había visto nunca. Ni yo, ni ninguno de mis compañeros.

No me detuve para hacerles ver que el director no aparecería por ahí en lo que quedaba del día o del trimestre. Bajé las escaleras hasta el pasillo de la primera planta. Ahí, tomé uno de los pasillos tuneados con grafitis cutres y mensajes subliminales dirigidos a alumnos y a profesores. Lo que parecía ser un improvisado despacho de ética y moral e idiomas, se encontraba al final del largo pasillo. Normalmente parecía un lugar deshabitado, cutre y casi siempre con un charco de agua sucia en la entrada, donde revoloteaban todo tipo de insectos. La puerta era de color gris, viejo y con un enorme picaporte de acero que estaba desajustado. La parte superior del marco de la puerta tenía una amplia red de telarañas.

Puse los ojos en blanco admirando el panorama. Tomé aire y llamé con los nudillos a la puerta.

— ¡Adelante!— Me respondió una voz cansada y apenada desde el otro lado.

Agarré el picaporte con manifiesta impulsividad, la torcí hacia abajo, me asomé y me anuncié.

— ¡Buenos días, don Mbó! ¿Se puede?

No respondió, así que entré. Era la primera vez que entraba en aquel despacho, y mi visión del espacio pareció retroceder un par de décadas atrás, a cuando los habitantes de la isla de Bioko recogían cacao para los españoles.

Las paredes estaban pintadas de amarillo, con dos viejos armarios grises de madera de ceiba empotrados detrás de su escritorio. Un escritorio con los mismos años que la sala. Las patas de aquel escritorio estaban carcomidas por algún insecto codicioso, atestadas de polvo, moho y telarañas grises. Muy grises.

El olor no era desagradable, pero tampoco saludable. Era una mezcla entre ambientador para coches, gasolina y té senegalés.

Él estaba de pie, con la mano derecha en la cintura y la izquierda sujetando un libro de tapa negra. Vestía una camisa azul zariana, con dos blancas franjas verticales que salían desde el cuello de la camisa hasta hundirse en sus pantalones. Aquellos pantalones eran de color negro, sujetos con un cinturón del mismo color

y con la hebilla plateada, pero que denotaba antigüedad de servicio. No alcancé a verle los zapatos por la mesa que había entre los dos, pero taconeaban ruidosamente cuando se paseaba por el despacho.

Cuando decidió dejar de hacer como si no advirtiera mi presencia, dejó el libro sobre la mesa, se quitó lentamente las gafas y me miró desde la cabeza hasta los pies, tomándose un tiempo demasiado largo para su inspección.

— ¿Qué quieres?— Me preguntó descortésmente.

Se sentó en una silla de madera que había detrás del viejo escritorio, cruzó una pierna sobre la otra y continuó hablando.

—...Tienes problemas con tus notas, ¿no es así?

Asentí con la cabeza.

Carraspeó intensamente, como si se estuviese quitando un hueso que se le había enterado ahí mientras recogía cacao. Juntó las dos manos en forma de cúpula de iglesia gótica y siguió hablando con parsimonia.

— Estoy seguro de que sin mi aprobado no será fácil para ti hacer la selectividad, ¿no?— No le contesté, pero continuó hablando.— No digo que no seas la mejor de tu clase como dicen mis colegas, pero la vida es muy dura fuera de estos muros, y te voy a ser franco para ir terminando con este asunto, si quieres

que te apruebe, tendrás que dejarme hacer algo con lo que llevo tiempo esperando hacer contigo. No creo que te suponga ningún esfuerzo, las chicas jóvenes y guapas como tú de hoy en día, no hacéis otra cosa. Lo mío será rápido y discreto, no tiene por qué salir de esta sala. Pero antes de que te pongas como una histérica como hacéis siempre, te digo desde ya que vayas a donde vayas, yo no voy a cambiar esa nota si tú no me das lo que quiero. Y si hablas de ello, lo desmentiré tantas veces sean necesarios para que entiendas cuánto poder tiene mi palabra en este centro y en toda la comunidad educativa de esta ciudad.

Se quedó durante un momento callado, observándome, analizando mis reacciones. Reacciones que no sabría exactamente cómo explicar, pues no sé exactamente lo que me ocurrió. Me quedé de piedra escuchando sus palabras, mentalizándome de lo que realmente quería decirme aquel sinvergüenza. Sin andarse por las ramas, ni titubear ante la idea de poder acusarlo en algún sitio, aquel viejo acababa de noquearme el cerebro, obstruyendo la salida de cualquier reacción.

En su búsqueda de alguna respuesta, mi subconsciente me dio un chasquido en forma de puñal, que penetró por mi corazón y recorrió mi cuerpo hasta el estómago, que se retorció de dolor. Me comenzó a latir el corazón desenfrenadamente.

—...Es ahora o nunca...— Terminó diciéndome.

Todas las partes de mi cuerpo parecieron paralizarse al instante. Excepto mis ojos, todos sucumbieron a lo que más tarde apodaría “el principio de la estatua de cera”.

Sorteó su escritorio y extendió sus manazas para pasarlas en mi cara y luego en mis brazos. Mi corazón se heló hasta secarse, mis pies no parecían querer obedecer las torpes órdenes de mi cerebro. Mi cerebro no parecía mi cerebro. Era mi estómago quien parecía reaccionar encogiéndose para anunciarse como náuseas. Náuseas por el viejo libidinoso que me manoseaba con descaro. Todos los pelos de mi cuerpo se me erizaron. No tuve el valor suficiente para escupirlo a la cara o insultarlo. No sabía que me pasaba, estaba petrificada totalmente. Mi mente no paraba de lanzarme ideas de evasión, pero el frío del corazón se propagó por todo mi cuerpo.

Aquel viejo, se acercó a mí y me empujó sobre su escritorio, me subió bruscamente la falda, y mi corazón volvió a latir a un ritmo frenético. Con el brazo izquierdo me aprisionó con dureza, y con la ayuda de la izquierda apartó mis bragas y me poseyó dolorosamente. Mi alma se dividió en cientos de pedazos, llevando mi mente a un punto oscuro y desolado. Fue todo tan rápido que no comprendí lo que realmente ocurría hasta que sus embestidas me devolvieron a la realidad. Una realidad

maquillada con un dolor punzante en el bajo vientre. Dolor que jamás había experimentado y que provenía de sus incursiones dentro de mí. Aquel dolor tan agudo que terminó de cerrarme la boca, e hizo que rompiera a llorar sin emitir ningún sonido, sin tan siquiera abrir la boca.

Él comenzó a jadear hasta que se quedó quieto. Después, salió de mí con el mismo dolor con el que entró.

Se alejó de mi cuerpo extendido sobre el escritorio, se subió la cremallera, colocó las manos sobre la cintura y emitió un bufido de alivio. Yo seguí ahí, expuesta, sin fuerzas, ultrajada, violada. Fue aquella palabra la que runroneó en mi mente durante los siguientes instantes. Violada sin aparente resistencia, a pesar de mi fuerte carácter que me abandonó cuando más le necesitaba, dejándome indefensa ante una situación que habría sabido manejar mejor, sino hubiera sido por el síndrome de la estatua de cera que me paralizó las emociones, mis reacciones y mi juicio.

Don Mbó rodeó de nuevo la mesa, mientras yo seguía tumbada en ella, extenuada de dolor y vergüenza. Cogió su acta y con un bolígrafo azul, sustituyó mi cuatro por un siete y medio. Lo hizo delante de mi cara, para que yo lo viera bien. Después, ladeó la cabeza para mirarme a los ojos, me sonrió y acercó el papel a mi cara.

— ¡Llévalo a secretaría!— Me dijo con voz templada. Me volvió a acariciar la cara y terminó diciéndome— No eres como las otras, no finges, me gusta.

Cogió su maletín roñoso que tenía en la mesa y salió del despacho, dejándome ahí con mi vergüenza.

Tan rápido como se fue del despacho, volvió la sangre a mi cara, volví a tener control de mi cuerpo y de mi mente. Fue una cosa muy extraña, como si aquel hombre tenía el control de mi estado anímico. Él sabía lo que quería. Sabía que lo tendría. Sabía cuándo y cómo obtenerlo. No era muy de creer en supersticiones, ni en brujería, pero aquel señor tuvo que tener un poder hipnótico sobre mí aquel día, algún maleficio que rompía la voluntad de uno con aparente facilidad.

Me levanté de la mesa bañada en sudor, devolví mi falda al lugar donde antes estaba, me di la vuelta y salí de aquel despacho andando torpemente. No me dio la gana coger aquel papel, o por lo menos mi mente supo evitar pensar en él, únicamente necesitaba ir a un lugar para estar sola.

Llevaba tiempo haciendo este tipo de cosas. Otras compañeras habían pasado por su despacho y habían gritado de placer, fingido, pero habían gritado.

Anduve confusa por aquel pasillo sucio, con mi mente escupiendo preguntas y tratando de comprender lo que había

pasado en el despacho, con aquel señor que consiguió anular mi voluntad. ¿Cuánto llevaba haciendo estas cosas? ¿Las elegía vírgenes como hizo conmigo? ¿Las anuló a ellas también las fuerzas o es que se entregaban voluntariamente? ¿Nadie había tenido fuerzas para actuar en consecuencia? ¿Y si lo hicieron, consiguieron algo? ¿Por qué con la facilidad del congosá en esta ciudad, en este centro, no había sabido nada del profesor de Religión? ¿Tan bien protegido y confiado estaba que mantenía sus relaciones sexuales en su despacho, sin tan siquiera poner un seguro a la puerta? ¿Era solo él, o también lo hacían los demás profesores del departamento? ¿Se contaban luego las batallitas y se reían de las pobres chicas? ¿Era sólo con chicas, o también suspendía a chicos y les hacía rectificar la nota acostándose también con ellos? Y lo más importante, ¿qué me pasó ahí dentro? ¿Era aquel olor de flores, té y gasolina el unguento que utilizó para anular mi juicio? ¿Es así la brujería?

Aquellas preguntas me llevaron confusa a un hueco de la escalera. Ahí, arrastrando mi cuerpo contra la pared, me dejé caer. Lloré desconsolada, como si mi alma se hubiese fraccionado en cientos de pedacitos que se escapaban de mí y se manifestaban exteriormente en forma de repetidas convulsiones.

Me sentía sucia, vacía, desmoralizada, abatida por un franco tirador con balas de odio asqueroso hacia los hombres del mundo entero. Los maldije a todos y a cada uno entre sollozos,

mientras golpeaba, con mis puños como mazos, el suelo que había debajo de mis pies, tratando de liquidar los recuerdos y las preguntas que me marchitaban. Sentí un líquido caliente recorrer la parte interna de mi muslo derecho, pero lo ignoré y lloré con más intensidad.

Al cabo de varios minutos lamentándome, me levanté del suelo. Seguía mareada, con las convulsiones focalizadas en mis piernas, y que hicieron que me costara ponerme en pie. Me limpié las lágrimas pegajosas de la cara. Las náuseas que tenía antes se acentuaron mucho más. Conseguí coordinar los pies para buscar rápidamente el baño que había en la misma planta, en el extremo opuesto al despacho del señor Mbó.

Cuando entré al baño, me acordé de la existencia de mi móvil en alguna parte del bolso, que se mantuvo siempre pegado a mi cuerpo. Lo saqué, pero las manos me temblaban como un sofá de masajes. “¡Siete llamadas perdidas y catorce mensajes nuevos!”.

Me puse histérica y miré a mi alrededor nerviosa, por si había alguien observándome desde algún sitio. Pulsé el botón verde para poder ver las llamadas perdidas que tenía. Cuatro de esas llamadas eran de Tahatá. Además, había dos números que desconocía. Y la última llamada la había realizado Mayte.

Abandoné la pantalla de las llamadas y me fui, aún temblorosa, a la pantalla de los mensajes. Tenía cuatro errores de transferencia

de crédito. El resto de mensajes, excepto uno, eran de Tahatá. Su primer mensaje era de hacía una hora y el último de hacía escasos quince minutos. Entendí que lo que me habían parecido un par de minutos sentada en el hueco de la escalera, en realidad resultó ser más de una hora.

Mensaje 1:

De: My love

Hora: 12.17

Ola baby, k pasa k n dics nada?

Mensaje 2:

De: My love

Hora: 12.25

Eooo. Dnd stas?T stoi sperando.

Mensaje 3:

De: My love

Hora: 12.29

Oye. Stas bien?Dnd stas?si n tiens sld para rspondr nviam
1error.

Mensaje 4:

De: My love

Hora: 12.34

baby,t stoy xamando y n cges,k t pasa?

Mensaje 4:

De: My love

Hora: 12.35

Acb d ver a t cmpñero,dic k n hs entrad. Contstme xfis.

Mensaje 5:

De: My love

Hora: 12.37

T sgo xamand y n cges. Kiers k t dje en paz?dimelo

Mensaje 6:

De: +2800

Hora: 12.37

ERROR EN LA TRANSFERENCIA DE CREDITO. NO DISPONE DE CREDITO SUFICIENTE PARA REALIZAR LA TRANSFERENCIA.

Mensaje 7:

De: Mayterxu

Hora: 12.39

Nena, dnde estas?Tahata sta mpezando a cbrearse.

Mensaje 8:

De: +2800

Hora: 12.41

ERROR EN LA TRANSFERENCIA DE CREDITO. NO DISPONE DE CREDITO SUFICIENTE PARA REALIZAR LA TRANSFERENCIA.

Mensaje 9:

De: +2800

Hora: 12.41

ERROR EN LA TRANSFERENCIA DE CREDITO. NO DISPONE DE CREDITO SUFICIENTE PARA REALIZAR LA TRANSFERENCIA.

Mensaje 10:

De: +2800

Hora: 12.42

ERROR EN LA TRANSFERENCIA DE CREDITO. NO DISPONE DE CREDITO SUFICIENTE PARA REALIZAR LA TRANSFERENCIA.

Mensaje 11:

De: My love

Hora: 12.43

Estoy n l colgio, t busc y n t veo. Dnd stas SITA?

Mensaje 12:

De: My love

Hora: 12.47

M voy a csa, k t vaya bien.

Mensaje 13:

De: My love

Hora: 12.54

?

Mensaje 14:

De: My love

Hora: 13.04

JODER SITA!!!!!!DND STAS?

Cuando terminé de leer el último mensaje, arrojé el móvil al interior de mi bolso. Me quedé de pie frente al espejo y volvieron a brotar lágrimas de mis ojos. ¿Por qué de repente me asqueaba Tahatá? ¿Qué haría con él? ¿Qué le diría para que no saliese corriendo y me tildase de lo que fuera? Los hombres no atienden a razones, Malinterpretaría la información, reaccionaria, vete tú a saber cómo.

Aquel baño olía terriblemente. No recordaba haber visto a nadie limpiarlos alguna vez, mi permanencia en él, era meramente circunstancial. Hurgué de nuevo en el bolso y saqué una bolsita de pañuelos. Cogí un puñado y me los metí por debajo de la falda para limpiar el resto de semen reseco que había sentido mientras estaba sentada.

Salí del baño dando tumbos hacia ninguna parte. No tenía nada decidido, pero hacía un rato que en mi mente se cocía una idea, la mejor que tuve aquel día. Una idea que llevaría a catástrofe. Pero era la idea que me pareció mejor en aquel momento, puesto que no sabía cómo de mal se iban a dar las cosas. Estaba confusa y cabreada.

Volví a sacar el móvil, entré en la pantalla de los mensajes y le envié uno a la única persona que correría hacia lobos si supiese que me encontraría ahí.

A: Pepin

He tenido problemas aquí en el instituto, ¡ven, por favor, te necesito!

Envié el mensaje y aguardé la respuesta. Bajé las escaleras con la mirada pegada al suelo, busqué un pequeño jardín que había en la parte trasera del instituto, y ahí, debajo de unos árboles de mangos y cocos, me tumbé dolorida, esperando a que me llamara

Pepín o simplemente apareciera ahí. Varios minutos más tarde de enviar el mensaje, supe que había sido una mala idea.

XIII. Control de la agresividad

Aquel examen fue un auténtico fiasco. El noventa por ciento de las preguntas no sabíamos ninguno de dónde las habían sacado, no tenían nada que ver con lo que examinábamos. Nuestras quejas sirvieron solo para arrancarle una sonrisa a don Anselmo.

Algunos entusiastas prefirieron abandonar el examen nada más leer las preguntas. Yo aguanté el tipo hasta que una pregunta que no venía a cuento me hizo levantarme y dejarle mi hoja cuidadosamente en la mesa. Por lo menos, a un cinco llegaba seguramente.

Salí de la clase con la preocupación de toparme con el cantante de las narices. No me importaba tener que volver a encontrarme con él, siempre y cuando le estuviese acompañando aquella chica del espejo. Esa mujer era un regalo para los ojos. Así daría gusto volver a ponerle en un aprieto, mientras ella estuviese mirando cómo repartía puñetazos a diestro y siniestro.

No había nadie sospecho en el patio de la universidad, así que crucé con zancadas firmes y rápidas. Cuando llegué a la puerta, miré a un lado y a otro, esperando un altercado importante para animar mi tarde. No vi a nadie, de modo que saqué el móvil del bolsillo y lo encendí.

Tenía cuatro mensajes: dos de la hermana de Boyé, un “error en la transferencia de crédito”, y uno de mi hermana. Abrí primero

el de mi hermana. Cuando abrí el mensaje, enseguida se me cambió la cara y la pequeña alegría que empezaba a sentir aquel día, volvió a ensombrecerse. El mensaje no invitaba al optimismo, sino más bien al pesimismo. La curiosidad por saber qué la había pasado fue más grande que la preocupación por toparme con la banda que me andaba buscando. ¿Podría tener mejor sábado?

De: Mi niña

Hora: 13.18

Acaba de pasarme algo malo. Estoy en el instituto. ¡Ven, por favor, te necesito!

Sus palabras me pesaron sobre la espalda. Miré a ambos lados de la carretera y crucé hacia el hotel Tropicana. Ahí, pisteeé a un taxi que me mostró conformidad con varios bocinazos.

El trayecto fue rápido, puesto que su instituto estaba en la misma Avenida que mi universidad.

Nada más salir del coche, comencé a buscarla con los ojos. No había señales de que ella estuviese ahí, pues los alumnos del turno de la tarde estaban llegando ya. Aún así, me adentré en el instituto. A escasos metros de la puerta principal, estaban dos señores mayores que me miraron como si me conocieran de algo. Supuse que eran profesores, aunque estuviesen gritando y riéndose de algún tema muy salvaje. Lo sabía por los gestos que

hacía uno y repetía el otro a modo de pregunta. Eran muy gráficos.

Uno de ellos, llevaba una tirita sobre la nariz. En su cintura colgaba un walkitalki y una pistola que mostraba por encima de su camisa. Francamente me sonaba bastante su cara, pero no sabía de dónde, ni tampoco entendía qué hacía en el centro alguien vestido de paisano y armado.

Saqué de nuevo el móvil del bolsillo, busqué el nombre de mi hermana y la llamé.

— ¡Dime!— Me respondió con un hilo de voz.

— ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

— Aquí, en el colegio.

— ¿En qué parte? No te estoy viendo.

— ¿Estás aquí?— Preguntó extrañada.

— Sí. Estoy en la entrada, donde venden bocadillos.

— Estoy en la parte de atrás, donde los árboles de mango.

No añadí ninguna palabra más y colgué el teléfono. Antes de la universidad, pasé por aquel instituto, de modo que sabía muy bien cómo desenvolverse en él.

Cuando llegué al jardín, vi a mi hermana sentada bajo uno de los árboles de mango, con la cabeza apoyada sobre el tronco. No

parecía ella, más bien parecía ida, como si solo quedase su cuerpo. Me chocó verla así. No sabía que estaba pasando, pero empezaba a preocuparme sin tan siquiera haberme acercado lo suficiente. Vacilé antes de acercarme a ella lentamente.

Me agaché detrás de ella y la rocé el hombro con la mano. Ella se sobresaltó y se alejó de mí varios centímetros, hasta que asimiló que era yo. Respiró con bastante fuerza y se arrojó a mis brazos, estallando en un llanto espantoso. Fue la primera vez en muchos años que me volvieron a entrar ganas de llorar, solo de verla a ella tan destrozada. Mi hermana parecía otra. La sonrisa que la caracterizaba se había alejado de ella varias millas, mar a dentro, horrorizada por algo monstruoso.

Para subsanar eso, comencé a buscar posibles responsables. El primero que vino a mi mente, fue el larguirucho de su novio fang. Se me ocurrieron varias maneras de hacerle mucho daño sin lastimarlo excesivamente, únicamente para compensar de cierto modo cómo había dejado a mi hermanita que tiritaba en mis brazos, haciendo que me pusiera aún más nervioso. Todos los pensamientos lascivos hacia su novio desaparecieron por la fuerza con la que mi hermanita se aferraba a mí. Sentí su dolor sin que tuviese que decirme nada. Sólo necesitaba que se tranquilizara para que pudiese explicarme lo que le había llevado a aquel estado que jamás había visto y que por eso me cabreaba mucho más.

— Gracias por venir tan deprisa.— Acabó diciéndome balbuceante.

— Estoy aquí *chaalita*. Y ahora sea como sea, vas a explicarme quién te ha hecho esto, y te prometo que con solo la mitad de lo que le haré le va a costar andar.

Mi hermana no pudo responderme, volvió a romper a llorar, aferrándose aún más a mí.

— Solo necesito un nombre, ya me contarás lo que ha pasado después.— La imploré apretándome los dientes.

Sus sollozos comenzaron a ralentizarse, buscando un resquicio para musitar entre los dientes el nombre del tipo que la había dejado así.

— Don Ladislao.— Terminó diciéndome.

El nombre que acababa de darme, rebotó en las paredes de mi mente, buscando alguna familiaridad que se me escapaba por poco.

Aquel nombre siguió martilleando mi sesera durante varios minutos, en los que no pude zafarme de mi hermana que seguía aprisionándome con sus brazos.

En aquel instante, sentí la presencia de alguien erguirse sobre mi espalda. Apreté los puños y me giré rápidamente para ver de quién se trataba.

— ¡Mayte!— Susurré cuando la vi.

Era la amiga de mi hermana. Llegó sin hacer mucho ruido, preocupada por la escena tan poco habitual entre mi hermana y yo. Se acercó y se arrodilló al lado de su amiga. Dejó lentamente en el suelo su bolso y la lata de cerveza que traía con ella. Gateó hasta ubicarse a escasísimos centímetros de ella. La rodeó con los brazos y se fundió también en nuestro abrazo, sin preguntar.

Supuse enseguida que ella también sabría qué había pasado, pero agradecí que pudiese estar ahí para quedarse con Sita, yo tenía el nombre que necesitaba. Me zafé de ellas, me levanté y eché a andar. Ella se percató y se incorporó, apartando bruscamente las manos de su amiga.

— ¡Espera Pepín, espera!— Me gritó mientras se levantaba.—
¡Déjalo estar, por favor!

— ¿Tan difícil es que me lo cuentes?— La repliqué.

Ella se quedó de pie, y como si apretase un botón para activar sus lágrimas, hundió su cara en sus manos y comenzó a llorar de nuevo. Me partía el alma verla así.

Se descubrió la cara al cabo de un rato, y dando un cambio brusco a los acontecimientos, me dijo conteniendo su respiración.

— Me ha violado.

Volvió a llorar.

Tuve que parpadear varias veces para asimilar la información que acababa de obtener. Mi cuerpo tuvo un hormigueo molesto que me recorrió desde la base de la cabeza, hasta el empeine. Mi corazón se precipitó al vacío, dejándome con una sensación de pena. Pena por mi hermana pequeña.

— ¿Perdona?— Exclamó Mayte en voz alta.

Enmudecí por la sobre información. Mi mente se convirtió en una colmena de abejas desmandadas. Eran todas ideas que rezumbaban en mi cabeza. Tan pronto atrapaba una, como tan rápido la perdía.

Sentí las manos de mi hermana zarandearme y salvarme de mi shock. La expresión de su rostro volvió a impactarme, debía dejar de mirarla a sus ojos llorosos. Puesto que sabía que ella no me lo diría, me dirigí a Mayte directamente que parecía también haber entrado en shock, pues despegaba los labios pero no conseguía decir nada. Antes de que mi hermana tuviese tiempo de reaccionar, agarré por el brazo a Mayte y eché a andar a toda prisa con ella.

— ¡Me vas a enseñar ahora mismo quién es el tal Ladislao!— Le ordené.

— ¡Qué fuerte!— Se tapó rápidamente la boca, para terminar hablando por los huecos de las manos.— ¿don Deonesto?

Mi hermana no se quedó de pie como había intuido. Pero en vez de mostrarse en contra, siguió en silencio nuestros pasos. Ella me conocía muy bien, y sabía perfectamente que una reacción de disuasión, podría cabrearme un poco más de lo que ya estaba.

Dimos la vuelta al instituto, sorteando meadas de pared y algunas heces fecales. Subimos por unas escaleras que daban a un pasillo que recorrimos hasta uno de sus extremos. Mayte se detuvo cuando alcanzamos una puerta gris con un picaporte desajustado. Llamé a la puerta, pero no me respondió nadie, de modo que decidí entrar. En efecto, no había nadie. Era un lugar siniestro, con un olor a persona mayor poco higiénica que daban ganas de retroceder sobre los pasos.

Encima del escritorio había un papel con el nombre y los apellidos de mi hermana, junto con sus notas. No era un boletín de notas, simplemente un documento informativo, supuse que para secretaría. En el suelo, delante del escritorio, había manchas de sangre secas. Apreté la mandíbula con fuerza, sabía de quién era la sangre y cuando me giré para mirarla, la vi avergonzada. Una rabia que nacía de alguna parte de mí y que interpreté como demoníaca, me invadió por completo. Salí de la sala y volví a agarrar a Mayte por el brazo.

— ¡Vamos a la dirección!

— No conseguirás nada yendo a la dirección.— Me espetó Mayte.— Él es hermano del director y seguramente llevan tiempo haciendo esto, no es de hoy. Ni es la primera, ni será la última. Además el director no está, ni creo que vaya a estar en mucho tiempo. ¿Qué vas a hacer, ir a la policía? Tú mismo sabes cómo hacen las cosas ahí.

Tenía toda la razón del mundo, las cosas no eran tan sencillas en Malabo. Pero el karma o el cosmos siempre tienen un as bajo la manga para personas como don Deonesto Mbó.

Cuando hizo Mayte aquella reflexión, abandoné mis propósitos de ir a la dirección a ponerla patas arriba. Bajamos al patio con el propósito de alquilar un taxi y llevar a mi hermana al médico, Dios sabía qué cosas podría haberle pegado a mi hermana, y de tan solo pensar eso, mi rabia crecía y crecía sin hacer mucho caso a las caras que Sita me dedicaba. En aquel patio encontramos a don Deonesto, servido en bandeja por el karma. Tanto Mayte como Sita lo reconocieron mientras avanzábamos hacia la puerta, pero mi hermana trató de convencer a su amiga de no revelar la identidad de aquel canalla.

— ¡Pepín, Pepín...es ése de ahí, es ese de ahí!— Me gritó Mayte tirándome de la camisa y señalando a uno de los señores que había visto antes en la entrada del instituto hablando y

gesticulando de forma soez, seguramente explicando a su colega cómo había conseguido doblegar a mi hermanita.

— ¿Quién es de los dos?— Pregunté a ambas sin dejar de mirarlos— ¿No será el de la pistola, no?

— ¡Pepín, cuidado oh!— Me avisó Mayte.

Vio mi cara tensa y reculó en su empeño de disuadirme. Levantó la mano y señaló al viejo del maletín.

Mi hermana trató de sensibilizarme con una leve caricia en la muñeca, pero mi mente no estaba por la labor, pero sí mis piernas que echaron a andar por inercia. Me acerqué a ellos y les saludé.

— ¡Buenas tardes!

— ¡Buenas tardes joven!— Me contestó el señor de la tirita con arrogancia.

Lo siguiente que pasó después de su saludo, fue que le di un puñetazo en la cara a don Deonesto. Luego, mi empeine, forrado con mis Timberland, impactó violentamente en el estómago del señor con tirita en la nariz. Ambos terminaron en el suelo. El señor de la tirita, rápidamente alargó la mano para extraer su pistola, aspecto con que yo contaba.

Pisé sus manos con fuerza, me agaché y le quité la pistola que lancé varios metros lejos de nosotros, le di un puñetazo en la

cara que lo dejó momentáneamente inconsciente. Entonces me olvidé del señor de la tirita y centré mi atención en quien verdaderamente me importaba. Fui hasta donde estaba y comencé a hincharle a puñetazos.

Comenzó a perder mucha sangre. Sangre que manchaba tanto mi ropa como la suya. ¿Cómo podía saber que aquel viejo jocosos estaba enfermo? ¿Qué los tres puños siguientes que lograría encajarle en los costados, lo harían doblarse de dolor hasta matarlo?

La fuerza con la que arremetí con sus costados, provocó, como más adelante sabría, una hemorragia interna que terminó matándolo. Yo no me di cuenta al instante, porque pensaba que estaba utilizando una burda excusa para que dejara de pegarle.

Cuando vi que apenas se movía, lo cogí por la camisa y comencé a zarandearle y a abofetearlo.

— ¡No te hagas el desmayado!— Le gritaba con cada bofetada.

Cuando me di cuenta que a penas reaccionaba a mis estímulos, lo solté, me levanté y reparé en ese instante en la cantidad de personas que se habían acercado a ver cómo le partía la cara literalmente a don Deonesto y a su colega militar. Cuando se trataba de mi hermana, no atendía a razones.

Ella, estaba entre la multitud, entre los brazos de Mayte que la abrazaba con fuerza. Busqué al señor con tiritita donde supuestamente debería estar inconsciente, pero no lo vi, ni tampoco a su pistola que había ido a caer a unos arbustos.

Supe enseguida qué hacer. Cogí a mi hermana y a su amiga y tiré de ellas con fuerza. Ambas salieron en tropel delante de mí. Corrimos buscando la salida, donde enseguida levanté la mano para conseguir la atención de algún taxista. Como si la vida supiese cómo echarnos una mano, un todoterreno negro con cristales ahumados se detuvo delante de nosotros. Cuando se bajaron los cristales, vimos a mi hermano Pastor y a una mujer. Ambos nos miraron sonrientes.

Mi hermano, ajeno al problema que nos llevó hasta el borde de la carretera, se bajó del coche contento, como queriendo que viéramos lo bien que lo estaba pasando.

— ¿Dónde vais así?

— Chaval— Le respondí nervioso—, no tenemos tiempo para hablar ahora. Wi guet son plaba ya naw naw so. Wi gue fo pull ya. Tenemos ahora un problema. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

— ¿Wetin pass naw? ¿Y ahora qué pasa?— Preguntó cambiando bruscamente de expresión.

— A go pull yu tori afta. Jacs yu madam ef e fi kier wi son sai. ^{Te}
contaré después. Pregunta a tu madam si nos puede acercar a algún sitio.

Él se dio la vuelta y habló en voz baja con la señora que conducía. Eché una rápida ojeada a lo que pasaba en el interior del instituto. Había varias personas alrededor del que llamaban Deonesto. En esa rápida ojeada, pude ver cómo el otro hombre se acercaba lentamente a nosotros con la pistola en alto.

— ¡Que ninguno se mueva einñ!— Exclamó con un marcado acento fang.

Me aparté del borde de la carretera y me interpuse entre su pistola y mi hermana.

La tirita que tenía en la nariz, colgaba de un lado de su cara ensangrentada. No me acongojé, me mantuve firme. Un solo movimiento en falso podría irritar lo suficiente a aquel señor para que vaciara su cargador en mi cabeza, y tenía razones suficientes para que después no le pasara nada.

— No tienes ni idea de lo que has hecho amigo.— Comenzó a decirme.— ¿Con qué autoridad tu vienes a pegar a mi hermano? ¡Encima, delante de mis ojos einñ!

— Tu hermano es un asqueroso.— Gritó mi hermana, llamando la atención de Pastor que se incorporó y miró desconcertado al hombre que sujetaba el arma.

— Ins...pec...tor Mbó.— Dijo mi hermano silabeando.

Le flojearon las manos cuando miró primero a mi hermano, y luego a mí, repitiendo el proceso varias veces.

— ¡Te conozco!— Acusó a mi hermano, bajando la pistola hasta la pierna.— Tú...tú...tú eres el maleducado del hospital, ¿no?, el que pegó a mi mujer, ¿no? Llevo toda la mañana buscándote a ti y a tu otro *parecido* para aplicaros. Vengo aquí, y me encuentro con que también conoces a este chico que parece que también es tu hermano que pega a mi hermano mayor. ¿Qué os pasa a vosotros con mi *familla*?

Varios mayores fangs se liaban con palabras terminadas en *ina* e *ia*, y convertían las palabras terminadas en *li* en “ll”. Así, en vez de decir gallina, por ejemplo, decían *galina*. O en el caso de familia que se convierte en *familla*. Al igual que con la palabra *principal*, que acostumbran a decir *primsinpal*.

— ¿Conoces a este hombre?— Preguntó Mayte a Pastor.

Él contestó con la cabeza y se acercó a mí, dejando detrás a mi hermana y a su amiga.

— ¡Ating zama yöp^{Os lo juro por Dios}, os dispararé aquí mismo!

Y antes de que pudiese levantar la pistola de nuevo, y siendo consciente de que podría fallar y tener un final trágico, me abalancé sobre aquel señor mayor, tirándolo de nuevo al suelo.

La pistola salió de sus manos rodando un par de centímetros. Le sujeté del cuello y me dispuse a noquearle con un golpe seco en la cara. Las manos de mi hermana desaceleraron mi cólera. Esta vez le hice caso y le dejé en el suelo mirándome asustado.

Todos entramos precipitadamente en el deportivo de la madura de mi hermano, que salió acelerada de su estacionamiento. Aquel lugar pronto se infestaría de policías, militares y familiares con suficiente poder para desplumarnos a todos.

Viuda, como más tarde sabría que se llamaba aquella mujer del deportivo, nos llevó a un pequeño restaurante a las afueras, en Timbabé. Era un lugar bastante elegante, con unas lámparas en el techo que alumbraban más que todas las luces de mi barrio juntas. Las sillas estaban forradas con un material bastante suave. Tan suave que daba cierto gustillo sentarse en ellos. Los camareros iban impecablemente vestidos con chalecos rojos, camisa blanca y pajarita azul. Paseaban entre las mesas, elegantes como ningún camarero que haya visto por todo Malabo. Su cortesía me abrumaba y su finura parecía traída de otra parte muy alejada de nuestra ciudad. Los miré extrañado, mientras mi hermana contaba entre llantos lo que le había sucedido en el instituto, y el porqué de mi pelea con los dos señores.

Viuda se mostró comprensiva, como si hablase con una amiga inexperta de la vida. Tras varios "*a terezäms*", aconsejó a mi hermana de forma muy inteligente y la instó a que la buscara si necesitaba ayuda de algún tipo. A mí me sugirió desaparecer durante un tiempo junto con mis hermanos, quienes habían tenido bastantes roces en las últimas horas, por lo que nos contó también Pastor. Estaba siendo un día para olvidar, un día que como dije antes, comenzó en aquel atasco que me hirvió la sangre a modo de aviso.

Nunca fui un cobarde, nunca me había achantado ante ningún problema o ninguna pelea. Pero aquella situación hizo que tuviese la necesidad de pensar en esconderme lo suficiente para que algunas cosas se calmasen y yo arreglase otras tantas. Tenía que ser menos impulsivo, y un poco más comedido. Algo que no iba a ser fácil para una persona como lo era yo.

Sintiendo que en aquel sitio no encajaba y que sobre todo me incomodaba, me despedí y me largué de aquel restaurante sofisticado. Tanto mi hermana como Mayte, Viuda y Pastor, trataron de disuadirme, pero no tuvieron la intensidad necesaria para convencerme.

XIV. En búsqueda y captura

Salí a la calle con la preocupación y el nerviosismo cubriéndome entero. Aquella premonición de la muerte levitando a mí alrededor del día anterior, había resultado un augurio bastante claro. Me temblaban las manos sin cesar y, además, seguía teniendo dudas de si le había arrancado de verdad la vida a aquel hombre que yacía entre sus alumnos en el instituto de mi hermana. Es verdad que se lo merecía por usar sus clases de religión como atajo para tener relaciones sexuales rápidas, menospreciando el cometido de su trabajo y, sobre todo, menospreciando y denigrando a sus alumnas. No me sentía indiferente, pero una parte de mí, estaba satisfecho por haberle hecho sangrar a aquel canalla.

En plenos pensamientos inculpatorios, paré un taxi sin matrícula. Tampoco iba pintado de taxi, pero sabía que lo era. No era ningún problema a las dos de la tarde, pues los agentes de tráfico de la ciudad terminaban su agosto sobre la una, por lo que era extremadamente difícil encontrar algún control importante por aquellas horas.

En aquellos controles te desplumaban siempre de alguna manera. O bien porque tus documentos eran falsos, a los ojos de los agentes, o bien porque la bombilla de tu coche no funcionaba con la nitidez con que debía, aunque fuese de día. O también

porque los propios ciudadanos se pasaban por el foro andar con la documentación que exigían las autoridades de tráfico, muchos porque no los tenían. Muchos conductores para tan pocas carreteras. En cualquier caso, o perdías las llaves de tu coche, o apoquinabas religiosamente al agente, para que hiciera la vista gorda, y en consecuencia tuviese un dinerito extra para gastar.

En el taxi iban dos personas: el conductor y un señor annobonés que discutía nerviosamente con alguien que, supuse por mi o conocimiento del fä däMbó, le debía unas chapas de cinc.

Aquel taxista tenía la música muy alta. Música religiosa fang, con una solista que no llegaba a las notas. No quise faltar a su gusto, así que me callé. Respetó todos los pasos de peatones que nos encontramos a nuestro paso, y eso me extraño sobremanera, a pesar de tener la mente dividida en varios y angustiosos pensamientos.

Pasamos por delante del instituto de mi hermana y, apoyándome en el respaldo de la parte trasera donde estaba sentado, observé el revuelo al que habían llevado mis actos. Varios cangrejos estaban aparcados en la entrada del instituto y al otro lado de la carretera. Varios agentes camuflados y armados con fusiles, riñoneras, muñequeras y rodilleras, detenían a todos los que pasaban por ahí para interrogarlos. A alumnos, profesores,

taxistas o ciudadanos de a pie. No creo que supiesen exactamente a quién buscaban, pero paraban a todos.

Además de los cangrejos (coches militares), había varios coches de alta gama colocados en fila, como si hubiese algún ministro de renombre entre las personas que paseaban por las instalaciones del instituto, con trajes negros y con los móviles pegados a las orejas. ¿Quién diantres eran aquellos tipos a los que acababa de pegar? ¿Se puede armar tanto alboroto en la ciudad por la muerte de un individuo? Eso no lo sabía, o por lo menos en mi barrio no pasaba. Si se encontraba un muerto, a penas se iniciaba una investigación, simplemente moría y punto.

Al taxi sin matrícula en el que iba, lo dejaron pasar de ipso facto. No supe si era por la música sacra que escuchaba cuando se acercó el militar de turno a echar un vistazo, o porque el taxista fuese alguien muy conocido de la ciudad que se hacía pasar por taxista.

Por suerte, le hicieron gestos de continuar. Mi corazón salió del pozo donde se había escondido.

A medida que bajábamos hacia el corazón de la ciudad, volteé la cabeza para seguir observando los movimientos que hacían todos los agentes que paseaban desorientados por el instituto. Respiré aliviado cuando conseguimos una distancia de seguridad. Me acomodé en el asiento y disfrute de las vistas de

Malabo de un sábado caluroso y con nubes que amenazaban descongestionarse en cualquier momento. Recorrimos la ciudad sin ningún altercado reseñable hasta llegar al cruce de Hospital, donde habían colocado otro control.

— ¡Mierdas!— Exclamó el taxista.

Por un momento había pensado que era mudo o que acababa de llegar de Bata, porque por lo general los taxistas siempre daban conversación interesante o hacían observaciones bastante inteligentes.

— ¿Estos no se cansan de molestar?

— ¿Están haciendo su trabajo, no?— Me animé a darle conversación para evadirme de mis pensamientos.

— ¿Qué trabajo? ¿Desde cuándo ponen controles en la carretera si no ha habido un problema importante? No es trabajo, molestan, y hoy no voy a dar nada a nadie.

— No te preocupes hombre.— Le tranquilicé.— Sólo querrán saber si somos guineanos.

— ¿Cómo estás tan seguro? ¿Eres *tráfico*?

— Porque yo también soy taxista. Nos preguntarán los nombres y mirarán tu maletero, nada más.

— ¿Y si lo que están buscando está debajo de mi asiento?

— Ahí nunca miran. Es sabido que los terroristas no saben que miran los maleteros.

— O sea, revisan el coche, pero no al conductor por si está borracho. Muy inteligente la verdad, muy inteligente. Normal que haya tantos accidentes los fines de semana.

Me miró por el retrovisor y se quedó callado hasta que llegamos al susodicho control. Se acercó uno de los militares con la tranquilidad que los caracteriza, haciéndose el remolón. Se paró a la altura de la ventanilla del copiloto. Se arqueó, miró primero al conductor y luego a mí.

— ¡Ambólan! ^{¡Buenas tardes!} — Saludó.

— ¡Ambólan!

Tanto el taxista como yo le respondimos. El señor annobonés mantuvo su mirada al frente, como si no hubiese visto al comando.

— ¿Ye mi na basisé mi ne be guineanos? ^{¿Sois todos guineanos?}

— ¡Owë! ^{sí} — Respondió rápidamente el taxista.

— Sí. — Respondí yo.

En cambio el annobonés volvió a permanecer en silencio. Su mirada había cambiado de objetivo. Estaba centrado en encontrar el número de algún socio en el listín telefónico.

— Yogue ma nbeinñ motua on vús ^{ábreme el maletero}

— Nbeinñ wa wuru, ma bele jdomoweinñ. ^{El maletero no funciona, pero no hay nada ahí}— Se excusó el taxista.

— Loorgüe, loorgüe ^{pasar, pasar}

— ¡A ki ba muadjang! ^{¡Muchas gracias hermano!}

El taxista puso primera para posteriormente tratar de incorporarse al tráfico, cuando el militar volvió sobre sus pasos para detenernos.

— ¡Yane, yane, yane! ^{¡Esperar, esperar, esperar!}

Se acercó a la ventanilla del annobonés, le saludó cuadrándose y le dijo remarcando muchísimo sus palabras.

— Ambolan muadjang, ¿Ye one guineano? ^{Buenas tardes hermano, ¿Tú eres guineano?}

El señor annobonés le miró a la cara, pero permaneció en silencio. La expresión del militar se volvió tensa y comenzó a hacer ruido con el hueco de los dientes.

— Äaah este, ¿Ye waa wog fang? ^{¿Tú no entiendes fang?}

El aludido siguió mirándolo como si tuviese alguna verruga muy fea en la cara y planease arrancársela en silencio.

— Hermano, te pregunta si eres guineano.— Intercedió el taxista.

— ¡Ah!— Respondió el señor annobonés sobresaltado.— No entendía lo que me estaba diciendo.

— ¿Y eres guineano?— Respondió el militar enfadado.— ¿Qué clase de guineano eres?

— Soy annobonés, mi hermano.— Dijo sonriente el annobonés.

— ¿Annobonés?— Preguntó vacilante— ¿Y tu *apellido*?

— Macús.— Respondió serio.

— A ver habla para que yo te oiga...

Entonces el señor apellidado Macús, le mostró a aquel militar su dominio sobre la lengua annobonesa, con una ráfaga de insultos en annobonés que me provocaron una risa que traté de disimular en balde. Escupía los insultos con una rapidez y una facilidad tales que, parecía haber asistido a un simposio de insultos malsonantes en San Antonio de Palea. Solo hablaba con jotas.

Miró al annobonés con mala cara y luego a mí y, sin decir nada más, nos indicó que continuásemos con nuestro trayecto. Yo dejé de reírme en el acto, no quería que el annobonés la tomara conmigo, aún me acordaba de Püdul, el annobonés que me sacudió en Biguis y no, no era un buen día para repetir la experiencia.

Así que, alentándonos a que nos marcháramos de ahí, el taxista deshabilitó el freno de manos y se incorporó rápidamente al tráfico que iba hacia Elá Nguema.

En aquel breve trayecto, y después de dejar de reírme, mi mente se ocupó de acordarse de mi hermana y mi hermano. Saqué el móvil de mi bolsillo para escribirles un mensaje en el que les avisaba del lugar de los controles y de cómo sortearlos.

Envié el mensaje a Pastor, y metí de nuevo el móvil en el bolsillo.

Cuando estábamos llegando a *Padrifil* centro juvenil don Bosco, en la calle Amanecer de África, mi teléfono comenzó a vibrar. Me puse nervioso al instante. Tenía miedo de sacar el móvil y ver un número que me dejara preocupado.

Lo saqué del bolsillo con el corazón sobresaltado. Para mi desconcierto el número que aparecía era uno oculto. Enseguida le colgué, no estábamos en mil novecientos noventa y nueve, así que no iba a contestar sin saber quién me llamaba.

Aquel número oculto llamó varias veces seguidas. No respondí a ninguna, por la misma razón por la que no cogí al principio. Cuando estaba a punto de mandarlo todo al garrete apagándolo definitivamente, sumándome así en el dolor de la incomunicación, mi móvil volvió a sonar. Pero el nombre que aparecía en la pantalla no era el de “número oculto”, sino el de

Majo, mi exjefe desde hacía un par de horas. Descolgué el teléfono y lo apoyé al oído.

— ¿Tienes miedo a que no te coja el móvil y por eso me llamas con oculto?— Le increpé.

— Hola a ti también señorito.— Me respondió con voz suave.— ¿Qué dices de llamar? ¿Alguna vez te he llamado con oculto?

— No.— Respondí menos efusivo.

— Entonces... ¿Puedes venir a mi casa ahora? Necesito hablar contigo.

— Majo, — Le dije tratando de acompasar mi voz a la suya para sonar también suave y distendido.— creo que ayer quedaron muy claras las cosas y...

— Lo sé.— Me cortó.— Ya sabes cómo es Malabo. He escuchado lo del incendio y yo no soy de piedra. Te has portado siempre conmigo y enfados a parte, creo que tengo el deber de ayudarte en estos momentos, no podría cargar esto en mi consciencia. No salgas a la defensiva y vente a mi casa, solo te robaré cinco minutos.

Dijo eso y colgó. En el caso de que al final acabara en algún lugar de mala muerte por lo que había hecho, podía convencerle de dejarle a uno de mis hermanos trabajar con él en mi ausencia,

para mantener el dinero que llegaba a casa por aquella vía. Mirándolo bien, era la mar de positivo.

Le pedí al taxista que después de dejar al señor Annobonés detrás del colegio Argentina, que me llevara a Sumco. No me contestó, se limitó a mirarme por el retrovisor, pero sabía que estaba conforme. Tras aquella mirada tan poco expresiva, recibí otra llamada. No era la del número oculto, pero el número que aparecía en pantalla, tampoco lo conocía. ¡Qué demonios! Era el día de la bestia. Respondí al teléfono.

— ¿Na udad? ¿Quién eres?

— ¿Pepín?— Me contestó una voz dulce de mujer.

— Sí, soy yo.— Respondí intentando que mi voz sonara lo más varonil posible.

— ¿Eres tú Pepín?— Volvió a preguntar y entonces torcí el gesto.

Me quedé callado, esperando a que volviese a hablar, pero no lo hizo. Enseguida su voz fue sustituida por la de un hombre aparentemente joven que comenzó a amenazarme. Pronto caí en la cuenta de quién era.

— Pepín, — Comenzó a gritarme el joven.— voy a acabar contigo, quiero que lo sepas. ¿Me has oído? Tú no eres nadie y te lo voy a demostrar. No sabes con quién juegas. Y además...

No esperé a que consumara su amenaza, le colgué.

Mi mente comenzó a tejer su telaraña de ideas, de pensamientos, deseos y de culpas. Preguntándose de todo y por todos. ¿Cómo diablos había conseguido mi móvil, o dónde estudiaba, o a qué hora tendríamos el examen? ¿Tenía a alguien trabajando en Getesa? ¿Era la mala suerte la que se estaba riendo de mí? ¿Qué le hicimos al cosmos para que nos metiera a todos en una olla para que luego nos agitara a su antojo?

Las risas causadas por el señor annobonés eran un vago recuerdo cuando llegamos a casa de Majo. En la puerta que llevaba a las escaleras estaba mi *Knight Rider*, el coche con el que recorría la ciudad de Malabo, escuchando mi hip hop de los noventa o a mis raperos guineanos. No era el típico taxista malabeño que pintaba en el cristal de atrás de su coche un nombre o frase que les ridiculizaba sin ser consciente. Había nombres y frases de todo tipo, en epígrafes de todo tipo. Desde “Dios bendiga a mi familia”, hasta “Big Man Chupín”, pasando por “Dios te ve”, “El sencillo”, “Mateo, no volveré”, “Ros Square”, “Bebé a bordo”, “Dany Bow” “El Bling” o “Gracias hermana Tina”.

Al coche de Majo solo le puse ese nombre, sin estampar ningún epígrafe en sus bordes o en sus cristales. Un nombre que recuperé de una de mis series favoritas de cuando era crío: coche fantástico, mítica serie que me despertó el interés en los automóviles.

Cuando bajé del taxi, volví a encender el móvil, comprendí que no era buena idea tenerlo apagado con todo lo que estaba sucediendo.

Según se encendió, me entró un mensaje de Sita.

De: Mi niña

Pepín, Pastor ha ido a buscr a Justo a casa. Yo me kedaré aki con Mayte y con Viuda hasta k volváis 1 d ls 2. N trdeis xfavor!

Intuí que la compañía de Viuda le venía bien, de modo que no respondí al mensaje estaba todo muy claro.

Después de pagarle los mil francos del doble recorrido, me dirigí hacia el Toyota Carina E verde que había aparcado delante de la puerta principal de Majo. Acaricié la tapicería con delicadeza, observé el interior, no estaba el reproductor de música, mi reproductor de música, pagado con dinero de mi bolsillo. Dejé atrás al coche y subí corriendo las escaleras.

Llamé al timbre, y al cabo de varios segundos, abrió la puerta y entré sin saludar.

— ¡Hola eh!— Me saludó.

— Ya, diman, hafa. ^{¿Qué hay?}— Le respondí y me senté en el sofá.

Cerró la puerta y se vino a sentar conmigo.

—... ¿Qué tal andas?— Me preguntó en referencia a lo de la casa y lo del trabajo, supuse.

— Con los dos pies normalmente.— Me burlé.

— No sabía que un tipo como tú, tuviera sentido del humor.

— Ni yo que tuvieses camisas.— Me volví a burlar.

Llevaba una camisa negra con botones plateados. La camisa se hundía en sus pantalones caquis azules que conjuntaba con sus zapatos.

— Bueno, — comenzó a decirme— sé que ayer no estuve muy fino con lo de cambiarte y quería pedirte disculpas.

Me mantuve atento, pero con la mirada perdida en la televisión apagada que había en frente de mí.

—...Para evitar un montón de disculpas y palabrería, iré directamente al grano.

— Estas tardando.

Me miró con mala cara, pero continuó.

— Como iba diciendo... quiero que a partir de mañana vuelvas a trabajar conmigo, por lo menos hasta que te salga otra cosa. Si quieres, claro.

Me mantuve firme, mirando al televisor, discutiendo los pros y los contras de aquella oferta.

— ¿Cuál es el “pero”?— Le pregunté al final.

— ¿Cómo qué pero? No hay ningún pero. Tú vuelves a trabajar y yo tan contento.

— ¿Con las mismas condiciones de antes?

— Sí. Las mismas.

— No tengo ningún problema entonces. Pero solo quería decirte que si algún día no pudiese venir, ¿podrá ocupar mi puesto uno de mis hermanos?

— ¿Por qué? ¿Te vas a algún sitio?— Me preguntó preocupado.

— No, no. Solo que ahora que he terminado la carrera, tendré que buscar algún trabajo fijo, ¿no?

— Si es que encuentras, ambos sabemos que los trabajos en esta ciudad son solo para algunos, ¡vamos, los de siempre! Pero muy bien, no hay ningún problema si es alguno de los gemelos.

— ¿Entonces...Ya está todo hablado?— Quise terminar la conversación.

— Em...no.

Saqué los ojos del televisor para mirarle.

— Tienes que hacer algo por mí a cambio.

Sin terminar su frase, y sin que pudiera presagiarlo para esquivarlo por lo menos, se aventuró veloz y me besó.

XV. ¿Hay alguien en casa?

La compañía de Viuda me vino bien aquella tarde, en el día en que cambie mi virginidad por una muerte anunciada. Pastor nos dejó en aquel restaurante de alto tapete. Entonces, Viuda decidió cambiar de altura y nos llevó un poquito más allá, en un patio en las profundidades de Sampaka. Ahí, detrás de unos almacenes abandonados de cacao, había un discreto bar donde pasamos toda la tarde, maravillándonos por la convulsionada vida de aquella mujer con la que se acostaba mi hermano.

Aquel bar tenía un inmenso patio, adornado con varios tipos de árboles tropicales: árboles de aguacate, árboles de jdäkä, árboles de chumë, y árboles de sawä sawä. Todos ellos, dispuestos de forma premeditada, brindando al patio un gran manto de sombra y un perfecto escenario natural cargado de musicalidad adquirida de los pájaros cantarines.

En aquel paraje natural, los sentimientos que se agolpaban en mi cabeza embebieron aquel acercamiento con la naturaleza y se relajaron un poco. Mi atención se perdió en cada detalle del lugar, en la distribución de las mesas, entre los árboles, favoreciendo los dulces lametazos de un viento suave y refrescante. En la música que flotaba, en un volumen armonioso con la naturaleza, Nélica Khar planeaba su voz sobre aquel viento recio y los pajaritos cantarines de un atardecer en el que

las nubes cargantes obstruían el paso a la luz del rey de los astros.

Nos sentamos en una mesa para cuatro que había debajo de un árbol de aguacate enano. Viuda pidió para nosotros un cóctel especial. No tenía ni idea de lo que contenía, pero sabía para repetir. Y por supuesto que repetimos un par de veces. Las repeticiones trajeron momentos felices, obsequiados por el alcohol del cóctel. No había lugar para sentimientos heridos, aunque la nostalgia se anunciase de cuando en cuando entre mis piernas. ¿Sería así la única forma de no pensar en todo lo que había pasado en el instituto? ¿Sería bebiendo alcohol, la única manera de sentirme libre de aquella carga emocional que me latigaba en las profundidades de mi fuero interno? ¿Y cuando no estuviese borracha, volverían de nuevo aquellos pensamientos de pesadez, amargura y odio hacia los hombres? ¿Podía aún entregarme a Tahatá? ¿Sería capaz de crearme, perdonarme y ser un poco aún más paciente conmigo? ¿Sería pedir demasiado?

Ya no estaba preparada como había pensado al comenzar el día en la ducha de mi tía. Sabía que necesitaría muchísimo tiempo para eliminar de mi mente aquel episodio, y en consecuencia entregarme a Tahatá o a cualquier otro hombre.

El alcohol domó mis emociones, pero el vacío seguía siendo latente. No sabía cómo enfocar el tema de Tahatá ni de cualquier

otro hombre que tuviese el coraje de ponerme de nuevo las manos encima. Supuse que en los próximos días, semanas e incluso meses tendría serios problemas psicológicos. Serias dudas de mi reacción en aquel cuarto.

Había leído, por aquel entonces, varias novelas románticas, de sadomasoquismo, de mujeres que habían pasado por mi situación y habían decidido cortar por lo sano quitándose la vida. Novelas donde otras mujeres se volvían lobas heridas para los hombres, y utilizaban sus cuerpos para darlos caza; usarlos y tirarlos, sin antes haberle limpiado la cuenta corriente, o destrozado sus vidas. Novelas de mujeres con depresión y problemas psicológicos que iban hasta puntos de no retorno.

Yo no quería nada de eso para mí. Era consciente de haber sido desvirgada de la peor manera que jamás había imaginado, por no decir de la peor manera que existe. Mi hermano alivió un poquito el malestar que eso me provocaba, pero no lo suficiente para que lo olvidara en poco tiempo. Sabía que no iba a quitarme la vida, que no iba a perder la cabeza, que debía ser fuerte para superar eso, ahora que el causante estaba muerto o debatiéndose entre la vida y a muerte.

Abandoné mis pensamientos. El viento, los pájaros, la mujer que no paraba de hablar, Mayte y Nérida Khar hicieron que aquel día fuera solo un poquito más llevadero. Estuvimos en el bar hasta

que oscureció. Todas las anécdotas contadas por Viuda hacían que lo mío pareciera solo una broma de mal gusto. No cambiaría lo que me había pasado en aquel despacho con los episodios tan desastrosos de su vida. Violada por varios hombres antes de alcanzar la pubertad, entre ellos su propio padre, un sacerdote y varios hombres mayores de su pueblo. Casada a la fuerza por su padre y el mismo cura que había abusado de ella varias veces. Atormentada por decisiones pasadas que seguían pesando como losas en el presente. Y a pesar de todo, seguir viéndole el lado positivo a la vida.

— No voy a poder acompañaros hasta Elá Nguema.— Nos comencé a decir mientras se levantaba de la mesa.— Alguien podría haberos visto entrar en mi coche y no quiero que nos relacionen, porque entonces no os podré ayudar. ¡Toma!

Me ofreció un puñado de billetes morados que acepté sin titubear. “*Mamá rastá*” se les llamaba en mi barrio, por la imagen que había en ellos de una mujer con trenzas rastas. El billete más alto del franco cefa.

Viuda estaba borracha cuando se despidió. A mí la cabeza me daba vueltas que hacían que me riese como una tonta mientras aceptaba los billetes.

Eran alrededor de cien mil francos. Creo que era la primera vez que tocaba tanto dinero junto.

— ¡Gracias!— La dije, antes de abrazarla y sentir más pena de ella, que de mí misma.

Ella me correspondió, abrazándome intensamente. Un instante después se despegó de mí, me sonrió y sin decir nada, se alejó de nosotras. Se metió en su coche y salió derrapando y bocinando lacónicamente.

Mayte apenas hablaba, tenía un colocón alcohólico de película universitaria americana. Bebió más que ninguna de nosotras, sumado a las cervezas que había tomado en el *Malabo Express de Gestion* con el dueño del mismo.

Seguimos un pequeño sendero que nos llevó hasta la carretera por indicación de una risueña camarera. A estas alturas, el sol había perdido totalmente la batalla que llevaba todo el día teniendo con los nubarrones grises. Se había ocultado para siempre aquel día. Y en su lugar, pequeñas ráfagas de viento huracanado precedieron a una lluvia torrencial que comenzó con pequeñas gotas. Gotas que se hicieron fuertes en el viento.

Paramos un taxi que venía probablemente de Luba o de algún pueblo intermedio. Su matrícula decía que pertenecía a la provincia de Centro Sur, pero por alguna razón de peso, había cruzado el océano para circular por las carreteras de Bioko Norte. Aunque lo parezca, no era extraño. La arbitrariedad con que se compran las matrículas y los permisos, permite que cada

conductor, comprase la matrícula de su provincia para identificarse con sus propios paisanos y que los ajenos conociesen su procedencia. Así pues, un nutrido porcentaje de coches que circulaban las calles de Malabo, iban con matrículas de otras provincias: WN, KN, LT, AN, BS... Solo un reducido grupo de conductores sabía que las matrículas no se debían poner al tuntún sino en base a la ciudad o/y provincia en donde estaban matriculados estos coches. Aquí no importaba.

Entramos en el taxi con la sensación de habernos librado de una buena. La lluvia se desató como en parque jurásico. Los relámpagos se apoderaron del cielo con sus centellazos. Éstos, precedieron a los truenos. Truenos estruendosos. Cada vez que pasaba en mi barrio, las conocedoras de los fenómenos atmosféricos, decían que Dios estaba enfadado ahí arriba, y por eso movía los muebles del cielo de un lugar a otro para desestresarse de lo que veía al ser humano hacer en ausencia de sus ángeles. Yo me lo creí cuando era más pequeña.

Para evitar los atascos de la ciudad, el taxista prefirió coger la autopista hasta Elá Nguema. La autovía parecía desierta, hasta que cada cierto rato, pasaba veloz algún coche con intenciones de encontrarse con la muerte.

En el interior del taxi era todo silencio. No había ni música ni cualquier tipo de conversación. La banda sonora del viaje lo

ponía la lluvia. Sus gotas, como granitos de piedra, impactaban en el capote y en los cristales del coche, produciendo un sonido tranquilizador, embaucador para los amantes de los días lluviosos. Un sonido que me recuerda siempre a Malabo cuando una se aleja durante tanto tiempo de África. Un sonido que no es repetible fuera de los contornos del continente negro.

En aquel silencio, producido más por el alcohol en nuestras venas, que el dulce sonido de la lluvia, llegamos primero a Ibo Kwata, donde se apeó Mayte cubriéndose la cabeza con su bolso y saliendo a toda mecha hacia su casa. Después el taxista me dejó en Coldwatá, en casa de mi tía.

Recuerdo que la lluvia parecía más intensa en Elá Nguema que en cualquier parte donde hubiéramos estado. Había varios chicos jugando al fútbol en las carreteras. Los niños más pequeños simplemente disfrutaban de la lluvia y del viento de la mejor manera que había; tirándose de vientre sobre las aceras sin agrietar.

Me apeé después de pagar. Como vi hacerlo a Mayte, coloqué mi bolso sobre la cabeza y aceleré mi carrera para resguarnecerme de la lluvia. Cuando alcance la puerta, desde donde no me alcanzaban las gotas de la lluvia, encontré el cuerpo sin vida del perro de mi tía. Simba estaba recostado sobre las escaleras, con la lengua fuera y los ojos muy salidos. Me asusté al verlo así, y

reulé un par de pasos hacia atrás, encontrándome de nuevo con la lluvia. Me armé de valor y volví a acercarme lentamente para observar mejor a Simba. En el cuello descubrí un hilo que supuse que sería con el que lo estrangularon. Gemí horrorizada. ¿Quién podría acabar así con un animal y dejarlo delante de la puerta como si nada? Sabía cómo eran mis hermanos, y sabía que no serían capaces de una cosa de este tipo.

Con mi cuerpo temblando, pasé por encima de Simba y comencé a aporrear la puerta, con la urgencia de dejar de compartir escalón cuanto antes con el pobre animal.

No me abrió nadie. Deslicé las manos por la ventana para abrir la puerta desde dentro. Recorrí confusa el salón vacío, no había nadie. Entonces decidí ir primero a la cocina, para ver si había algún tipo de actividad, pues es en el lugar donde se concentra más mi familia. Cuando entré y mis hijos lo vieron, solté un alarido que rebotó en todas las paredes provocando un gran eco que se propagó por toda la casa y que apagó el sonido de la lluvia. Me tapé la boca para evitar que se escapara de nuevo otro chillido que se había formado en mi garganta. Di varios pasos hacia atrás hasta que mi espalda se encontró con una pared. Dejé que mi cuerpo la recorriera hasta quedarme en cuclillas. Seguí obstruyendo el sonido de la boca con mi mano, mientras rompía de nuevo a llorar.

El marido de mi tía colgaba sin vida de una soga en la cocina. Tenía ojos de estrangulado y varias marcas en la piel que le habían hecho con algún objeto cortante.

Mi cuerpo temblaba como nunca antes lo había hecho. Ni tan siquiera los peores paludismos me hicieron tiritar como lo hice viendo la muerte y el desnudo de mi tío.

Con la mano temblorosa, traté de sacar mi móvil del bolso para llamar a quien fuese. Si él estaba ahí y seguía ahí, significaba que no había nadie en casa.

Pero lamentablemente mi móvil no estaba. No tenía ni idea de dónde había ido a parar. Comencé a angustiarme, sin dejar de llorar. No sabía qué hacer, ni cómo actuar, lo único que mi mente me pedía era que dejara de mirar hacia la cocina. Me puse de pie tapándome los ojos. Comencé a dar vueltas por el salón, abrumada por lo que acababa de ver y deseando que alguien entrara por la puerta. Corrí hacia la puerta, la abrí, seguía lloviendo y no veía a nadie por la calle, aún así, salí al patio sin entender realmente a qué iba y a dónde iba, me paré en el portón, reulé de nuevo y entré de nuevo a casa. Seguía sin saber qué hacer. A pesar de estar tan mojada, un extraño calor salía de mi cuerpo. Actuaba por impulsos. Entonces, decidí cambiarme de ropa y secarme, mientras seguía esperando que

apareciera alguien que pudiera arrojar un poquito de luz a todo eso, porque mi mente no me ofrecía soluciones.

No cabía dentro de mí, me sudaban las manos, el corazón parecía que iba a salir despedido de mi boca. Mi boca no tiritaba, taconeaba. Las piernas me flojeaban a cada paso que daba, y mi estómago se contraía violentamente, haciéndome temer por un posible vómito.

Abrí nerviosa la puerta de la habitación, encendí la luz y las imágenes que captaron mis ojos volvieron a estremecerme, a dejarme de piedra en el sitio, a permanecer quieta mientras mi mente viajaba hacia ninguna parte. Una extraña sensación de frío heló todo mi cuerpo, todos mis pensamientos.

Los gemidos que antes obstruí con mi boca, salieron de mi garganta con la fuerza de una *banshee*. Las pataletas que reprimí en el escritorio del señor Mbó me sirvieron primero, para romper a llorar, luego volver a caerme sobre mis rodillas, llevarme las manos a la cabeza y tirar con fuerza de mis trenzas. Acto seguido, me tiré al suelo, apuñalada por la imagen tan deplorable que estaba viendo.

Mi hermanita Marujita, mi hermanito Petit, Bijou, mi prima con acento francés y mis primos, Chupín y Rivaldo, estaban en el suelo de la habitación, todos ellos desnudos, desangrados y

colocados consecutivamente, rectos y con las manos pegadas al cuerpo.

La habitación estaba decorada con la sangre de mis hermanos que terminó de contraerme con fuerza el estómago, permitiendo que por fin vomitara todo lo que había ingerido aquel día. Expulsé de mi boca el alcohol que había bebido, toda la comida de la semana y toda la náusea del viejo Mbó, provocando un olor desagradable que sigo retorciendo mi estómago.

El dolor emocional que aquella imagen me transmitió, no sabría explicarlo con palabras. Tuve punzadas de dolor en el pecho y descargas de escalofrío que recorrían todo mi cuerpo. Estaría dispuesta a pasar por la oficina del viejo Mbó las veces que hicieran falta antes de volver a sentir aquel dolor.

No daba crédito a lo que estaba viendo, no podía creerme que existieran personas en Malabo tan depravadas y diabólicas capaces de un acto tan cruel.

No fui capaz de adentrarme en la habitación, no tenía fuerzas de obligar a mi cuerpo que reculase y se escondiera para que no pudiera seguir mirando.

Después de un instante llorando amargamente con mis fuerzas anuladas, me levanté temblorosa, busqué el sofá más cercano y me senté en él. Ahí me quedé con mis temblores, callada y con mi mente bailando de un lugar a otro. Estuve tanto tiempo

sentada que cuando aquel extraño ruido me despertó de mi ensimismamiento, había dejado de llover y la oscuridad había tomado totalmente el ambiente.

Muy a mi pesar, sentí de nuevo mis piernas húmedas. Mi miedo y mi pavor retaron a mi corazón a una carrera de obstáculos. Me toqué a mí misma tratando de dar explicación a toda la humedad, que sabía que no era agua, que se deslizaba por mi cuerpo. Mis bragas estaban húmedas, pero de pis. Me había meado encima, sin apenas haberme dado cuenta.

Aquel ruido que me sobresaltó, provenía de la parte de atrás de la casa. Si tenía que compartir el destino de mis hermanos, por lo menos me gustaría primero saber el porqué de esa violencia, y quién blandía el machete con el que se hizo aquella atrocidad.

Perseguí la procedencia de aquel jadeo hasta la parte trasera de la casa, ocultando mi vista a la desnudez de mi tío. Ahí, delante del baño y empapado de lluvia, estaba tumbado y respirando agitadamente mi hermano. Justo.

XVI. ¿How a rich ya? ¿Cómo he llegado aquí?

Me extrañó despertarme en el suelo de la parte de atrás de la casa de mi tía. No había lógica que explicara eso. Era como si hubiera masticado hojas de Iboga, y tras la deriva de mi mente, apareciera en medio de una calle concurrida de Lomé. ¿Qué me había pasado y cómo después de haber estado en Rebola, aparecía en Coldwatá? ¿Me trajo el que dijo que era mi padre a casa? ¿Me escapé yo? ¿Era una alucinación?

No tenía nada con lo que tratar de ordenar mis ideas. Nada tenía sentido. No lo encontraba en ninguna de las conjeturas que vinieron a mi cabeza estando en el suelo.

A penas podía arrastrarme en el barro, me dolía mucho el cuerpo. Supuse que por las secuelas del accidente del día anterior, y porque sentía que tenía algún hueso nuevo roto. Cada vez que me arrastraba, sentía un dolor horrible en la espalda y que hacía que jadeara.

Cuando más cerca estaba de alcanzar la puerta, apareció la figura de una mujer. Según se acercó, descubrí que se trataba de mi hermana. Me ayudó a levantarme del suelo sin que dejara de gemir intensamente. Me arrastró hasta el sofá del salón, me dejó en él y se sentó en el de en frente. En aquel sofá había un fuerte olor a vómito de alcohol y a pis.

— ¿Qué hacías ahí en el suelo?— Me preguntó nada más sentarse.

Mi hermana estaba horrible, parecía una versión de sí misma pero en sucia y despeinada. No la había visto nunca tan asquerosa. Sus ojos estaban hinchados y llorosos.

— Si te soy sincero, no lo sé muy bien.— Le dije tras un breve instante observándola.— De repente estaba con papá y... ¿Estabas llorando?

— ¿Qué?— Me preguntó estirando mucho la pregunta y sin apenas cambiar su cara— ¿Has estado con papá? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

Eran muchas preguntas que responder, para tan poca información valiosa que poseía. Y además lo suyo también era extraño.

Me quedé mirándola sin saber cómo explicarla todo lo que había vivido aquel día y cómo, por supuesto, había llegado a ver al gran búho de Rebola.

— Di guial, a no go lai tell yu, a no sabí. ^{No te voy a mentir, pero es que no sé.}

Me miró desconcertada, se levantó del sofá y comenzó a pasear nerviosa por el salón con olor nauseabundo. Estaba alterada, cambiada, como si le pasase algo y no supiese cómo comenzar a contármelo.

Cuando iba a despegar los labios para hablar, ella tomó la delantera.

— El tío Rokito está ahorcado desnudo en la cocina y en esa habitación, — señaló la habitación de las chicas— están Bijou, Rivaldo, Petit, Maruja y Chupín. Todos ellos están muertos.

Y entonces rompió a llorar, mientras que sus palabras, en forma de bombas, cayeron sobre mi cabeza haciendo que me sumiera en un miedo incierto. Si era una broma lo que acababa de salir de su boca, podría ser capaz de pegarla si mis piernas me lo permitiesen.

Tardé varios minutos en darme cuenta de lo que realmente significaban sus palabras si fueran verdad. ¿Cómo que muertos? ¿A manos de quién, de mi tío que luego se suicidó? ¿En Malabo pasan cosas así? ¿Qué estaba pasando aquel día, a caso era la premonición del fin del mundo o era el mismo mundo quien se estaba riendo de nosotros?

— Espera, espera.— Dije por fin...— ¿Estás bien Sita?— Se me ocurrió preguntar

Ella no me respondía, seguía llorando sin dejar de mirar a un punto indeterminado del suelo. Mi silencio tras mis preguntas, hicieron que levantara la mano y me indicase que fuera yo mismo a comprobarlo. Entonces, el miedo incierto que antes tenía cargo de adrenalina mi corazón que comenzó palpar

agresivamente. “No está de broma, no podía hacer una broma y llorar como lo estaba haciendo”.

Ella se dio cuenta que seguía sin poder moverme a pesar de que lo estuve intentando, de modo que, sin dejar de llorar, se levantó del asiento en el que estaba, se acercó a mí, me tendió la mano y me ordenó.

— ¡Ven!

Volvió a ayudarme a ponerme de pie. Caminamos lentamente hasta la cocina. Preparé mi mente para lo que iba a enseñarme en la habitación. Por un momento pensé que, en cuanto abriésemos la puerta, aparecerían mis hermanos gritando y chillando porque me habían metido el miedo en el cuerpo. Pero lamentablemente no fue así. Vi de lo que hablaba ella y comprendí enseguida por qué ella estaba así.

La imagen fue tan chocante que sentí mi cuerpo enfriarse con el escalofrió que recorrió mi cuerpo entero. Mi pecho parecía haberse encogido un poquito más, porque cuando mi corazón latía me dolía demasiado. Un dolor que nació en el corazón y se propagó por todo mi cuerpo, electrizándolo a su paso. Entonces, comencé a llorar. Lo hice en silencio, apretando los dientes, los puños y golpeándolos en el marco de la puerta. No quise entrar, Sita se resistía a hacerlo porque tiró de mí hasta devolverle al sofá donde había estado antes.

Sita siguió sollozando amargamente con la cara hundida en las manos. Mi mente no daba señales de qué hacer, cómo hacer o cuándo hacer.

Tuve ganas de mear y, sabiendo que tendría que pasar por la cocina para llegar al baño, me levanté decidido sobre mis piernas y eché a andar. Al principio me costó un poco, pero según conseguía controlar mis pasos, más confianza tuve en mí mismo. Mientras lo hacía, las lágrimas no dejaron de descender por mis mejillas, mientras mi mente mascaba la tragedia y me pedía responsabilidades como el hombre que estaba entonces en casa.

Cuando alcancé la cocina, con los dientes apretados, alcé la vista para contemplar la desnudez del cuerpo sin vida de mi tío. Volví a llorar. Algo dentro de mi cabeza, tartamudeó su nombre, provocando que llorara amargamente. Algo dentro de mí, hizo que soltara un ahogado gruñido y que me fallaran las piernas y volviera a caerme al suelo.

Las ganas de ir al baño eran más grandes que la inutilidad de mi mente y de mis piernas. Me levanté con fuerza, destrozado por dentro. Caminé hacia la puerta trasera sin dejar de mirar a mi tío colgado.

Abrí el baño llorando y temblando todavía. Cada vez que recordaba el cuerpo de uno de ellos, volvía a recibir una

descarga en el corazón y el escalofrió recorriéndome de nuevo de la cabeza a los pies. Tanto fue así, que temí entrar al baño y encontrarme a alguien ahí, fuese quien fuese. Traté de expulsar varias veces la idea de mi cabeza, pero se hacía aún más fuerte, según empujaba la puerta del baño. Tenía miedo, mucho miedo.

Eran a penas las siete de la tarde, pero los efectos de la lluvia sumieron a nuestro barrio en oscuridad, a pesar de que había luz en las casas. El baño de mi tía no tenía luz normalmente. Si no se conocía lo suficiente para saber dónde estaba cada cosa, se utilizaban las luces de los móviles, o en casos de mucha confianza, se dejaba la puerta abierta para que la luz de la cocina iluminara el interior del baño.

No había pomo en la puerta, así que le di un leve empujón con la yema de los dedos. Como la vez anterior, volví a quedarme de pie, delante de la puerta, admirando lo que el vaivén de la vida quería mostrarme aquella noche. Sentí cómo temblaba mi cuerpo porque no sabía cómo tomarme lo que estaba viendo.

Mi primo, al que le gustaba hablar solo, estaba acurrucado en una esquina del baño. Estaba vivo, asustado, nervioso y tembloroso. Su cuerpo estaba cubierto de sangre, como si hubiese tenido un ritual de iniciación en alguna brujería de New Billy. Iba en pantalones cortos y sandalias de estar por casa.

— ¡Famosín, Famosín!— Le llamé.— Cam diman, cam. Nia mí.
¡Ven tío, ven, acércate a mí!

Él se negó con la cabeza y se pegó a la pared como un niño asustado.

— Na mi, Justo. A no go mek yu nonatin. ^{Soy yo, Justo. No voy a hacerte}
^{daño}— Traté de convencerle.

— ¡No, no, no!— Me gritó repentinamente con ojos de poseído.

No entendí porqué se había puesto así conmigo, pero sabía que él no podía ser el causante de aquella tragedia. En el cielo volvían a chocar las nubes presagiando más lluvia.

— Famosín, cam mainñ. ^{Ven ¿no?}— Le insistí.— Enitin whe e pass,
na yu fi pull wi di tori. ^{Cualquier cosa que haya pasado, eres el único que nos lo puede}
contar

Mi primo volvió a negarse, aunque esta vez lo hizo de forma contundente. Se levantó del suelo y cerró la puerta en mis narices. Oí que cruzaba el clavo que había en el marco de la puerta. Algo no iba bien, porque Famosín no quería ni verme ni hablar conmigo. No era normal todo lo que estaba viviendo.

En una esquina entre el baño y el muro que rodeaba la casa, alivié la quemazón que me provocaba mear con presión. Me di la vuelta, y entré de nuevo a casa. Mi hermana no estaba donde la dejé. La llamé por su nombre varias veces, pero fue el silencio

quien me respondió. Me asomé entonces a la habitación donde antes había estado y me la encontré en una esquina acurrucada.

Estaba sentada en el suelo, muy cerca de los cuerpos. Lloraba y acariciaba las manos de Petit, que era el que más cerca de ella estaba. Lloraba y acariciaba. Lloraba y acariciaba. La observé en silencio, desde en el umbral de la puerta, con el runrún de las dudas revoloteando dentro de mi cabeza. No quise interrumpir y la dejé en aquel panorama deplorable, que volvió a destrozarme de nuevo por dentro.

Todo me parecía extraño. Seguía llorando y buscando los porqués de tal barbaridad. ¿Qué había pasado realmente? ¿Quién había sido el autor de todo esto? ¿Mi padre? ¿El inspector Mbó o la familia de su mujer? ¿El marido de Viuda? ¿Y si finalmente era el tonto de mi primo Famosín?

No encajaba ninguna pieza, ninguna en absoluta. Estábamos desorientados y sin saber exactamente qué hacer. Seguía sin móvil, fuera estaba cayendo la mundial de las lluvias, mi hermano Pepín seguía en paradero desconocido. Y tanto mi madre como mi tía tampoco parecían estar en casa. Supuse que Pastor seguiría con Viuda, así que no me preocupé de él.

Cuando caí en la cuenta de la usencia de mi tía y de mi madre, me levanté del sofá y me fui a la habitación de mi tía, por si

había alguien más escondido. Eso volvió a acelerarme el pulso. Estaba nervioso y con mucho miedo en el cuerpo.

La habitación de mis tíos estaba en la parte más profunda de la casa. Antes de llegar al pasillo, había un pasillo interior que llevaba a la habitación de mis tíos y a otra puerta que nunca se abría. Cada una de ellas estaba colocada a ambos lados del pasillo. La puerta de la derecha era la de mis tíos.

En mi camino hacia la habitación de mi tía, tuve que saltar el aparato de música que estaba en el suelo destrozado. Cuando me di la vuelta para levantarlo, descubrí unos pies. Sí, unos pies de varón que seguí con la vista y el tacto hasta detrás del armario que acogía el reproductor de música de mi tía. No conocía a aquella persona, no le había visto nunca en mi vida, pero estaba tirado en el pasillo.

Era un hombre corpulento, y debió morir desangrando en la pelea porque le atravesaba un cuchillo de mi tía en el tórax. Me asusté al verle y reulé varios pasos hacia atrás, dándome cuenta entonces de la cantidad de sangre que había en el suelo.

Aquel chico no superaba la treintena, y por mucho que traté de ubicarle en mi mente, no pude saber de quién se trataba. Me alivió bastante saber que no era ninguno de mi familia.

Seguí por el mismo pasillo hasta colocarme delante de la puerta de la derecha, la de mi tía. Mis emociones me pedían tregua,

pero no iba a ser una tarde en la que la mala suerte me dejara en paz.

Giré el pomo de la puerta y abrí la habitación. No sabía si estaba preparado para ver a mi madre o a mi tía colgadas de algún sitio, o macheteadas. Mis nervios fueron tan excesivos, que una vez abierta la puerta, se me olvidó encender la luz.

Permanecí delante de la puerta, esperando a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Pero aquella tarde, mis ojos no funcionaron como debieron. Primero con mi padre y después en frente de la habitación de mi tía. Así que acabé sintiendo la necesidad de que hubiese luz para poder analizar bien la habitación. La busqué en la pared, la encontré y la encendí. Mi corazón se dividió en cientos de trozos que hicieron arder mi pecho.

Lo que vi en aquella habitación, marcaría mi vida para siempre. Haría que odiara reflejarme en los espejos para siempre. Haría que rechazara cualquier propósito sadomasoquista. Haría que odiara a los sadomasoquistas, o cualquiera a quien le interesara. Haría que, a partir de entonces, la vida no tuviera ningún sentido para mí. Haría que mi modo de vida y mi visión de la vida cambiaran drásticamente para siempre. Haría que entendiera que el ser humano nunca dejó ni dejará de ser un animal con corbata. Haría que comprendiera que existe una fina línea entre

el dolor placebo y el dolor. Haría que sintiera un dolor más profundo que el que me había infligido la imagen de mis hermanos apilados, o la de mi tío colgado en la cocina. Haría que sintiera que una parte de mí moría aquel día, arrebatándome la felicidad para nunca más devolvérmela. Haría que sintiera cómo mi alma abandonaba mi cuerpo y se iba a sentar bajo un aguacatero a observarme horrorizado por lo que estaba viendo. Haría que primero vomitara y posteriormente me cayera de nuevo al suelo inconsciente.

XVII. El primer día de nuestra nueva vida

Aquel malnacido me besó en los labios, inconsciente de lo repulsivo que eso era para mí. Aparté su cara con la mano y le di un puñetazo seco en la cara. Me levanté y salí cerrando la puerta con fuerza tras de mí.

Salí a la calle clavando la mirada en su balcón. No estaba ahí. Me figuré que con tanta práctica en las últimas horas, mi puño se había hecho más fuerte. Miraba nervioso a todas partes. No porque solo me preocupara aquel que fue mi jefe, sino también me preocupaba el cantante de Rnb, que seguramente seguía buscándome por toda la ciudad de Malabo.

En el fondo me daba un pelín de pena. El orgullo es un sentimiento que difiere en cada persona, y ahí no puedo entrar. Lo suyo no me parecía del todo orgullo, era un sentimiento más de acomplejado. Y esa realidad se veía todos los días en nuestra sociedad. Una sociedad de acomplejados, que solo podían dejar de serlo, llamando la atención, ¿cómo? Pues abusando del pequeño poder que tienen en un momento determinado. La espalda del guineano acomplejado se hincha cuando está por encima de alguien y trata de ejercer este poder siempre que puede. Y no solo en el trabajo, sino fuera de él, con los amigos, la familia, los vecinos, y con los extranjeros.

Eso era Andeme Ondó, un acomplejado que ansiaba ponerme las manos encima, un pobre infeliz con ganas de ejercer la fuerza más bruta sobre mí, porque él podía, porque tenía los medios. Y por eso me daba pena, porque personas así, solían ser muy infelices.

Además del acomplejado, estaba también el profesor de mi hermana. No sabía si a estas alturas se había declarado muerto a aquel señor o si había conseguido salvar su vida. No conseguía sacar su rostro ensangrentado y apagado de mi mente. Dentro de los planes de vida que tenía, nunca había estado matar a nadie. No podía imaginarme que un señor tan grande y atlético, tuviese tan mala suerte de tener tan mal el cuerpo. No lo sospeché y ahora su rostro me perseguía fuera a donde fuera.

Todas las fuerzas del orden que se desplazaron al instituto me ponían de los nervios. Tantas personas para un profesor de instituto hacían que entendiera que era importante. Muy importante. O eso, o que por lo menos tenía a algún familiar importante en la ciudad.

Pero no se quedaba todo ahí. También mis hermanos, con su creatividad ante los problemas, habían conseguido poner nerviosos a gente importante. Era la mala suerte que apareció aquel día, como cuando mi padre decidió dar un cambio radical a nuestras vidas, y nos sumió a todos en la habladuría del barrio,

y en una pobreza que nos cambió a todos. Mis hermanos y yo, volvimos a convocar la mala suerte del gran búho de Rebola. Una mala suerte que sabía muy bien, acabaría teniendo resultados fatales para todos nosotros.

No tenía mucho tiempo que perder, tenía mucho que hacer si quería evitar que los males de aquel día, fueran a más. Así que, volví a parar otro taxi para que me acercara lo más rápido posible a mi barrio. Encontré uno enseguida.

Después de dejar a un cliente en cruce Fishtown, luego a otro en Buena Esperanza, y a otro en el barrio de Argentina, me dejó en Calle Bata. Me apeé y crucé corriendo la calle, mirando nerviosamente a todos los lados. Contestaba escuetamente a los efusivos saludos de mis camaradas mientras me adentraba en el barrio.

En muy pocos minutos, me encontraba de pie, delante de nuestra casa incendiada aquella madrugada. La madera se había convertido en carbón, y el vacío de la estructura hacía que pareciese un lugar maldito, desolado y que daba yuyu.

No me quedé a mirar demasiado, me daba malas vibraciones. Me di la vuelta y me fui a la casa de mi amigo con la esperanza de no tropezarme con sus padres, ahora que sabían que había embarazado a su hija. Sería una situación embarazosa. Nunca tan bien traído.

Por fortuna, Boyé estaba en casa, sentado en su pequeña terraza. Delante de él, y sobre un banquito, había un plato de arroz senegalés al que acompañaba con una mano de bananas y dos aguacates. Nunca en mi vida había visto nadie con tanto estómago. Y no solo me refiero a su constante entusiasmo a la hora de comer comidas indecorosas como gatos, boas y ratas del bosque.

— ¡Chai diman!— Me burlé.

— ¿Wetin diman, — Me respondió con la boca llena.— na mi send yu me yu no gue manpikin bele fo chop? ^{¿Te he mandado yo que no tengas un estómago de hombre para comer?} — Me contestó con la boca llena.

— Nada, nada. Yu de wack bad. A de fia yu bárbaramente. ^{Comes demasiado, me das miedo bárbaramente.}

— Cale sia. A fini wak, a jib wan ndjot antop, bol finis. Tranquilizate. ^{Termino de comer, me echo un cigarrillo encima y estamos en paz.}

— ¿Yu popden dende na jos? ^{¿Están tus padres en casa?}

— Negativo.— Me respondió apresuradamente para volver a meter una cucharada de arroz en la boca.

— ¿Ata yu sista? ^{¿Y tú hermana?}

— E djis de comot ya, esé e de go fen yu. ^{Acaba de salir de aquí que iba a buscarte} ¿Qué pasa tenéis problemas de comunicación?— Se burló.

Negué con la cabeza y ambos comenzamos a reírnos. Me senté a su lado y le arranqué la cuchara de sus manos. Con sus ojos clavados en su plato aún, cogí una banana, la pelé y la metí entera en la boca. Luego rellene los huecos que iba dejando la banana con arroz, consiguiendo que mi boca se llenara como si tuviese los mofletes como el soldado raso que toca la corneta todas las mañanas en el campamento militar.

Después de varias cucharadas de arroz, me levanté y me dispuse a irme. Mi amigo se levantó para despedirnos como hacíamos siempre, primero chocando nuestros puños para luego darnos dos golpes secos sobre el pecho.

En el cielo la lluvia decidió manifestarse, primero con un viento huracanado, y después con unas gotas gruesas que caían en lateral. Comencé a correr.

Sabía que por muy rápido que fuese, llegaría a casa empapadísimo. De modo que, me detuve en la acera de una vecina, en una esquina para resguarnecerme de las frías gotas que caían con mucha su fuerza.

Miré receloso a la lluvia torrencial que se acababa de desatar. Las carreteras estaban llenas de agua buscando drenaje en algún sitio. Mientras esas aguas bajaban surcando las carreteras, iban arrastrando basura, latas de refrescos, latas de cervezas, chancletas, zapatos, ropa, más latas de cerveza... El agua de la

llovía erosionaba el paisaje y de paso, limpiaba varios puntos donde normalmente no llegaba la actividad de limpieza de los vecinos de mi barrio. Arrastraba la basura hasta morir en el mar, convirtiendo todo el agua de la costa en un color marrón intenso.

Estos charcos que se formaban en las carreteras, no permitía correr por la carretera, sin antes empaparte de la cabeza hasta los pies. Y si llevabas chancletas, podías dar por muerta la parte trasera de tu camiseta, que quedaban contaminados con pequeñas gotas de barro que convertían tu camisa en un bonito estampado de barro.

Por eso mismo me lo pensé varias veces antes de salir corriendo a lo loco. Esperé varios minutos hasta que la lluvia amainó un poco. Para entonces había oscurecido del todo, y los charcos de lluvia que corrían veloces hacia el mar, habían perdido su fuerza erosionadora. Eché a correr, intentando no levantar del suelo las gotitas de barro.

A medio camino, la lluvia se paró de repente, dejando que fueran las pequeñas gotas de la llovizna las que incordiaran con sus calabobos. Dejé de correr.

Al cabo de un rato andando con la mente en todas partes, llegué a casa de mi tía en Coldwatá. Crucé el patio sin escuchar música

y eso me parecía extraño. No había señal de vida humana en aquella casa.

Cuando llegué a la puerta, vi a Simba tumbado en el patio. Me pareció extraño que estuviese ahí tras la lluvia. Pensé que por lo menos se habría ido a esconder de la lluvia, debajo del coche de mi tío.

Cuando pasé por su lado, supe que no estaba ahí por gusto. No era forense, pero aquel chucho estaba bien muerto. Tenía los ojos y la lengua salidos de su lugar habitual, y además, tenía una marca en el cuello, seguramente de una cuerda fina.

Tengo que admitir que en aquel preciso momento, me reí. Atribuí ese ahogamiento a uno de mis hermanos. Ambos habían hecho planes para aniquilar al perro de mi tía. Y si no fueran ellos, a algún vecino rencoroso. No pude predecir la hecatombe emocional que me esperaba dentro de la casa de mi tía.

El silencio de la casa pronto se convirtió en un fuerte grito, que me pareció la voz de Justo o Pastor, no sabía con certeza quién sería de los dos. Abrí la puerta y entré con brusquedad, por si tenía que pegarle a alguien. Pero ese alguien ahí era mi hermana. Estaba acurrucada en una esquina, con la mirada perdida en ninguna parte. Tenía un aspecto lamentable. Mucho más lamentable del que tenía en el instituto.

La casa olía diferente, a algún tipo de abono malo. Los olores venían de todas partes, no podía determinar de dónde exactamente.

— ¿Sita, estas bien?— La pregunté mientras me acercaba a ella lentamente, intentando que mis movimientos no la asustaran.

No me contestó, se quedó en el sitio observando aquello que la mantenía con los ojos muy abiertos, sin apenas parpadear.

Según me acercaba a ella, repetí varias veces la pregunta, pero tampoco respondió. Cuando estaba muy cerca de ella, oí un fuerte ruido que venía de la habitación de mi tía. Un ruido de algo que se caía o de alguien que se desplomaba al suelo. Sabía que mi hermana seguiría en su actitud, así que corrí hacia el lugar de donde venía el ruido.

Para mí desconcierto, antes de girar el pasillo que llevaba a aquella habitación, me di de bruces con la desnudez de mi tío en la cocina. Me paré en seco. No sentí mi boca abierta hasta que recobré la cordura. Aquel hombre estaba colgado del techo con ojos de estrangulado y con la lengua fuera de su boca.

Me agaché para esconder mi vista de la imagen tan deplorable que estaba viendo. En el suelo, había varias huellas de sangre que se adentraban en el pasillo de donde vino aquel ruido. En otras circunstancias, habría ido corriendo por ese pasillo a repartir puñetazos como hostias, pero lo que estaba viendo y la

vergüenza ajena de mi tío, me retuvieron ahí agachado y abatido.

Ahí arqueado, juré no llorar. “Los hombres no lloran”, me repitió mi madre por mucho tiempo, y con ese pensamiento reprimí mis ganas de gritar y de llorar. Me saqué la camisa que llevaba, me la até sobre la nariz y me acerqué a él sin poder desviar mis ojos de los suyos, inyectados en sangre. Cogí el banquito que habían retirado para que colgara de su propio peso. Me subí a él y lo desenganché, provocando que se cayese sobre el banquito, y por consiguiente haciéndome caer a mí también sobre él.

Sentí un escalofrío recorrerme todo el cuerpo. Salí gritando de debajo de su cuerpo. Agité mi cuerpo cuanto pude, y dejándole recostado en el suelo, salí de la cocina. Antes de entrar en el pasillo, en el suelo, me encontré a un hombre al que no conocía. Tenía un cuchillo clavado en lo que vendría a ser el tórax. Observé su cara por si la conocería, pero no tenía ni pizca de malabeño. Si era guineano, sería de la región continental porque sus facciones eran más atribuibles al interior de Río Muni.

Salté a aquel individuo y me fui a donde intuí que venía el grito que había escuchado antes. Delante de la puerta me encontré en el suelo a mi hermano Justo. Comencé a hiperventilar. Al lado de él había un charco de vómito. ¿Qué estaba pasando? Me pregunté varias veces, mientras me abanicaba con las manos.

Me arrodillé nervioso a averiguar si también estaba muerto. Mi corazón comenzó a latir desenfrenado mientras me acercaba para tocarlo.

— ¡Chaal, Chaal!— Le zarandeeé mientras lo llamaba.

Gracias al cielo abrió los ojos y se incorporó, extrañado de que estuviera ahí. Me miró de arriba a abajo y después se fundió en un fuerte abrazo conmigo.

— ¡Oh, diman!— Dijo aliviado.

Me despegué de él y le ayudé a ponerse de pie. Cuando lo hicimos, él se quedó quieto y como si hubiera visto su muerte anunciándose en mi cara, comenzó a llorar. Pensaba que estaba mirándome a mí y que por consiguiente yo era el causante de que lo hiciese. No me estaba mirando a mí. Me di cuenta enseguida que en aquella habitación había alguien o algo que lo había dejado inconsciente en el suelo y que ahora le hacía llorar al recordarlo. Di por sentado que ese algo o alguien sería mi tía y se me encogió el corazón. Tanto que los latidos parecían pincharme en el pecho. Me di la vuelta lentamente, temiendo encontrar el cuerpo colgado de mi tía Sesé. Para mi sorpresa, la persona que yacía en la cama de mi tía no era otro que mi hermano Pastor. El hermano gemelo de Justo.

Mi cuerpo se suspendió en el vacío, haciendo que una extraña sensación la recorriera de arriba abajo, sembrando el caos en

cada arteria. Un caos de escalofrío que terminó en fuertes calambres en mi estómago. “Los hombres no lloran”. Mi mente no hizo caso a ese mandato nervioso y rompí a llorar. Ya no solo porque mi hermano yaciera sin vida en la cama, sino por la manera en la que yacía en esa cama. Era una manera retorcida de hacer daño, no solo al muerto sino a cualquiera que fuese a levantar el cadáver.

Un sofoco gélido deambuló por mi cuerpo, electrificándolo a su antojo. Sentí un nudo en la garganta que no podía eliminar con saliva. Retrocedí varios pasos hasta juntar mi espalda contra la pared. Ahí, mientras me acurrucaba, lloré desconsolado. Lloré a mi hermano, junto a mi otro hermano, que permaneció de pie, mirando el manierismo tan forzado que algún loco de atar, había infligido a uno de los gemelos.

Mi hermano pequeño estaba tumbado en la cama de matrimonio de mis tíos. Parecía tener la cintura partida en dos. Su cabeza descansaba sobre los muslos, y en su boca colgaban sus genitales, amputados de su zona biológica.

A diferencia de con mi tío, no pude ir y ayudarlo. No podía. No era capaz de hacerlo. Tanto mi yo interno como el externo no se pusieron de acuerdo. Mi voluntad se anuló, dejándome a merced de la pared y el suelo vomitado.

Me levanté lentamente, hundi mi cara entre mis manos, y limpiándome las lágrimas salí corriendo de aquel pasillo. Salí por la puerta de atrás, y en el espacio entre la casa y el baño que había fuera, volví a vomitar sin dejar de llorar. Mucho más de lo que había vomitado antes. Vomitaba y lloraba. Vomitaba llorando. Lloraba vomitando. No podía contenerme. Parecía un niño en cuerpo de adulto, al que le habían arrebatado su pan de aguacate en el patio del colegio. No paraba de llorar por mucho que mi mente diese la orden de dejar de hacerlo.

Conseguí calmarme cuando sentí las manos de alguien acariciarme el hombro. Me di la vuelta, y era mi hermana que parecía venir del ensayo de alguna película nigeriana de brujería. Ese tipo de brujería con el que luego sueñas reiteradas veces, como la película de “pof pof”, que me tuvo durmiendo con la luz encendida todo un mes.

Mi hermana tenía la cara inexpresiva, los ojos abiertos y la mirada apagada. Sus labios estaban secos y agrietados. Estaba manchada de sangre. Sangre en forma de letras que ella misma había escrito por toda su ropa, en un arrebato de enajenación transitoria.

Me ofreció su mano. Yo la tomé y comenzó a andar hacia el salón. Entramos a casa en silencio, y en vez de detenernos en el salón, Sita continuó andando hasta colocarse en el umbral de la

oscura habitación de mi prima Bijou. Mi hermana me soltó la mano impulsándome a continuar solo. La miré nervioso, pues mi mente sabía que algo no muy bueno me aguardaba en esa habitación.

Un olor fétido me indicó que ahí también había alguien muerto. La pregunta era quién sería. El corazón volvió a encenderse y a golpearme el pecho con fuerza. Deslicé mi mano por la pared para encender la luz y volver a quedarme mudo, hecho añicos, de piedra, tiritando de calor, frío e incredibilidad.

Justo pasó por delante de mí y apagó la luz. Era algo para no volver a ver jamás.

— ¡Esto no puede estar pasando!— Comencé a hablar tartamudeando y negando con la cabeza.— Tiene que ser una broma. ¡Claro que es una broma!

— No es una broma.— Me replicó Justo.— Los tres estamos aquí y ahora, los tres lo hemos visto, y los tres estamos hablando de ello. Es más, debemos de hablar de ello antes de que me explote la cabeza.

Mi hermano estaba descompuesto, tanto o peor que mi hermana. No sabía si yo también tenía esa apariencia o mis facciones seguían en su sitio. Sentí miedo por él. Tenía el semblante serio y la mandíbula apretada. Sus ojos se achinaron y se hincharon como pelotitas de ping pong. Ninguno estábamos bien, y no lo

estaríamos en mucho tiempo. Sobre todo si mi hermana seguía guardándose ases bajo la manga.

— ¡No habéis visto todo aún!

La siniestralidad de las palabras de Sita hizo que mis piernas flojearan y que la sensación del estallido de mi corazón volviese a aparecer. Mi mente estaba funcionando demasiado deprisa, pero no se manifestaba exteriormente. No podía pensar en nada coherente, solo en sombras, imágenes fugaces, sentimientos enfrentados. Y esa declaración de mi hermana, volvió a derribar mi muro. El muro que trataba de levantar con tantas cosas que estaban pasando.

— ¿A quién, a mamá? ¿A la tía Sesé? ¿Dónde, dónde están?— Preguntó Justo nervioso.

— Creo que tú y Pepín debéis relajaros antes.

— ¿Relajarnos? ¿Hoy? Negativo.— Le contestó Justo.— Con todo lo que he visto, incluido a Fomosín a punto de romperme el cuello, no puedo relajarme. Y además...

— ¿Famosín qué...?— Le corté y pregunté confundido.— ¿Dónde está Famosín?

— Está en el baño.— Me respondió señalando la puerta trasera con el cuello. — Está ahí encerrado, y parece que su cabeza esta tan descompuesta como las nuestras. Tiene el cuerpo lleno de

sangre y está demasiado asustado para hablar o para salir de ahí. Yo que tú, le dejaba por ahora tranquilo.

Le miré con cara de póker y luego devolví mi atención a mi hermana.

— Sita, no me cabrees ahora. Dinos lo que sabes antes de que la tome contigo.

— Deciros no, enseñaros.

Ella echó andar hacia la otra habitación de la casa. La habitación donde dormían los chicos. Volví a tomar aire. Esta vez sabía a qué íbamos, y mi mente se abatió así mismo con un revólver, antes de que Sita nos enseñara lo que tenía que enseñarnos en la habitación donde guardamos los *Ghanna most go* de la ropa que conseguimos salvar del incendio. Ella se detuvo en la puerta y se dio la vuelta para mirarme a mí en particular.

— ¡Lo siento mucho, Pepín!— Dijo acariciándome la mano.

Sus palabras retorcieron mi estómago y lo convirtieron en un nudo que tiraba muy fuerte de mí.

Tanto mi hermano como yo, nos quedamos de pie frente a la puerta, mirándonos con el miedo en el cuerpo y la incertidumbre planeando sobre nuestras cabezas.

— Yo ya he visto suficiente por hoy, os espero en el salón.

Se dio la vuelta y se fue a sentar a los sofás, ante nuestra atenta mirada.

Mi hermano, mirándome fijamente a los ojos, abrió la puerta y dio la luz para que mis ojos fueran testigos de otra puñalada del vaivén de la vida. Mi corazón se suicidó y volvió a la vida en una fracción de segundos, trayendo un horrible escalofrío del más allá. Me caí de rodillas, exhausto. No tenía suficiente espacio en mi mente para pensar, desear o crear instrucciones. No podía abarcar mucho más. Estaba mentalmente atosigado, cansado, herido, desahuciado de mí mismo.

Todo lo que antes había sentido, y que en parte seguía sintiendo por mi hermanito, no fue ni la mitad de lo que realmente sintió mi corazón y mi mente delante de esa puerta. “No, no, no, no”, negué varias veces lo que estaba viendo, trayendo recuerdos dolorosos a mi endeble mente. El dolor que sentía por dentro me quemaba. Comencé de nuevo a llorar, como si aquel día ensayase para plañidero. No había rincón en mi cuerpo, en mi mente para ningún sentimiento más que el dolor. El dolor más amargo que nadie pudiese albergar.

Maricá tenía las manos atadas a la cama litera de arriba y las piernas abiertas y atadas en la cama litera de abajo. El torso estaba desnudo y del estómago pendían sus tripas, dejando un gran charco de sangre que cubría todo el suelo.

Me superó. Pudo conmigo y pudo con mi mente. No paré de llorar hasta que la impotencia arrancó mi parte más salvaje. Me levanté impotente del suelo en el que estaba arrodillado. Llorando como un niño, comencé a golpear todo lo que encontraba a mi paso. Mis puñetazos y patadas, impactaron en jarrones, espejos, cuadros, paredes que se hicieron añicos.

Justo, en un ataque de valentía y decisión, se abalanzó sobre mí y me sujetó con todas sus fuerzas. Ya había visto mucha sangre de mi familia, y no estaba dispuesto a forcejear con mi hermano. Por eso, me dejé consumir por el dolor entre sus manos. Ambos nos sentamos en el suelo y lloramos de dolor y de impotencia.

Permanecimos en el suelo abrazados como mujeres durante varias horas que se pasaron sin hacer mucho ruido. El tiempo es mudo, y el tiempo se llevó por momentos nuestro dolor a otra parte. Después de esas horas, el olor de todos los cuerpos que habían disgregados por toda la casa, se entremezclaron y crearon una nueva gama de olores que hicieron despertarnos de nuestra ausencia espaciotemporal. Eran las cuatro de la madrugada cuando un jadeo ronco de Justo hizo que reaccionara. No había señales de que nadie hubiera entrado. Además, si hubiera sido así, nos habríamos dado cuenta. Nuestra madre y nuestra tía seguían en paradero desconocido.

Saqué el móvil del bolsillo y lo encendí. Revisé mi bandeja de entrada de los mensajes por si mi madre o alguien hubieran decidido escribirme algún mensaje. No podía saber si me habían llamado mientras tenía el móvil apagado porque mi compañía telefónica no prestaba ese servicio. No encontré ningún mensaje nuevo, salvo los dos mensajes que me envió Maricá a la una de la tarde, y que no pude leer por la urgencia de ir a socorrer a mi hermanita que me necesitaba.

Mensaje 1

Hora: 13.07

De: Mi nena

M alegre tanto x esto k hacs x nosotros... Te kiero, te keremos maleante.

No pude con el peso del teléfono móvil, y éste se cayó al suelo. El ruido del móvil cayéndose al suelo, y mis posteriores convulsiones y jadeos, despertaron a mi hermano. Me aparté de él enseguida, y me fui de nuevo a la habitación donde estaba espatarrada la madre de mi hijo no nacido. Ahora que ya no llovía, olía peor que cuando la abrimos. Me armé de valor, aguanté la respiración y la desaté. Coloqué mi hombro para que cayese sobre mí, provocando que se me ensangrentara toda la ropa. Cargué con ella hasta dejarla en el suelo de la habitación,

apartada del charco de sangre. Busqué una manta y la tapé. Me di la vuelta y abandoné la habitación sin volver la vista atrás.

Mi hermana se había sentado también en silencio en el suelo. Tenía sus ojos de poseída proyectados en ninguna parte. La levanté del suelo, devolviéndole a la realidad y la acerqué a mí. Después reclamé la atención de Justo, que se levantó y se acercó a nosotros. Los tres nos miramos con caras largas. Era el mayor, y ahora más que nunca debía mostrarme más cuerdo que mis dos hermanos menores, así que tome la palabra y hable sobre las ideas fugaces que pasaron por mi mente mientras estaba en el suelo con mi hermano.

— Los tres sabemos que lo que ha pasado aquí hoy, no lo podemos explicar bien. Wi no sabí ustin pass ya ^{no sabemos lo que ha pasado aquí}. No sabemos quién o quiénes han hecho esto. Sé que lo habéis pensado seguramente, pero dudo mucho que esto sea obra de papá. Por lo menos no quiero que sea una posibilidad, demasiado dolor ya ha habido por hoy. Lo que sí está claro, es que quienes fuesen los autores, no vinieron aquí a dejar a nadie con vida, si han matado hasta a Simba que no tiene tan siquiera peligro como perro, dudo mucho que quisiesen dejarnos a ninguno con vida. ¿La razón? La desconozco, aunque hay diferentes posibilidades que solo sabemos los tres, Mayte y Viuda. Y nosotros tres seguimos todavía con vida, por lo que creo que su trabajo aún no ha terminado. ¿Quién nos dice que no volverán

para terminarlo? No nos podemos quedar aquí, corremos peligro. Hay que irse de aquí, por lo menos a algún sitio donde podamos esclarecer todo esto. Sé que no es fácil, pero ahora mismo es todo confuso y llorando a nuestros muertos no conseguiremos que vuelvan. Y si nos quedamos aquí, compartiremos el mismo destino que ellos. Propongo quemarlo todo y desaparecer, actuar en las sombras y hacer algo mucho mejor que enterarlos y enterarnos: vengarlos, porque no encontraremos justicia en ninguna parte. Insisto que sé lo difícil que puede ser esto para nosotros, para ti Sita, pero ahora necesito que seáis fuertes, que seamos fuertes. Así que, coger todo lo que podáis cargar en una mochila. Buscar comida, ropa, dinero y todo lo que nos pueda servir ahí afuera, nos vemos aquí en veinte minutos. Justo, saca de ese baño a tu primo aunque sea haciendo correr la sangre de nuevo. Tiene información que nos puede ayudar. Si se resiste contigo, llámame, estaré encantado de persuadirle.

XVIII. Un desenlace amargo

Hice mías las palabras de mi hermano mayor. Crucé de nuevo la cocina tapando la nariz con fuerza. No tanto por el olor del cuerpo de mi tío, sino por los vómitos que había por diferentes sitios de la casa. Me detuve delante de la puerta del baño y llamé de nuevo a mi primo.

— ¡Famosín, abre la puerta!

— ¡Vete, vete, vete!— Me respondió encolerizado.— No me molestéis, no me molestéis.

¿Acaso no dormía que me respondió con tanta rapidez? Di varios pasos hacia atrás y cogiendo carrerilla, le di una patada a la puerta con todas mis fuerzas. La puerta se abrió de par en par.

Entré con rapidez en el baño, agarré por la camisa a mi primo y lo saqué con fuerza de la esquina donde se había agazapado. Hizo un ruido extraño con la boca, antes de impactar con el suelo aún embarrado.

— ¡Entra en casa, coño!— Le ordené.

Famosín parecía aún asustado, tanto que me atrevo a decir que temblaba, igual o peor que cuando lo vi. Seguía igual, con los pantalones cortos, sandalias de estar por casa y una camisa azul manchada de sangre.

Parecía estar poseído por otra alma que había venido a sustituir a su otro yo bobalicón. Tenía miedo al exterior del baño, como si algún mal mayor que la humanidad, lo rondase solo a él. Miraba a todas partes, buscando un resquicio para volver de nuevo al baño, pero me interpuse en su camino. Todavía en cuclillas y andando sobre sus cuatro extremidades, trató de entrar en balde al baño.

No lo logró porque volví a empujarlo contra el suelo. Le agarré por el cuello y le estiré por el suelo hasta entrar con él en casa.

Famosín gritaba y pataleaba como si le estuviese robando la vida. Pepín nos oyó y vino a persuadirle como había prometido. Cuando le vio, dejó de patalear y de gritar.

— ¡Levántate!— Le ordenó.

Él, cabizbajo, se levantó y se quedó quieto, como un sumiso apaleado. Me sorprendió lo dócil que se volvió cuando estuvo Pepín cerca de él. Me dio mala espina las vibraciones que transmitía mi hermano mayor y les dejé a ambos ahí.

Recogí mi ropa en la habitación donde Pepín había recogido y tapado a la hermanita de Boyé. Tenía la duda de porqué mi hermano se había puesto así por su muerte. Sabía que llevaban tiempo saliendo, pero podría deducir de cómo le vi aquel día, que le dolía más la muerte de ella que la de mis hermanos. Más adelante sabría por qué.

Después, y a pesar del miedo que me dio, fui a la habitación de mis tíos donde, volviendo a llorar amargamente, recompuse con dolor, el rompecabezas en el que convirtieron a mi hermano gemelo. Cacheé sus bolsillos, y de ellos extraje un fajo de billetes de diez mil francos. Después, le tapé con una manta y recé un padre nuestro y dos avemarías y salí de ahí con el dolor latigándome duro en el estómago.

Mi hermana se había cambiado de ropa, aunque la expresión de su cara siguiese igual de inexpresiva que por la tarde. Se echó una mochila a la espalda y desapareció por la puerta principal sin volver la vista atrás.

— Os espero fuera.— Dijo entre dientes.

Pepín apareció con Famosín, que seguía con la cabeza gacha. Pepín llevaba la mochila de Petit a la espalda. En la mano derecha tenía un machete y en la izquierda la bombona de gasolina de cincuenta litros que guardaba mi tío en la cocina.

Se marchó fuera sin mirar atrás, sin decir adiós o alguna palabra inteligible. Al cabo de unos segundos, volvió a aparecer, sin mochila y sin machete. Comenzó a rociar la casa con el contenido de la bombona, al tiempo que me indicaba con la cabeza que me marchara.

Salí al patio donde estaban Famosín y Sita esperando. Unos minutos después, mi hermano salió de la casa que había

comenzado a arder. La observamos comenzar a consumirse, trayendo recuerdos frescos de la madrugada anterior.

Nos dimos la vuelta y nos marchamos con la sensación de tener un camino demasiado largo que recorrer y un misterio aún mayor por esclarecer.

A mis padres, J. Medina y E. Huesca. A mis dos familias: la heredada biológicamente y la elegida socialmente y a los que llamo amigos. Gracias a todos y cada una de las personas que de manera directa o indirecta han intercedido en la creación y publicitación de esta novela. A todos, gracias.